
GENA
SHOWALTER
Ángel sin alas

Se llamaba Koldo. Estaba traumatizado, pero era poderoso, y tenía un legendario control sobre sí mismo. Solo vivía para vengarse del ángel que, cruelmente, le había arrancado las alas. Sin embargo, si se rendía por completo a las fuerzas del odio, se condenaría para toda la eternidad.

Nicola Lane había nacido con una enfermedad cardíaca; sin embargo, aquella humana tan frágil demostraba una asombrosa fuerza para enfrentarse a los demonios que la acechaban y trataban de acabar con ella. Era la clave de la liberación de Koldo… y su ruina. Aunque él luchó contra el deber, el destino y su primer y adictivo encuentro con el deseo, su batalla más difícil iba a ser la que tuviera que librar por la vida de Nicola, en la que incluso podría tener que sacrificar la suya…

Gena Showalter

Ángel sin alas

Ángeles de la oscuridad - 2

Título original: *Beauty Awakened*
Gena Showalter, 2013
Traducción: María del Carmen Perea Peña

GENA
SHOWALTER

Ángel sin alas

Índice de contenido

Cubierta

Ángel sin alas

Nota de los editores

Dedicatoria

Cita

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Sobre la autora

En medio de la lucha cruenta que se libra entre las fuerzas del bien y del mal, se ven atrapados nuestros protagonistas: un ángel que solo ha conocido el dolor y el sufrimiento y una joven atormentada por los demonios.

Entre ellos surge una hermosa historia de amor en la que Gena Showalter nos arrastra a un asombroso mundo de fantasía, con unos personajes increíbles que se mueven por el cielo, la tierra, los infiernos y un sinfín de escenarios a un ritmo trepidante.

En *Ángel sin alas*, sin duda, nuestra autora vuelve a demostrarnos que es la reina del romance paranormal. Por ello no queremos dejar pasar la oportunidad de recomendar esta novela tanto a los fans de Gena Showalter como a todas aquellas personas que disfruten del género.

Los editores

En primer lugar, a mi nueva editora, la asombrosa Emily Ohanjanians, por hacerse cargo de mí y no vomitar cuando le expliqué mi «proceso».

¡A Marie, que me cuida de tantas maneras!

A mi madre y a mi padre, por responder a todas mis llamadas con relación a los libros, y no decirme nunca: «¿Otra vez? Ya estuvimos hablando de esto ayer… ¡durante una hora!».

A mi agente, Deidre Knight, por apoyarme siempre. Incluso cuando digo cosas como: «Bueno… esto es lo siguiente que quiero hacer».

A Jia Gayles, por estar siempre dispuesta a ayudar con las promociones.

Y a Jill Monroe, por demasiados motivos como para enumerarlos.

Dios es bueno. Dios es bueno todo el tiempo.

Prólogo

A los siete años, Koldo estaba sentado en silencio en una esquina de la habitación. Su madre se estaba cepillando el pelo ante el espejo del tocador, canturreando suavemente. Él no podía dejar de mirarla con fascinación.

Cornelia era una de las criaturas más bellas de la creación. Todo el mundo lo afirmaba así; tenía una melena rizada y oscura, con reflejos dorados. Sus ojos eran de color violeta claro, y tenía las pestañas del mismo color que el pelo. Sus labios tenían forma de corazón, y su cutis claro brillaba como el sol.

Koldo no se parecía a ella. Tenía el pelo negro, los ojos oscuros y la piel morena. Lo único que tenían en común eran las alas; tal vez, aquel fuera el motivo por el que él se sentía tan orgulloso de las plumas blancas, que crecían sobre una capa de plumón ámbar. Aquel era su único rasgo positivo.

De repente, su madre dejó de canturrear.

Koldo tragó saliva.

—Me estás mirando como un bobo —le espetó ella. La sonrisa se le había borrado de los labios.

Él miró al suelo, tal y como ella prefería.

—Lo siento, mamá.

—Te he dicho que no me llames así —dijo ella, dando un golpe con el cepillo en el tocador—. ¿Acaso eres tan tonto que ya se te ha olvidado?

—No —respondió él, suavemente.

Todo el mundo alababa su dulzura y su bondad tanto como su belleza, y tenían razón al hacerlo. Ella era generosa y amable con todo aquel que se le acercaba, salvo con él. Él siempre había experimentado una faceta muy distinta de Cornelia. Dijera lo que dijera, hiciera lo que hiciera, ella siempre lo denostaba. Y, aún así, él la quería con toda su alma. Lo único que quería era agradarla.

—Eres una criatura horrible —murmuró ella, mientras se ponía en pie—. Como tu padre.

Koldo no conocía a su padre, solo había oído hablar de él.

Era malvado y repulsivo.

—Van a venir unos amigos míos —dijo Cornelia—. No quiero que salgas de aquí, ¿entendido?

—Sí.

Oh, sí, lo entendía bien. Si alguien lo veía, ella se sentiría avergonzada por su fealdad, y él sufriría las consecuencias.

Cornelia lo miró durante un largo rato. Finalmente, gruñó:

—Debería haberte ahogado en la bañera, cuando eras demasiado pequeño como para poder defenderte.

Con aquellas palabras, salió de la habitación y cerró la puerta.

Aquel rechazo le llegaba al alma, y no estaba seguro de por qué. Muchas veces le había dicho cosas mucho peores.

«Quiéreme, mamá. Por favor».

Tal vez… todavía no fuera capaz; sin embargo, Koldo sintió esperanza y alzó la barbilla. Tal vez él no se hubiera esforzado lo suficiente en demostrar cómo era. Seguramente, si hacía algo especial por ella, su madre se daría cuenta de que no era como su padre. Si limpiaba su habitación y le ponía flores en un jarrón para cuando llegara… y si le cantaba una canción mientras se dormía… ¡Sí! Ella le daría un beso y lo abrazaría para agradecérselo, tal y como hacía a menudo con los niños de los sirvientes.

Lleno de expectación, Koldo dobló las sábanas del camastro en el que dormía y se levantó del suelo. Rápidamente, recogió las túnicas y sandalias que había tiradas por todas partes y colocó los cojines

que había en la alfombra central, donde Cornelia solía relajarse y leer.

Hizo caso omiso de la pared llena de látigos, dagas y espadas, y ordenó todos los objetos que había sobre el tocador: los frascos de perfume, las cremas, el cepillo y el líquido de olor acre que a su madre le gustaba beber. Les sacó brillo a todos los collares, anillos y pulseras que había en su joyero.

Cuando terminó, toda la habitación estaba reluciente. Sonrió y se sintió satisfecho con todos sus esfuerzos. Estaba seguro de que ella iba a agradecerle todo lo que había hecho.

Faltaban las flores.

Cornelia no quería que él saliera de allí y, si él le hubiera prometido que iba a obedecer, lo habría hecho. Sin embargo, él solo le había dicho que entendía sus deseos. Pero él no le había prometido nada. Además, aquello era para ella y por ella, y él no iba a permitir que nadie lo viera.

Se acercó al balcón y abrió las puertas. Notó el aire fresco de la noche. El palacio estaba situado en un lejano reino de los cielos, rodeado por miles de estrellas y una inmensa extensión de terciopelo negro. La luna estaba alta y brillante; solo era una curva delgada que unía dos puntos.

La luna le estaba sonriendo.

Se sintió animado. Se acercó al borde del balcón, que no tenía barandilla, y extendió las alas por completo. Aquello le provocó un arrebato de alegría. Le encantaba volar por el cielo, ascender y bajar en picado, y rodar entre las nubes, asustando a los pájaros.

Su madre no sabía nada de aquello.

—No puedes utilizar las alas. Está terminantemente prohibido —le había dicho, cuando habían empezado a brotarle de la espalda.

Y él había cumplido la orden; sin embargo, un día, ella le estaba diciendo a gritos lo mucho que lo despreciaba, y él se había subido al tejado para que su madre no tuviera que verle la cara. En medio de la tristeza, se había distraído, y se había caído al vacío.

Justo antes de aterrizar, había aleteado con aquellos apéndices que nunca había usado, y eso había minimizado el golpe. Se había roto un brazo, una pierna, un tobillo y algunas costillas, y había sufrido una perforación de pulmón. Sin embargo, al cabo del tiempo se había recuperado de las heridas y, a la siguiente oportunidad, había saltado a propósito. Al instante, se había hecho adicto a la sensación que le producía el aire en la piel y en el pelo, y había deseado más.

En aquella ocasión, se tiró de cabeza, y tuvo que contener un grito de satisfacción. La libertad… el riesgo… el arrebato de fuerza y de calor… Nunca sería suficiente. Justo antes del impacto, se irguió y movió las alas para que la corriente lo elevara suavemente. Aterrizó con precisión y puso los pies en movimiento.

Un paso, dos, tres… y ya había recorrido más de un kilómetro hacia el interior del bosque. No porque fuera rápido, que lo era, sino porque él podía hacer por su madre algo que los demás Enviados a quienes él había visto no eran capaces de hacer. Podía moverse de un lugar a otro solo con el pensamiento.

Hacía pocos meses había descubierto que tenía aquella habilidad. Al principio solo había podido moverse un metro y, después, dos, pero, con la práctica, cada día conseguía ir un poco más lejos. Lo único que tenía que hacer era calmar sus emociones y concentrarse.

Por fin, llegó a la pradera de flores silvestres que había encontrado la última vez que había transgredido las normas y había salido del palacio. Arrancó las más bonitas de todas, las que tenían los pétalos del mismo color lila que los ojos de su madre. Se las acercó a la nariz y las olió. Tenían una deliciosa fragancia a coco. Koldo sonrió.

Si Cornelia le preguntaba de dónde había sacado aquel ramo de flores, le diría la verdad. Se negaba a mentir, ni siquiera para librarse del castigo. Y no solo porque los otros Enviados notaban un mal sabor de boca cuando les decían una mentira, sino también porque las mentiras eran el lenguaje de los demonios, y los demonios eran casi tan malos como su padre.

Su madre agradecería que fuera sincero. Seguro.

Salió del bosque con las manos llenas de flores y volvió, volando, al palacio. Cornelia todavía no estaba en la habitación.

Con un suspiro de alivio, entró por el balcón. Después, quitó del jarrón favorito de Cornelia el ramo viejo de flores secas, puso agua y colocó el ramo fresco. Volvió a su rincón y se dispuso a esperar.

Pasaron horas y horas.

Cuando se abrió la puerta, a él ya se le estaban cerrando los ojos, pero consiguió mantenerse despierto.

Su madre dio unos cuantos pasos y, de repente, se detuvo en seco.

—¿Qué has hecho? —le preguntó, con un jadeo, y giró para mirar todo el dormitorio.

—Lo he hecho para ti.

«Quiéreme, por favor».

Ella tomó aire profundamente. Después, se acercó, se situó frente a él y lo miró con odio.

—¿Cómo te has atrevido? A mí me gustaban mis cosas tal y como estaban.

Él sintió una terrible decepción, un nudo de tristeza en el pecho. Le había fallado una vez más.

—Lo siento.

—¿De dónde has sacado la ambrosía? —le preguntó, y miró hacia las puertas del balcón—. Has volado, ¿verdad?

—Sí.

Al principio, ella no reaccionó. Después, irguió los hombros con un aire de determinación.

—Piensas que puedes desobedecer sin que haya consecuencias. ¿Es eso?

—No. Yo solo…

—¡Mentiroso! —gritó ella, y lo abofeteó con tanta fuerza que él se golpeó contra la pared—. Eres igual que tu padre. Haces siempre lo que quieres, sin preocuparte de lo que sientan los demás, y no voy a tolerar más ese comportamiento.

—Lo siento —repitió él, temblando.

—Créeme, lo vas a sentir de verdad —dijo ella.

Entonces, lo agarró del brazo y tiró de él hasta que lo puso en pie. Él no ofreció ninguna resistencia, y permitió que ella lo atara a los cuatro postes de la cama, boca abajo.

Otra tanda de latigazos, pensó. No le rogó que tuviera piedad, porque Cornelia no iba a tenerla; Koldo lo sabía por experiencia. Se había ganado cientos de castigos como aquel, pero siempre se había recuperado. Por lo menos, físicamente; por dentro, sangraría durante todos los años de su vida.

Su madre tomó una daga de la pared, y no el látigo que utilizaba normalmente.

¿Acaso iba a matarlo?

Por fin, él tiró de las ataduras y se retorció, pero no consiguió liberarse.

—Lo siento, lo siento mucho. Nunca volveré a limpiarte la habitación, te lo prometo. Nunca volveré a salir.

—¿Es que crees que ese es el problema? Oh, pero qué tonto eres. La verdad es que no puedo soltarte. Estás corrupto por la sangre de tu padre —dijo ella. El fuego de sus ojos se le había extendido al resto de los rasgos de la cara, y tenía una expresión de locura—. Le estaré haciendo un favor al mundo al limitar tu capacidad de viajar.

No. ¡No!

—No, mamá. Por favor, no —le suplicó. No podía perder las alas. Prefería morir—. Por favor.

—¡Te he dicho que no me llames así! —gritó ella.

—No volveré a hacerlo, te lo prometo. Pero, por favor… no me hagas esto. Por favor.

—Tengo que hacerlo —respondió Cornelia, mientras se le formaba una sonrisa en los labios—. Debería haberlo hecho hace mucho tiempo.

Un segundo después, le cortó.

Koldo gritó, y gritó, y gritó… hasta que se le acabaron las fuerzas. Hasta que vio sus preciosas alas en el suelo, con todas las plumas blancas empapadas de sangre.

Hasta que solo fue capaz de cerrar los ojos y pedir la muerte.

—Ya está. Shh… Ya está hecho —dijo ella, casi con dulzura—. Has perdido algo que no merecías.

Aquello tenía que ser una pesadilla. Su madre no era tan cruel. Nadie podía ser tan cruel.

Entonces, él sintió sus labios cálidos en la mejilla llena de lágrimas, y el jazmín y la madreselva de su olor ahogaron por completo el olor a coco de las flores.

—Te voy a odiar durante toda la eternidad, Koldo —le susurró ella, al oído—. Y no puedes hacer nada por cambiarlo.

No, no era una pesadilla.

Era su nueva realidad.

Su madre era peor que cruel.

—No quiero cambiarlo —dijo él, con la mejilla temblorosa. Ya no quería cambiarlo.

A ella se le escapó una carcajada melodiosa.

—¿Estoy oyendo la ira en tu voz? Vaya, vaya. Ya te pareces más a tu padre de lo que yo pensaba. Tal vez haya llegado el momento de que lo conozcas —dijo. Después de una pausa, añadió—: Sí, mañana por la mañana te llevaré con el pueblo de tu padre. Y te darás cuenta de lo buena que he sido contigo, si sobrevives.

Capítulo 1

En un mundo de oscuridad, incluso la luz más tenue es un faro.

En el presente

Koldo miró por el pasillo de la UCI del hospital. Tanto él como el guerrero que lo acompañaba eran invisibles a los ojos de los humanos. Los médicos, las enfermeras, las visitas y los pacientes atravesaban sus cuerpos como si estuvieran hechos de niebla. Los seres humanos eran completamente ajenos al mundo invisible que habitaba junto al suyo. Y, sin embargo, aquel era el mundo espiritual que había generado el mundo natural, el mundo humano.

Un mundo espiritual que era la realidad de toda la creación.

Algún día, los seres humanos descubrirían lo exacta que era aquella afirmación. Sus cuerpos morirían, sus espíritus se elevarían, o descenderían, y todos empezarían a comprender que el mundo natural era efímero, y que el espiritual era eterno.

Eterno. Tan eterno como parecía ser el enfado de Koldo. Él no quería estar allí, entre los humanos, en medio de otra estúpida misión, y no le caía nada bien su compañero, Axel. Pero su nuevo líder, Zacharel, quería que estuviera ocupado, o distraído, porque sospechaba que estaba a punto de violar una ley del cielo.

Y Zacharel no se equivocaba.

Después de todo lo que había tenido que soportar Koldo en el pueblo de su padre… después de escapar, y de pasar siglos buscando a su madre, por fin la había encontrado, y la había encerrado en una jaula dentro de una de sus muchas residencias.

Así pues, era cierto. Su situación era muy inestable. Sin embargo, no iba a hacerle daño a aquella mujer. Ni siquiera se rebajaría a romperle una de las uñas. Por el momento, solo quería enseñarle cómo era el horror de estar atrapado en las circunstancias, como ella le había enseñado a él. Como todavía seguía enseñándole.

Y, más tarde… No. No estaba seguro de lo que iba a hacer. Ya no le gustaba pensar en el futuro.

A causa del odio que sentía por Cornelia, Koldo había acabado en el Ejército de la Desgracia. Era un nombre terrible para una fuerza de defensa, pero era el más adecuado. Los miembros eran los peores elementos del cielo… Eran Enviados en peligro de caer en la maldición eterna.

Por varios motivos, aquellos veinte soldados habían ignorado las leyes del cielo. Estaban destinados a amar, pero sentían odio. Estaban destinados a ayudar a los demás, pero solo podían hacer daño. Estaban destinados a construir, pero solo destruían.

Hacía tres meses, les habían dado la oportunidad de mejorar su actitud. Si no lo hacían, serían desterrados al infierno.

Koldo haría lo que fuera necesario con tal de impedirlo, incluso renunciar a la venganza. No quería perder el único hogar que había conocido.

Axel lo tomó del brazo.

—¡Tío! ¡Mira aquella chavala!

Aquel era uno de los motivos por los que no le gustaba trabajar con Axel.

—¿Te importaría concentrarte? —le espetó, y tiró del brazo para zafarse de él. No le gustaba nada el contacto con los demás.

—Sí —respondió Axel, con una sonrisa irreverente—, pero no me refería a lo buena que está, sino a sus demonios. Mira.

Entonces, Koldo la miró, pero ella estaba entrando en una habitación, y la puerta se cerró. La mujer quedó fuera de su campo de visión.

—Es demasiado tarde —dijo.

—Solo es demasiado tarde cuando estás muerto. Vamos. Tienes que ver esto.

Entonces, Axel traspasó la entrada.

Koldo apretó los puños con rabia. Tenían una misión, y aquellas distracciones solo servían para prolongar su estancia en un lugar que estaba lleno de demonios, demonios que se reían del dolor que sentían los humanos y que susurraban al oído de cualquiera que quisiera oírlos.

«No puedes sobrevivir», decían. «No hay esperanza». Y, aquellos humanos… Muchos de ellos eran como marionetas para los demonios. Si no conseguían resistir, se convertirían en bajas de una guerra entre el bien y el mal.

Así eran las cosas.

El Más Alto era quien reinaba en el cielo. En realidad, era una trinidad compuesta por el Piadoso, el Ungido y el Poderoso, y el Más Alto era el rey de reyes. Su palabra era la ley. Él había nombrado a varios subordinados por todos los cielos; Germanus, o Deidad, como lo llamaban algunos de la raza de Koldo, era uno de aquellos subordinados. Un rey que respondía ante el Más Alto.

Germanus dirigía a los Siete de la Elite: Zacharel, Lysander, Andrian, Gabek, Shalilah, Luanne y Svana. Y cada uno de ellos, a su vez, dirigía un ejército de Enviados. Zacharel, por ejemplo, dirigía al Ejército de la Desgracia.

Los Enviados parecían ángeles, pero no eran exactamente ángeles. Tenían alas, combatían el mal y ayudaban a los humanos pero, en realidad, eran hijos adoptados del Más Alto, y sus vidas estaban ligadas a la suya. Él era la fuente de su poder, la esencia de su existencia.

Los Enviados, como los humanos, tenían que luchar contra los deseos de la carne. Experimentaban lujuria, avaricia, envidia, rabia,

orgullo, odio y desesperación. Los ángeles, en realidad, eran sirvientes y mensajeros del Más Alto. No experimentaban ninguna de aquellas cosas.

Tenía que concentrarse.

Koldo se cuadró de hombros. Zacharel les había enviado a aquel hospital para que mataran a un demonio en particular. Aquel demonio había cometido el error de atormentar a un paciente que sabía de la existencia del mundo espiritual que lo rodeaba, de un hombre que había pedido ayuda al Más Alto.

El Más Alto era el amor personificado, y estaba dispuesto a ayudar a aquel que lo pidiera. Algunas veces enviaba a ángeles y, en otras ocasiones, elegía a Enviados. Algunas veces mandaba a los dos tipos de ser, dependiendo de la situación y de las habilidades que fueran necesarias. En aquella ocasión, los elegidos habían sido Koldo y Axel. Estaban cerca, iban a una sesión de entrenamiento, cuando Zacharel les había enviado las órdenes por telepatía.

Axel asomó la cabeza por el centro de la puerta y dijo:

—¡Tío! ¡Te lo estás perdiendo!

—La persona que está en esta habitación no es de nuestra…

El guerrero sonriente volvió a desaparecer.

—Incumbencia.

Su ira se intensificó.

«Contrólate».

Él podría continuar y enfrentarse al demonio que debía eliminar, pero, según las órdenes de Zacharel, no podía proceder sin su compañero.

Apretó los dientes y atravesó la puerta de la habitación sin problemas. Miró a su alrededor; era una habitación pequeña, en la que había una paciente rubia conectada a varias máquinas. Había una mujer pelirroja sentada a su lado, parloteando.

—Dos de mis compañeros de la oficina estaban discutiendo sobre cuál corría más rápido —decía—, y, en un abrir y cerrar de ojos, todos los demás estaban haciendo apuestas.

Tenía una voz susurrante, como si estuviera llena de humo y sueños, que envolvió a Koldo como si fuera una capa de miel caliente. Sin embargo, junto a la sensación calmante también había tensión. Todos los músculos del cuerpo se le contrajeron como si se estuviera preparando para la guerra. ¿Acaso él quería luchar contra un ser humano tan delicado? Pero ¿por qué? ¿Quién era ella?

—Me sentí como si estuviera en mitad de una casa de apuestas, o algo así.

Se echó a reír, y su risa era muy bonita, pura y desinhibida. Él nunca había experimentado nada que le hiciera reír de aquel modo.

—Entonces, decidieron echar una carrera en el aparcamiento a la hora de la comida, y el que perdiera tendría que comerse lo que hubiera en una tartera de plástico que estaba en el frigorífico, una que llevaba un mes allí. El contenido ya estaba negro. Oí los vítores cuando estaba saliendo del aparcamiento, pero no he visto quién ganaba.

Él solo veía la parte superior de su cuerpo, pero, a juzgar por la fragilidad de su estructura ósea, era muy pequeña. Tenía unos rasgos poco agraciados, el cutis muy pálido y los ojos grises como una tormenta de invierno. Llevaba la melena pelirroja recogida en una coleta, y las puntas del pelo se le rizaban hasta llegar casi a los codos.

Tenía un aire de fatiga y, sin embargo, había una chispa en sus ojos invernales.

Pero los demonios que había tras ella iban a apagar aquella chispa muy pronto.

Koldo se fijó en las dos criaturas. Estaban colocadas a la izquierda y a la derecha de la mujer, y cada una tenía una mano en su hombro. Eran de la misma estatura que él, y tenían los ojos negros, sin pupila. El de la izquierda tenía un solo cuerno en el centro de la frente, y su cuerpo estaba cubierto de escamas color granate. El de la derecha tenía dos gruesos cuernos que emergían de su cuero cabelludo, y un pelaje oscuro y espeso.

Había muchos tipos de demonios, y todos ellos tenían formas y tamaños distintos. El primero de su raza era el ángel caído, Lucifer, y después había otros grupos: los viha, los paura, los násilí, los slecht, los grzech, los pica y los envexa. Y muchos más. Todos buscaban la destrucción de la humanidad.

Y, entre aquellos tipos de demonios, había rangos. El de la derecha era un paura de alto rango, encargado del miedo, y el de la derecha, un grzech de alto rango, encargado de la enfermedad.

A los demonios les gustaba aferrarse a los seres humanos. Valiéndose de los susurros y el engaño, los pauras conseguían infectarlos con una toxina que elevaba sus niveles de ansiedad, y los grzech debilitaban su sistema inmunitario. Después, los demonios se alimentaban del miedo y de la enfermedad del ser humano, y lo convertían en alguien tan frágil que terminaban por destruirlo.

Aquella chica debía de ser un verdadero bufé.

Pero ¿hasta qué punto estaba enferma?

El demonio de la izquierda dejó de intentar ignorar a Axel, que lo estaba abofeteando y burlándose de él, mientras bailaba a su alrededor, y le lanzó una mirada fulminante.

Koldo despreciaba a los demonios con todo su ser. Todos ellos eran ladrones y asesinos, como el pueblo de su padre. Solo dejaban destrucción y caos a su paso. Lo destrozaban todo, y aquellos dos no iban a dejar a la muchacha tranquila a no ser que Axel y él los obligaran. Aunque, de todos modos, ella aceptaría, más tarde, sin saberlo, el acoso de otros demonios.

Observó a la chica que estaba tendida en la cama del hospital. Su mirada atravesó la manta, la fina tela del camisón, e incluso la piel y los músculos. Koldo vio algo que lo dejó asombrado.

Para él, la muchacha rubia se había vuelto transparente como el cristal. En su interior había un grzech, distinto al que estaba atormentando a la pelirroja. Aquel tenía unos tentáculos que había extendido hasta la mente y el corazón de la rubia, y con los que le estaba absorbiendo la vida.

A menudo, el Más Alto bendecía a los Enviados con habilidades sobrenaturales concretas durante una situación complicada, cosas como aquella visión de rayos equis. ¿Y por qué en aquel momento? ¿Por qué con aquella muchacha, y no con la otra?

Koldo obtuvo la respuesta para aquellas preguntas muy pronto, al comprender, en un abrir y cerrar de ojos, cómo le había ocurrido aquello a la humana; parecía que alguien estaba descargando la información en su cerebro.

Aquellas dos chicas mellizas habían nacido a las veintiséis semanas de gestación, con graves defectos en el corazón. Los médicos habían tenido que operarlas muchas veces, y habían estado al borde de la muerte en muchas ocasiones. A lo largo de los años, sus padres les habían repetido muchas veces que debían guardar siempre la calma, o que sufrirían otro ataque al corazón.

Sus padres pronunciaban una y otra vez aquellas palabras inocentes para ayudar a sus hijas. Al menos, eso era lo que creían.

Las palabras eran una de las fuerzas más poderosas para los hombres. El Más Alto había creado el mundo con sus palabras. Y los seres humanos, que estaban hechos a su imagen y semejanza, podían dirigir el curso de su propia vida con las palabras. Su boca era como el timón de un barco. Creaban y destruían con las palabras.

Al final, la muchacha rubia había terminado por creer que, con el más ligero aumento en sus emociones, sufriría otro ataque cardíaco, y aquella creencia le había producido el miedo.

El miedo era el comienzo de la fatalidad, porque las leyes celestiales decían que a una persona le sucedería aquello que más temía. En el caso de la muchacha rubia, el miedo se había apoderado de ella en forma de grzech. Ella había llamado la atención de aquel demonio por ser un blanco muy fácil.

Primero, el demonio le había susurrado la toxina al oído, haciéndole sugerencias destructivas.

«Se te puede parar el corazón en cualquier momento».

«Oh, qué dolor… es insoportable. No puedes pasar por eso otra vez».

«En esta ocasión, los médicos no podrán salvarte la vida».

Los demonios sabían que los ojos y los oídos de los seres humanos eran una puerta directa a la mente, y que la mente era la puerta del espíritu. Así pues, cuando la muchacha rubia había recibido aquellas sugerencias tan horribles, que habían empezado a reverberar sin pausa en su mente, el miedo se había multiplicado y se había convertido en una verdad envenenada que le había devastado las defensas y había permitido que el demonio se instalara en su interior, que construyera una fortaleza y que comenzara a destruirla progresivamente.

La muchacha había sufrido otro ataque al corazón, y el órgano se le había debilitado más de lo que la medicina humana podía reparar.

¿Acaso el Más Alto quería que Koldo la ayudara, aunque ella no fuera parte de su misión actual? ¿Era aquel el motivo por el que se le había revelado aquella situación?

La mujer pelirroja suspiró y se apoyó en el respaldo de la silla. Koldo volvió a fijarse en ella. De nuevo, vio carne y sangre, en vez de espíritu. El don del Más Alto no abarcaba también a aquella muchacha.

Koldo no tuvo tiempo de preguntarse por qué. Percibió un aroma a canela y vainilla, mezclado con el olor repugnante del azufre. Aquel era un olor del que la chica no podría liberarse mientras los demonios siguieran a su lado.

—Bueno, tengo que irme ya —dijo ella, y se frotó la nuca como si tuviera los músculos tensos—. Ya te contaré quién ha ganado la carrera, La La.

¿Tenía alguna idea de que los demonios la estaban acosando? ¿Sabía que estaba llena de toxinas de demonio, como su hermana, y que si no luchaba contra ellas, terminaría en las mismas circunstancias?

Koldo podía matar a aquellos dos demonios, pero los demás sentirían que era presa fácil y la atacarían. Volverían a rodearla, y

ella, que era ajena a lo que ocurría a su alrededor, volvería a rendirse.

Para conseguir un éxito duradero, él tendría que enseñarla a luchar contra la toxina. Sin embargo, para poder enseñarla, necesitaría su cooperación y su tiempo. Tal vez ella no quisiera cooperar, y tal vez no tuviera tiempo, pero… el Más Alto quería que la ayudara. Tal vez Koldo tuviera que salvar a la muchacha pelirroja del mismo destino que el de la muchacha rubia.

En cualquier caso, la decisión de ayudarla o no debía tomarla él mismo. Germanus y Zacharel daban órdenes, pero el Más Alto no. Ni siquiera cuando revelaba una verdad. Él nunca se imponía a la libre voluntad de los demás.

—¿Quieres participar en esto, tío? —le preguntó Axel, que seguía abofeteando a los demonios que había junto a la pelirroja—. Porque voy a subir un grado de nivel.

—Un grado por encima de molesto es tan solo irritante —respondió; ya estaba furioso, porque sabía que iba a elegir la misión que tenían encomendada. La supervivencia siempre estaba por encima de todo.

Y, de todos modos, ¿por qué le sacaba de quicio aquello? Le gustaba la voz de la chica, sí, ¿y qué? ¿Quién era ella para él? Nadie. ¿Por qué iba a preocuparse por su futuro?

—Tenemos que cumplir con nuestro deber —añadió. Al instante, se sintió culpable por abandonar a la chica.

—Oh, vamos, tío —le dijo Axel—. Hay que divertirse de vez en cuando.

—No, vamos, tú —replicó él—. ¡Ahora mismo!

Antes de que cambiara de opinión.

—Está bien, está bien —dijo Axel.

Entonces, le dio una patada a uno de los demonios en la parte posterior de las rodillas. El otro monstruo se giró rápidamente y le dio un puñetazo a Axel en un lado de la cabeza, con tanta fuerza, que el ángel salió disparado y atravesó la pared más alejada de la habitación.

Cuando Axel volvió a entrar, Koldo se situó frente a los demonios para evitar que se lanzaran definitivamente al ataque.

—Si volvéis a tocarlo, vais a descubrir mi talento con una espada de fuego —les advirtió.

Para Koldo, la lealtad era importante. Merecida, o no.

—Sí —dijo Axel, que no parecía muy disgustado, ni siquiera un poco molesto—. Ya habéis oído.

Koldo lo miró, y se dio cuenta de que su compañero tenía los dos puños levantados y estaba saltando de un pie a otro. No era posible que tuviera miles de años. No era posible.

—Vosotros sois los intrusos aquí —dijo el demonio que había pegado a Axel, con una voz tan rasgada como el cristal roto—. La chica es nuestra.

Koldo tuvo que reprimir el impulso de destrozar a los demonios. Agarró a Axel por el cuello de la túnica y lo empujó hacia la puerta.

—Espero que volvamos a vernos —les dijo a los demonios.

Ellos sisearon mientras Koldo salía de la habitación. En el pasillo, Axel le clavó los ojos azules.

—¡Tío, me has arrugado la ropa!

—¿Y qué importa? —preguntó él—. Vamos a una batalla, no a hacer un desfile de moda celestial.

—Ya lo sé. Pero yo tengo que tener el mejor aspecto posible en todas las situaciones.

En aquel momento, pasó un celador empujando un carro lleno de bandejas de comida, y llamó la atención de Axel. Siguió al celador con una sonrisa.

—¡Huele a flan!

«Qué sublime», pensó Koldo. «Me han puesto de compañero al único guerrero alado con déficit de atención e hiperactividad».

La diversión terminó en cuanto Koldo y Axel se acercaron a su objetivo. Era un demonio, un slecht que estaba atormentando a un

ser humano. El hombre estaba sedado y atado con correas a la cama.

La criatura estaba levitando a su derecha, susurrándole maldición tras maldición.

—Ve-vete —gorgoteó el ser humano. Podía ver al demonio, pero no podía verlos a ellos dos—. ¡Déjame en paz!

Cuanto más hablaba, más se fortalecía. Sin embargo, no era suficiente.

Uno no podía matar a un dragón si antes no había aprendido a matar a un oso.

Alex dejó boquiabierto a Koldo con su reacción. Se lanzó hacia delante sin decir una palabra, con las alas extendidas hacia atrás. El demonio solo tuvo tiempo de mirar hacia arriba y soltar un jadeo, mientras el guerrero sacaba dos espadas de doble filo de un bolsillo de aire, y atacaba.

Aquellas espadas eran un regalo del Más Alto; le eran entregadas a todos los Enviados. Axel las movió como si fueran una tijera gigante y le cortó la cabeza al demonio en un abrir y cerrar de ojos. Las dos partes de la criatura cayeron al suelo con un sonido sordo, se convirtieron en ceniza y desaparecieron.

Koldo había pensado que sería él quien tendría que llevar el peso de la lucha. Aquello era… era…

No era justo.

El humano se desplomó sobre la cama y se relajó.

—Se ha ido —murmuró con alivio—. Se ha ido.

Entonces, cerró los ojos y se sumió en un sueño que, seguramente, era el primer sueño placentero que tenía desde hacía meses.

Alex metió de nuevo las espadas en el bolsillo de aire.

—Mierda, no quería hacerlo otra vez.

¿Otra vez?

—¿Ya habías matado tan rápidamente otras veces?

—Sí, claro. Todas las veces. Pero alguna vez, solo alguna vez, me gustaría luchar un poco antes de dar el golpe de gracia. Bueno,

hasta otra.

Axel echó a volar hacia arriba, atravesó el techo y desapareció.

Aquel hombre era tan problemático como él mismo. No era de extrañar que se lo hubieran asignado a Zacharel.

¿Estaría tan cerca de caer como él?

«Vamos, ve a casa».

Aquel era un buen consejo, y había surgido en su propia mente. Debería seguirlo. Sin embargo, con solo pensar en la muchacha pelirroja, quiso volver a verla. Volvió a sentirse tenso, y regresó a la habitación de la muchacha rubia.

Sin embargo, su hermana ya no estaba allí.

Sintió decepción, frustración y, finalmente, ira.

Se teletransportó a su hogar oculto en un acantilado de la costa de Sudáfrica. Aquella era una habilidad muy útil. Había aprendido mucho sobre sí mismo y sobre sus dones desde que lo habían dejado abandonado en mitad del campamento de su padre, hacía muchos siglos.

«Un hombre tiene que hacer todo lo posible por sobrevivir, hijo. Y te lo demostraré».

Aquellas habían sido las palabras de su padre. Y, sí, Nox se lo había demostrado.

Al recordar todo aquello, la frustración y la ira se desbordaron, y Koldo rugió. Comenzó a dar puñetazos contra las paredes, una y otra vez. Los nudillos se le tiñeron de sangre, y los huesos comenzaron a fracturarse y astillarse como la piedra. Cada uno de aquellos puñetazos era un testimonio de la rabia y del dolor desgarradores que sufría desde hacía siglos, y que nunca se le habían curado. Aquella era una herida supurante que nunca se cerraría.

Él lo sabía. Era lo que sus padres habían hecho de él.

Había intentado ser algo más. Había intentado ser mejor, pero no lo había conseguido. La oscuridad lo arrastraba constantemente como si fuera una marea negra, y lo golpeaba contra una presa inestable que contenía recuerdos venenosos y emociones corrosivas.

Koldo solo era capaz de reconstruir aquella presa después de estallidos como aquel.

Continuó dando puñetazos hasta que se quedó sin fuerzas, jadeante y empapado en sudor; sin embargo, habría podido seguir con mil golpes más. No lo hizo; se obligó a sí mismo a respirar profundamente, rítmicamente, y se imaginó una cascada de oscuridad saliendo de él.

La presa se fortaleció.

Sintió dolor físico, pero eso no le importaba.

Atravesó la habitación; por el camino, se agarró el cuello de la túnica sucia y se la sacó por la cabeza. Tiró la prenda al suelo y sintió el viento azotándole la piel. No tenía puertas para contener las tormentas, ni ventanas para silenciar los sonidos de la naturaleza. Toda la casa estaba abierta a los elementos, como si fuera una vitrina de roca negra y brillante.

Se detuvo al borde de una enorme roca que dominaba una cascada. Del mar turbulento ascendían gruesas vaharadas de niebla que envolvían su cuerpo desnudo.

Iba allí cuando deseaba tener paz y privacidad. Toda aquella turbulencia le proporcionaba calma. Una ráfaga de viento le agitó los abalorios con los que se había adornado los mechones de pelo de la barba.

Antes tenía una larga melena negra, también adornada con aquellos abalorios de colores. Ahora, sin embargo… Se pasó la mano por el cráneo afeitado. Ahora estaba calvo; había sacrificado su magnífico pelo a cambio de la venganza.

Ahora se parecía a su padre.

Sin poder evitarlo, recordó una de las muchas veces en las que había estado al fondo de un pozo negro, profundo, con miles de demonios sierpe despellejándole la piel y cortándole el cuello.

Las sierpes eran como las serpientes. Le clavaban los colmillos continuamente y le inoculaban veneno directamente en las venas. Sin embargo, él se mantenía inmóvil, fuerte, sin emitir un solo quejido. Su padre le había dicho que le quitaría un dedo por cada

signo de debilidad que demostrara. Y que, cuando se quedara sin dedos de las manos y de los pies, le cortaría las manos, los pies… las piernas y los brazos.

En aquel tiempo, todavía no había alcanzado la madurez, y por eso no había podido regenerar sus alas; sabía que su cuerpo tampoco podría regenerar el resto de sus miembros. Habría sufrido durante toda su vida, y él…

Intentó apartarse aquellos recuerdos de la cabeza. Su padre había estado torturándolo durante once años. ¿Y qué? Al final, los Enviados lo habían rescatado y, más tarde, él mismo había entrado a formar parte de su ejército. No del mismo ejército al que pertenecía en el presente, sino a otro que comandaba el difunto Ivar. En aquellos tiempos, Ivar era el mejor de toda la Elite, y estar bajo su mando era todo un honor.

Y, sin embargo, en un arrebato de ira como el que acababa de tener, Koldo había desperdiciado aquella oportunidad al retar y vencer a Ivar delante de sus hombres.

Todavía sentía un profundo arrepentimiento por haberle faltado el respeto a aquel hombre tan admirable.

A Koldo lo habían expulsado del ejército, y se había quedado solo durante un tiempo. Y, durante aquel tiempo, había aprovechado para volver al campamento de su padre y acabar con todo el mundo.

El único día verdaderamente grande en toda su vida.

Alzó un brazo y se agarró a la roca que había por encima de él. «Ahora soy parte de este nuevo ejército, cuyo líder es Zacharel». Y, al día siguiente, Zacharel tendría otra misión para él, algo que estaría muy por debajo de sus capacidades. Koldo lo sabía porque, durante las últimas tres semanas, Zacharel lo había enviado a alguna u otra misión todos los días para que no tuviera la oportunidad de violar ninguna de las leyes celestiales y ganarse un castigo.

Él podía mentir.

Podía robar.

Podía matar.

Podía hacer muchas cosas que no podía hacer ningún otro miembro de su raza. Y, sin embargo, no iba a hacerlas.

Afortunadamente, no tendría que preocuparse de que volvieran a asignarle a Axel como compañero. Zacharel lo emparejaba cada día con alguien diferente, seguramente, para mantenerlo distraído.

Y, por desgracia, estaba funcionando.

Sin embargo, había una luz en el horizonte. La chica del hospital de Wichita, Kansas. La pelirroja. Todavía quería verla.

No podía ser tan diminuta como la recordaba; que él supiera, tenía las piernas tan largas y esbeltas como las de una bailarina. Y su pelo no podía tener el dulce color de las fresas. Seguramente, era de un color rojizo mucho más corriente, o rubio oscuro. Seguramente, él se había imaginado la pureza de su tono.

Se irguió con una sensación de impaciencia. Tenía que saberlo.

Y, para averiguarlo, tenía que encontrarla.

Capítulo 2

Koldo pasó el resto de la noche consultando los archivos celestiales, y recabó información interesante acerca de aquellas dos muchachas humanas. La chica moribunda era Laila Lane, y la otra era su hermana, Nicola. Eran gemelas idénticas, no mellizas, y tenían veintitrés años. Nicola era la mayor por dos minutos, y ambas estaban solteras.

Eran demasiado jóvenes.

El hecho de que Laila fuera rubia y Nicola, pelirroja, se debía a que Laila se había teñido el pelo con la esperanza de ser «única». Las chicas no tenían más familia, solo se tenían la una a la otra. Sus padres habían muerto en un accidente de tráfico cinco años antes.

Koldo salió de la biblioteca y se teletransportó a la habitación de Laila. Nicola no estaba allí, pero eso no le preocupó. Según los chismorreos de las enfermeras, iba a visitar a su hermana todos los días, así que solo tenía que esperar.

Se acercó a la cama. En aquella ocasión, el don del Más Alto no estaba en funcionamiento, así que, cuando miró a la muchacha rubia, no vio al demonio que estaba oculto bajo su piel.

Sin embargo, la visión fue casi igual de mala.

Tenía el pelo seco y mate. Tenía unas ojeras muy oscuras y los labios agrietados. Su piel estaba amarillenta, y aquello era señal de que el hígado había dejado de funcionar.

No iba a vivir mucho más tiempo.

El Agua de la Vida era un líquido muy poderoso que podía reparar la carne humana dañada; era lo único que podría salvarla. También la liberaría de su demonio. Sin embargo, los pensamientos, las acciones y las palabras de la muchacha influirían en las probabilidades de éxito continuado de aquella agua prodigiosa.

El grzech volvería e intentaría envenenarla de nuevo. Así pues, aunque Koldo le diera el agua, ella tendría que aprender a luchar contra los demonios por sí misma, y luchar de verdad. ¿Estaría dispuesta a entablar la lucha?

Tal vez sí, pero Koldo no estaba dispuesto a sufrir y sacrificarse, y eso era lo que tendría que hacer para poder acercarse a la orilla del Río de la Vida. Primero, lo azotarían con un látigo, y segundo, tendría que renunciar a algo que fuera verdaderamente valioso para él. La última vez había tenido que cortarse el pelo, y no había forma de saber lo que le exigirían en la siguiente ocasión. ¿Su capacidad de teletransportarse? ¿La liberación de su madre cautiva?

¡Nunca!

Aquella práctica no había sido creada por el Más Alto, que ni siquiera la aprobaba. Sin embargo, Germanus se negaba a poner fin a una tradición que, según él, había sido practicada por su raza desde el principio de los tiempos para demostrar el alcance de la determinación de quien acudía a buscar el Agua de la Vida. Así pues, una vez más, la libre voluntad prevalecía, y la práctica continuaba año tras año. Koldo no veía la manera de evitarla.

De repente, se abrió la puerta de la habitación, y entró Nicola. Al verla, Koldo se irguió, e incluso se puso tenso. Frunció el ceño. Su cuerpo solo reaccionaba de aquella manera antes de una batalla. ¿Por qué le estaba ocurriendo con ella?

Por lo menos, la muchacha no sabía que estaba allí. Él estaba en el reino espiritual, y ella, en el natural, así que había una barrera que bloqueaba su visión.

La observó de pies a cabeza, lentamente. Su melena era, en efecto, del color de las fresas, larga y rizada. Tenía ojeras y estaba sonrojada. Tenía los labios hinchados, como si se los hubiera

mordido. Pese al calor que hacía fuera, llevaba un jersey rosa puesto sobre los hombros.

Era muy pequeña y delicada, tal y como él recordaba. Koldo le sacaba muchos centímetros de altura, y podría partirla por la mitad con un solo giro de la muñeca.

Iba acompañada por los mismos demonios de siempre. Al ver a Koldo, ellos soltaron una retahíla de oscuras maldiciones.

—¿Por qué estás aquí?

—¿Qué es lo que esperas conseguir?

Él los ignoró, y ellos decidieron corresponderle, con la idea de que, seguramente, volvería a marcharse como la primera vez.

—Hola, La La —dijo ella, suavemente—. Soy yo, Co Co. Me han dicho que has empeorado.

Aquellas palabras estaban llenas de tristeza y, sin embargo, su voz fue como una caricia para él. Como un cosquilleo, o como el roce del terciopelo. Koldo saboreó todas aquellas extrañas sensaciones.

Nicola acercó una silla a la cama, con esfuerzo, y los demonios se rieron de ella. Koldo sintió un arrebato de ira e hizo ademán de acercarse para ayudarla. Sin embargo, se contuvo. Aquel no era el mejor momento para revelar su presencia, porque asustaría a la muchacha.

Los demonios se dieron cuenta de sus intenciones y lo miraron con cara de odio.

—No eres bienvenido aquí, Koldo —dijo el de la izquierda.

Si uno respondía a un demonio, lo invitaba a la conversación, y mantener una conversación con un demonio era exponerse a un caudal de mentiras. Koldo no era tan tonto como para eso. Sin embargo, no le sorprendió que la criatura supiera su nombre. Él había matado a muchos demonios a lo largo de los siglos, y era bien conocido.

—Podemos obligarte a salir de aquí —proclamó el de la derecha.

No tuvo más remedio que responder a aquella provocación.

—Podéis intentarlo.

Hicieran lo que hicieran, nunca lo conseguirían.

Nicola le acarició suavemente la mano a su hermana.

—Oye, ¿no te lo he contado? Al final, fue Blaine el que ganó la carrera.

Los monitores siguieron pitando rítmicamente, y la muchacha continuó inmóvil.

En aquella ocasión, Koldo decidió que iba a ayudarla. Para empezar, tendría que hacer algo para asegurarse de que ella lo escuchara y de que siguiera sus indicaciones.

Esa era la única forma de que la muchacha pudiera salir de aquella situación.

Y tal vez fuera también su única forma de salvación. Al salvarla a ella, tal vez él consiguiera expiar algunos de sus pecados.

Expiación. Aquella palabra reverberó por su mente. Era algo que anhelaba, pero que no merecía. Algunas veces, cuando cerraba los ojos, todavía oía los gritos de agonía que había provocado… todavía notaba el miedo de sus víctimas.

Apretó los puños con determinación. Podía hacer aquello, y ella también.

—Vas a ponerte mejor, La La —anunció ella, de repente. Koldo tuvo la extraña sensación de que sus pensamientos le habían transmitido esperanza—. Tienes que recuperarte. No voy a permitir que sea de otro modo. Soy la hermana mayor, y tienes que hacer lo que yo diga.

Con la mirada fija en Koldo, el demonio de la derecha se inclinó y le dijo algo al oído. Extendió su veneno.

Ella palideció.

El demonio de la izquierda le apretó el hombro, y ella se inclinó hacia delante, como si hubiera perdido energía.

Dejó de hablar de la victoria, y volvió a hablar de su día de trabajo.

Koldo se frotó la nuca. Lo que acababa de ocurrir era un buen ejemplo de cómo debía de haber sido su vida: tratar de levantarse y recibir un golpe que volvía a derribarla.

Pues bien: eso iba a terminar.

Volvió a ponerse tenso, preparándose para la guerra. Pero aquello era distinto a lo que había sentido cuando Nicola había entrado en la habitación. No sentía impaciencia ni emoción; lo único que quería era exterminar a su enemigo.

Extendió la mano y llamó a la espada de fuego. Aquella espada era otro don que todos los Enviados recibían del Más Alto, y siempre tenían derecho a usarla.

Las dos criaturas demoníacas se irguieron, y de sus espaldas brotaron unas alas retorcidas.

—¿Seguro que quieres hacer esto? —le preguntó el demonio de la derecha, con una sonrisa de alegría. Los cuernos que el monstruo tenía en la cabeza comenzaron a crecer y a crecer, hasta que se transformaron en dos terribles torres de marfil. De entre sus labios surgieron unos colmillos afilados que le bajaron hasta más allá de la barbilla—. Saldrás con vida, pero destrozado.

El demonio de la izquierda experimentó la misma transformación grotesca, y de sus escamas comenzaron a salir chispas de fuego.

Koldo no se molestó en responder. Se limitó a lanzarse hacia delante, blandiendo la espada. Los dos demonios se apartaron volando del peligro, pero él esperaba aquel movimiento, así que se agachó al aterrizar y se giró hacia la derecha. Las llamas de la hoja de la espada cortaron el muslo del demonio de la derecha.

El monstruo gruñó de dolor, y el aire se llenó de un olor a pelo quemado.

Koldo se levantó de un salto, extendiendo una pierna hacia delante y otra hacia atrás, de manera que consiguió golpear a sus dos oponentes al mismo tiempo. Aterrizó, y ellos se recuperaron lo suficiente como para saltar hacia él, dándole puñetazos. Él bloqueó a uno y consiguió agarrar al otro del brazo para usarlo como apoyo y, de un salto, dar una patada con las botas en la garganta del que tenía bloqueado. Después, hizo girar por el aire al segundo, lo tiró al suelo y le pisoteó la cara. Los huesos del monstruo crujieron al romperse.

Antes de sufrir un segundo pisoteo, el demonio de la izquierda consiguió ponerse en pie y saltó sobre la cama, sin que ninguna de las dos mujeres notara absolutamente nada. Sin pausa, se abalanzó sobre la espalda de Koldo, y con su cola acabada en pica afilada le rodeó el cuerpo y le cortó el vientre, hasta los intestinos.

Después, levantó la cola para cortarle también el cuello, pero Koldo se teletransportó al otro lado de la cama. En cuanto apareció de nuevo, se inclinó hacia delante, agarró el extremo de la cola cortante del monstruo y lo hizo girar.

Entonces, con la espada de fuego, le cortó el brazo, quemándole las escamas y los huesos. La sangre negra y viscosa de la criatura salpicó todo el suelo.

Las mujeres humanas, sin embargo, nunca verían aquella sangre.

Entre gritos de dolor y agonía, el demonio recogió su brazo cercenado del suelo y saltó por la ventana. Al contrario que los Enviados, los demonios no podían regenerar sus miembros, así que era necesario que le reengancharan el brazo al cuerpo.

Koldo sabía que aquella no iba a ser su última batalla con él.

El demonio de la derecha, entre imprecaciones, aleteó en dirección a Koldo. Koldo lo golpeó con todas sus fuerzas y le rompió la nariz. Después, con un rápido golpe de la espada, le cortó uno de los enormes cuernos, que cayó al suelo con estruendo. El demonio, rabioso y con la cara llena de sangre negra, rugió y se lanzó hacia él otra vez. Koldo y él giraron por la habitación, golpeándose contra las paredes, contra el techo, cayendo en la cama y atravesando a Nicola mientras ella continuaban hablando con su hermana sin percatarse de nada.

Koldo soltó la espada de fuego y agarró un puñado de pelo del pecho de la bestia. La empujó salvajemente hacia la pared de enfrente, y el demonio la atravesó. Un segundo después, había vuelto a la habitación.

—¡La chica es mía! ¡Mía! —rugió, moviéndose en círculo alrededor de él—. Nunca la soltaré.

—Fuiste un idiota cuando decidiste seguir a Lucifer en vez de al Más Alto, y ahora sigues siendo un idiota por pensar que puedes vencerme. Luchas desde la derrota, y siempre lo harás.

Hacía mucho tiempo, el Más Alto había vencido a todas las fuerzas del infierno. Sin embargo, las criaturas seguían atacando a los seres humanos para hacer daño a aquellos a quienes amaba el Más Alto.

Se oyó un silbido de rabia.

—¡Yo te enseñaré lo que es la derrota! —gritó el demonio. Sin embargo, en vez de lanzarse de nuevo hacia él, comenzó a retroceder lentamente, sonriendo—. Sí, yo te lo enseñaré. Muy, muy pronto.

Y, con aquellas palabras, desapareció a través de la pared.

Koldo esperó sin bajar la guardia, pero el demonio no volvió. Sin duda, había ido a reclutar a algunos de sus amigos.

«Estaré preparado».

El único problema era que «muy, muy pronto», podía significar cualquier cosa en el lenguaje de los demonios; podían ser mil años, o podía ser solo un día.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nicola, de repente—. Es como si se me hubieran quitado dos montañas de los hombros —añadió. Mientras hablaba, una sonrisa le iluminó toda la cara, y pasó de ser normal a ser exquisitamente bella. Su cutis pálido comenzó a sonrojarse, y sus ojos se volvieron del color del verano, en vez de ser como el invierno.

A él se le secó la garganta.

—Oh, La La. ¡Es maravilloso!

Maravilloso, sí, pero su sangre seguía estando llena de toxinas. Habría que encargarse de eso.

Koldo se dio cuenta de que iba a tener que encontrar una manera de revelarse con delicadeza ante ella, y eso era algo que nunca había hecho con un ser humano. Tendría que ganarse su confianza, pero ¿cuándo? ¿Cómo? ¿Y cuál sería su reacción?

«Sé tan astuto como una serpiente y tan inofensivo como una paloma», solía decirle Germanus.

Era gracioso, pero Koldo estaba mucho menos seguro de su éxito con la muchacha de lo que había estado con respecto a su victoria sobre los demonios.

Capítulo 3

Al día siguiente

Se abrieron las puertas del ascensor, y Nicola Lane entró en la cabina. Al ver que estaba sola, sintió alivio. Por fin…

Sin embargo, comprobó con sorpresa que no estaba sola. Oh, vaya. En el rincón más alejado, entre las sombras, distinguió de repente a un hombre muy alto y muy musculoso. ¿Cómo era posible que no lo hubiera visto desde el principio?

Las puertas se cerraron y la dejaron atrapada allí, con él. «Yo no juzgo a nadie por su apariencia. Yo no juzgo a nadie por su apariencia», repitió mentalmente. Sin embargo, aquel hombre parecía un vikingo que había viajado en el tiempo para raptar a mujeres modernas y llevárselas al resto de los hombres de su pueblo, porque ya habían matado a todas las mujeres de su pueblo.

«Veo demasiado la televisión».

Pero aquel hombre emitía vibraciones de peligro y, en aquel momento, ya era demasiado tarde como para evitarlo.

A Nicola se le aceleró el corazón. Se mareó ligeramente.

—¿A qué piso va? —preguntó él, con una voz grave y rasgada.

—A la planta baja —respondió ella, débilmente.

Entonces, él apretó el botón correcto.

Fue un milagro que la cabina no se partiera en dos por la fuerza con que lo hizo.

Hubo un temblor exagerado, y el ascensor comenzó a descender. En aquel reducido espacio solo olía a cielo matinal y, aunque aquello podía ser solo una fantasía suya, a arcoíris, y todo aquel olor provenía del hombre. Era, posiblemente, la mejor colonia que ella hubiera olido en su vida. Tuvo que reprimirse para no acercarse a él y olisquearle el cuello.

A él no le gustaría nada. Le preguntaría qué demonios estaba haciendo, y ella sentiría pánico, y su corazón se rendiría, como el de Laila, y… y… No iba a pensar en su preciosa Laila en aquel momento. No iba a pensar en el hecho de perder a otro de sus seres queridos. Primero su madre, luego su padre y luego su hermano… No, tampoco iba a pensar en eso. Si lo hacía, se desmoronaría.

¿Y aquel calor tan delicioso también provenía del vikingo? Por primera vez desde hacía muchos años, Nicola sintió que desaparecía el frío que le producían los medicamentos y la mala circulación sanguínea.

El hombre se giró y se apoyó en la pared, mirándola de frente. En aquel momento, ella pensó que «muy alto y muy musculoso» no era una buena descripción. Era el hombre más alto y más musculoso que hubiera visto en la realidad o en la televisión; sin embargo, ni siquiera aquello servía para describir su envergadura. Era gigante.

Y, bueno, también era muy guapo, pese a su aura de asesino y saqueador. Tenía la piel morena, una cabeza calva y brillante y una barba negra sujeta con tres abalorios de cristal. Sus ojos eran dorados, y tenía unas cejas espesas y arqueadas. Llevaba una camisa y unos pantalones de lino blanco, y unas botas de combate.

Nicola se dio cuenta de que lo estaba observando como si fuera un microbio en el microscopio, y se quedó horrorizada por su comportamiento. Ella había tenido que ir al colegio, a menudo, con electrodos pegados al pecho y tubos saliéndole de entre la ropa, así que sabía lo que era ser objeto de las miradas de los demás. Bajó la cabeza y clavó los ojos en las zapatillas deportivas que su hermana le había regalado en su último cumpleaños.

—Sé que soy muy grande —dijo él, con un acento que ella no supo identificar. Por lo menos, no parecía que estuviera ofendido.

Y Nicola tuvo una sensación agradable. Él se había dado cuenta de que lo estaba examinando y, sin embargo, había intentado consolarla por su mala educación. Aquello era inesperado y dulce. Así pues, iba a ser valiente.

Alzó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Tal vez es que yo soy demasiado bajita —dijo, intentando dar una muestra de buen humor.

Él entrecerró los ojos, tanto, que ocultó todo el oro y solo dejó a la vista el negro de sus pupilas.

—No mientas, ni siquiera en broma. Por ningún motivo, ni siquiera para ser agradable.

Ella se quedó anonadada y, una vez más, notó un aleteo en el corazón. Así que a aquel hombre no le importaba que lo mirara fijamente y, no obstante, las bromas le parecían una ofensa mortal. Vaya.

—Las mentiras son el lenguaje del mal —añadió él, en un tono más suave.

El ascensor se detuvo, las puertas se abrieron y un hombre puso un pie en la cabina.

—Tome el siguiente ascensor —le dijo el hombre enorme.

El otro hombre se quedó inmóvil al instante. Se humedeció los labios y retrocedió.

—¿Sabe? Tiene razón, eso es lo que voy a hacer —dijo, y desapareció.

Por un momento, Nicola se planteó hacer lo mismo. Había que ser amable con los demás, sí, pero también había que actuar de una manera inteligente y, a veces, ambas cosas no eran compatibles. El hecho de que el vikingo quisiera estar a solas con ella no era tranquilizador.

Las puertas empezaron a cerrarse. Aquella era su oportunidad de salir corriendo.

Pero… no pudo hacerlo.

—No le has gritado —dijo, sin saber por qué motivo se había quedado allí, y por qué motivo no podía estar callada.

—Tampoco te he gritado a ti —respondió él, frunciendo el ceño. Pasó un momento, y asintió como si acabara de darse cuenta de algo—. Eres sensible. Tendré más cuidado.

¿Acaso temía su ira?

Él la observó con tanta intensidad como ella lo había observado a él; Nicola se movió con intranquilidad.

—Mides un metro cincuenta y ocho centímetros, ¿verdad?

—Un metro sesenta, gracias —replicó ella.

—Supongo que esa es una altura decente para una mujer.

—Sí, y para un niño de ocho años —refunfuñó ella.

—Yo no conozco a ningún niño de ocho años tan alto —respondió él.

¿Estaba tomándole el pelo, o siempre hablaba en serio?

Por fin, el ascensor se paró, y las puertas se abrieron en el *lobby*. Su acompañante le hizo un gesto amable para que saliera delante de él. Nicola, después de despedirse con una sonrisa, dijo: «Gracias», y salió apresuradamente.

Cuando estuvo a solas, sus pensamientos cambiaron al instante. Comenzó a preguntarse qué iba a hacer cuando su hermana… Cuando Laila…

No podía pensar en aquella palabra, aunque sabía que iba a suceder más tarde o más temprano. Sería una bendición para Laila, pero sería un tremendo dolor para ella. No sabía cuántas cosas más iba a poder soportar en la vida.

La mayoría de las personas que tenían un defecto congénito como el suyo morían jóvenes, al final de la adolescencia. Ellas, sin embargo, habían sobrevivido hasta los veintitrés años, lo cual era un milagro. Debería alegrarse de todo el tiempo que habían podido estar juntas, pero no podía: quería más. Quería más tiempo para las dos, para Laila y para ella. Laila no estaba satisfecha con su vida, y una persona debería estar satisfecha antes de morir, ¿no?

Tenía que… bueno, tenía que pensar en un plan de acción aquel mismo día. Por una vez, no tenía la mente aturdida por la ansiedad y el miedo. Pero ¿por qué la estaba mirando todo el mundo como si fuera un monstruo horrible que…?

No, no la miraban a ella. Miraban al hombre que caminaba a su lado. Al gigante del ascensor. Nicola se detuvo, y él también. El hombre no pudo rodearla para continuar, como si ella, con su presencia, le estuviera cortando el camino. Nicola lo miró de frente, con las manos en las caderas. Él retrocedió tres pasos, y ella tuvo un estremecimiento. De nuevo.

Aquel calor sí provenía de él.

El hombre la miró con sus ojos dorados. Tenía unas pestañas negras y brillantes, maravillosas, algo muy inesperado en aquel rostro de guerrero que viajaba en el tiempo.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó.

—No, pero podrías tomarte un café conmigo.

—¿Y por qué quieres que te acompañe a tomar un café? —le preguntó ella con sorpresa. ¿Y por qué no le había dicho que no, directamente? Tenía que volver al trabajo; su hora de comer casi había terminado.

—Todavía no me apetece volver a casa.

Ah. Entonces, lo único que quería era algo de consuelo en aquel palacio de lágrimas y muerte. Nicola lo entendía bien. Laila estaba… estaba…

—Me parece bien —dijo con la voz temblorosa. Claramente, ella también necesitaba alguna distracción para salir de aquel pozo de tristeza—. Hay una cafetería al final del pasillo.

Él se puso a su lado, y ella notó de nuevo aquel delicioso calor. Mientras caminaban hacia la cafetería, la gente los miró con curiosidad; seguramente, les sorprendía mucho la diferencia de estatura, y Nicola no se lo reprochaba. Su cabeza no llegaba a los hombros del vikingo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Koldo.

Vaya. Aquel nombre tenía que ser extranjero.

—Yo me llamo Nicola.

—Nicola. En latín, «persona victoriosa».

—Eh… ¿Lo sabías, o acabas de mirarlo en tu teléfono móvil sin que yo me dé cuenta?

—Lo sabía.

—¿Por qué?

—Las palabras que pronunciamos son muy importantes, muy poderosas, y como los nombres se pronuncian todos los días, dirigidos a individuos determinados, la gente se convierte a menudo en aquello que le llaman. A mí me gusta saber con quién estoy tratando.

Vaya, entonces no le diría que ella era la persona más derrotada del mundo, para no desilusionarlo.

—¿Y qué significa Laila?

—«Belleza oscura».

Interesante. Laila era rubia, pero era muy guapa.

—¿Y qué significa Koldo?

—«Famoso guerrero».

Entonces, ¿era de verdad un guerrero, tal y como ella había pensado desde el principio? ¿Trabajaba en el ejército?

—¿Eres famoso de verdad?

—Sí —dijo él, sin titubear. Sin orgullo. Seguramente, aquello era un hecho objetivo para él. A Nicola le resultó admirable su confianza en sí mismo.

—Bueno, ¿y a qué te dedicas, Koldo?

—Estoy en el ejército.

«¡Lo sabía!».

Siguieron caminando por el pasillo, torcieron un par de esquinas y llegaron a la cafetería. Él la llevó hasta una mesa vacía.

—¿Qué te apetece, Nicola?

—Oh, te daré el dine…

—No vas a ofrecerme dinero y ofenderme, ¿verdad? —dijo él—. Vamos a intentarlo de nuevo. ¿Qué te apetece? Yo invito.

Ella sonrió. Nadie había insistido nunca en invitarla a algo. La mayoría de los ofrecimientos eran de compañeros de trabajo que conocían su situación, y eran por pura educación. En cuanto ella mencionaba que pagaría su consumición, la otra persona accedía rápidamente.

—Una infusión, por favor. Cualquier cosa sin cafeína. Y muchas gracias.

El hombre asintió y se alejó, y ella se quedó helada sin su calor. Lo observó mientras se alejaba hacia la barra de la cafetería. La cajera lo miró con fascinación, pero no pareció que él se diera cuenta. Pidió las bebidas y, además, pidió magdalenas, panecillos y cruasanes. Regresó con la comida pocos minutos después, y lo colocó todo sobre la mesa. El olor a arándanos, levadura y azúcar le hizo la boca agua; Nicola tuvo la sensación de que llevaba años sin comer, porque había estado demasiado preocupada por Laila y por todas las facturas que tenía que pagar, e intentando no hundirse en un mar de desesperación.

Sin embargo, aquel día era diferente. Aunque seguía muy disgustada, se sentía mejor de lo que se había sentido desde hacía mucho, mucho tiempo, y tenía hambre.

Con las mejillas sonrojadas, tomó su infusión y dio un sorbito al líquido humeante. Saboreó su dulzura.

—De veras, Koldo, esto significa mucho para mí. No sería suficiente ni aunque te diera las gracias mil veces.

—Es todo un placer, Nicola.

Qué amable. Eso le gustó.

Y lo que le gustaba estaba superando con mucho lo que no le gustaba, ¿verdad?

—La comida también es para ti —dijo, empujando una magdalena hacia ella.

Nicola abrió unos ojos como platos.

—¿Todo?

—Por supuesto.

«Por supuesto», había dicho él. Como si ella estuviera acostumbrada a comer por una legión.

—Tienes que recuperar fuerzas —añadió Koldo—. Ahora estás demasiado pálida, demasiado frágil.

Nicola no se sintió insultada. Era cierto, estaba pálida y frágil. Tomó un cruasán y arrancó una de las esquinas.

—Entonces, ¿has venido al hospital a visitar a alguien?

—Sí.

Aunque ella esperó con atención, él no le dio más información.

—Lo siento.

—No te preocupes. Yo no lo siento en absoluto.

Y, de nuevo, nada más.

—¿Vienes a menudo?

—Ese podría ser el plan, sí.

Silencio.

No era muy hablador, pero para ella no había ningún problema. En realidad, no estaban allí para conocerse el uno al otro, ¿verdad? Estaban allí para olvidarse de su vida durante un rato.

—Yo vengo mucho.

De hecho, iba todos los días.

—Tal vez volvamos a vernos —dijo él.

Se llevó la taza de café a los labios, rojos y carnosos como una manzana, y tomó un poco. Su expresión no cambió; de alguna manera, la feroz temperatura del líquido no le había quemado la boca.

—Tal vez —dijo ella.

De nuevo, silencio.

—¿Qué haces cuando no estás aquí, Nicola? —preguntó él, tomando de nuevo las riendas de la conversación.

Ella se sintió aliviada por sus esfuerzos, y se relajó en la silla.

—Trabajo. Soy contable durante la semana —dijo.

Aquel era un trabajo que nunca iba a alterarle la presión sanguínea. Podía hacer números, revisar facturas y elaborar un plan financiero para que cualquiera consiguiera saldar sus deudas.

Cualquiera, menos ella, claro. Todavía estaba pagando las facturas de sus padres, y los gastos médicos de Laila, sumados a los suyos, iban aumentando poco a poco.

—También soy cajera en un mercado de comida orgánica por las tardes y durante los fines de semana.

—Ninguno de esos trabajos son los que soñabas en tu infancia.

No, pero los sueños morían…

—¿Por qué piensas eso? —le preguntó. A ella no le apasionaban sus trabajos, pero siempre había hecho lo necesario para sobrevivir.

—Soy muy observador.

Y bastante modesto.

—Bueno, ¿y qué querías hacer en realidad? —preguntó Koldo.

—Quería vivir —dijo ella. Vivir de verdad—. Quería viajar por todo el mundo, saltar en paracaídas, bailar encima de un rascacielos, buscar tesoros en el fondo del mar y tener un elefante.

Él la miró con la cabeza ladeada.

—Interesante.

¿Porque había mencionado actividades, en vez de una carrera profesional? Había un motivo para eso: ella nunca había sabido cuánto tiempo iba a vivir, así que le había parecido inútil intentar forjarse una carrera.

—¿Y tú? —le preguntó—. ¿Qué querías hacer tú?

—Lo estoy haciendo —dijo él, sin apartar la mirada—. Tú todavía puedes hacer todas las cosas que has mencionado.

—En realidad, no, no puedo —dijo Nicola—. Mi corazón no lo aguantaría.

—Tienes razón.

—¿Cómo?

—Si las palabras son el poder de la vida y de la muerte, tú acabas de apuntarte a la cabeza con una pistola.

—¿Qué dices? Eso es absurdo.

—Uno dice lo que cree, y tú crees que estás sentenciada. Si hay algo que he aprendido con los años, es que lo que uno cree es el impulso de su vida.

Ella sintió una punzada de ira que le aceleró el corazón.

—Yo creo en la realidad.

Él hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Tu percepción de la realidad está alterada.

—¿Por qué dices eso?

—Tú crees lo que ves y lo que sientes.

—¿Y no es eso lo que cree todo el mundo?

—En este mundo natural, todo puede cambiar. Temporalmente. Pero las cosas que no puedes ver ni sentir son eternas.

Ella dejó la taza de té en la mesa.

—Mira, puede que no te llegue mucho oxígeno al cerebro allí donde vive tu cabeza, pero hablas como si estuvieras loco.

—No, no estoy loco. Sé que tú puedes curarte.

¿Curarse? Como si no lo hubiera intentado ya.

—Algunas cosas no pueden cambiar. Además, tú no tienes ni idea de las cosas que he hecho, ni del futuro que me espera.

—Sé más de lo que piensas. Tienes tanto miedo de vivir, que te estás matando tú misma.

Se hizo el silencio. Él… había dado en el clavo. Ella había visto como el miedo devoraba lentamente la felicidad de su hermana y corrompía todos los aspectos de su existencia. Y, ahora, ella también estaba recorriendo aquel camino.

A Laila siempre le dolía el estómago, y no tenía apetito. Había adelgazado tanto que parecía que se le habían encogido los huesos. Y ella estaría así dentro de pocos meses.

El pelo de Laila había perdido todo su brillo. Tenía unas ojeras azuladas, oscuras, permanentes. Y a ella también le ocurriría eso en poco tiempo.

—En algún momento, perdiste la esperanza —dijo Koldo—. Pero si me escuchas, si haces lo que yo te diga, tu corazón y tu cuerpo sanarán, y podrás hacer todas las cosas que siempre has querido hacer.

—¿Eres médico? —le preguntó ella—. ¿Cómo sabes todo eso? ¿Y qué es lo que crees que puedes hacer por mí que no haya intentado

o probado ya?

Él ignoró sus preguntas y dijo:

—*Selah*, Nicola.

Y, con aquellas palabras, desapareció.

Capítulo 4

Koldo estaba decidido a demostrarle a Nicola que lo que había dicho era cierto. Se teletransportó desde el hospital a su casa subterránea de West India Quay. El lugar de su mayor vergüenza.

El lugar donde tenía confinada a su madre.

La pequeña cueva estaba iluminada por la luz suave y verde que emanaba de un lago al que la vida humana no había contaminado. El aire era fresco y estaba lleno de vitalidad.

Al igual que en su casa de Sudáfrica, allí no tenía muebles, ni adornos, ni comodidades de ningún tipo. Al contrario que en su casa de Sudáfrica, allí había una jaula, un cubo de comida, un cubo de agua y una manta. Le habría dado una cama a su madre, pero ella nunca se la había dado a él.

—Vaya, vaya —dijo ella—. Mira quién ha vuelto.

Y allí estaba Cornelia. Un nombre que significaba «cuerno». Ciertamente, ella era tan afilada y mortal como un cuerno, capaz de atravesarle el corazón a un hombre y alejarse cruelmente de él mientras agonizaba.

Estaba sentada en un rincón de la jaula, con una túnica de tela natural, confeccionada por manos humanas. Se la había dado Koldo, después de arrancarle la suya, que había sido confeccionada en los cielos. Los ropajes celestiales podían purificarse a sí mismos y a los seres que los llevaran puestos, y él no quería que Cornelia pudiera limpiarse de ningún modo. Quería que supiera lo que era sentir una suciedad que uno nunca podía quitarse.

Estaba pálida, y las pecas se le marcaban mucho en la piel y ofrecían un contraste feo. Ya no tenía el pelo largo; se lo habían cortado y le llegaba por los hombros. Tenía los rizos enredados y sucios. Él no lo había hecho. Hacía unas semanas, una horda de demonios pica la había capturado y la había llevado al infierno para intentar obligar a Koldo a que traicionara a Zacharel. Él no lo había hecho; en vez de eso, la había rescatado.

No tenía ni idea de qué otras cosas le habían hecho; seguramente, la habían torturado. Cuando la había encontrado, Cornelia estaba al borde de la muerte, y ese era el único motivo por el que no se había resistido salvajemente cuando él la había curado y le había devuelto la salud. Y, en aquel momento, allí estaban los dos.

Ella, tan llena de odio como siempre.

Él, increíblemente insatisfecho con aquella situación.

Koldo siempre había soñado con castigarla de la peor de las maneras. Y todavía lo deseaba. El deseo siempre estaba allí, ardiendo en su pecho. Pero no lo había hecho, y no iba a hacerlo. Se había permitido a sí mismo negarle algunas cosas, como una cama y una vestimenta adecuada, pero nada más. Él no era como ella, y lo demostraba cada día. Iba allí, se contenía para no actuar, y se marchaba.

Los hombres sabios no se acercarían tanto a la tentación, pero Koldo todavía no se había convencido a sí mismo de que debía evitarlo.

—Hola, madre.

Ella tomó aire bruscamente.

—Debería haberte cortado la lengua cuando tuve oportunidad de hacerlo —respondió Cornelia, y le tiró una piedra. La piedra le golpeó el hombro y rebotó hasta el suelo.

—Sí, ya lo sé, igual que deberías haberme ahogado.

Ella entrecerró los ojos.

—Entonces no tenía estómago para cometer semejante acto de violencia. Pero, tu padre… esperaba más de él. Él debería haber

hecho lo que yo no pude hacer.

—Oh, no dudes que lo intentó.

Muchas veces.

Koldo recordó el día en que Cornelia lo había llevado volando hasta el campamento de su padre y lo había dejado caer desde el aire. Sentía un dolor terrible y estaba muy débil, pero el aterrizaje le causó más sufrimiento, incluso, que la brutal extirpación de las alas.

Un hombre enorme, calvo y lleno de cicatrices caminó hacia él. Cornelia le dijo, desde arriba:

—Te presento a tu hijo, Nox. Ojalá os destruyáis el uno al otro.

Después, se alejó volando.

Nox. Un nombre que significaba «noche».

Koldo se desmayó pocos segundos después. Cuando volvió a despertar, estaba en una espaciosa tienda, y aquel hombre lo miraba con una amplia sonrisa. Tenía los ojos muy negros.

—Eres mi hijo, ¿verdad? Y te ha criado un ángel bienhechor.

¿Su madre, un ángel bienhechor?

—Seguro que tienes la cabeza llena de ideas estúpidas sobre el bien y el mal —continuó Nox—. ¿Verdad, chico?

Le había resultado difícil concentrarse en aquellas palabras; el instinto le gritaba que echara a correr y no mirara atrás. Sin embargo, estaba demasiado debilitado como para moverse o teletransportarse. Lo único que podía hacer era observar las pequeñas volutas de humo que salían de los poros de la piel de aquel hombre. Olían a azufre.

Entonces, Koldo se dio cuenta de todo. Una cabeza totalmente calva, unos ojos insondables y un humo negro significaban solo una cosa: nefas. Su padre pertenecía a una de las razas más peligrosas y viles de la creación. Una raza que perseguía a los humanos, los envenenaba lenta y dolorosamente y los destruía por completo.

Una raza como los demonios.

Los nefas eran traficantes de muerte. Ladrones de almas.

La edad de sus víctimas no tenía importancia, ni tampoco su género. Los nefas vivían para infligir dolor. Asesinaban riendo de

placer.

—No te preocupes —le dijo aquel hombre—. Puedes olvidarte de todo eso.

Nox había querido que Koldo adoptara el modo de vida de los nefas. Koldo se había resistido, pero solo al principio. Cada vez que había intentado escapar, teletransportándose, su padre lo había encontrado y lo había llevado de vuelta al campamento. Y lo había castigado. Una vez, Nox lo había atado a un poste y le había echado ácido por la garganta. En otra ocasión, le había sacado un ojo y lo había clavado en uno de los barrotes de su jaula, para que pudiera verse mientras se observaba. Koldo había tenido que ganarse el ojo y volver a metérselo en la cuenca. Para entonces, ya era un poco mayor y había conseguido sanarse, aunque solo en parte. Su vista nunca había vuelto a ser la misma.

La amargura y el odio habían arraigado en él. ¿Por qué él? ¿Por qué no lo había salvado nadie? ¿Cuánto más iba a tener que soportar?

Al final, había perdido la voluntad de luchar, y se había rendido. Había arrasado pueblos, y había ayudado a su padre y a otros soldados mientras acoplaban la boca a la de sus víctimas y les succionaban el alma, dejando solo cáscaras vacías.

«Un hombre tiene que hacer cualquier cosa por sobrevivir, hijo».

Aquella había sido la única lección de su padre que había aprendido.

En aquel momento, Koldo estaba seguro de que había pasado el límite de la redención. Podía haberse resistido más. Debería haber luchado más. Y, por no haberlo hecho, siempre iba a sentir culpabilidad y vergüenza.

Tenía demasiados recuerdos. Aquellos recuerdos le provocaban el deseo de sacarse los ojos y cortarse las orejas para no ver a las víctimas ni oír sus gritos.

Con los años, se había vuelto tan famoso que había llamado la atención de Germanus. Germanus había enviado a un ejército de Enviados al campamento de su padre para destruirlo a él, pero al ver

las cicatrices de su espalda, los Enviados habían deducido, erróneamente, que no era un nefas, puesto que los nefas no podían tener alas, y era evidente que él las había tenido en algún momento. Así pues, en vez de matarlo, los soldados lo habían capturado.

Y aquel había sido el comienzo de su nueva vida.

Germanus, un nombre que significaba «hermano», debería haberlo asesinado, pese a sus orígenes. Koldo se había convertido en una bestia feroz. Rugía y maldecía, y atacaba a cualquiera que se le acercara. Después de todo lo que había hecho, después de toda la gente a la que había matado, ¿tenía que perdonarse a sí mismo y convertirse en un bienhechor? ¡Imposible!

Sin embargo, Germanus había mirado más allá de las apariencias y había visto la vergüenza y la culpabilidad reflejadas en los ojos de Koldo. El rey de los Enviados había pasado varios años calmando la rabia de Koldo, haciendo todo lo posible por consolar a aquel joven con un pasado tan doloroso, encargándose de que Koldo se entrenara para luchar del modo correcto, de que tuviera un lugar cómodo donde dormir y de que siempre tuviera una comida caliente que comer.

Aquella había sido la primera vez que Koldo experimentaba lo que era el afecto y la preocupación de los demás, y muy pronto había llegado a querer a Germanus. Estaría dispuesto a morir por protegerlo.

—¿Por qué te acostaste con Nox? —le preguntó a su madre, mientras caminaba alrededor de la jaula.

—¿Y por qué no? Era un hombre muy guapo.

Koldo supuso que, para algunas mujeres, un hombre tan peligroso podía ser atractivo. Pese a que tuviera la cabeza calva y los ojos llenos de muerte, tenía un rostro perfecto, el más bello que él hubiera visto nunca. Sus rasgos eran puros y tenían un brillo inimaginable para los demás seres.

—¿Acaso tenías la esperanza de poder domarlo? ¿Creías que ibas a ser tú la que le hicieras cambiar?

Cornelia se levantó, sin apartar la vista de él, sin darle la espalda, donde estaban sus maravillosas alas blancas y doradas. Ella esperaba que él se las quitara, y tenía razón al pensarlo. Era una de las mayores tentaciones de Koldo.

—El mal no se puede cambiar —dijo Cornelia.

—¿Te traicionó con otra? ¿Con una mujer de su raza, tal vez? ¿Una fémina que se ceñía más a sus gustos? Quizá te traicionara con muchas otras féminas.

—Cállate.

Pero él no podía callar. Se estaba acercando a la verdad, y le dolía el estómago.

—¿Sabes? Él se reía de ti. Decía que lo querías, que le habías rogado que se quedara contigo. Decía que habías sollozado cuando se marchó. Que tú…

—¡Cállate, cállate, cállate! —gritó ella, acercándose rápidamente a los barrotes junto a los que estaba él. Los sacudió con tanta fuerza que a Koldo le sorprendió que las barras de metal permanecieran en su sitio.

La ferocidad de aquella reacción de Cornelia debería haberle causado satisfacción; después de todo, eso era lo que siempre había querido provocarle: rabia, frustración e impotencia. Quería que sintiera lo mismo que había sentido él durante tantos años. Sin embargo, su malestar y su angustia aumentaron. ¿Cómo podía hacerle aquello a otro ser vivo? ¿Cómo iba a hacerle daño a otro de su raza?

Ella le escupió en las botas.

—Te odio. Te odio tanto que casi no puedo respirar. Prefiero pudrirme en esta jaula que decirte que te quiero, o que siento cómo te traté. No lo siento, y nunca lo sentiré. Entonces eras una abominación, y ahora sigues siéndolo. El día de tu muerte, me alegraré.

Él sintió un dolor y una furia tan grandes que tuvo que alejarse de la jaula para no abalanzarse sobre Cornelia y terminar con ella.

No podía convertirse en un ser como su padre. El olor a jazmín y madreselva lo siguieron.

Incluso allí, ella desprendía aquel perfume horrible.

¿Qué había hecho un niño pequeño e inocente para ganarse aquel rechazo tan profundo? ¿Cómo podía Cornelia culparlo a él por el trato que le había dado su padre?

¿Y cómo era posible que aquello siguiera haciéndole sufrir tantos años después?

—Si muero alguna vez —le dijo—, tú no serás la causa. Eres demasiado débil. Siempre has sido débil, y por eso te abandonó Nox.

De nuevo, ella escupió en sus botas.

Con los puños apretados, Koldo se teletransportó a su morada de Sudáfrica. Tenía dieciséis residencias por todo el mundo, todas ellas bien ocultas de los ojos humanos, pero, a medida que pasaba el tiempo, aquella se estaba convirtiendo en su preferida. Allí pasaba la mayor parte de su tiempo libre.

Casi antes de manifestarse, ya estaba golpeando las paredes, rasgándose de nuevo la piel recién curada y rompiéndose los huesos. La sangre comenzó a salpicarlo todo.

En aquella ocasión, su rabia no se desvaneció tan rápidamente.

Pasaron varias horas antes de que se quitara la ropa y pudiera sentir las gotas de agua fría en la piel, mientras se asomaba a la turbulenta cascada.

Aquella mujer…

Cornelia siempre conseguía reducirlo a aquello, a un hombre que se sentía como si le hubieran arrancado el corazón del pecho. Tenía que encontrar la manera de que ella no le afectara.

De lo contrario, terminaría matándola.

Cuando Cornelia muriera, su espíritu dejaría su cuerpo. Sin embargo, ella no ascendería, no pasaría el resto de la eternidad con el Más Alto en el Cielo. No podía, porque morir con el corazón lleno de odio era algo que iba a empujarla hacia abajo, hacia lo más profundo del Infierno. Aquella era una ley que nadie, ni siquiera un Enviado, podía evitar.

El mal no podía coexistir con lo divino.

Y, por aquel motivo, él mismo estaba en peligro.

Cornelia se merecía sufrir durante el resto de la eternidad, pero no sería él quien la enviara a la tumba. Él no era como ella. En realidad, lo que quería era algo que no podía tener: su amor, y respuestas.

La absolución.

Apretó los dientes. No, no era como ella, y ya no quería esas cosas. Lo único que quería era saborear la venganza.

Al pensar aquello, se quedó inmóvil. No había ninguna posibilidad de que alguien como él ayudara a alguien tan frágil como Nicola, ¿verdad?

Debería haberse mantenido apartado de la muchacha, pero ya era demasiado tarde. Se había desvanecido delante de ella, se había teletransportado para demostrarle que había actividad sobrenatural y hacerle entender que debía aceptarla, y que diera un primer paso para luchar contra los demonios. Y, ahora, ella lo sabía.

Y comenzaría a hacer preguntas.

Si se las formulaba a la gente equivocada, le darían las respuestas equivocadas.

Se pasó la mano por la piel suave de la calva, mientras pensaba que debía seguir con su plan.

Y no era tan malo. Nicola lo atraía, le causaba intriga. Su voz, tan suave y tan dulce… Era como una caricia adictiva, y sus oídos ya la anhelaban. Su ingenio, su resistencia, su valentía. Él le había contestado de malas maneras, y ella no se había puesto a llorar ni a rogarle piedad.

Durante su corta estancia en la tierra, había tenido que soportar desastre tras desastre. Tal vez los culpables fueran los demonios, o tal vez fuera el mundo imperfecto. Fuera cual fuera el motivo, él quería algo mejor para ella. Algo como lo que él mismo había encontrado con Germanus.

Koldo solo tenía que enseñarle a luchar contra las toxinas. Y, mientras lo hacía, debía mantenerla en calma. El miedo fortalecería

lo que habían dejado atrás los paura, y la tensión debilitaría su sistema inmune y fortalecería lo que habían dejado atrás los grzech. Sin miedo ni tensión, las toxinas se desvanecerían. Con alegría y esperanza, las toxinas se desvanecerían mucho más rápidamente.

¿Sería capaz Nicola de superar sus emociones negativas y ver la luz?

Notó una punzada de impaciencia, algo positivo que consiguió mitigar el dolor que le había provocado su madre. Pese a todo, estaba deseando volver a ver a Nicola, de enterarse de lo que ella había pensado al verlo desaparecer, de si se había convencido a sí misma de que él solo había sido una imaginación, o de si había aceptado que él era algo más que humano.

—Esto no era lo que esperaba encontrarme —dijo una voz masculina, a sus espaldas.

Koldo, todavía desnudo, se giró y se encontró con Thane. Su nombre significaba «hombre libre» y, verdaderamente, el guerrero era libre en toda la extensión de la palabra. Su apetito carnal era bien conocido. Cada día tenía una amante nueva, y descartaba las anteriores como si fueran un pañuelo sucio.

Y, sin embargo, aunque lo supieran, las mujeres iban a él como si fuera el único varón de la creación. Tenía el pelo rubio y rizado, y unos enormes ojos azules.

—¿Qué quiere Zacharel que haga esta vez? —le preguntó Koldo, y metió la mano en una bolsa de aire para sacar una túnica.

Se metió la prenda por la cabeza, intentando no mirar las alas de Thane. Sin embargo, no pudo contenerse. Las alas se arqueaban por encima de los anchos hombros del guerrero y caían hasta el suelo; las plumas, blancas y puras, tenían reflejos dorados.

—Será mejor que te lo enseñe —dijo Thane, con un tono de voz extraño.

Aquello no era un buen augurio.

—Está bien. Ve tú delante.

Capítulo 5

La semana siguiente pasó muy rápidamente para Nicola. Se levantó muy temprano todas las mañanas, fue al trabajo, fue a ver a su hermana al mediodía y, después, fue a su trabajo vespertino. Después, por la noche, volvía a casa y se quedaba un rato frente al televisor, intentando relajarse, y se iba a dormir durante unas pocas horas hasta que el ciclo comenzaba de nuevo.

En aquel momento, estaba sentada en su escritorio de Estellä Industries, mirando el reloj. El único aspecto de su vida que había cambiado eran sus pensamientos. No podía quitarse a Koldo de la cabeza. ¿Quién era él? ¿Qué era?

Después de su desaparición, ella le había preguntado a la chica de la cafetería si había estado hablando, o no, con un hombre gigantesco que llevaba la barba adornada con abalorios y tenía la cabeza completamente calva. La respuesta no le había causado demasiada sorpresa.

—¿Me estás tomando el pelo? No estoy ciega. Pero, oye… ¿vosotros dos no estáis saliendo juntos? Porque ya he escrito mi número de teléfono en esta servilleta, por si tú pudieras… ummm… dárselo.

A menos que las dos hubieran tenido la misma alucinación, Koldo era real y ella no estaba loca. O tal vez sí lo estuviera, después de todo. Había aceptado la servilleta de la chica para ver cómo reaccionaba Koldo.

Pero ¿qué era él?, se preguntó de nuevo. ¿Y qué significaba «saila», la última palabra que él le había dicho? No sabía cómo se escribía, así que no había podido buscarla en Internet. ¿Y cómo era posible que se hubiera desvanecido ante sus ojos? ¿Era un fantasma, acaso?

A causa de todas las experiencias cercanas a la muerte que había experimentado, Nicola tenía la certeza de que había una vida en el más allá. Varias veces, incluso, había llegado flotando a ella. Y, en una ocasión, había llegado a hablar con un ser…

«¿A que es precioso?», le había preguntado la criatura. Tenía el pelo muy rubio, pálido, y los ojos tan azules como el mar. Tenía, además, un par de alas blancas y doradas. Era guapo, y vestía una túnica. Intentaba convencerla para que siguiera caminando por un túnel muy largo. «¿No te parece que está lleno de paz? Solo tienes que renunciar a tu antigua vida, y podrás tener esto para siempre».

Le recordaba a los ángeles que había visto dibujados en los libros, pero su tono de voz tenía algo que la había impulsado a luchar contra él. Solo quería volver con Laila y, durante un segundo, la máscara amable del ángel había desaparecido, y ella había podido ver unos ojos rojos, un rostro huesudo y unos colmillos afilados.

Un monstruo. Un monstruo como los que veía de pequeña, antes de que la terapia y la medicación la convencieran de que eran delirios. En aquel momento, no sabía qué pensar de Koldo ni de los monstruos, y no sabía cómo resolver sus dudas. Tenía mucha información, pero nada que pudiera servirle como arma de defensa.

La respuesta correcta le daría la paz, eso sí lo sabía. La paz siempre acompañaba a la verdad.

Koldo tendría que darle una explicación, si acaso volvía a aparecer.

¡Y tenía que aparecer! ¿Podría curar la enfermedad de su corazón? ¿Podría curar el corazón de Laila?

Cuanto más se lo preguntaba, más esperanza sentía. Sentía la esperanza de que su hermana se recuperara, y de que las dos pudieran vivir la vida de verdad, en la realidad, y no en una fantasía.

Koldo le había dicho que volvería al hospital, pero no le había dicho cuándo. Si tardaba mucho más, tal vez lo estrangulara un poco al verlo, solo para calmarse. Todos los días lo buscaba con tanta diligencia que las enfermeras le preguntaban si quería un tranquilizante.

«¿Cuándo te ha ocurrido a ti algo tan bueno como eso?».

Aquella pregunta se le pasó por la mente, y frunció el ceño.

«Siendo tan optimista solo vas a conseguir llevarte otra decepción».

No. Eso no era cierto.

«No necesitas más preocupaciones en este momento».

Apretó los puños. Antes de conocer a Koldo, tal vez se hubiera desmoronado con aquellos pensamientos. Habría tenido dolor de estómago, habría caminado miles de kilómetros sin levantarse de la silla y se habría echado a temblar incontrolablemente.

Sin embargo, en aquel momento…

—No te estoy escuchando —dijo. Tenía esperanza por primera vez desde hacía muchos años, y no iba a renunciar a ella. Se apoyó en el respaldo de la silla, y añadió—: Koldo va a cumplir su palabra. Va a aparecer, y va a responder a mis preguntas.

Los pensamientos depresivos cesaron, y exhaló un suspiro de alivio.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Eres Nicola Lane? —preguntó una mujer con un tono de voz duro.

Nicola pestañeó rápidamente y se fijó en la recién llegada. Era de raza negra, alta y esbelta, y tenía la melena rizada. Sus ojos eran del color del chocolate. Koldo los tenía más claros, como el caramelo, y… Vaya, debía de tener hambre.

La mujer llevaba un traje de chaqueta blanco y negro, con una falda larga y ajustada y unos zapatos de tacón. Era elegante, sofisticada, fría y calmada. Así pues, ¿qué hacía allí, en la capital mundial del estrés de la clase media?

—Sí, soy Nicola.

—Bien, enhorabuena. Ahora formo parte de tu departamento.

Sarcasmo el primer día. Maravilloso.

—¿Eres Jamila Engill o Sirena Kegan?

La mujer frunció el ceño, y dijo:

—Jamila Engill.

—Bonito nombre —dijo Nicola, y se preguntó qué querría decir «Jamila». Seguramente, Koldo lo habría sabido.

—¿Tienes dos empleadas nuevas? —preguntó Jamila.

—Sí —dijo Nicola—. Por favor, siéntate y vamos a hablar un poco para conocernos.

Jamila entró en el despacho y se sentó frente a ella. Con la barbilla elevada, entrelazó los dedos y colocó las manos sobre su regazo, y miró a Nicola con los ojos entrecerrados y la espalda muy recta.

Parecía que iban a divertirse mucho juntas.

Hacía cinco días, su jefe, entre irritable y nervioso, le había dicho que había decidido contratar a dos contables más. Ella se había puesto muy contenta, aunque también se había quedado muy sorprendida. Llevaba meses pidiéndole que contratara a alguien más, porque era verdaderamente necesario, y él siempre le había respondido que tenía que arreglárselas con lo que había.

En aquellos momentos, Nicola estaba haciendo el trabajo de cinco personas. Al principio, había podido mantenerse al día, pero después de la hospitalización de Laila, había empezado a quedarse atrás.

—Bueno, ¿y qué es lo que se espera de mí? —preguntó Jamila, con tirantez.

Nicola le explicó un poco el método de trabajo y, aunque odiaba dar información personal a personas extrañas, añadió:

—Yo te ayudaré en todo lo posible mientras aprendes, pero la verdad es que… mi hermana se está muriendo y… ella… Bueno, quiero decir que tengo que salir de la oficina a menudo.

Más tarde o más temprano, Jamila lo habría sabido de todos modos: se lo habrían comentado los demás compañeros de trabajo,

o se habría enterado al verla recibir llamadas de teléfono y hacer papeleo.

De aquel modo, las cosas quedarían claras desde el principio.

Jamila siguió muy rígida.

—Lo siento —dijo.

Nicola asintió y carraspeó. Tenía un nudo en la garganta.

—Algunas veces, debemos enfrentarnos a empleados que no han entregado sus libros de contabilidad. Te darán excusas, pero tienes que mantenerte firme.

—Eso no será ningún problema.

—Entonces, estoy segura de que lo harás bien.

—Hola, buenas tardes. Soy Sirena, la nueva contable.

Nicola miró a la muchacha que estaba en el umbral de la puerta. Era un poco más alta que ella, y llevaba una chaqueta negra que no le sentaba bien, además de unos pantalones negros. Tenía el pelo largo y rubio, muy liso, y los ojos grandes, de un color azul mezclado con marrón. Llevaba unas gafas apoyadas en la nariz.

—Oh, vaya —dijo, mientras entraba y cerraba la puerta. Se sentó en la otra silla y le tendió a Nicola un pequeño obsequio—. Esto es para ti. Estaba tan contenta de trabajar contigo, que quería tener un detalle.

Qué amable.

—Gracias —dijo Nicola, y tomó la pequeña cesta, en la que había un gel y una loción corporal con olor a madreselva.

—Esta oficina no es muy grande —prosiguió Sirena—, pero es acogedora y maravillosa, ¿no?

¿Acogedora? ¿Maravillosa? Ni por asomo. La estancia tenía las paredes pintadas de blanco y el suelo de cemento pintado de gris. El único mobiliario era su escritorio, su silla y las dos sillas que había frente al escritorio. Ni siquiera había cojines.

Durante sus primeros meses de trabajo, ella había colgado fotografías de su familia en las paredes, pero, cada vez que las miraba, los recuerdos la entristecían y angustiaban a partes iguales.

Oía gritar a su madre.

«¿Qué estás haciendo? ¿Por qué te ríes así? Sabes que la excitación no es buena para ti. ¿Es que quieres morirte y provocarme otra depresión?».

Recordaba a su padre, acariciándole la cabeza y diciéndole:

«Todas las noches me acuesto pensando que no voy a volver a ver a mis queridas niñas».

Aquel miedo se había convertido en una realidad, pero no por el motivo que él pensaba. Un conductor ebrio había terminado con su vida, y no había vuelto a ver a sus hijas.

Por otra parte, las fotografías de Laila solo le servían para pensar en que pronto iba a perder a otro ser querido. A su mejor amiga, su confidente, su corazón.

—Puedes decorar tu cubículo como quieras —le dijo a la contable, intentando que no le temblara la barbilla.

—¡Estoy impaciente! —exclamó Sirena, en un tono de voz muy alegre.

Jamila se puso muy tensa, como si se hubiera ofendido.

Alguien más llamó a la puerta del despacho, y Dexter Turner asomó la cabeza. Tenía el pelo oscuro y los ojos castaños, con una mirada dulce.

—Hola, Nicola, me preguntaba si…

Entonces, vio a Jamila, abrió mucho los ojos, vio a Sirena, los abrió un poco más, y volvió a mirar a Nicola. Tragó saliva.

—Vaya, lo siento, no sabía que estuvieras reunida.

—Puedo marcharme, si lo deseas —dijo Sirena.

—No, no es necesario —respondió Nicola.

No quería que las mujeres se marcharan todavía. Dex le había pedido a Nicola varias veces que saliera con él, pero ella siempre le había dicho que no. En el instituto, Laila y ella tenían prohibido salir con chicos, por su propio bien. Después de que murieran sus padres, las dos se habían vuelto un poco locas y habían empezado a salir con todo aquel que se lo pedía.

Aunque a Nicola solo se lo habían pedido cinco chicos. Sin embargo, se alegraba de que no fueran más, porque no le habían

gustado nada aquellas citas. Tanto nerviosismo había sido demasiado para ella, sobre todo teniendo en cuenta que los chicos esperaban que tuviera más experiencia, a su edad. Entonces, ella se ponía a tartamudear, y se echaba a temblar durante los incómodos silencios que se producían después.

Había vomitado antes de la última de aquellas citas, y había estado a punto de desmayarse durante la cena. Así pues, había decidido que no iba a volver a salir con nadie hasta que los médicos encontraran la forma de regularle la presión sanguínea de una vez por todas.

Sin embargo, las cosas no habían sido iguales para Laila. Ella había florecido con todas aquellas atenciones. Pocos meses antes, había tenido una relación seria, pero discutía mucho con su pareja, y toda aquella tensión le había pasado factura. Laila había terminado en el hospital. Cuando los médicos le habían dicho que no volvería a salir de allí, su novio se había marchado y no había ido a verla nunca más.

—Bueno, vendré más tarde —dijo Dex, y cerró la puerta.

Pasaron varios segundos en silencio.

—¿Es tu marido? —le preguntó Jamila.

—No —dijo Nicola—. Estoy soltera.

—Bueno, pues a mí me parece que haríais una pareja adorable —dijo Sirena, posándose la mano en la mejilla, como si fuera a ruborizarse—. Adorable.

En aquel momento, sonó el teléfono, y Nicola respondió.

—Despacho de Nicola Lane.

—¿Señorita Lane? —preguntó una voz masculina que le resultaba familiar.

—Sí, soy yo —dijo ella, con el corazón en un puño.

—Soy el doctor Carter, del Hospital General del Condado.

Nicola sintió una punzada de terror.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me temo que nada bueno, señorita Lane. Su hermana ha empeorado mucho. ¿Cuándo puede llegar aquí?

«¿Qué he hecho yo para merecer esto?», se preguntó Koldo.

Había pasado los últimos seis días con Thane, y aquello era una eternidad y un castigo. Habían ido al Downfall, el local que regentaba Thane. Era un antro de perdición que los seres humanos habrían podido ver de no ser porque estaba rodeado por una nube. Pero tenía que ser así. Únicamente el Más Alto, los Enviados, los ángeles y los demonios operaban en el reino espiritual. Las otras criaturas sobrenaturales a las que Thane proporcionaba entretenimiento no habrían podido visitar su antro, de no haber sido así.

Todo aquel lugar estaba descendiendo hacia la tierra, centímetro a centímetro.

Cayendo.

Tal y como iba a ocurrirles a los miembros del Ejército de la Desgracia a la menor señal de mal comportamiento. La maldad de cualquier tipo provocaba la separación del Más Alto.

Al final, aquel club terminaría en lo más profundo del infierno.

«No pienses en eso».

Koldo y sus compañeros no habían salido de aquel antro ni un minuto, aparte del tiempo que habían pasado llevando a cabo, con éxito, las tres misiones de exterminio de demonios que les había encomendado Zacharel.

Thane y sus amigos, Xerxes y Bjorn, vivían allí. Koldo no estaba muy seguro de cuál era el motivo por el que seguían conservando su estatus de Enviados. Sin embargo, había averiguado por qué se los habían asignado a Zacharel: más que acostarse con una mujer distinta cada noche, lo que hacían era pelearse con todo aquel que les irritara, y casi todo el mundo al que conocían les irritaba.

En aquel momento, los cuatro estaban en un rincón oscuro del bar. Había diferentes razas de seres inmortales pululando por allí, bailando, bebiendo y manoseándose: arpías, fénix, vampiros, cambiadores de formas, hadas y muchos más.

Los cambiadores de forma serpiente eran los más peligrosos, seguidos por los fénix. Sin embargo, había otra raza en la que nadie quería pensar, porque todo el mundo la consideraba una pesadilla: los nefas.

Koldo estaba muy contento de que nadie supiera quién era su padre. Ni siquiera los Enviados que lo habían rescatado del campamento, hacía tantos años, sabían la verdad de su origen.

—¿Te diviertes? —le preguntó Thane.

—¿Por qué estoy aquí? —inquirió él.

El guerrero se tomó un trago de vodka.

—¿No habíamos hablado ya de esto? Porque Zacharel nos ha ordenado que permanezcamos juntos, y yo me niego a vivir en ninguna de tus guaridas.

El nivel de frustración de Koldo aumentó. ¿Acaso debía tener una niñera constantemente? No, por supuesto que no. Se negaba en redondo. Tendría que hacer algo.

—¿Y la misión? Has dicho que ibas a decirme de qué se trata.

—Yo nunca he dicho que hubiera una misión. Pero, si te hubiera dicho que vinieras a mi bar y disfrutaras —continuó Thane—, tú habrías dicho que…

—No.

—Y ese es el motivo por el que te di a entender que había una misión.

Koldo dio un puñetazo en la mesa, y varios de los clientes del bar miraron hacia ellos con irritación.

Él se giró hacia Bjorn, que estaba sentado a la derecha de Thane.

—¿Siempre es tan marrullero?

Solo obtuvo una irritante respuesta.

—¿Y tú siempre eres tan curioso?

Bjorn tenía el pelo oscuro y la piel morena, con venas doradas del mismo color que el oro de sus alas blancas. En sus ojos había un arcoíris de colores que iba desde el azul claro al verde oscuro, pasando por el rosa, el morado…

Su nombre, Bjorn, significaba «oso» en escandinavo, y encajaba perfectamente con él.

Koldo apretó los dientes y miró a Xerxes.

Xerxes, una palabra persa que significaba «monarca». Tenía el pelo blanco y largo, recogido en una coleta, y su piel era del color de la leche. La tenía completamente llena de cicatrices que formaban grupos de tres, cruzándose entre ellas. Era deslumbrante, sí, pero eran sus ojos los que verdaderamente llamaban la atención. Eran de un color rojo rubí, y brillaban con una rabia increíble.

«Yo soy uno de los pocos».

—¿Siempre son tan crípticos? —le preguntó Koldo.

—¿Y tú siempre eres tan molesto?

Los tres se echaron a reír por sus ridículos chistes.

Koldo intentó no sentir envidia de su amistad. Había oído decir que se habían conocido en una fortaleza de los demonios, en la que estaban prisioneros y sufrían torturas constantes. Él no había tenido a nadie durante sus años de angustia, y tal vez ese fuera el motivo por el que prefería su vida solitaria. Cuanta menos gente conociera sus secretos, menos probable era que tuviese que enfrentarse a una traición.

—Te he presentado a muchas féminas bellas con la esperanza de que alguna consiguiera entretenerte y me librara de la carga que supones —dijo Thane, mientras se bebía un vodka—. Pero tú las has rechazado a todas. ¿Por qué?

—No me interesan.

—¿Has estado con alguna mujer? —le preguntó Bjorn.

—No.

Nunca había tenido deseo de hacerlo. Y seguía sin tenerlo. Salvo… Desde que había ido allí, Zacharel le había concedido una hora de descanso, durante la cual podía alejarse de Thane. Se había pasado la primera media hora con su madre, controlando su deseo de hacerle daño, y la segunda media hora, con Nicola, vigilándola a escondidas.

Se aseguraba de que ningún demonio la siguiera, y se preguntaba qué aspecto tendría si se riera con toda el alma, con despreocupación. Entonces, a él se le aceleraba la sangre de una manera extraña. Sentía un calor vibrante, casi… eléctrico. Comenzaba a adentrarse en el reino natural, pero se contenía y volvía atrás. ¿Y si su presencia le causaba a Nicola demasiada estimulación en el corazón? ¿Y si le hacía daño? Después de todo, él tenía las manos de un asesino.

Así pues, se mantenía en el reino espiritual.

Sin embargo, la tensión que sentía por dentro era cada vez más fuerte, y la impaciencia iba en aumento.

No sabía qué hacer ni qué pensar.

Solo sabía que anhelaba hablar con ella, al menos, para saber qué conclusión había sacado sobre él. Pero ¿cómo iba a entablar la conversación?

«Tu hermana va a morir, pero yo puedo ayudar a que tú te salves».

«Soy un Enviado. Ten en cuenta mis palabras».

«Soy un hombre frío y duro. He hecho cosas horribles. Pero no tengas miedo, no te haré daño».

—Un virgen —dijo Xerxes, en un tono que, extrañamente, parecía de envidia… Aunque eso no era posible, claro. Xerxes señaló a una fémina—. Tenemos que cambiar eso.

Una arpía rubia se acercó mascando chicle a la mesa donde estaban los guerreros. Llevaba unos pantalones cortos y ajustados y un *top* de lentejuelas. Era muy guapa; tenía el pelo rubio, unos enormes ojos azules y la nariz cubierta de pecas. Pero a él no le gustaban las pecas.

—¿Queréis que me ponga cariñosa con este tipo? —preguntó, señalándolo con el dedo.

—Sí —respondió Xerxes.

—Parece un asesino a sangre fría.

En el caso de Koldo, las apariencias no engañaban.

—No, gracias —dijo él—. No tienes por qué…

—¡Así que por supuesto le haré un bailecito!

Un momento, ¿qué?

—No, gracias. No quiero…

—¡Va a ser muy divertido! —exclamó ella—. ¿Estás preparado para volar a lo más alto?

—Ya estamos en el cielo, cariño —le dijo Thane.

Ella puso los ojos en blanco.

—Ya, lo que sea. Él sabe a lo que me refiero, ¿verdad, Asesino?

—Preferiría que no… —dijo Koldo, pero fue interrumpido de nuevo.

—Moved la mesa —dijo la chica, frotándose las manos—. Quiero empezar ahora mismo con esta fiestecita.

Koldo se pellizcó el puente de la nariz, mientras Bjorn y Xerxes se levantaban para obedecer a la arpía. Sin embargo, antes de que los guerreros pudieran empezar, él se puso muy rígido.

Su instinto comenzó a chisporrotear, diciéndole que Nicola estaba en peligro.

—Tengo que irme —dijo, y se puso en pie con tanta brusquedad que tiró la mesa al suelo.

—Bueno, esa es una forma de hacerlo —murmuró la chica.

Por orden de Zacharel, Koldo debía permanecer con Thane veintitrés horas al día. Si desobedecía, se arriesgaba a recibir un castigo. Aquel día ya había utilizado su hora libre.

—Y tú vas a venir conmigo —le dijo al guerrero.

—Espera… ¿Te marchas ahora mismo? —le preguntó la arpía, con un mohín—. Pero… si ni siquiera he empezado, y tengo unos movimientos muy seductores… ¿Te había comentado que soy muy flexible?

Thane miró a Koldo con los ojos entrecerrados.

—No vamos a marcharnos. Si nos vamos, no conseguiré volver a traerte aquí.

—Volveremos, tienes mi palabra —dijo Koldo—. Pero ahora tienes que venir conmigo.

Le dijo a Thane adónde tenía que ir y se teletransportó al hospital. Sin embargo, Nicola no estaba allí. Fue a su trabajo, pero tampoco la encontró en el despacho, aunque vio a una Enviada y a una chica a la que no conocía.

No tenía tiempo de interrogar a ninguna de las dos mujeres. Volvió al hospital y se materializó junto al mostrador de recepción. Allí, entró en el programa informático y descubrió que Laila había sido trasladada a una nueva habitación.

Thane aterrizó justo delante de él, plegó las alas a su espalda y miró a su alrededor.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Tú vas a esperar a que yo termine mis asuntos, y yo voy a terminar mis asuntos.

Y, sin decir una palabra más, se teletransportó a la nueva habitación de Laila. Allí encontró a Nicola, que estaba sollozando sobre el cuerpo de su hermana.

Capítulo 6

Koldo evaluó rápidamente la situación. El monitor de Laila emitía señales a toda velocidad, y ella respiraba con dificultad. El aire olía a muerte; aunque todavía estaba viva, su espíritu ya estaba a medio camino fuera de su cuerpo, a punto de ascender o descender, según el camino que la muchacha hubiera elegido para sí misma.

Nicola tenía la frente apoyada en la cama y estaba sollozando en silencio, con desesperación. La desesperación era una mezcla de miedo y de tensión. Aquellas emociones solo servían para fortalecer las toxinas. En poco tiempo, todos los demonios del hospital querrían alimentarse de ella.

—Nicola —dijo él, mientras salía al reino natural y se hacía visible.

Entonces, ella alzó la vista, y él vio que tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

—Koldo —jadeó ella, con la voz quebrada—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo me has encontrado?

¿Cómo podía explicarle que había sentido su dolor, cuando ni siquiera él estaba seguro de por qué, ni de cómo había sucedido aquello? Ignoró su pregunta y miró a Laila.

—Se está muriendo.

Una pausa.

—Sí. No debería llorar. Sabía que esto iba a ocurrir más tarde o más temprano —dijo ella, temblando, y se enjugó las lágrimas de las

mejillas—. Ella tiene que estar en calma, y necesita que yo también conserve la serenidad. Pero…

—Estás sufriendo.

—Sí —respondió ella, con un suspiro, y se apoyó en el respaldo de la silla. Al inspirar nuevamente, arrugó la nariz—. La otra vez olías maravillosamente. Ahora hueles como si acabaras de salir de un burdel.

—¿Y cómo sabes tú a qué huele en un burdel?

—Bueno… hueles a lo que yo pienso que debe de oler en un burdel. A tabaco, alcohol y perfumes diferentes.

—Lo siento —dijo él, mientras pensaba en lo primero que había dicho. Nicola pensaba que, la primera vez que se habían visto, él olía maravillosamente.

Se puso tenso, pero no sintió ningún deseo de violencia… Solo quería acariciarla, reconfortarla y… no estaba seguro de qué más.

Los pitidos del monitor se aceleraron.

Nicola le acarició la mano a su hermana. Al instante, se detuvo, como si todo aquello fuera demasiado para ella.

¿Cuánta fuerza habría perdido desde que él la había visitado por última vez?

Seguramente, demasiada.

—¿Y qué eres tú, de todos modos? —le preguntó ella, casi distraídamente.

—¿No lo has deducido por ti misma?

—No. ¿Cómo iba a poder?

—Hay muchas formas.

—Dime una.

—Fácil. Con una actitud perceptiva.

Ella exhaló un suspiro de cansancio.

—Lo único que sé es que no eres humano.

—Correcto.

—¿Y por qué no me lo dices?

—¿Me creerías? Podemos hablar de esto más tarde —dijo Koldo —. En este momento, sería mejor que ayudara a tu hermana.

—¿Cómo? —preguntó ella, al instante.

—Puedo… conseguirle un poco de tiempo extra. Se recuperará y despertará, pero no creo que viva muchas semanas más —explicó Koldo. Seguramente, Laila estaba llena de toxinas y no tenía barreras externas ni internas contra los demonios. Tenía que aprender a levantar aquellas barreras y, seguramente, no dispondría de tiempo suficiente para conseguirlo.

—Unas semanas —repitió Nicola.

—Sé que no es mucho, pero…

—¡Acepto! —dijo ella, casi gritando, como si temiera que él cambiase de opinión.

—Pero… si todavía no has oído mis condiciones.

Entonces, ella frunció los labios.

—¿Quieres algo de mí?

Muchas cosas.

—Puedo conseguir unas cuantas semanas más para tu hermana, pero, a cambio, tú tienes que hacer lo que yo te diga, cuando te lo diga. Hasta que yo lo considere oportuno —le dijo Koldo. No sabía cuánto tiempo tardaría en liberarla de todas las toxinas y enseñarla a vivir por sí misma.

—¿Acaso esperas que me convierta en tu esclava sexual? —preguntó ella. Su tono no era de indignación, sino, más bien, de curiosidad.

—No —respondió él—. No quiero ese tipo de relación contigo.

Y no lo quería, ¿verdad? No les había mentido a Thane y a los demás. Era virgen; no estaba familiarizado con el deseo, y no estaba seguro de si lo reconocería.

Sabía que admiraba la lealtad de Nicola hacia su hermana. Ojalá alguien lo quisiera tanto a él también. Sin embargo, verla desnuda era algo… que le intrigaba, pensó, y sintió que la sangre le ardía en las venas, como si fuera lava. Aquel era un calor desconocido para él; no tenía nada que ver con la rabia, y borraba de un plumazo el hombre frío que siempre había sido.

Tal vez sí la deseara de aquel modo.

Al pensarlo, estuvo a punto de caerse de espaldas. Comenzó a darle vueltas la cabeza. Pero… Nicola era tan frágil, tan diminuta… que él la aplastaría. ¿Por qué ella? ¿Y por qué en aquel momento? Sentir deseo por Nicola era algo inverosímil, impráctico.

—No —dijo, con la voz entrecortada. No podía.

—Ah —respondió ella, y los hombros se le hundieron—. Entonces, ¿en qué quieres que te obedezca?

—Debes mantener la calma. Debes sentir paz, y cosechar alegría.

—¿Cosechar?

—Hay una ley espiritual irrefutable que dicta que una persona cosecha lo que siembra. Por lo tanto, si tú siembras alegría en los demás, cosecharás alegría para ti misma. En este momento, necesitas alegría.

—Calma, paz, alegría —repitió ella, en un tono monótono. Como si él estuviera loco.

Y tal vez lo estuviera.

—Sí.

—¿Por qué quieres que sienta esas cosas?

«Porque, si no lo haces, las toxinas se multiplicarán y, al final, morirás como tu hermana», pensó él.

—¿Recuerdas cuando te dije que podía ayudar a que te curaras?

—Sí. No es fácil olvidar algo así.

—Pues esta es la manera de conseguirlo.

Pasó un momento. Después, ella repitió:

—Calma, paz, alegría. Dime que mi hermana va a vivir un poco más que unas semanas, y está hecho.

—Siento no haberme explicado bien. Te he ofrecido todo lo que podía ofrecer. Yo no puedo hacer nada más por tu hermana, así que mis condiciones no son negociables.

—Me lo imaginaba, pero tenía que intentarlo —dijo ella, y sonrió. Koldo intentó capturar aquella imagen para siempre. Sería la sonrisa que iba a recordar en sus peores noches, cuando el pasado amenazara con devorarlo. Nicola era la prueba de que en el mundo había algo más que oscuridad y dolor.

—Entonces, ¿trato hecho? —le preguntó él.

—Sí, trato hecho.

Koldo asintió.

—Muy bien. No dejes que los doctores le retiren la respiración asistida. Volveré enseguida.

—Pero…

Él se marchó antes de que ella pudiera terminar la frase. Hasta el último segundo contaba.

Se teletransportó junto a Thane, que estaba en el pasillo del hospital, y le dijo adónde iba. Después se teletransportó a la nube de Zacharel. No tenía alas y no podía esperar, levitando, junto a la entrada; por ese motivo, Zacharel le había dado permiso para entrar, siempre y cuando permaneciera en el vestíbulo.

—Zacharel —dijo.

Estaba rodeado por paredes de niebla que le impedían ver el resto de la casa. Así era como funcionaban las nubes; se abrían solo cuando uno avanzaba por ellas.

Su comandante apareció entre la neblina. Estaba despeinado y tenía la túnica rasgada y manchada de sangre. A sus magníficas alas les faltaban plumas, como si se las hubieran arrancado.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó Koldo—. ¿Necesitas ayuda?

Zacharel tenía los ojos vidriosos, como si hubiera estado llorando.

—No necesito ayuda en este momento. Ya sabrás lo que ha ocurrido con el resto de los Enviados. Muy pronto se convocará una reunión, y todos los ejércitos estarán allí. Hasta ese momento… ¿Por qué has venido, Koldo? —preguntó, con un suspiro de cansancio.

Koldo respetaba y estimaba a Zacharel. El guerrero había aceptado la responsabilidad de dominar al ejército más indisciplinado de todos los cielos, y no escatimaba esfuerzos a la hora de sacar a sus hombres de cualquier apuro.

—Le di a Annabelle la ampolla del Agua de la vida, y necesito lo que queda.

—¿Para qué?

—¿Queda algo? —preguntó él. No quería confesar sus motivos cuando no sabía si podría conseguir su objetivo.

Zacharel ignoró su pregunta. Se dio la vuelta y le hizo un gesto para que lo siguiera.

Después de unos cuantos pasos, la nube se abrió y dejó a la vista un salón adecuado para el más rico de los humanos. Tenía un sofá tapizado de terciopelo, la mitad con respaldo y la otra mitad, sin él, para que pudiera sentarse alguien con unas alas enormes. Era ideal para una pareja de Enviado y ser humano. Había una butaca a juego, una mesa de centro de cristal y un tapiz colgado en la pared más alejada, con las palabras *El amor perfecto ahuyenta al miedo* bordadas en griego.

Claramente, era Annabelle quien había decorado el salón. Annabelle, que estaba sentada frente a la mesa, rodeada de libros, escribiendo en un cuaderno.

—Hola, Koldo —dijo la muchacha, cuando levantó la vista.

Hija de un padre americano y una madre japonesa, tenía unos rasgos perfectos. Y, sin embargo, su belleza no podía compararse a la de Nicola, cosa que deleitó a Koldo. ¿Por qué?

Inclinó la cabeza a modo de saludo.

Zacharel se volvió hacia él.

—Me has preguntado si queda algo. Sí queda —le dijo.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Annabelle.

—¿Cuánto? —inquirió Koldo, ignorándola.

—Una sola gota.

Annabelle sonrió.

—Entonces, habláis del Agua de la Vida.

Una gota. Eso era más que suficiente para lo que pretendía hacer Koldo.

—Deseo comprártela —dijo.

Le costó un gran esfuerzo pronunciar aquellas palabras. Había derramado sangre por el líquido. Había perdido su melena por él. ¿Y tenía que dar algo más?

Annabelle había cumplido su parte del trato. Había mantenido a Zacharel fuera de los cielos mientras Koldo buscaba a su madre. El agua era suya, así que él tendría que dar algo a cambio.

—¿Por qué? —insistió Zacharel.

—Quiero salvar a una fémina —dijo Koldo.

—¿Humana? —preguntó Annabelle.

Koldo no dijo nada más. Aquella información no era necesaria.

—¿Es la fémina a la que tienes encerrada? —le preguntó Zacharel, con tirantez.

Zacharel sabía que tenía a una Enviada en su poder porque, hacía varias semanas, él había rescatado a dos féminas del infierno; una era su madre y la otra, una soldado de Zacharel. Aquella soldado estaba casi inconsciente por las heridas que sufría, y no debería haberse percatado de lo que hacía él. Sin embargo, se había dado cuenta y, después, le había contado a Zacharel todo lo que había presenciado.

Zacharel no sabía que Cornelia era su madre, y todavía no le había pedido que la liberara, tal vez porque sabía que volvería a perseguirla. Zacharel había decidido mantenerlo ocupado con todas aquellas misiones y le había puesto a Thane de niñera, con la esperanza de impedir que cometiera malas acciones.

Quizá, algún día, Zacharel se daría cuenta de que no había nada que pudiera refrenarlo.

—No —dijo—. No es la fémina a la que tengo encerrada.

—¿Quién es esa fémina?

—No voy a hablar de ella.

—Se supone que tienes que estar vigilando a Thane. ¿Qué estás haciendo con una fémina humana?

Entonces, ¿la niñera de Thane era él, y no al revés?

—Volveré con Thane, te doy mi palabra. ¿Vas a venderme el agua, sí o no?

Los ojos verdes de Zacharel despidieron chispas de furia.

—No.

Koldo miró a Annabelle.

Ella se encogió de hombros.

—Lo siento, pero sé que es mejor no discutir con Zacharel cuando se pone obstinado.

Koldo apretó los dientes.

—Muy bien —dijo.

Trataría de comprarle una gota de agua a otro cualquiera. Si no lo conseguía, tendría que acudir al Alto Consejo Celestial… No, no lo haría. Podía soportar una tanda de latigazos; no había ningún problema en eso. Sin embargo, no sabía qué otro sacrificio le exigirían después.

Por lo tanto, debía encontrar a alguien que quisiera venderle una gota de aquel líquido. Si no conseguía cumplir su parte del trato con Nicola, ella no volvería a confiar en él. Y, si ella no confiaba en él, no le haría caso alguno, y no conseguiría cosechar la alegría que tanto necesitaba.

Se giró para salir de allí.

—Koldo —dijo Zacharel.

Entonces, se quedó parado con los músculos tensos. «Es tu líder. Demuéstrale respeto, aunque tengas ganas de arrancarle la cabeza del cuello».

Lentamente, se dio la vuelta hacia el guerrero.

—¿Sí?

—No te la voy a vender. Te la voy a dar —dijo Zacharel.

Alargó el brazo y sacó una ampolla de una bolsa de aire. A través del cristal se veía una gota de agua brillante.

—El día que le diste a Annabelle la ampolla, yo vertí una gota en un frasco diferente y la guardé para ti, a la espera del momento en que pudieras necesitarla. Lo único que te pido es que la uses sabiamente. Es una segunda oportunidad… y no te voy a ofrecer una tercera.

Capítulo 7

Nicola estaba mareada, casi a punto de desmayarse. Tenía el corazón en un puño. Habían pasado dieciséis minutos y treinta y dos segundos desde que Koldo se había marchado y, durante ese tiempo, el médico había vuelto a la habitación para desconectar las máquinas que mantenían a Laila con vida.

¿Cómo iba ella a conservar la calma, a buscar la paz y a cosechar la alegría?

Le había pedido al médico un poco más de tiempo, y él había intentado convencerla para que lo hicieran en aquel momento. Nicola se había negado, y el doctor se había marchado, pero volvería.

Si Koldo no llegaba a tiempo…

«Laila va a morir hoy», pensó, y estuvo a punto de vomitar. No sabía si iba a poder permanecer lúcida mucho más tiempo, y si se desmayaba…

En aquel preciso instante, Koldo apareció, como si hubiera abierto una puerta que ella no podía ver.

El inmenso alivio que sintió le dio fuerzas, y se levantó de un salto de la silla. Koldo era tan fuerte y tan grande como recordaba. Un guerrero de algún tipo de ejército, según le había dicho. Si él estaba allí, Laila no correría peligro.

—Koldo —gimió.

Él asintió.

—Deja de preocuparte, Nicola.

—Primero, dime que el trato sigue en pie —dijo ella, sin poder contenerse. ¿Era cierto que había depositado su confianza y su esperanza en un completo extraño?

Sí, era cierto. La supervivencia de Laila era demasiado importante como para no arriesgarse.

—Sí, sigue en pie.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí.

—Bueno, ¿y estás seguro de que esto va a funcionar?

—Estoy seguro de que Laila va a sufrir —dijo Koldo—. Va a gritar, pero su cuerpo se curará. Lo que pase después es cosa suya. ¿Todavía deseas que continúe?

Nicola se preguntó qué era lo que había conseguido de Koldo; él no pensaba que mereciera la pena hacer el esfuerzo que proponía con respecto al resultado. Sin embargo, ella sí lo creía; por Laila merecía la pena cualquier esfuerzo.

—Sí —respondió.

—Muy bien.

Entonces, Koldo se acercó a la cama y, suavemente, le separó los labios a Laila. Tomó aire y, como si tuviera que obligarse a actuar, vertió en su boca una sola gota de una ampolla que llevaba en el bolsillo.

Aquel titubeo preocupó mucho a Nicola. Tal vez aquella no fuera la mejor decisión. Tal vez solo hubiera hecho aquel trato con Koldo por sus propias necesidades egoístas…

—¿No hay otro modo de…?

Sin embargo, aquella pregunta ya no tenía sentido. Él ya había derramado la gota entre los labios de Laila.

Nicola se puso tensa, esperando que ocurriera algo en aquel momento. Tal vez, los gritos que él había mencionado. O, tal vez, milagrosamente, una sonrisa.

Pasó un minuto. Después, otro. No hubo ningún cambio.

Koldo exhaló un suspiro.

—Ya está hecho —dijo, y la miró a los ojos—. Yo tengo que volver a cumplir con mis deberes. Vendré a verte mañana, y comenzará tu tiempo de obediencia a mí.

Y, por tercera vez desde que se conocían, Koldo se desvaneció.

—Pero…

No tuvo tiempo para lamentos ni para exclamaciones de rabia por su abandono. Laila gritó, tal y como él había predicho. Fue un grito que estuvo a punto de desgarrarle los oídos a Nicola. Llena de preocupación, se acercó rápidamente a su hermana.

—Laila, cariño, ¿qué te ocurre? ¿Qué quieres?

Dos enfermeras entraron apresuradamente en la habitación, con sendos estetoscopios colgados del cuello.

—¿Qué pasa?

—No lo sé —respondió Nicola con la voz ronca.

¿Qué era lo que le había dado Koldo a su hermana? No era agua, eso lo sabía con seguridad. Pero no podía mencionarles a las enfermeras a Koldo, o pensarían que estaba fuera de sus cabales. Y, si pensaban que estaba loca, no le permitirían estar junto a Laila, y la decisión de desconectarla de las máquinas quedaría en manos de otra persona.

—Por favor, retírese —le dijo una enfermera.

Entonces, las dos rodearon la cama, revisaron los monitores y acercaron otra máquina. Laila comenzó a dar violentas sacudidas.

—¿Se va a poner bien? —preguntó.

Si Koldo le había hecho algún daño a su hermana, ella misma… No había actos lo suficientemente atroces.

Entró otra enfermera.

—¿Cuál es el problema?

—Salga de aquí —le ordenaron las otras enfermeras a Nicola.

Estaba demasiado débil, y no pudo resistirse cuando la sacaron a rastras de la habitación. La enfermera volvió a entrar y cerró la puerta; ella se quedó llorando en el pasillo. Se puso la mano en el corazón, y notó sus propios latidos, demasiado acelerados y fuertes. Se le oscureció la visión y se le heló la sangre.

Su hermana estaba allí dentro, sin dejar de gritar y, obviamente, sufriendo más dolor que nunca. Podía estar muriéndose en aquel momento, y ella no estaba a su lado. Laila estaba rodeada de extrañas.

Se dio cuenta de que estaba a punto de desmayarse, e intentó sentarse en algún lugar. Sin embargo, le fallaron las rodillas y cayó hacia delante.

Su rostro se golpeó en el suelo de baldosas, y todo se volvió oscuro.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio una luz brillante. Hubo unos cuantos detalles que le llamaron la atención. Tenía un martilleo en las sienes, oía un pitido insistente y notaba algo frío en el brazo.

Alguien le estaba hablando, pero no distinguía las palabras. Notó una luz más brillante en un ojo y, después, en el otro. Intentó apartarse, pero su cabeza pesaba demasiado. Trató de apartar aquella luz, pero su brazo pesaba demasiado.

—Nicola…

Pestañeó rápidamente y consiguió concentrarse. Había un hombre sobre ella. Era un hombre negro que llevaba una bata blanca y tenía un estetoscopio alrededor del cuello. Nicola se dio cuenta de que era el doctor Carter, del hospital. El médico de Laila.

—Te has desmayado —le dijo él, suavemente.

—No, yo…

Sí, se había desmayado. Recordó todo lo que había ocurrido, y se vio en el pasillo, fuera de la habitación de Laila. En aquel momento, sin embargo, estaba en una cama de hospital, con una vía de suero en el brazo y un camisón de tela muy fina.

—Te hemos regulado el pulso —le dijo él.

«No me importa».

—Laila… —musitó, e intentó sentarse.

Con delicadeza, el doctor volvió a tumbarla.

—Te has dado un buen golpe en la cabeza al caer. De hecho, tienes una conmoción, así que vamos a tenerte en observación todo el día, y por la noche también.

—Laila —repitió ella.

Él sonrió.

—Es algo increíble. Cuando conseguimos calmarla, nos dimos cuenta de que sus constantes vitales eran fuertes, más fuertes que desde hace semanas. Le hicimos análisis, y los resultados nos han dejado asombrados. Por fin le funcionan bien los riñones y el hígado, y su ritmo cardíaco es constante.

—Entonces… ella…

—Tal vez viva —le confirmó el médico.

Nicola sintió una alegría abrumadora, tan poderosa como una droga. Era una alegría que le había administrado Koldo. ¡Laila estaba curándose! Koldo le había dicho la verdad. Él había… había salvado a su hermana.

Pero… solo unos cuantos días, recordó. A pesar de la alegría, notó un poco de desilusión. Koldo solo le había dicho que podría salvar a su hermana durante un corto periodo de tiempo, nada más.

Antes, eso le había parecido suficiente, pero, ahora, quería más.

Tiempo. Tiempo. Aquella palabra reverberó por su mente. ¿Cuánto tiempo tenía su hermana? Koldo le había dicho que no iba a vivir más que unas cuantas semanas. Al pensar en aquello, Nicola se dio cuenta de que Laila podría morir mucho antes. En cuestión de días.

Al día siguiente.

Dentro de una hora.

—Quiero verla.

El doctor Carter sonrió aún más; se ladeó, y señaló con el brazo a la cama de al lado.

—Puedes verla ahora mismo.

Entonces, Nicola, vio a la muchacha rubia que había bajo un montón de mantas, y su alegría volvió como una avalancha. Se le llenaron los ojos de lágrimas al ver a Laila tendida a su lado, con las

mejillas sonrosadas. Tenía los ojos cerrados y respiraba apaciblemente, sin ayuda de ninguna máquina. Estaba sonriendo.

Nicola se dio cuenta de que su tremenda preocupación había sido en vano, y de que, con aquella angustia, solo había conseguido causarse un daño a sí misma. Si hubiera conservado la calma y hubiera confiado en Koldo, habría podido disfrutar de la noticia de la recuperación de su hermana en plena consciencia. Habría podido gritar de alegría, y reírse al ver a Laila recobrar las fuerzas. «No voy a volver a cometer ese error».

—Es un milagro —dijo el doctor Carter—. Si continúa recuperándose a este ritmo, podrá volver a casa dentro de pocos días.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Ahora está descansando, y te sugiero que hagas lo mismo —dijo el médico, y le estrechó la mano—. Si necesitas algo, dínoslo.

—Lo haré, doctor. Muchas gracias.

Él asintió y salió de la habitación.

Nicola miró maravillada a su hermana. ¿Cuántas noches habían pasado Laila y ella abrazadas, susurrando y compartiendo secretos? Muchísimas. Y podrían tener eso de nuevo.

Laila suspiró suavemente, y…

Oh, vaya. Vaya, vaya, vaya.

Nicola se frotó los ojos, pero siguió viendo un horrible mono que tenía tentáculos en vez de brazos, junto a la cama de su hermana. La criatura observaba a Nicola con odio mientras le acariciaba el brazo a Laila como si quisiera captar toda su atención.

¿Era una alucinación? Seguramente. Después de todo, el médico le había dicho que tenía una conmoción. Sin embargo, aquel monstruo parecía real, como los monstruos que veía de niña.

Koldo apareció junto a su cama y acaparó toda su atención y su pensamiento. En cualquier otra ocasión, aquella sorpresa le habría acelerado insoportablemente el corazón, pero en aquel momento estaba sedada, y la medicación impedía las reacciones adversas.

—¿Ves eso? —le preguntó ella.

—¿El qué? —replicó él, mirando a su alrededor.

Nicola se dio cuenta de que el mono se había ido.

—No importa.

Koldo la miró y frunció el ceño.

—Me han concedido permiso para volver a visitarte, y te encuentro herida —dijo, con un deje de ira en la voz—. ¿Por qué estás herida?

—Me desmayé y me di un golpe en la cabeza —admitió ella.

—¿Y por qué te desmayaste? —inquirió él.

Se inclinó hacia ella y le pasó los dedos ásperos y encallecidos por la frente, justo en el lugar donde se había golpeado. Nicola sintió un agudo dolor, y él retiró la mano.

Entonces, Nicola sintió también la pérdida de su contacto, con dolor o sin él. Era la primera vez que la tocaba alguien que no fuera médico o enfermera desde que Laila había ingresado en el hospital, y aquel contacto le había gustado mucho.

Koldo era tan cálido, tan vibrante…

Tan… necesario…

—Bueno, es una historia un poco rara —dijo ella, con nerviosismo. Tal vez los tranquilizantes que le habían administrado no fueran tan fuertes, porque el corazón sí se le aceleró un poco—. Verás, acababas de darle esa gota de líquido a mi hermana y, de repente, desapareciste y ella empezó a gritar…

—Como yo te dije, exactamente.

—Sí, pero yo no estaba preparada, y…

Entonces, él lo entendió todo, y sus ojos pasaron de ser dorados a ser de un color ámbar sobrenatural.

—Te preocupaste.

—Pues… sí. ¿Te he dicho ya que Laila estaba gritando mucho?

Él frunció los labios. ¿Era un gesto de irritación?, se preguntó ella. Sí, claramente, sí. Parecía que estaba a punto de asesinarla, pero, a pesar de aquella expresión, era tan guapo que parecía un supermodelo. Era verdaderamente guapo.

—No hemos empezado bien —dijo él.

—Lo siento.

—Pues hazlo mejor.

—Sí.

—Yo me ocuparé de que lo hagas.

Qué amable por su parte.

—¿Y qué es lo que le has dado a mi hermana?

Hubo una pausa y, después, Koldo dijo:

—No puedo compartir esa información.

—Bueno, ¿y vas a decirme qué eres en realidad?

—¿Todavía no te lo has imaginado? —preguntó él, en un tono de decepción.

Ella se mordió el labio.

—He estado un poco ocupada.

—Lección número uno —dijo él—: Las personas deben concederle prioridad a lo que es más importante para ellas.

—Sí, es cierto, pero yo tengo dos trabajos y tengo que cuidar a mi hermana. Y tengo que dormir cuando puedo.

—¿Y no puedes sacar un minuto de aquí y un minuto de allá? ¡Claro que puedes! Pero me estás dando excusas.

Y, obviamente, Koldo no admitía excusas. Iba a ser muy divertido estar con él.

—¿Y cómo quieres que busque la paz y coseche la alegría si tú no dejas de ser desagradable conmigo?

Entonces, él se sobresaltó y dio un paso atrás.

—Yo no soy desagradable.

—Koldo, ¿sabes cuál es la definición de «desagradable»?

—Es algo que disgusta.

—Exactamente.

Él se frotó la nuca.

—Está bien. Intentaré ser más agradable.

Entonces, Nicola se sintió un poco culpable por haberle tomado el pelo; Koldo se había tomado muy en serio su reproche.

—¿No vas a darme ni una pista de lo que eres? ¿Por qué no me dices adónde vas cuando desapareces como por arte de magia?

—Voy al reino de los espíritus —respondió él.

—Entonces, ¿eres un fantasma?

—Los fantasmas no existen.

—Está bien. Entonces, no eres un fantasma. Lo entiendo.

—No hay fantasmas —reiteró él, con intensidad—. Los espíritus humanos ascienden al cielo o descienden al infierno, pero nunca se pierden por el camino, ni vuelven al mundo natural. Lo que la gente considera fantasmas son, en realidad, espíritus familiares, y los espíritus familiares son dem… —se interrumpió y se pasó una mano por la cara, suspirando—. No importa. Tengo que enseñarte más cosas de las que pensaba.

—Pero… no vas a cambiar de opinión, ¿verdad?

Entonces, él arqueó una ceja.

—No puedo. Hemos hecho un trato.

Y parecía que él siempre cumplía su palabra. Así pues, Nicola tenía que dejar de insultar, sin darse cuenta, su sentido del honor. Aunque Koldo fuera a cumplir su palabra de todos modos, ella quería que él también estuviera contento.

—¿Y por qué has decidido enseñar a alguien como yo? —le preguntó ella—. ¿Y qué es lo que quieres enseñarme? Pensaba que solo querías que estuviera calmada, alegre, en paz.

Él apartó la mirada.

—Tal vez porque sé lo que es sufrir un golpe tras otro, lo que es querer sentir esperanza y no conseguirlo —dijo, y miró a Laila durante un largo instante—. Ojalá Laila sea tan receptiva como tú.

—¿Y eso la ayudaría? ¿Le conseguiría más tiempo que unas semanas? —preguntó ella con un susurro.

—Ella es la única que conoce la respuesta. Yo puedo enseñarle lo mismo que voy a enseñarte a ti. Haré todo lo posible por conseguir que sienta paz, calma y alegría, pero no sé si escuchará lo que yo tenga que decir.

Laila era una muchacha obcecada, tanto, que discutía hasta que se quedaba sin aliento. Su hermana tenía una habilidad única para dejar de prestar atención a cualquiera en cualquier momento. Nicola la adoraba, pero era consciente de sus defectos.

—¿Y lo que tú nos enseñes, lo que nosotras sintamos, podrá curarnos? —le preguntó a Koldo.

—Sí. He visto curarse a leprosos, caminar a lisiados y a ciegos recuperar la visión.

—Entonces, yo la obligaré a escucharte —dijo ella, con determinación y con una gran emoción. Los médicos siempre les habían dicho lo mismo: que no podían hacer nada. Y, sin embargo, había esperanza para las dos.

Koldo la miró con una expresión más suave, casi como si se sintiera orgulloso de ella.

—El único modo seguro de fracasar es rendirse, Nicola. Y yo me doy cuenta de que tú no eres de las que se rinden.

Un cumplido como aquel por parte de un hombre tan rotundo era más dulce que las palabras de adoración de cualquiera con un gran encanto.

—¿Nicola?

Ella dio un respingo al oír la voz de su hermana.

—¡Laila! ¡Te has despertado!

Koldo retrocedió y se apartó para que Nicola pudiera ver a Laila. Lo primero que ella notó fue que el mono no había vuelto. Y, lo segundo, que Laila estaba resplandeciente.

Aunque ellas dos eran gemelas idénticas, por algún motivo, Laila siempre había sido la más guapa. La que más carisma tenía. La gente siempre se sentía atraída por ella, y todos prestaban más atención a sus palabras.

—Tengo sed —murmuró Laila—. Me gustaría tomar un poco de agua…

Nicola miró a Koldo.

—¿Podrías…?

Sin embargo, él ya no estaba.

Laila frunció el ceño, y preguntó suavemente.

—¿Adónde ha ido el médico?

¿El médico? Sí, aquello encajaba perfectamente con Koldo, pensó Nicola.

—Ojalá lo supiera.

Capítulo 8

Laila iba a volver a casa aquel mismo día, ¡mucho antes de lo que nadie esperaba!

Nicola apenas podía contener la emoción. Estaba en la oficina, recopilando los expedientes y las facturas que necesitaba. Ni siquiera podía desanimarla el hecho de que Jamila y Sirena fueran las peores contables del mundo, y que tuviera que hacer frente a la misma carga de trabajo de siempre. Terminaría lo más urgente aquella noche, después de haber acostado a Laila y haber hecho la compra. ¿Quién necesitaba dormir, de todos modos?

—Jamila —dijo.

Silencio.

—¿Sirena?

De nuevo, silencio.

Nicola cerró su maletín con un suspiro. Entre los descansos de media hora para ir al baño y los descansos de dos horas para comer, las chicas casi nunca estaban sentadas en su sitio.

—Se te está curando muy bien la herida de la frente. Eso me satisface.

Nicola alzó la cabeza y se encontró con Koldo. Al instante, se le aceleró el corazón.

—Estás aquí.

La noche anterior, ella se había pasado todo el tiempo en el hospital, pensando en él, queriendo verlo y oír su voz, percibir su

olor, sentir su calor, apoyarse en su intensidad, en su honestidad y en su fuerza.

En aquel preciso instante estaba justo frente a su escritorio, con una camisa y unos pantalones negros; vestido de aquel color, con su piel bronceada, estaba muy guapo y muy *sexy*.

Tenía una cicatriz a un lado de la frente, lo que le confería cierto aire de peligro. Tenía las pestañas espesas y negras, y la nariz recta, aristocrática. Aunque a ella no le gustaba especialmente la barba en un hombre, Koldo hacía que cambiara de opinión, porque aquella sombra oscura acentuaba la pureza masculina de su mandíbula.

Él ladeó la cabeza mientras la observaba intensamente.

—Hoy irradias una extraña mezcla de emoción y de energía. Estás feliz, pero nerviosa, entusiasmada, pero fatigada —dijo, y añadió con una expresión severa—: Tienes que cuidarte, Nicola. Es una orden.

Ella carraspeó, y se movió en el asiento.

—Sí, bueno, estoy esperando a que tú me enseñes cómo hacerlo. Vamos, dame alguna indicación.

Aquella era la respuesta más segura.

Él permaneció estoico mientras se daba la vuelta y se alejaba hasta la pared de enfrente, donde pasó un dedo por la pintura desconchada.

Nicola, con las manos temblorosas, se alisó las arrugas de la blusa. Era cierto que él había dicho que no tenía ningún interés romántico en ella, y eso estaba bien; de veras, no quería lamentarse por ello, ni tratar de conseguir que Koldo cambiara de opinión. Por lo tanto, no estaba segura de por qué había ido corriendo desde el hospital a casa para ducharse y vestirse, y pasar un poco más de tiempo de lo normal maquillándose y peinándose.

—Precisamente, he venido para hablar contigo de ese tema —dijo él—. Quería empezar hoy mismo con nuestro entrenamiento, pero ha sido imposible. Acabo de volver de una misión, y no he podido preparar nada.

—¿Una misión? Oh… ¿Qué tipo de misión? —preguntó ella, intentando aparentar despreocupación.

Él se encogió de hombros.

—Del tipo de misión que involucra a un ejército entero.

—¿Con armas?

—No.

—¿Dagas?

—Bueno, más o menos —dijo él. Se acercó a la única ventana del despacho e inspeccionó la cerradura—. A partir de mañana, necesito que me dediques por entero media hora de tu tiempo, todos los días.

¿Solamente media hora? Nicola se quedó desilusionada.

—Hecho. Pero ¿estás seguro de que eso es suficiente? Quiero decir… ¿no tenemos mucho que estudiar?

—Sí —dijo él, y se masajeó la nuca. Después de unos instantes, respondió—: te daré cuarenta y cinco minutos y… —entonces, meneó la cabeza y entrecerró los ojos—. No, eso tampoco es suficiente, ¿verdad? Te daré… una hora.

A Koldo le costó decir aquello, como si concederle una hora fuera una decisión muy difícil.

En parte, Nicola se sintió insultada. La otra mitad de su ser estaba demasiado emocionada como para darle importancia.

—Gracias.

—Y, cuando estemos separados —continuó Koldo—, no debes preocuparte ni estresarte. Harás solo las cosas que te procuren felicidad.

—En teoría, eso está muy bien, pero ¿cómo me sugieres que lo consiga?

Entonces, él frunció el ceño, como si estuviera analizando sus palabras.

—Tal vez debieras ver programas de humor, escuchar más chistes.

Una idea estelar del señor Serio, pensó ella con ironía.

—¿Eso es lo único que se te ocurre? Pensaba que tenías todas las respuestas.

—Pasa tiempo con tu hermana. Me imagino que ella está mejor.

—Pues sí —dijo Nicola.

Le había hablado a su hermana sobre Koldo y sus exigencias, y Laila se había echado a reír, pensando que la medicación, o la conmoción cerebral, o ambas cosas a la vez, le habían afectado la capacidad intelectual. Nicola no había podido convencer a su hermana de lo contrario.

—Tal vez tenga que convencerla para que te tome en serio, pero no te preocupes. La convenceré.

La alternativa era verla morir, y no iba a permitir que sucediera.

Koldo se acercó a su escritorio de nuevo, y posó las manos en él.

—¿Estás dispuesta a hacer todo lo que yo te diga? —le preguntó.

—Todo —respondió ella, sin vacilación—. Ya hemos hablado de esto.

—Bueno, dejar las cosas completamente claras nunca está de más —dijo él, y se quedó mirándole los labios—. Qué color rosa tan intenso —comentó, en un susurro, y frunció el ceño—. Qué bonitos.

A ella comenzaron a sudarle las palmas de las manos. La estaba mirando como si estuviera expuesta en la mesa de un bufé libre y él se estuviera muriendo de hambre.

¿Habría cambiado de opinión?

Koldo respiró profundamente y pestañeó. Entonces, arrugó la nariz como si hubiera percibido algo desagradable.

—¿Por qué hueles así? —le preguntó de manera cortante.

—¿A qué?

—A jazmín y madreselva.

—Ah… Es el olor de un jabón y una crema nuevas —dijo. Era el regalo de Sirena.

—No vuelvas a usarlos nunca. Esta es tu primera orden. De hecho, tira ambas cosas.

No, no había cambiado de opinión.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta y, al instante, Sirena asomó la cabeza.

—Hola, Nicola —dijo la muchacha, con una amplia sonrisa. Una sonrisa que se desvaneció lentamente cuando paseó la mirada por el despacho—. Me ha parecido oírte hablar con alguien, pero no había visto entrar a nadie.

Nicola miró a Koldo. O, más bien, al lugar donde había estado Koldo hasta aquel momento. Había desaparecido, y solo quedaba su olor a rayos de sol en el ambiente. Y se había llevado su calor consigo, así que ella se estremeció al sentir un frío repentino.

—Creía que estabas en el descanso —le dijo a Sirena.

—Y lo estaba, hasta que me di cuenta de que estarías perdida sin mí —respondió la muchacha con desfachatez—. He vuelto rápidamente.

¿En serio? ¿Eso era lo que creía la chica? Aquella mañana la había oído pasar mal tres llamadas y, en otras cuatro ocasiones, dejar que el contestador automático respondiera a los clientes.

—¿Qué puedo hacer por ti, Sirena?

—Solo quería decirte que el señor Turner ha venido a verte. Y está buenísimo. Deberías intentar salir con él.

¿Dex estaba allí? ¿Por qué?

—Gracias por el aviso. Por favor, dile que pase.

Sirena le guiñó un ojo y se dio la vuelta con un exagerado movimiento de caderas.

—Puede pasar ya, señor Macizo.

Nicola apuntó en su agenda: «Hablar con Sirena sobre el acoso sexual en el trabajo». Después, lo subrayó.

Segundos después, Dex entró en el despacho. Iba perfectamente peinado y tenía unos ojos muy brillantes. Llevaba una camisa gris y unos pantalones negros; su apariencia era muy profesional. Era un hombre atractivo, pero en comparación a Koldo, palidecía.

—Hola, Dex —dijo Nicola—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me he enterado de que tu hermana está mejor.

—Todavía no está totalmente recuperada, pero sí, está mucho mejor.

Dex se sentó, se apoyó en el respaldo de la silla y se relajó.

—Eso está bien, ¿no? Ahora tendrás más tiempo libre.

—En realidad, tendré menos —dijo. Iba a pasar hasta el último segundo que pudiera con Laila, y una hora diaria con Koldo.

—Me preguntaba si tienes planes para este fin de semana —dijo Dex, con las mejillas un poco enrojecidas.

—Oh, no, no. La verdad es que tengo que hacer mucho papeleo —dijo ella. Además, tenía que acudir a su segundo puesto de trabajo en el supermercado.

—Sí, pero también tienes que comer —replicó él.

En realidad, la comida era algo opcional.

—Tengo que cuidar a Laila, y eso significa que…

—Ella también necesitará un acompañante. La buena noticia es que tengo un amigo que… Seguro que has oído que Blaine y su novia rompieron hace unos meses, y aunque él me obligó a comerme esa porquería que había en la nevera después de perder la carrera, sigue cayéndome bien.

Blaine. Blaine, que a Laila le parecía demasiado atractivo como para resistirse.

¿Tendría su hermana fuerzas suficientes como para salir de casa? Y, de ser así, ¿cómo podía negarle aquella pequeña diversión antes de que… antes de…? ¿Y si aquella diversión le proporcionaba la felicidad que necesitaba para curarse definitivamente?

Tal vez Dex notó que estaba a punto de rendirse. Con una media sonrisa, se inclinó hacia delante y escribió algo en una hoja de papel.

—Aquí tienes mi número. Si cambias de opinión, llámame.

—Gracias —susurró ella.

Entonces, él se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—A propósito, hueles muy bien —dijo, y se marchó.

—Hasta luego, guapo —le dijo Sirena, desde la zona de recepción.

—Eh… sí, claro —dijo Dex, en un tono de inquietud.

Así que… a Koldo le parecía que el olor era espantoso, y Dex pensaba que olía muy bien. ¿Quién tenía razón?

Koldo, el sincero. Sin duda.

Suspiró. Mientras estaba recogiendo el resto de sus cosas, sonó el teléfono.

Y seguía sonando cuando salió del despacho. Sirena y Jamila estaban entre los dos escritorios, mirándose y resoplando, con los puños apretados y los brazos temblorosos.

—Sé lo que eres —dijo Sirena.

—No puedo decir lo mismo —respondió Jamila con ira—, pero sé que no eres nada bueno.

—¿Quieres sobrevivir? Entonces, lo mejor será que te marches y no vuelvas por aquí.

—En esta ocasión, sí puedo decir lo mismo.

Claramente, aquellas dos no se llevaban nada bien.

—¿Va a responder alguien al teléfono? —preguntó Nicola.

Entonces, las dos mujeres se separaron con un respingo.

Sirena sonrió. Toda la rabia desapareció de su expresión.

—Claro —dijo, y descolgó el teléfono—. Departamento de Contabilidad, ¿diga? —respondió, y comenzó a juguetear con el cable—. Vaya, qué voz más agradable tienes —dijo, y soltó una risita infantil que hizo que Nicola se estremeciera—. Sí, dime. Espera. Dímelo más lentamente, y seguro que podré apuntarlo todo.

Nicola miró a Jamila, que todavía estaba intentando controlarse.

—No voy a preguntar qué pasaba, pero no quiero que os peleéis bajo ningún concepto.

—¿Adónde vas? —le preguntó Jamila, al verla con todos los expedientes en los brazos—. Se supone que no tienes que marcharte hasta dentro de tres horas y ocho minutos.

Vaya. Una de las trabajadoras más negligentes que ella hubiera conocido estaba cuestionando su ética.

—Aunque no es asunto tuyo, me marcho a casa. Ya he pedido permiso, gracias.

—¿Por qué te marchas? ¿Y por qué te llevas esos expedientes?

—Te diré, de nuevo, que no es asunto tuyo. Y porque alguien tiene que hacer el trabajo —dijo ella, olvidándose de la emoción que le causaba el regreso a casa de Laila. Cada vez estaba más irritada.

—Yo sé hacer números, y para eso estoy aquí, ¿no?

—No lo sé. ¿Es para eso? Porque, hasta el momento, no has hecho nada.

Jamila apretó la mandíbula.

—Dámelos —dijo, y le quitó los expedientes a Nicola antes de que ella pudiera responder—. Me voy a asegurar de que se haga todo este trabajo. Y bien —añadió, mirando a Sirena despreciativamente. La otra chica seguía al teléfono, riéndose.

—No, yo… —Nicola se quedó callada. Por orden de Koldo, debía mitigar el estrés en su vida—. Está bien. Pero… por favor, no me falles.

—Yo soy de fiar —le espetó la chica.

¿Acaso no sabía que había otras formas de hablarle a la gente?

—Gracias —dijo Nicola, y se dirigió a la salida.

—Espera, Nicola —dijo Sirena, y colgó el auricular.

—¿Sí?

—Quisiera ayudar a Jamila —dijo la chica, sonriendo dulcemente a Jamila—. Y, como tú eres la contable más antigua, me gustaría pedirte permiso para hacerme cargo de la mitad de esos expedientes.

—Claro, está bien.

Mientras Jamila tartamudeaba de indignación, Nicola se escapó.

Bajó en ascensor los veinte pisos de su edificio hasta el garaje y, una vez allí, caminó rápidamente hacia su viejo coche, que estaba fuera de lugar entre los modelos más modernos y nuevos que estaban aparcados a su alrededor. Se sentó al volante y arrancó el motor. Después, apretó el acelerador para salir de su sitio pero, rápidamente, pisó el freno.

Había un monstruo justo delante del coche.

A Nicola se le escapó un grito, y se llevó la mano al corazón. Aquella criatura era de una fealdad espantosa. Tenía el cuerpo tan musculoso que resultaba grotesco, y le salía un cuerno rizado del lado derecho de la cabeza. Seguramente, en algún momento tuvo dos, porque en el lado izquierdo tenía una protuberancia. En vez de carne, tenía pelaje, y sus ojos eran tan oscuros como la peor de las pesadillas.

Al sonreír, de manera truculenta, mostró dos colmillos largos y afilados.

—Eres mía, y yo siempre mato lo que es mío —dijo, justo antes de desaparecer.

Koldo se encerró en la lujosa habitación que le había asignado Thane en el Downfall, su club, y se tendió en la enorme cama vestida de terciopelo. Thane, Bjorn y Xerxes se habían ido con las féminas que habían elegido aquella noche, y él sabía que no iba a volver a verlos hasta el día siguiente.

Y, seguramente, era lo mejor.

Su corta visita a Nicola lo había dejado ardiendo.

Cada vez que oía su voz grave y cálida, se le ponían en tensión todos los músculos del cuerpo. Nuevamente, había podido percibir su olor a canela y vainilla, una esencia embriagadora que ya no estaba contaminada por los demonios, tan solo enmascarada por los malos olores que le recordaban a su madre, el jazmín y la madreselva. Peor que el azufre.

Y, sin embargo, aquello se le había olvidado al ver sus labios. Al instante, había sentido el impulso de besarla.

¿Y si se hubiera dejado llevar? Él no sabía nada sobre el arte de los besos. Tal vez hubiera apretado demasiado sus labios y le hubiera hecho daño. O, tal vez, hubiera presionado con demasiada suavidad, y la hubiera dejado insatisfecha…

Habría quedado como un idiota.

Nicola se hubiera reído. Y, si se hubiera reído…

Otro rechazo más, pensó Koldo, apretando los puños. Otro de los miles que aún quedaban por llegar. Él nunca era lo suficientemente bueno para nadie, y nunca podría serlo. Nunca era suficiente para la gente cuyo amor más anhelaba, y nunca podría serlo.

Al darse cuenta de lo que se le había pasado por la cabeza, tomó aire bruscamente. «Yo no anhelo el amor de Nicola», pensó. No necesitaba su amor.

No necesitaba el amor de nadie.

En aquel momento, Thane abrió violentamente la puerta y entró en la habitación. Tenía el pelo de punta y la piel arañada y llena de marcas de mordiscos, pero su túnica se había convertido en una armadura de batalla.

—Hay una actividad demoníaca demasiado alta en Kansas —dijo, sin rodeos—. Nos envían allí a investigar.

—¿En Kansas? —preguntó Koldo. Allí era donde vivía Nicola. Se puso en pie, mientras la tela de su propia túnica se convertía también en una capa de metal ligero que lo protegería de las garras venenosas de sus enemigos—. Acabamos de volver de allí —dijo; sin embargo, al mirar el reloj, se dio cuenta de que habían pasado tres horas—. ¿En qué parte de Texas?

—En el centro de Wichita. En Estellä Industries.

Aquella era una de las empresas para las que trabajaba Nicola. No podía ser una coincidencia. ¿Acaso habían vuelto al edificio los demonios que siempre la acechaban, cada uno a un lado de uno de sus hombros, y que él había ahuyentado?

—Te llevaré volando —dijo Thane.

—No. Nos vemos allí —respondió Koldo, y se teletransportó. En cuanto sus pies tocaron la acera, sacó su espada de fuego, pero…

No había nada. Ni una señal de ataque demoníaco.

Frunció el ceño y rodeó el perímetro del edificio. Había otros edificios a su alrededor, rojos, blancos, altos y bajos, e incluso una capilla. Había muchos coches aparcados junto a las aceras, y otros recorriendo la calle. Árboles, césped. Pájaros revoloteando y

cantando. Ruidos de insectos. Pero no se oía ningún silbido maligno, ni imprecaciones, ni arañazos. No olía a azufre.

Thane, Bjorn y Xerxes aterrizaron ante él, con las alas extendidas. Se dio la vuelta y vio también a Zacharel, a Axel y a Malcolm.

—No está permitido herir a ningún humano —dijo Zacharel.

Era lo mismo que decía antes de cada una de las batallas. Por desgracia, aquella repetición era necesaria. Los humanos no podían ver a los Enviados ni sentir la amenaza de sus armas a menos que los guerreros se manifestaran en el reino natural.

En ocasiones anteriores, varios de los guerreros se habían manifestado, pero no se habían preocupado en absoluto por los daños colaterales, porque estaban demasiado desesperados por matar demonios.

¿Qué ocurriría si alguno de aquellos guerreros hiriera a Nicola?

Por si acaso alguien pensaba no tener en cuenta las advertencias de Zacharel, Koldo añadió:

—Si una sola fémina resulta herida, le cortaré la cabeza al culpable, y me tomaré mi tiempo. No me van a importar las consecuencias.

Seis pares de ojos se clavaron en él, algunos con desconcierto, otros entrecerrados ante aquella advertencia tan agresiva. Él no quiso perder ni un segundo explicándose, y entró al edificio atravesando uno de sus muros. En el vestíbulo, y por los pasillos, había seres humanos de todo tipo, de todos los tamaños, razas y edades.

Algunos de ellos padecían el acoso de un demonio, como le había ocurrido a Laila. Las criaturas habían construido un bastión.

Otros estaban influidos por los demonios, como le había ocurrido a Nicola. Las criaturas estaban intentando construir un bastión.

Aquello era toda una tentación para los guerreros, y Koldo lo sabía. Él mismo tenía que contener el impulso de golpear a todos los demonios que se cruzaran en su camino. Sin embargo, debía mantener la calma.

Buscó por todo el edificio, pero no encontró a Nicola. Su despacho estaba vacío, y no había dejado ninguna anotación en su calendario.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué fisgas en las cosas de Nicola? —le preguntó una mujer, a su espalda.

Se dio la vuelta lentamente y se encontró con Jamila, la mujer a la que había rescatado del infierno junto a su madre, y que todavía no le había dado las gracias por ello. Había sido una portadora de alegría, pero después se había convertido en una de las guerreras de Zacharel. Su nombre, Jamila, significaba «bella» en árabe. Y, ciertamente, era bella, aunque también era tan letal como él.

—¿Conoces a Nicola Lane? ¿Dónde está? —preguntó él.

—Se ha ido a casa —dijo Jamila con irritación—. Ahora, respóndeme tú a mí. ¿Qué estás haciendo aquí?

Si Nicola estaba en casa, estaba a salvo.

—Yo podría preguntarte lo mismo —respondió, más relajado.

—Pero no es tu turno.

—¿De veras?

—Sí —dijo ella, y se cruzó de brazos—. Zacharel me ordenó que le informara de lo que le ocurra a Nicola mientras esté en Estellä. He intentado vigilarla desde el reino espiritual, pero estoy segura de que me sentía. Se ponía muy tensa cada vez que me acercaba.

Nicola siempre estaba tensa, pero él iba a trabajar con ella para solucionarlo.

—Así que decidí intentarlo en el reino natural —dijo Jamila.

—¿Y por qué quiere Zacharel que espíes a Nicola?

—No me lo explicó. Y, ahora, no te voy a dar más respuestas hasta que tú me respondas a mí.

Le había preguntado qué estaba haciendo allí, y Koldo decidió responder.

—Hubo una alarma, y nos dijeron que había un incremento de actividad demoníaca.

Ella frunció el ceño.

—Yo no di esa alarma. Este sitio ha estado lleno de demonios desde el principio, pero su actividad no ha aumentado.

—Entonces, ¿por qué nos han llamado? —preguntó él, malhumoradamente—. ¿Quién ha podido informar de algo falso?

—No lo sé. A mí nadie me dice nada —respondió Jamila con amargura—. Desde mi… —se quedó callada, y la chispa de enfado se apagó en sus ojos. Se le hundieron los hombros—. No importa.

¿Desde su… qué? ¿Su captura y su rescate, la gente la trataba de un modo distinto? ¿Con demasiada suavidad, como si tuvieran miedo de que se rompiera? Seguramente. Así era como lo habían tratado a él, y lo detestaba.

—No tienes por qué temer ese tipo de trato por mi parte. Antes me molestabas, y ahora también. No te voy a tratar con deferencia.

La expresión de Jamila se suavizó, pero solo ligeramente.

—Gracias. Es muy amable por tu parte.

Se oyeron las pisadas enérgicas de alguien que se acercaba.

—Nunca habíamos tenido una falsa alarma —dijo Axel, mientras entraba en la habitación. Estaba despeinado y tenía tres marcas de garras en la mejilla ensangrentada—. Pero dicen que esta proviene de una fémina de risa tonta.

—Has matado a los demonios sin dañar a ningún humano, ¿verdad?

—En realidad, no he matado a nadie —dijo Axel, con la mirada llena de diversión—. He conocido a una chica para salir el sábado por la noche —añadió y, con una sonrisa, miró a Jamila—. Estaba pensando en una noche para dos, pero solo tienes que decirlo, princesa, y la convertiré en una noche para tres. Tú, la otra chica y la cámara de mi teléfono móvil.

—Eres asqueroso —dijo Jamila, y salió airadamente de la habitación.

—¿Eso es un sí? —preguntó Axel.

—¡Aaaj! —respondió ella, mientras se alejaba.

Axel se echó a reír.

—Es guerrera, ¿eh? Creo que me gustaría pasar un buen rato con ella.

¿Acaso quería acostarse con Jamila y olvidarla después de una noche?

—No te acerques a ella —le ladró Koldo, sin saber por qué.

—¿Por qué? —preguntó Axel, pestañeando de la sorpresa ante su vehemencia—. ¿La quieres tú?

—No.

—¿Pero no quieres que la consiga yo?

—Exacto.

Después de un momento, Axel se encogió de hombros.

—Está bien. ¿Y qué pasa con las chicas del hospital? ¿Ellas sí están libres?

El nombre de Axel era hebreo, y significaba «pacífico». En el caso del guerrero era una contradicción flagrante. Koldo lo agarró del cuello y lo arrojó contra la pared.

—¿Te ha molestado algo de lo que he dicho? —refunfuñó Axel, a través de la madera y el yeso.

Koldo se sacudió las manos después de un trabajo bien hecho y siguió los pasos de Jamila. Sabía que Axel tenía fuerza suficiente para enfrentarse a él, y no estaba seguro de quién podría ganar. Así pues, la actitud amigable del guerrero hacia él le causaba desconcierto.

Torció una esquina y se encontró a Thane paseándose de un lado a otro con inquietud. ¿Acaso había ocurrido algo?

Mientras Koldo se le acercaba, todo el edificio tembló, y se oyeron gritos humanos de pánico. Koldo se detuvo y frunció el ceño. El temblor continuó y se intensificó. Entonces, se oyeron otros gritos que provenían del cielo.

Al instante, todo quedó inmóvil y en silencio.

Él se puso en marcha de nuevo. ¿Un terremoto, allí y en aquel momento, que además había afectado al cielo? Eso no era posible…

Al verlo, Thane se detuvo.

—¿Qué ha sido eso?

—Ni idea.

—Bueno, de todos modos no importa. Zacharel está intentando averiguar por qué nos han enviado aquí, cuando no había ninguna amenaza real. Mientras, nos vamos a casa. A mi casa.

—Nos vemos allí —dijo Koldo.

Primero, iría a ver a Nicola para asegurarse de que estaba bien.

Porque… tal vez un demonio la hubiera seguido hasta casa, pensó. En el pasado, él mismo habría hecho algo así. Habría seguido a su víctima y habría atacado en el momento más idóneo, cuando la persona no contara con ninguna protección.

Algún demonio podía haberle hecho daño a Nicola, y allí estaba él, en mitad de un pasillo, sin hacer nada. Dar puñetazos a las paredes no le parecía suficientemente violento. ¡Quería estrangularse a sí mismo!

Los gritos de los inocentes… de la gente a la que había hecho daño… De repente, todo aquello comenzó a reverberar en su mente.

Thane lo miró desconfiadamente.

—Vas a hacer una parada extra, ¿verdad?

Koldo se desvaneció sin decir una palabra. Apareció en una casa pequeña y destartalada, con el mobiliario viejo y las alfombras desgastadas.

Oyó un sonido, aparte de los gritos.

Encontró a Nicola en el dormitorio más cercano al salón. Estaba canturreando mientras ayudaba a acostarse a su hermana. Era maravillosa.

—¿Tienes algo de chocolate? —le preguntó Laila, arrastrando ligeramente las palabras al hablar, seguramente, a causa del agotamiento o de la medicación.

—No, pero voy a ir al supermercado.

—Eres la mejor, Co Co.

—Eso es porque me quedé con los mejores genes de papá y mamá —bromeó Nicola—. Tú te quedaste con las sobras.

Laila se echó a reír mientras se le cerraban los ojos. Koldo sonrió también.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Debería marcharse. No tenía ningún derecho a quedarse allí, mirando a Nicola y disfrutando del afecto que había entre las dos hermanas, mientras la sangre de su pasado goteaba al suelo, lo salpicaba y lo manchaba todo.

Se tambaleó hacia atrás, tapándose los ojos con los puños apretados, y apareció en la habitación del club de Thane. Cayó al suelo con la respiración entrecortada. Él estaba sucio; Nicola era pura. Él era de hielo; Nicola, de fuego.

Y él tenía un gran problema. Una vez más, quería besarla.

No, no debería desear nada de ella. No podía desear nada de ella. Él no era lo suficientemente bueno para Nicola.

La ayudaría, pero tendría que mantenerse a distancia de ella. La ayudaría y, después, se alejaría de ella para siempre.

No sabía cómo iba a ser su propia reacción a aquello, pero sí sabía que no iba a ser buena.

Capítulo 9

Antes de salir del club Downfall, Thane le había pedido a su amante que lo esperara en la cama, y ella había accedido. En aquel momento, al volver, la miró. Su melena dorada estaba extendida por la almohada, y tenía unas finísimas cadenas, forjadas por un herrero inmortal, alrededor de los tobillos y las muñecas.

Eran las ataduras de los esclavos. Aquel metal obligaba a la fémina a cumplir las órdenes de su amo. Él despreciaba la esclavitud y había intentado quitarle las cadenas, pero no lo había conseguido.

Y todavía estaba enfadado por ello.

Había tenido que escuchar, sin poder hacer nada, cómo los demonios violaban a Xerxes. Había tenido que ver, sin poder hacer nada, cómo los demonios colgaban a Bjorn sobre él, lo desollaban por completo y bailaban a su alrededor con un abrigo de carne. Había tenido que permanecer en el suelo, encadenado y sin poder luchar, mientras los demonios le lamían la sangre del guerrero del pecho y las piernas.

Si gritaba, si pedía clemencia, hacía reír a los demonios.

No había conseguido hacer daño a aquellos monstruos tal y como deseaba. Pero ¿qué era peor? A él no le habían herido como habían herido a los otros. Él solo había sufrido dolor mental, emocional.

Hubiera preferido lo físico.

—Date prisa —le suplicó la mujer, retorciéndose sobre el colchón —. He estado pensando en todas las cosas que vas a hacerme, y te

necesito.

—Necesitas mi dinero —dijo él, mientras se quitaba la túnica.

Bjorn había encontrado a Kendra en el distrito del sexo, y la había comprado. El guerrero había intentado liberarla, pero ella deseaba tener un amo y ganarse su dinero, y Thane había aceptado aquel trabajo.

—Puede que al principio sí —respondió Kendra—, pero ahora me he hecho adicta a tus caricias. Te necesito a ti. Solo a ti.

Eso estaba bien, ¿no? Él podía tener mil amantes distintas durante una semana, pero siempre acababa volviendo a aquella. A ella no le daba vergüenza lo que hacían, y nunca lo miraba con horror cuando terminaban. Así pues, ¿por qué a él se le revolvía el estómago?

Se sentó en la cama y se acercó a ella. A cada centímetro que avanzaba, aumentaba su deseo de hacer daño, y el deseo de recibir daño.

Las cosas que le habían negado en la celda de su prisión.

No era tonto, y sabía por qué sentía aquellas cosas. Debería odiarse por ello, pero los resultados le agradaban demasiado. Por un momento, solo por un momento, disfrutaría de una satisfacción que no iba a poder encontrar en otro lugar.

Era algo efímero, pero suficiente para él. Por lo menos, eso era lo que trataba de meterse en la cabeza.

—Y tú también me necesitas —añadió ella—. Yo soy la única que puede satisfacerte.

No. Eso no era cierto.

Él no quería que fuera cierto. No quería depender de algo que no podía controlar.

Ella le mordió la barbilla.

—Tú nunca encontrarás la satisfacción con otra. Son demasiado dóciles.

A él le hirvió la sangre de ira y de excitación.

—Cualquiera puede satisfacerme, en cualquier momento y en cualquier lugar.

Y lo demostraría.

Con una intensa concentración, comenzó a hacer las cosas que los hombres normales les hacían a sus mujeres: besar con ternura, acariciar con delicadeza. Ella no pudo resistirlo y se abandonó al momento, susurrándole al oído y gimiendo, pero… después de media hora de lo mismo, mientras la excitación de ella aumentaba, la suya iba disminuyendo.

¿Por qué? ¿Por qué él no podía ser así?

—Oh, Thane —susurró ella, moviéndose bajo él—. No sabía que podías ser así.

—No… puedo —respondió él, entre dientes. Estaba sudando, y tenía la necesidad de hacerle cosas… cosas horribles… Ella lloraría y le suplicaría, pero él no tendría piedad. Y, después, ella le haría llorar y suplicar, pero no tendría piedad con él. Él no se lo permitiría, porque esa era la única forma en que podía sentir algo…

Se sentiría avergonzado, como Bjorn y Xerxes. Ellos odiaban lo que se hacían a sí mismos, y odiaban aún más lo que les hacían a sus mujeres.

Con un grito de frustración, Thane se alejó de Kendra y se levantó de la cama. Se puso la túnica; la tela se abrió para rodear los tendones de sus alas, y cayó suavemente hasta el suelo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella, con un jadeo—. Era muy bueno.

No, no lo era.

Kendra lo miró con un brillo de ira en los ojos.

—¿Acaso has pensado en irte con otra mujer a intentarlo de nuevo? —inquirió amargamente.

—Eso no es asunto tuyo.

—Deberías ser más agradable conmigo —protestó ella, dando un puñetazo en el colchón—. Puede que decida dejarte.

—Y puede que yo te enseñe la puerta —respondió él.

Y no la echaría de menos. Echaría de menos su falta absoluta de inhibición, sí, pero no a ella. Él estaba unido a Bjorn y a Xerxes, y no había sitio para nadie más en su vida.

Salió de la habitación y, mientras ella gritaba su nombre, él cerró la puerta para acallar su voz. Entró en el salón que compartía con sus amigos. Ellos estaban sentados en unas butacas, con los pies en la mesa.

Ya habían terminado con sus mujeres, y estaban bebiendo. *Whisky* con ambrosía, en el caso de Bjorn, y vodka en el de Xerxes.

Ambos estaban pálidos y temblorosos. Xerxes tenía las mejillas demacradas y Thane sabía que el guerrero acababa de vomitar. Bjorn tenía los ojos apagados a causa de los recuerdos corruptos.

Las caricias de otra persona siempre les recordaban las cosas horribles que les habían hecho en su calabozo del infierno. Y, sin embargo, siempre se relacionaban con tantas mujeres como él, tal vez para demostrar que eran normales, o tal vez para castigarse a sí mismos por lo que, una vez, no habían podido detener.

Se sirvió una copa de vodka y se sentó junto a sus amigos.

—Koldo te está buscando —le dijo Bjorn, después de apurar su bebida.

Ya había tenido suficiente por aquel día y, teniendo en cuenta lo obcecado e intratable que era Koldo, él necesitaba estar de muy buen humor para salir indemne de sus encuentros. En aquel momento, no lo estaba.

—Que me busque.

—A mí no me parece de los que se rinden —dijo Xerxes.

—Es una pena —respondió él.

Zacharel sospechaba que Koldo estaba a punto de caer. Y sospechaba lo mismo de él. Así pues, había decidido emparejarlos, pensando que cuidarían el uno del otro, que se proporcionarían un equilibrio. Al menos, eso era lo que él había deducido.

—¿Y qué pasa con Koldo, de todos modos? —preguntó Bjorn.

Xerxes arqueó una ceja.

—Si conozco a Thane, y lo conozco, ha investigado un poco sobre Koldo antes de acercarse a él.

Thane se encogió de hombros.

—Descubrí que nuestro invitado pasó un poco más de una década en un campamento nefas cuando era joven.

A Bjorn le brillaron los ojos.

—¿Y qué le hicieron?

—Según uno de los Enviados que lo rescató, nada que Koldo esté dispuesto a admitir. Estaba mugriento y se comportaba de un modo feroz, y acababa de matar a todos los habitantes de un pueblo. Todos humanos.

—¿Y por qué hizo tal cosa? —preguntó Xerxes.

—Yo creo que había perdido la esperanza. He oído decir que los nefas encierran a sus jóvenes en una prisión con humanos inocentes, y solo permiten que salga uno con vida, el que mate a todos los demás. Si nadie está dispuesto a cometer un asesinato, todos mueren de hambre.

—No es posible que a él lo criaran así. Nunca le he oído soltar una maldición, ni beber. Y ya hemos visto cómo trata a las mujeres.

Sin embargo, no habían visto lo que hacía Koldo cuando estaba a solas. No habían visto los agujeros en sus paredes. Eran agujeros del tamaño de sus puños. Él estaba tan destrozado como ellos.

Sonó el pitido del interfono, y Thane se salvó de tener que responder.

—Señor, Cario ha intentado colarse otra vez en el club.

Cario. Aquel era su tercer intento de encontrarse con Xerxes durante las tres semanas anteriores. Por algún motivo, aquella chica estaba obsesionada con el guerrero, pero él no sabía quién era ni por qué quería hablar con él. Sus orígenes eran desconocidos, pero los tres amigos sí sabían algo: que podía leerles el pensamiento y que conocía su pasado.

Un pasado que ellos querían mantener a toda costa en secreto.

—Espero que esta vez la hayáis atrapado —dijo Xerxes.

El subordinado exhaló un suspiro.

—Eh… bueno…

Xerxes dio un puñetazo en el brazo de su butaca.

—Hay que encerrar a esa mujer.

—Pon el doble de guardias en cada puerta —le ordenó Thane a su subordinado. Después, le dijo a Xerxes—. La atraparemos, no te preocupes.

—¿Qué quiere de ti? —le preguntó Bjorn.

—No tengo ni idea —respondió Xerxes—. La primera vez que la vi fue cuando entró al club y Thane le ofreció mis servicios sexuales.

—Creía que te estaba haciendo un favor.

—Pues te equivocabas, amigo. Y, ahora, tengo que irme —dijo Xerxes, poniéndose en pie—. Todavía tengo que dar de comer a McCadden.

McCadden era un ángel caído que había intentado asesinar a uno de los hombres de Zacharel, y que todavía tenía intención de matarlo. Xerxes habría acabado con él y se habría ahorrado el problema de tener que vigilarlo, pero no era posible asesinar a un antiguo compañero. Así pues, lo tenía encerrado.

Xerxes salió de la habitación sin decir una palabra más.

Bjorn miró el fondo de su vaso vacío.

—Yo también tengo que irme.

«No», quiso decir Thane. «Quédate conmigo».

Sin embargo, no estaba dispuesto a exhibir tanto su vulnerabilidad.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana —dijo su amigo, y se marchó.

Inmediatamente, todo quedó en silencio.

Silencio. Cuánto lo despreciaba. En silencio, se quedaba a solas con sus pensamientos y sus recuerdos. Se puso en pie para ir a su habitación, pero se detuvo. La fénix todavía seguía en su cama. Podría ir con ella y terminar lo que había empezado, pero… no. Iba a terminar con ella. No quería volver a sus brazos.

Tomó su lujoso ascensor y bajó al bar. Allí encontraría otra amante con la que olvidar la preocupación que sentía por sus amigos y quitarse de la cabeza el pasado.

En cuanto se abrieron las puertas, vio el local oscuro, que tenía las paredes forradas de terciopelo y estaba amueblado con sofás

negros y mesas de cristal, y oyó el ruido. Entonces, pudo relajarse.

Se paseó entre los clientes. Algunos estaban sentados, bebiendo, y otros tendidos en los sofás de la parte trasera, con sus amantes de aquella noche. Otros estaban bailando en el centro del local, manoseándose. Paseó la mirada por el local… hasta que vio a la arpía rubia a la que había rechazado Koldo.

Ella valía.

Thane se le acercó y se dio cuenta de que la muchacha no se había cubierto la piel con maquillaje. Irradiaba colores irisados, y era todo un festín para la mirada.

Para la mirada de todos los hombres del local. Estaban alrededor de su mesa, observándola con fascinación mientras hablaba de… ¿los peligros del humo del tubo de escape de un coche?

Él se detuvo a su espalda.

—Marchaos —les dijo a los otros hombres, en un tono que hizo que la mayoría saliera corriendo de allí. Algunos se quedaron, fulminándolo con la mirada, hasta que él entrecerró los ojos. Entonces, por fin, se quedó a solas con la arpía.

La chica se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—¿Por qué has hecho eso? Has estropeado mi experimento.

—¿Qué experimento?

—Quería ver hasta qué punto podía aburrirme y, de todos modos, hacer temblar este edificio.

Era divertida, ¿no? Thane se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—¿Y por qué no me haces temblar a mí, ummm?

—Eh… no.

—¿Por qué?

—No eres lo que estoy buscando.

¿Era una verdadera negativa, o un juego?

—Puedo hacer que cambies de opinión.

—No te lo tomes a mal, pero no. No puedes.

Vaya. Al erguirse, Thane percibió un olor a humo, pero no era el humo del tabaco de los clientes, sino un humo que olía a madera y a

tela quemada. Miró por todo el bar en busca de algún foco de fuego. Entonces, vio a Kendra caminando decididamente hacia él, vestida tan solo con la ropa interior, y con las cadenas alrededor de las muñecas y los tobillos.

—¡Thane! —gritó ella—. ¡Sabía que ibas a bajar aquí!

La clientela se apartó para dejarla pasar.

Tenía el pelo rojizo en punta, como si hubiera metido los dedos en un enchufe, y sus ojos despedían fuego. Su piel brillaba tanto que rivalizaba con el atractivo de la de la arpía. Tenía los brazos extendidos y las garras prolongadas, e irradiaba pequeñas llamas doradas hasta el suelo.

Mostró sus pequeños colmillos y dijo:

—¿Me has dejado plantada en la cama para venir aquí a jugar con una sucia furcia callejera?

—¡Eh! —gritó la arpía—. ¡Yo me he duchado hoy!

Thane le hizo una señal al jefe de seguridad, y el empleado supo que tenía que desalojar el local.

Los clientes protestaron, pero el hada a quien había contratado era muy bueno en su trabajo y, pronto, el bar estaba completamente vacío. Thane detestaba aquellos espectáculos en público, y no iba a permitirlos.

Cuando estuvo a solas con la fénix, le dijo:

—Nunca te he prometido fidelidad, Kendra. De hecho, te prometí lo contrario, y tú dijiste que estabas conforme con nuestro arreglo.

Ella alzó la barbilla.

—Lo estaba, pero las cosas han cambiado.

—¿Por qué?

Ella se quedó pensativa. Era evidente que no encontró una respuesta de su agrado, porque dio una patada en el suelo y dijo:

—Si piensas que hay otra fémina que va a poder hacer las cosas repugnantes que necesitas, estás equivocado, ya te lo advertí. Yo soy la única capaz de satisfacerte.

Repugnantes, había dicho.

Y tenía razón. Sin embargo, ella siempre se había comportado como si le gustaran.

Había mentido, y él odiaba las mentiras.

—Y yo ya te he advertido que hay muchas féminas que pueden satisfacerme —dijo, con rabia—. Pero tú no. Nunca más.

Entonces, se acercó a ella de dos zancadas, la tomó de la garganta y apretó lo justo para dificultarle la respiración, sin asfixiarla.

Ella abrió mucho los ojos, con una expresión de miedo.

—No deberías haberme puesto de mal humor. Ahora te castigaré, y te prometo que vas a preferir que te hubiera matado.

Capítulo 10

Había visto un monstruo.

Nicola había tenido que dominar el miedo que sentía desde que había salido del garaje, para poder recoger a Laila, llevarla a casa y ayudarla a instalarse. Después, había tomado una ducha para quitarse el olor de la crema que tanto molestaba a Koldo y se había marchado al supermercado más cercano.

Se suponía que no debía tener miedo, pero, al volver a casa, todo su temor se había desatado, y no podía contenerlo. Estaba mareada, y tenía un pitido insoportable en los oídos.

Se le nubló la visión y tuvo que aparcar junto al bordillo más cercano. Apoyó la cabeza en el volante y respiró lentamente. «Todavía estoy padeciendo los efectos de la conmoción cerebral, eso es todo. Nada más».

Ojalá.

¿Y si no eran alucinaciones causadas por el golpe? ¿Y si la criatura que había visto era real? Después de todo, Koldo podía aparecer y desaparecer en un abrir y cerrar de ojos, y él no era ninguna alucinación. ¿Por qué no iban a poder hacer lo mismo otro tipo de seres?

Cuando era pequeña, en el colegio, había oído hablar a unas niñas sobre el miedo que tenían a los monstruos de sus armarios. Hasta aquel momento, ella no sabía nada sobre monstruos; sus padres nunca les habían permitido a Laila y a ella ver la televisión, y elegían cuidadosamente todos los libros que leían sus hijas. Ella era

maravillosamente inocente con respecto a los males del mundo, y solo temía lo que pudiera hacerle su propio cuerpo.

Sin embargo, todo había cambiado después de escuchar aquella conversación.

Había dejado de dormir, y había empezado a buscar monstruos a la vuelta de cada esquina; y había empezado a verlos. Un mono peludo con colmillos en el hombro de su madre, y dos en los de su padre. Otro que perseguía a Laila. Otro que la seguía a ella misma.

Aquel aumento del miedo y del estrés había hecho mella en su corazón. Sin embargo, después de meses de terapia y de nuevos medicamentos, se las había arreglado para encontrar un poco de paz, y nunca había vuelto a ver un monstruo; hasta hacía bien poco.

Durante los días anteriores, había visto dos. Uno, junto a Laila, y otro, en su trabajo.

Tal vez no estuviera paranoica cuando era pequeña. Tal vez los monstruos siempre hubieran estado allí, y ella había cerrado los ojos. Pero, en aquel momento… los tenía abiertos de nuevo.

No podía pensar en aquello en aquel momento. Laila la estaba esperando en casa, y ella tenía la compra en el maletero del coche, helados incluidos. Respiró profundamente y se concentró en pensamientos relajantes. Laila, feliz. Koldo, contándole chistes…

Después de unos minutos, recuperó la visión y su estómago se calmó. Miró hacia la carretera y la encontró vacía, y arrancó el motor. Recorrió con la vista aquella zona deprimente que cualquiera preferiría evitar. La mayoría de los jardines tenían el césped sin cortar, lleno de maleza, y algunas de las ventanas de las casas estaban cubiertas con tablones y tenían las paredes llenas de grafitis. La suya, incluida.

Se oían sirenas de policía toda la noche, y Nicola estaba bastante segura de que su vecino tenía un laboratorio de metadona en el sótano. Sin embargo, solo se podía permitir pagar una casa en aquel barrio. Había tenido que vender la casa de sus padres para pagar las facturas que tenían almacenadas.

Tenía que quitarse aquello de la cabeza. Solo le quedaba una hora para entrar en su trabajo del Y and R Organic Market; un lugar en el que no podía hacer la compra, ni siquiera con el descuento que le hacían por ser empleada. Y quería pasar hasta el último minuto de aquella hora con Laila.

Cuando llegó a casa, colocó la compra en los armarios y en la nevera y descubrió que su hermana se había trasladado de la cama al sofá. La televisión estaba encendida, pero Laila se había quedado dormida. Al verla, sonrió; Laila estaba en casa, relajada.

Sin embargo, la sonrisa se le borró de los labios al ver a dos monos con largos colmillos sobre el respaldo del sofá, mirándola con furia y con el pelo del lomo erizado. Tenían tentáculos, como la criatura que había visto en el hospital; de hecho, el de la izquierda tenía que ser el mismo que había visto allí.

De niña, habría salido huyendo.

Pocas horas antes, habría quemado los neumáticos del coche.

En aquel momento, sin embargo, iba a averiguar la verdad de un modo u otro.

Temblando, avanzó y extendió un brazo.

Uno de los monstruos emitió un grito de rabia, y el otro la golpeó con uno de los tentáculos y le dejó una marca roja en la piel.

Eso significaba… que los monstruos eran reales.

Antes de que el pánico se apoderara por completo de ella, las dos criaturas saltaron del sofá y desaparecieron a través de la pared.

A Nicola le fallaron las rodillas; cayó al suelo, con una mano sobre el corazón. Dios Santo. ¿Qué significaba aquello? ¿Y qué iba a hacer al respecto?

Poco después de la medianoche, Nicola cerró su caja registradora del supermercado. Nunca se había alegrado tanto de terminar una jornada. No solo porque quisiera ir con su hermana, sino también porque, aquel día, todos sus compañeros de trabajo la habían insultado, ¡y sin motivo! Y cada cliente que se había puesto a hacer

cola para su caja le había gritado. Bueno, ellos… sí habían tenido motivos.

Los monos con tentáculos la habían seguido, acompañados por veinte de sus amigos. Pero, por lo menos, así no estaban acechando a la pobre Laila.

Diez minutos después de que Nicola llegara al supermercado, la horda se había congregado dentro del establecimiento, trepando por las paredes y por el techo, cayéndose sobre los hombros de todo aquel que le dirigía la palabra y riéndose de ella.

Ella había gritado.

Se había quedado mirando a sus interlocutores.

Había estado a punto de desmayarse.

Sin embargo, nadie más había visto a los monstruos y, hacía unos veinte minutos, aquellas criaturas se habían marchado.

Nicola quería hablar con Koldo. O, mejor aún, subir a la estratosfera y esconderse en algún lugar donde no tuviera que enfrentarse a aquella situación.

—Nicola, quiero hablar contigo en mi despacho.

Aquella era la voz de su jefe, y la sacó de su ensimismamiento. Era un hombre alto, rubio, de ojos castaños. Si no fuera tan desagradable, habría podido resultar guapo, incluso.

—Por supuesto —le dijo Nicola, tragando saliva.

Oh, no. Iba a despedirla, ¿verdad?

Los otros cajeros que habían trabajado en aquel turno estaban recogiendo apresuradamente sus cosas, mientras las luces del local se apagaban. Mientras iban saliendo hacia el aparcamiento, tenían buen cuidado de no mirarla.

Oh, sí, el señor Ritter iba a despedirla, y ellos también lo sabían.

Tenía que haber algún modo de conseguir que cambiara de opinión.

Con las palmas de las manos sudorosas, Nicola fue hacia el despacho de su jefe, que estaba en la parte de atrás del supermercado. Necesitaba desesperadamente aquel puesto. Con uno de sus sueldos pagaba la casa, las facturas domésticas y el seguro

del coche; con el otro, pagaba la comida y la gasolina. En aquel momento de la economía, le iba a costar mucho encontrar otro trabajo con turno de noche y un salario por encima del mínimo.

Entró al despacho. El señor Ritter estaba sentado en su escritorio, leyendo un informe.

—Cierra la puerta —le dijo a Nicola.

Ella se dio la vuelta y cerró. Como siempre, la cerradura se activó automáticamente. El despacho era pequeño y estaba lleno de armarios de metal, y el escritorio era muy grande. Había, además, dos sillas.

—Siéntate.

Nicola obedeció.

—Siento mucho mi comportamiento de hoy, señor Ritter. Lo haré mejor, se lo aseguro. Y no pondré ninguna excusa. Es solo que…

—¿Cómo está tu hermana? —le preguntó él, mirándola, por fin.

De repente, se asustó tanto que estuvo a punto de caerse de la silla. Acababa de aparecer un demonio encima de su hombro. Era más pequeño que los demás, y mucho más rubio. La estaba mirando con el mismo odio que sus congéneres. Y, ante su mirada, el monstruo comenzó a… No, no podía ser cierto.

Sí, lo era. Estaba orinando.

Y dirigía la orina hacia ella, como si quisiera… ¿marcarla?

Ella se alejó todo lo posible, y consiguió evitar las salpicaduras. Sin embargo, el señor Ritter y sus papeles no se libraron.

—Te he hecho una pregunta, Nicola.

¿Cómo era posible que no se diera cuenta de que tenía empapada la camisa? ¿Cómo era posible que no oliera aquel horrible hedor? Nicola arrugó la nariz.

—Mi hermana… está mucho mejor. Ya está en casa.

—Me alegro —dijo su jefe, y bajó la mirada hasta que la clavó en sus pechos—. Eso está muy bien.

Nicola apretó los puños.

—¿Era eso lo único que quería decirme?

Pasó un momento antes de que él recordara que tenía cara. Se apoyó en el respaldo de la silla y se posó las manos sobre el estómago con una expresión severa.

—Tu comportamiento de hoy deja mucho que desear; supongo que ya lo sabes. Has hecho enfadar a varios clientes leyendo el código del precio de sus productos dos o tres veces…

—Pero siempre he corregido los errores.

—De todos modos —continuó él—, estoy seguro de que muy pronto empezarás a pedirme días libres para pasar tiempo con tu hermana y, como sabes, no tenemos a nadie que te sustituya. Habrá que contratar a alguien nuevo para hacer esas sustituciones y, si contrato a alguien nuevo, ¿por qué no voy a darle todas tus horas?

Nicola tuvo el impulso de salir corriendo de allí. Sin embargo, ¿para qué iba a huir? Ya le habían hecho la amenaza, y aquella era su oportunidad de hacer una contraoferta. Así pues, se mantuvo en su sitio.

—Puedo prometerle que lo de hoy no va a volver a repetirse —dijo.

A partir de aquel momento, ignoraría la existencia de los monos. Eso era lo que le habían dicho los psicólogos cuando era niña, y había funcionado, ¿verdad?

—Y no voy a pedir ningún permiso, tiene mi palabra.

El mono empezó a saltar, y a ella le costó entender las siguientes palabras del señor Ritter.

—¿Y si tu hermana vuelve a ponerse enferma? ¿Y si te pones enferma tú?

—Eso no va a suceder. Vendré a trabajar.

Con los labios fruncidos, el señor Ritter pasó un dedo por el marco de la fotografía de su mujer y sus tres hijos.

—¿Qué estás dispuesta a hacer para conservar este trabajo?

—Cualquier cosa —dijo ella, inclinándose hacia delante—. Si tengo que hacer horas extra, estoy dispuesta. Diga lo que sea.

Entonces, el señor Ritter sonrió.

—Esperaba esa respuesta —dijo, con un desagradable brillo en la mirada—. Quiero que empieces diciéndome lo que me vas a hacer con la boca y cómo te vas a tumbar sobre mi escritorio. Después, quiero que lo hagas.

Ella se quedó un momento en completo silencio, mientras su mente procesaba lo que acababa de oír. No era posible que hubiera dicho eso…

Pero, sí, lo había dicho.

—No es necesario que me despida. Yo misma dejo el trabajo.

Nicola se levantó y fue hacia la puerta. Sin embargo, el pomo no se movió cuando ella lo giró para abrir. Con ira y frustración, le espetó:

—Déjeme salir ahora mismo.

—Le he hecho un arreglito a la cerradura. Espero que no te importe.

El señor Ritter se levantó con una sonrisa y rodeó el escritorio. El mono saltó al suelo y lo siguió, arañando el suelo con las garras.

—Llevo una temporada preguntándome cómo eres en la cama, ¿sabes?

De nuevo, Nicola intentó girar el pomo, pero no lo consiguió. El miedo le exprimió todo el aire de los pulmones. Estaba atrapada en aquel despacho, y en el supermercado no había nadie que pudiera oír sus gritos de socorro.

—Déjeme salir, señor Ritter. Si intenta algo, me resistiré, y usted recibirá su castigo.

—Quiero que te resistas, aunque no te va a servir de nada. Y, no, no recibiré ningún castigo, te lo prometo. Le he dicho a todo el mundo que iba a despedirte esta misma noche. Mañana, si la policía me interroga, les diré que me ofreciste tu cuerpo a cambio de conservar tu puesto de trabajo y que, en un momento de debilidad, yo sucumbí. Después, de todos modos, te despedí. ¿Horrible por mi parte? Sí, pero eso no justificaría tus falsas acusaciones de violación —explicó él. Al final, chasqueó la lengua.

Violación. Aquella palabra reverberó por la mente de Nicola. Aquel era el verdadero motivo por el que su instinto le había dicho que saliera corriendo de allí. ¿Por qué, por qué, por qué no había escuchado?

—Nadie va a creerlo.

—¿No? —preguntó él, y se acercó otro centímetro más a ella—. A mí me parece que sí. Tú misma me contaste que te caíste en el hospital, y que te golpeaste la cabeza. Supongo que tienes hematomas a causa de ese golpe. ¿Qué son unos pocos moretones más? ¿Cómo van a poder diferenciarlos?

Los médicos sí podrían distinguir unas lesiones de otras, y ella estaba segura de que las autoridades también, pero ¿qué importaba eso? Cuando descubrieran la verdad, ya no tendría remedio.

El miedo se transformó en pánico.

«No puedo rendirme. Tengo que luchar».

Nicola estiró el brazo, tratando de darle un puñetazo en la nariz para ganar algo de tiempo y buscar un arma, pero él se apartó y evitó el golpe. Antes de que ella pudiera lanzar otro puñetazo, él le barrió los tobillos con la pierna y la tiró hacia atrás. Nicola se golpeó la parte trasera del cráneo contra la puerta y, con un gran dolor, se deslizó hacia abajo y cayó al suelo.

«¿Otra conmoción cerebral?», se preguntó, vagamente.

El señor Ritter se inclinó hacia ella con una gran sonrisa.

—He puesto una cámara en el baño de mujeres, ¿sabes? Tus braguitas siempre han sido mis preferidas.

Su imagen se mezcló con la del mono. El pequeño monstruo estaba preparándose para orinar de nuevo. De algún modo, ella encontró fuerzas suficientes para girar la cabeza y morderle el tobillo al señor Ritter.

Él soltó un aullido y tiró de la pierna. Al instante, Nicola notó el sabor de la sangre. Bien. Le había arrancado un pedazo de piel y músculo.

A duras penas, consiguió sentarse y escupió lo que tenía en la boca.

—No voy a permitir que me haga esto.

—No vas a poder detenerme —respondió él.

Entonces, saltó hacia ella, la empujó hacia atrás y se sentó a horcajadas sobre su cintura. El mono se echó a reír, señalándola.

—¡No! —gritó Nicola, forcejeando para liberarse—. ¡No! ¡Basta!

Trató de pegarle y se sacudió con todas sus fuerzas para quitárselo de encima, pero no lo consiguió. A causa de su debilidad, él pudo seguir con el maltrato y, finalmente, le agarró las muñecas.

—Ya te tengo.

Le sujetó las manos por encima de la cabeza, y se las ató al pomo de la puerta, mientras Nicola contorsionaba el cuerpo para intentar darle una patada. No sirvió de nada; en pocos segundos, él la agarró por los tobillos y se los ató a su escritorio, dejándola estirada y vulnerable a sus ataques.

Al darse cuenta de que había perdido, a Nicola se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Vamos, vamos —dijo él—. Voy a procurar que disfrutes. No tienes por qué disgustarte.

—¡No! —volvió a gritar ella.

—Sí, nena —respondió el señor Ritter, y comenzó a desabotonarse la camisa—. Las cosas que voy a hacerte… —dijo, y terminó de quitársela por los hombros.

—Por favor, no haga esto —suplicó ella.

Él ignoró sus palabras.

—Voy a tener mucho cuidado con tu ropa, para que no haya señales de forcejeo —dijo. Entonces, tiró de su camisa hacia arriba y le subió el sujetador, de modo que ella quedó parcialmente desnuda ante sus ojos. Al verla, se relamió.

—Vaya, vaya. No esperaba que fueras tan perfecta.

A ella se le cayeron las lágrimas por las mejillas.

—Por favor…

—Ummm… Me gusta mucho que supliques —dijo el señor Ritter, y se desabrochó la bragueta del pantalón.

Cuando había perdido toda la esperanza, entre sollozos, Nicola oyó un grito feroz. El señor Ritter se quedó completamente rígido y, un instante más tarde, Nicola notó que algo le quitaba su peso de encima. Pestañeó y vio a su jefe al otro lado del despacho, en una nube de polvo de yeso de la pared.

—Te concedo el derecho de luchar con el demonio —dijo alguien, con una voz que le resultaba muy familiar.

Entonces, vio a Koldo inclinado sobre ella, cortándole las ataduras y colocándole la ropa en su sitio. Sus manos grandes eran delicadas, reconfortantes.

—Pero la humana es mía —añadió.

Estaba allí, y la había salvado.

Entre sollozos, se abrazó a él con todas sus fuerzas.

—¿Estás bien? —le preguntó Koldo, suavemente.

Ella intentó respirar, pero estaba jadeando, y no consiguió formar las palabras.

Él la levantó en brazos, la depositó en una de las sillas e intentó que se irguiera, pero Nicola siguió aferrada a su pecho.

Al cabo de unos instantes, Koldo se arrodilló frente a ella y le tomó las mejillas con las manos, obligándola a que lo mirara.

—¿Qué te ha hecho, Nicola?

—Él… intentó… Iba a…

—¿Lo consiguió?

—No tuvo tiempo.

—Sé que me has concedido el derecho, pero estoy dispuesto a cumplir tus deseos. ¿Qué prefieres que haga? —preguntó un hombre a quien ella no conocía—. ¿Capturar o destruir?

—Destruir —respondió Koldo.

Aparentemente, aquella palabra debió de acabar con el poco dominio que tenía sobre sí mismo. Se levantó y se acercó al señor Ritter. Comenzó a darle puñetazos, sin pausa, en la cara. La sangre salpicó en todas las direcciones, y se oyó el ruido de los huesos al romperse.

Aquella brutalidad dejó atónita a Nicola. Nunca había visto una rabia tan controlada y tan dirigida.

Miró al otro hombre. Tenía la misma estatura que Koldo, y era increíblemente bello. Tan rubio y bronceado y, vaya, con unos ojos azules absolutamente cristalinos. Sin embargo, lo que verdaderamente captó toda la atención de Nicola fueron sus alas, enormes y blancas. Se le arqueaban por encima de los hombros y caían, curvadas, hasta el suelo.

¿Era un ángel?

«Te concedo el derecho de luchar con el demonio», le había dicho Koldo.

Los ángeles luchaban contra los demonios, ¿no? Así pues, tenía que ser un ángel.

Comenzó a perseguir al mono por el despacho, blandiendo dos espadas amenazantes con las que, finalmente, decapitó a la criatura. Los pedazos que cayeron al suelo comenzaron a chisporrotear, emitieron un humo negro y quedaron reducidos a cenizas.

Entonces, el guerrero alado guardó las espadas a su espalda y, cuando se desvanecieron, miró a Koldo con el ceño fruncido.

—Eh, ya está bien.

Sin embargo, Koldo siguió.

El señor Ritter estaba muriéndose, y no pudo dar su opinión.

El guerrero rodeó a Koldo por la cintura y lo agarró con fuerza contra su pecho. Koldo se liberó y se giró, con una expresión fría y peligrosa, como si quisiera matar también a su compañero. Sin embargo, se dominó, y el hombre rubio le dijo:

—No puedes matarlo, así que cálmate. Nos he hecho un favor a los dos al detenerte.

Su voz tenía algo que hizo estremecerse a Nicola. Era una pureza que ella no había oído nunca. Impulsaba a creer cualquier cosa que él pudiera decir.

—Lo sé —dijo Koldo con rabia—, pero puedo hacerle daño.

—Ya le has hecho suficiente.

—No, no es cierto.

Aquellos ojos, tan azules que parecían sobrenaturales, se entornaron. El guerrero miró a Koldo de una forma calculadora.

—De acuerdo. Tú acaba con ese tipo y arriésgate a causarnos la ruina a todos, mientras yo me ocupo de la fémina.

Un segundo después, Koldo estaba delante de ella, como si nunca hubiera dado un paso. Rápidamente, su calor la envolvió, y su maravilloso olor le llenó la nariz.

—No la toques.

El rubio asintió, como si estuviera desilusionado, pero frunció los labios. Claramente, aquello le divertía.

Se inclinó, agarró al señor Ritter por el cuello y lo levantó del suelo. Su jefe estaba inconsciente y tenía la cara ensangrentada y destrozada.

—¿Cuáles son sus crímenes? —le preguntó aquel hombre rubio.

Koldo le puso una mano en el hombro para darle ánimos, y ella respondió:

—Ha puesto una cámara en el baño para grabar a las mujeres —susurró—. Me ató y me tocó. Iba a…

Koldo soltó un gruñido y mostró los colmillos. Con todos los músculos en tensión, dijo:

—Dame a ese tipo y márchate, Thane. Ya has hecho suficiente. Yo lo entregaré a las autoridades humanas.

Nicola estudió atentamente a Koldo. Tal vez él estuviera a punto de convertirse en un salvaje en aquel momento, pero su imagen era lo único que la ayudaba a conservar la cordura. Él llevaba una túnica larga y blanca, como su compañero, pero no tenía alas en la espalda.

Así pues, no podía ser un ángel. ¿Qué era? ¿Y por qué no se había manchado con la sangre del señor Ritter? No tenía ni una sola mancha roja.

—No puedo permitir que desobedezcas la orden más importante de Zacharel —dijo Thane.

—Voy a desobedecer con gusto —respondió Koldo.

—Koldo —susurró Nicola. No quería que tuviera ningún problema por aquello.

Al instante, el guerrero se volvió hacia ella con una mirada de preocupación.

—¿Sí?

—Quiero irme a casa. ¿Podrías abrirme la puerta, por favor? —le pidió, con la voz temblorosa—. Él cerró de alguna forma que no entiendo, desde dentro, y no conseguí abrir.

—Siento no haber podido llegar antes.

—Por favor, no…

—Te llevaré a casa ahora mismo —dijo Koldo, y ella sintió un gran alivio.

—Gracias.

—Encuentra las cámaras del baño —le dijo Koldo a Thane—, y asegúrate de que las autoridades averigüen cuáles han sido sus crímenes. Si no está entre rejas mañana por la mañana, volveré y acabaré lo que he empezado.

—Por supuesto. A propósito —dijo el otro guerrero—, Zacharel acaba de mandarme un mensaje telepático.

Koldo asintió con tirantez.

—A mí también.

—Así que sabes que ahora estamos libres el uno del otro.

—Y que la chica ha quedado a mi cargo. Sí.

¿Ella, a cargo de Koldo?

—Tiene sentido —dijo Thane—. Tú presientes cuándo está en peligro.

¿Koldo presentía cuándo ella corría peligro?

Koldo apretó la mandíbula.

—Hasta la siguiente batalla, guerrero —dijo Thane.

Extendió las alas y salió volando con el señor Ritter bien sujeto al costado.

Capítulo 11

Su responsabilidad, pensó Koldo. A partir de aquel momento, los actos de Nicola eran los suyos. Si ella mataba a otro ser humano, él sería el responsable.

Sus vidas estaban irrevocablemente unidas.

Zacharel era el comandante de Koldo y, por lo tanto, tenía la autoridad necesaria para poner a alguien a su cuidado. Pero ¿por qué lo había hecho? ¿Qué esperaba conseguir con ello?

Koldo tendría que hacerle aquellas preguntas a Zacharel más tarde. En aquel momento, quería poner a salvo a Nicola, y tenía que controlar su furia.

Con todo el cuidado que pudo, la tomó en brazos y le pidió que cerrara los ojos. Un momento más tarde, habían pasado del despacho del señor Ritter al salón de la casa de Nicola.

Entonces, Koldo la soltó, y ella abrió los ojos. Al verse en aquel entorno familiar, se quedó boquiabierta.

—Estoy en casa… ¿Cómo lo has hecho? ¡No hemos dado ni un paso, y solo ha transcurrido un segundo!

—Se llama «teletransportarse». Es lo que he hecho cada vez que nos hemos visto. En esta ocasión, te he teletransportado conmigo.

Ella se llevó la mano temblorosa al cuello y miró a su alrededor.

Koldo había estado antes en aquella casa, pero hizo lo mismo que Nicola y, al observar detalles que había pasado por alto, se dio cuenta de que, aunque estaba muy limpia, la vivienda era muy

pequeña y muy vieja. No era una morada digna de ella; debería llevársela a una de sus residencias.

Sí, pensó. De repente, tuvo un gran anhelo de llevar a Nicola a su casa de la playa, o a su rancho junto al volcán, y de rodearla de terciopelo, seda y lujos de todo tipo.

Si ella protestaba, él podría recordarle que tenían un trato. Porque, si él lo consideraba necesario, ella debería hacer lo que le dijera y cuando se lo dijera, sin discusiones. No obstante…

Quería que ella estuviera de acuerdo.

—Siéntate. Voy a hacer un té.

—¿Te vas a quedar? —preguntó Nicola, con la voz muy aguda.

¿Era aquel gritito una señal de alivio, o de inquietud?

—Sí, voy a quedarme.

«Intenta librarte de mí, y verás lo que ocurre».

Nicola tragó saliva y asintió.

A Koldo no le gustaba lo pálida y temblorosa que estaba. Aunque no quería separarse ni un segundo de ella, lo hizo. Fue a la cocina y buscó lo necesario para preparar una infusión. Cuando volvió al salón para ponerle la taza humeante entre las manos, la encontró en el sofá, con una manta sobre los hombros. Sus mejillas habían recuperado algo de color.

—Gracias —dijo ella, con suma formalidad. Era tan adorable que Koldo notó un extraño pinchazo en el pecho.

—De nada. Tómate la manzanilla mientras voy a ver qué tal está Laila.

—Yo he ido a verla antes de sentarme —admitió Nicola.

—¿Y cómo está?

—Bien. Está durmiendo —dijo ella y, después de soplar un poco la taza, tomó un sorbo—. De hecho, es lo único que hace últimamente. ¿Es normal?

—Sí —dijo Koldo. Su cuerpo estaba intentando retener, a toda costa, a su espíritu—. No te preocupes. No se va a pasar todo el tiempo que le queda en la cama.

Nicola se estremeció al oír aquella mención sobre el tiempo de vida que le restaba a Laila.

—Pero, si ahora está mejor, ¿por qué no puede seguir así?

Al oír su tono anhelante, Koldo supo que aquel era el momento más adecuado para hablarle del mundo espiritual que la rodeaba. Se arrodilló frente a ella, y se fijó en sus marcadas ojeras. Tenía los labios hinchados. ¿Se los había mordido de miedo, o aquel desgraciado la había golpeado?

«Cálmate».

—Vas a dejar de trabajar en ese supermercado, ¿entendido? —le ordenó. No era precisamente lo que quería decir, pero las palabras se le escaparon.

—Bueno, en realidad ya lo había dejado… pero tengo que encontrar otro trabajo cuanto antes.

—No.

—Pero, Koldo, tengo que…

—Recuperarte. Sí, ya lo sé.

Nicola bajó la mirada.

—Tuve el presentimiento de que no debía ir al despacho con él, de que debía salir corriendo.

Su espíritu había entendido las cosas que la mente no había podido percibir, y había tratado de advertírselo.

—¿Y por qué no seguiste los dictados de tu instinto?

—Me convencí a mí misma de que ese hombre solo quería despedirme, y de que quizá pudiera hacerle cambiar de opinión. Necesitaba ese trabajo. ¿Por qué me ha pasado esto a mí? —preguntó, quejumbrosamente.

Porque, como había conseguido un poco de esperanza y felicidad, los demonios habían querido aplastar aquellas bellas emociones antes de que pudieran convertirse en armas espirituales.

—El mundo está habitado por seres con libre albedrío, y el libre albedrío permite el bien absoluto… y el mal absoluto.

Ella asintió.

—El mal absoluto, sí. Había un demonio en el despacho. El otro guerrero lo dijo.

—Sí. Los demonios quieren la destrucción de la humanidad.

—¿Por qué?

—Porque odian al Más Alto, y Él ama a los seres humanos. No pueden hacerle daño de ninguna otra manera, así que tratan de destruir lo que Él quiere mantener a salvo.

—¿Quién es el Más Alto? ¿Y por qué quiere que los seres humanos estemos a salvo?

—¿Todavía no te has imaginado lo que soy?

Ella lo miró fijamente.

—Bueno, sé que tu amigo es un ángel.

—¿Pero yo no?

—Tú no tienes alas.

Ella no había pretendido herirle; él lo sabía. Solo había expuesto lo que veía. Sin embargo, fue como si le clavara un cuchillo en el corazón.

—Voy a quitarme la parte superior de la túnica. No para hacerte daño, ni para tentarte —si acaso eso era posible—, sino para demostrarte lo que soy. ¿De acuerdo?

—De-de acuerdo.

Koldo se puso de pie. De repente, se echó a temblar, pero se bajó la túnica por los hombros y se giró para mostrarle a Nicola las cicatrices y los tatuajes que tenía en la espalda.

Ella jadeó del… ¿horror?

—Oh, Koldo. Eres tan bello…

No, no con horror, sino con asombro y reverencia.

¿Cómo era posible? Lo que más se apreciaba eran las alas, no las imitaciones. Y, sin embargo, él se había pasado seis días en un taller de tatuajes, dejándose grabar el cuerpo con tinta, y tenía toda la espalda, salvo la columna vertebral, decorada con imágenes de plumas.

Cuando habían terminado el trabajo, sus poderes regenerativos se habían puesto a funcionar, y habían tenido que añadirle ambrosía

a la tinta para conseguir que los colores se mantuvieran brillantes. Ambrosía, lo que su madre le añadía al vino. Ambrosía, como las flores que él había recogido para ella.

Ambrosía, una droga para inmortales.

Cornelia detestaba tanto la vida con su hijo no deseado que tenía que drogarse para poder soportarlo.

—Sufriste graves heridas —dijo Nicola, al ver las cicatrices que había bajo los tatuajes—. ¿Cómo?

—Me torturaron.

—Oh, Koldo. Lo siento mucho.

Él no supo qué responder. Solo sabía que deseaba que ella se pusiera de pie y le acariciara con las yemas de los dedos aquellos tejidos arrugados.

Pero Nicola no lo hizo. Y, seguramente, así era mejor.

—Entonces, ¿también tú eres un ángel? —le preguntó.

Él volvió a colocarse la túnica sobre los hombros y se giró hacia ella. Después, se acercó al sofá y se arrodilló, de nuevo, entre sus piernas.

—Soy como un ángel en muchos sentidos, sí, pero no soy un ángel. Soy un Enviado.

—Un Enviado —repitió ella—. ¿Qué significa eso?

—Te lo explicaré lo mejor que pueda, pero tengo que empezar desde el principio.

Ella asintió.

—Sí, por favor.

—Hace mucho tiempo, el más bello de todos los querubines era Lucifer, y él recibió el mando de un tercio de los ángeles del Más Alto. Un día, se permitió sentir un poco de orgullo y, al día siguiente, un poco más… y más, y más, hasta que, al final, se convenció demasiado de su propia importancia.

—Conozco esa palabra, «querubín». Es una clase de ángel. Y supongo que el Más Alto es vuestro líder.

—Exacto.

—Pero… yo creía que los querubines eran pequeños, como bebés. Y… bueno, tengo que preguntártelo: ¿No llevan pañales?

—Lucifer es más alto que yo, pero me gusta esa imagen de él en pañales.

Nicola se quedó boquiabierta.

—Vaya. Alguien más alto que tú debe de ser… bueno, yo… a mí me gusta tu estatura. Es perfecta.

«Buena rectificación», pensó él, antes de continuar con su historia.

—Al final, Lucifer estaba tan seguro de su propio poder que decidió elevar su trono por encima del trono del Más Alto. Reunió a todos sus ángeles y los convenció de que estarían mejor bajo su reinado. Atacaron. El Más Alto venció, y expulsó del cielo a los ángeles traidores.

—¿Y tú participaste en esa batalla, del lado del Más Alto?

—No. Yo todavía no había nacido.

—Un momento, ¿los ángeles nacen?

—No. Son creados.

—Ah, ahora lo recuerdo. Tú no eres un ángel.

Estaba empezando a comprenderlo.

—¿Y qué ocurrió cuando los ángeles malos tuvieron que salir del cielo?

—Entonces, la tierra era un lugar distinto a lo que tú conoces. Era la morada de otra raza de seres, que no eran humanos. Lucifer estaba tan furioso con el Más Alto que infectó a aquellos seres con su maldad. Se convirtieron en algo tan perverso que la tierra fue destruida, pero esos seres sobrevivieron en el núcleo, en el infierno, porque nada que forme parte del espíritu puede morir. Por lo menos, no en el sentido que tú entiendes.

Ella abrió mucho los ojos al oír todo aquello.

—Pasó el tiempo, y el Más Alto recreó y repobló el mundo con seres humanos, y lo convirtió en un paraíso. Y, para responder a tu pregunta anterior, el Más Alto ama a tu gente, y quiere mantenerla a salvo, porque fue Él quien os creó. Y os creó porque deseaba tener

compañía. Vosotros ibais a ser sus amados hijos, e ibais a reinar en la tierra.

Koldo hizo una pausa para ver cuál era su reacción.

Ella asintió para que continuara.

—Lucifer decidió que aquel era el mejor momento para contraatacar y, valiéndose de engaños y trucos, robó las riendas del control de la tierra. Los humanos comenzaron a buscar una asociación con él, y apartaron al Más Alto de sus vidas.

Entonces, Nicola alargó la mano distraídamente y, casi sin darse cuenta, le acarició la mejilla.

En cuanto notó su contacto, Koldo tomó aire bruscamente. Fue algo perfecto. No era de extrañar que los humanos se tocaran en cuanto tenían oportunidad de hacerlo. Koldo se inclinó hacia ella, buscando algo más profundo, más íntimo.

¿Cuántos años había estado anhelando algo así? Una vez, de niño, incluso había llorado por ello. Y, en aquel momento, lo había conseguido, y Nicola se lo había dado libremente.

«No pares nunca», pensó Koldo.

—Lo siento, disculpa —dijo ella, y bajó el brazo—. No quería molestarte.

—No tienes que pedir disculpas. Me ha gustado —dijo él, rápidamente.

Le tomó la mano, con tanta delicadeza como pudo, y volvió a ponérsela en la mejilla. Poco a poco, Nicola se relajó, y él también. A los pocos instantes, estaba acariciándole la barba como si estuviera hipnotizada. Él tuvo que contener un ronroneo de satisfacción.

—¿Y qué pasó después?

—Lucifer y sus ángeles caídos trajeron al mundo la enfermedad, el sufrimiento, la pobreza y la muerte física. Las criaturas que vivían en el núcleo de la tierra no tenían cuerpo, y escaparon en busca de un huésped. Son las criaturas que conocéis como «demonios».

Ella se estremeció.

—Parecen horribles.

—Lo son —dijo Koldo—. Durante mucho tiempo, los ángeles caídos vivieron entre los seres humanos, llamándose «dioses» a sí mismos, saqueando la tierra y atormentando a todo aquel que querían. Algunos, incluso, engendraron hijos con humanas, y la progenie recibió el nombre de nefilim. Eran unos gigantes horribles, llenos de odio y de avaricia, brutales y salvajes, y… En culturas distintas tenían distintos nombres.

—En la mitología —dijo ella, con los ojos muy abiertos.

—Exactamente. Para los griegos, eran los titanes. También eran conocidos por los egipcios y los nórdicos. En todas las culturas. Los ángeles caídos recibieron un castigo por haber contaminado a la raza humana: fueron encadenados debajo del infierno, donde sus compañeros no pudieran liberarlos. Los nefilim fueron borrados de la faz de la tierra, al menos por unas cuantas eras —explicó Koldo—. También hay demonios en el infierno, donde se dedican a atormentar a los espíritus que van a parar allí. Se llaman «señores» y «subalternos» a sí mismos, pero tienen muchos nombres y muchos rangos diferentes. Algunos prefieren quedarse aquí.

—Has dicho que buscan un huésped.

Koldo asintió.

—Sí. También buscan a alguien a quien poder atormentar para alimentarse de él.

—¿Es eso lo que quieren de mí?

—Sí. Quieren llenarte de su veneno para que tus defensas se debiliten y, de ese modo, poder atravesar tu piel y entrar en tu cuerpo. Cuando lo consigan, controlarán tus pensamientos, tus actos y seguirán produciéndote emociones negativas e infectándote con la enfermedad.

—Con la enfermedad —repitió Nicola.

—Sí. Pero existe una cura. Para obtenerla, el Más Alto luchó contra Lucifer una vez más, y lo derrotó nuevamente.

Entonces fue creado el primero de los seres de la raza de Koldo, con la misión de sacar a los seres humanos de la oscuridad de Lucifer y guiarlos hacia la luz del Más Alto.

Sin embargo, con el paso de los siglos, los Enviados habían abandonado aquella tarea, se habían desviado de su camino. Sin embargo, Koldo decidió que nunca volvería a ser así. Él iba a ayudar a Nicola.

—¿Cuál es la cura? ¿Y por qué yo todavía estoy enferma? —preguntó ella.

—Todas las curas llegan con ciertos requisitos. Tú todavía tienes que cumplirlos.

—Pues dime cuáles son. Voy a cumplir con ellos, te lo prometo.

A Koldo le agradaron aquellas palabras. Significaban que Nicola quería actuar, y las acciones eran el poder.

—Ya te he dado unas cuantas instrucciones —dijo—. Los demonios exhalan su veneno en tus oídos. Te hablan del miedo. Tú has aceptado ese miedo y has fortalecido su veneno; de ese modo, tus emociones han empezado a alimentar a los demonios. La calma, la paz y la alegría debilitan el veneno.

—Por eso quieres que sienta todo eso. Entonces… el veneno es como un parásito, o como un virus. Como la gripe. Puede crecer, pero también puede morir.

—Sí. Si los demonios no pueden alimentarse, se marcharán. Por eso es tan importante guardar tus pensamientos y tus palabras.

Koldo se sentó a su lado, en el sofá, y le colocó la manta sobre los hombros. Nicola se acurrucó contra él, y eso le sorprendió. También le proporcionó un entusiasmo que nunca había conocido. Ella apoyó la mejilla contra su pecho, sobre su corazón, y él inhaló su olor, aquel olor a canela, a vainilla y a miel.

Y, por todos los cielos, sintió calor y frío al mismo tiempo. Se echó a temblar. Quería más, y más. Sabía que él no era lo que ella necesitaba, puesto que, debido a su pasado, no podía consolar a ninguna fémina. Había herido a demasiados seres, y merecía latigazos, no caricias. Sin embargo, no consiguió separarse de ella.

—Eres muy cálido —murmuró ella.

«Y tú eres muy suave».

Entonces, ella siguió acariciándole suavemente la barba.

—Así que incluso mis pensamientos son importantes.

—Por supuesto que sí. Tus pensamientos pueden crear una tormenta en el mar.

—Pero… yo no puedo controlar…

—Sí puedes. Si, de repente, tienes los pensamientos equivocados, oblígate a cambiarlos.

Era un buen consejo. ¿Por qué no lo seguía él también?

Ella suspiró.

—¿Y qué pasa con el agua que le diste a Laila?

—Ese líquido curó su cuerpo y expulsó al demonio de su interior, pero ¿qué ocurrirá si vuelven a atacarla otros monstruos? ¿Será capaz de resistir las toxinas y el miedo?

—¿Ella tenía un demonio dentro?

—Sí.

Nicola se quedó silenciosa durante varios minutos.

—No lo sabía —dijo, por fin—. Qué ignorante era —añadió, temblando. Koldo notó sus lágrimas calientes a través de la túnica.

¿Lágrimas? Tenía que verle la cara. Sin previo aviso, la sujetó por la cintura y la sentó en su regazo, sin pensarlo dos veces. Cuando notó su peso, sin embargo, se percató de lo íntimo de aquella posición.

Tuvo que contener un gruñido de placer. Y de dolor.

De necesidad y de arrepentimiento.

Ella jadeó.

—¿Te asusto? —le preguntó él.

—No —respondió Nicola. Tenía los ojos empañados, pero había dejado de llorar—. Nunca… nunca había estado en esta posición.

¿Nunca?

Se sintió muy posesivo, ardiente, incontenible.

—¿Tienes más preguntas que hacerme?

—Sí —dijo ella.

Le agarró suavemente el cuello de la túnica y le acarició la piel, como si no pudiera contenerse. Y Koldo estuvo a punto de devorar su boca.

Pero no lo hizo. No podía poner sus labios sucios y feos en una fémina tan inocente.

Además, tal vez su frágil corazón no pudiera soportar tantos estímulos en un solo día. Y tal vez el suyo tampoco.

—Voy a responder a una pregunta —le dijo, con la voz ronca—. Solo a una. No quiero presionarte demasiado.

Ella asintió.

—¿Los demonios son como monos pequeños?

—¿Has visto a uno de esos seres en el despacho?

—Sí, a él y a muchos otros. Había dos cerca de Laila —admitió Nicola, temblorosamente.

Cierto; él también los había visto. Uno estaba dentro de Laila, y el otro era su compañero. Cada vez que lo veían, salían corriendo.

—Seguirán volviendo a ella mientras siga alimentándolos.

—¿Y si nos atacan otros?

—Llama al Más Alto. Él enviará a quien esté más cerca para ayudarte.

Germanus nunca sería tan poderoso como el Más Alto, y no podría oír los gritos de los seres humanos. Además, tenía limitado el número de soldados que podía enviar.

—¿Y por qué estás tan seguro?

—Él prometió que rescataría a todos los seres humanos que le pidieran ayuda, y siempre cumple sus promesas.

—¿Incluso a mí?

—¿Tú eres humana?

—Ja, ja. Ya sabes que sí. Espera… Soy humana, ¿verdad?

«No sonrías».

—Sí, lo eres. Y, ahora, voy a terminar esta conversación —dijo Koldo. Por el bien de ambos—. Hay muchos trabajos que hacer, y espero ser lo suficientemente fuerte como para poder hacerlos.

Capítulo 12

Nicola observó a Koldo mientras él se movía por la casa, arreglando lo que estaba roto y reforzando las cerraduras de las ventanas y de las puertas. Durante todo aquel tiempo, su mente no dejó de trabajar febrilmente.

Los monstruos que había visto de niña eran de verdad.

Los demonios las habían envenenado a ella y a su hermana.

El tipo en el que no podía dejar de pensar ni siquiera era humano.

Se concentró en él, porque era lo menos complicado. ¿Era calvo, o se había afeitado la cabeza? Aunque fuera calvo naturalmente, no tendría importancia; al ser tan guapo, no necesitaba pelo.

Y, ahora que sabía cómo era su espalda bajo la túnica, Nicola lo encontraba aún más deslumbrante. En paralelo a la columna vertebral tenía dos cicatrices de unos treinta centímetros de largo y unos diez centímetros de ancho. En algún momento de su vida, había tenido alas. Algo, o alguien, se las había cortado, y en su lugar, de ambas cicatrices salía una cascada de tinta granate que formaba otras alas gloriosas. Y los músculos que había debajo de aquellas alas… Dios Santo.

¿Cómo podía ser tan bueno un hombre que tenía un aspecto tan feroz? ¿O acaso el hombre y el Enviado estaban entrelazados? ¿No podía existir uno sin el otro?

¿Y qué pasaba con aquel fuego abrasador que despedían sus ojos? ¿Era provocado por el peligro, o por el deseo?

Él dejó de revisar objetos y muebles y se apoyó en la puerta de entrada del salón. Se cruzó de brazos y asintió.

—Así que sabes relajarte.

—Sí. Y si quieres mimarme, te lo permitiré encantada.

—En realidad, quería preguntarte una cosa. ¿Por qué trabajas tanto?

—Porque tengo que pagar las facturas médicas.

Él abrió la boca, la cerró y, después, exhaló un suspiro.

—Quiero pagar tus facturas —dijo, en un tono vacilante, como si aquello pudiera ofenderla.

—No estaba insinuando nada de eso —dijo ella, con una sonrisa —. Espera un momento, ¿tienes dinero?

—Mucho dinero. Los Enviados recibimos recompensas por nuestro trabajo. Y a mí me encantaría hacer esto.

—Pero…

—De todos modos, ya había pensado en pagar tus cuentas, de un modo u otro. Si nos ponemos de acuerdo, no tendré que robarte los papeles de la cesta y exponerme a un castigo…

El hecho de liberarse de semejantes obligaciones económicas… Empezar a vivir sin miedo de perder la casa, de padecer cortes de luz o de agua, de no poder pagar la compra del supermercado…

—Oh, Koldo… —Nicola se levantó del sofá de un salto y se arrojó a sus brazos. Al principio, él se puso rígido. Después de unos segundos, sin embargo, se ablandó y la abrazó—. Sí, sí, y mil veces sí. Acepto. Y de nada, a propósito. Ya ves lo generosa que soy, preocupándome por que no te impongan ningún castigo por robar mis facturas…

Él soltó un resoplido, y aquel fue un sonido maravilloso.

—Entonces, ¿esto te agrada? Te hace feliz.

—Sí —dijo ella—. Sé que debería sentirme culpable como si estuviera utilizándote por el dinero, o algo así, pero no soy capaz de notar esa emoción.

—Si sientes un ápice de culpabilidad, retiro el ofrecimiento.

—¿Es que no has oído que no soy capaz? Y, bueno… supongo que estarás forrado, ¿no?

—Sí, estoy forrado —respondió él, relajándose de nuevo.

Por supuesto que lo estaba. A Nicola se le escapó un suspiro soñador.

—Creo que eres el hombre más *sexy* que he conocido en mi vida.

Belleza, inteligencia y fortuna.

Él se quedó inmóvil.

Aquellas palabras resonaron en la mente de Nicola, y estuvo a punto de soltar un gruñido. No. No, no, no. No era posible que hubiera dicho aquello en voz alta.

—Quiero decir que creo que eres el hombre más bueno que he conocido.

Él la miró en silencio.

—¿Te parezco *sexy*? —preguntó.

Pues sí, lo había dicho en voz alta. Nicola se ruborizó. Para disimular, escondió la cara en el hueco del hombro de Koldo.

—¿Qué harías si te dijera que sí?

—Te diría que… que has tenido una noche muy agitada, y que tendrás que esperar hasta mañana —respondió él, con la voz ronca —. Y mañana te enseñaría cuál es mi reacción.

¿Y qué era, exactamente, lo que iba a enseñarle?

A ella se le aceleró el corazón al pensarlo. Koldo la apartó de sí, caminó hasta la mesa de la cocina, tomó la cesta donde estaban las facturas y la alzó por el aire. La cesta desapareció.

—Eh… ¿Dónde está? —preguntó ella, pestañeando.

—La he puesto en una bolsa de aire.

Entonces, Nicola se acercó e intentó ver qué había en aquel lugar, pero era demasiado bajita y no alcanzaba. Dio un par de saltos.

Él sonrió.

—¿Hay algún problema?

—No me tomes el pelo, gigante.

—Muy bien. Permíteme —dijo Koldo, y la agarró de la cintura.

Entonces, la elevó con suavidad, y ella palpó el aire.

—No hay nada sólido —dijo, con asombro.

—El bolsillo es una pequeña puerta entre el reino espiritual y el natural —explicó él, mientras la depositaba con cuidado en el suelo.

—¿Reino?

—Tu mundo es un reino, y el mío, otro.

—Qué guay —exclamó Nicola, y se giró para volver al sofá.

Pero Koldo la sujetó por la nuca y la obligó a detenerse. Después, hizo algo más que eso; la estrechó contra su cuerpo duro. Ella notó una descarga de calor y jadeó.

—No tengas miedo. Aunque sea tan fuerte, nunca te forzaría, Nicola. Nunca voy a hacerte daño.

—Ya lo sé —respondió ella, y se estremeció. Koldo era muy intenso. Posó las palmas de las manos sobre su pecho, en la suavidad de su túnica, y notó la fortaleza de sus músculos.

—Me había dicho a mí mismo que no iba a hacer esto mientras el recuerdo de lo que ha ocurrido hoy estuviera tan a flor de piel, pero cuando te he tocado… —Koldo se inclinó hacia ella, y sus labios quedaron muy cerca—. Ahora tengo el deseo de borrar lo malo con lo bueno. Es un deseo que no puedo contener más.

—Me gusta… me gusta tu forma de pensar.

—Entonces, deberíamos empezar de nuevo. ¿Te parece que soy *sexy*?

Ella tragó saliva y, suavemente, admitió:

—Sí.

A Koldo se le dilataron las pupilas, y el color negro casi consumió el dorado.

—Muy bien, esta es mi reacción.

Entonces, se inclinó y la besó. El contacto fue suave como el de una pluma, pero a ella le dio vueltas la cabeza. Entonces, él se separó de ella y la miró a los ojos; lo que vio debió de ser un estímulo, porque volvió a besarla de nuevo y, en aquella ocasión, movió ligeramente la lengua para saborearla, y gimió. Y ella, que anhelaba más, se abrió para él.

Entonces, Koldo ladeó la cabeza y, de manera vacilante, rozó su lengua. En el momento en que se estableció el contacto, Nicola sintió que una cascada de calor le derretía los huesos, y se derritió contra su cuerpo.

La fuerza del beso aumentó.

Aquello era… era…

—Bueno —susurró él.

—Perfecto —musitó ella.

Sin embargo, «perfecto» no le parecía suficiente. Más bien, había sido un beso magnífico, embriagador y exquisito.

Nicola volvió a besarlo y, mientras sus lenguas se rozaban, le pasó las manos por el cuello, hasta la nuca, para acariciarlo.

El horror de aquel día desapareció. El señor Ritter dejó de existir. Solo existían aquel momento, y Koldo. Él tenía razón: era necesario algo bueno para borrar lo malo.

—¿Te hago daño? —le preguntó él, en un tono de vulnerabilidad.

—No, te lo prometo.

—¿No te doy suficiente?

—Me das muchísimo.

Él alzó la cabeza. Tenía una expresión tensa, y una gota de sudor en la sien.

—Mi sangre está hirviendo. Me arde el cuerpo.

—A mí también.

—¿Te ha agradado?

—Mucho.

¿Acaso Koldo estaba inseguro de sus actos? ¿Era ese el problema?

De nuevo, él inclinó la cabeza y la besó. No, no la besó; la consumió. Le acarició la espalda con sus manos enormes, marcando con delicadeza los huesos de su espina dorsal. Por muy fuerte que fuera, conseguía que sus caricias fueran suaves.

—Koldo, quiero… necesito…

Más.

—Nicola —dijo Laila, desde la habitación. Su voz atravesó la tensión.

Koldo se sobresaltó y, rápidamente, se apartó de ella. Giró los hombros, como si tuviera alas y quisiera sacudirlas.

—Volveré —dijo, con tirantez.

Un momento, un momento. ¡No!

—¿Adónde vas?

Él ignoró su pregunta, y le dijo:

—Te ordeno que te tomes libre el día de mañana, para descansar.

—Sí, lo haré, pero…

—No, nada de objeciones. No quiero que haya discusiones, acuérdate.

Aquel era el trato que habían hecho, así que Nicola no pudo decir nada al respecto.

—No te preocupes por mí —contestó—. Sentiré calma, paz y alegría. Y muchas gracias por todo.

Él asintió.

—Por favor, protege tus pensamientos y tus palabras.

—Lo haré.

—Bien —dijo Koldo, y volvió a asentir.

Entonces, miró sus labios, dio un paso hacia ella, y otro… y, finalmente, desapareció.

A ella se le encogió el corazón.

—¿Co Co?

«¿Qué voy a hacer con este hombre?».

—Voy, La La.

Entró en el dormitorio rápidamente, y se detuvo en seco. Se olvidó de todo al ver a su hermana; aquella imagen hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Su preciosa hermana estaba allí, en casa, y completamente lúcida. Estaba sentada, con el pelo rubio suelto por los hombros. Tenía un color muy saludable, y le brillaban los ojos grises.

Nicola nunca hubiera pensado que volvería a verla así.

—¿Quién estaba ahí? Fuera quien fuera, me gusta mucho su voz. Es muy grave, muy intensa —dijo Laila. Acababa de despertarse, y se frotó los ojos antes de fijarse con atención en Nicola y mover las cejas de una forma sugerente—. Muy atractivo.

¿Cómo iba a explicárselo todo a su hermana? Nicola respiró profundamente, y le preguntó:

—¿Qué sabes de ángeles y demonios?

Koldo apareció en la cueva donde tenía prisionera a su madre, pero se quedó en la entrada, escuchando. Junto al goteo y el fluir del agua, oyó los murmullos de Cornelia, que hablaba de lo mucho que odiaba a su hijo:

—Está corrompido hasta la médula, como su padre. Solo vive para hacerme sufrir.

Koldo apretó los dientes. ¿Cómo era posible que lo viera de ese modo? No en aquel momento; en aquel momento, Cornelia tenía motivos para pensar eso, pero ¿cómo podía haberlo visto así cuando no era más que un niño inocente y desesperado por su amor? Después de todos aquellos siglos, todavía no había conseguido entenderlo.

Había cometido el error de preguntárselo una vez.

«¡Me repugnas! Eres el mal. Eres una abominación. Pero eso ya lo sabes; ya te lo he dicho».

«Me lo has dicho más de mil veces. Pero soy inocente. Soy sangre de tu sangre».

«Solo llevas mi vergüenza, y nada más».

Apretó los puños. ¿Qué pensaría Nicola de él en aquel momento? Él estaba allí de pie, esperando, mientras una mujer sufría en sus manos. Nicola, que había disfrutado acariciándolo. Nicola, que lo había mirado como si él valiera algo. Nicola, que le había besado apasionadamente y le había pedido más.

La había tenido entre sus brazos, había sentido su cuerpo y había percibido su olor. Había notado los latidos fuertes de su corazón.

Todo aquello le había provocado una necesidad innegable y casi incontrolable.

Las manos habían empezado a quemarle casi tanto como la sangre, como si, por primera vez en su vida, hubieran despertado. Y, en vez de hundirse en la desesperación al pensar en que aquellas manos manchadas de sangre estaban tocando a una mujer que se merecía algo mejor, se había deleitado acariciándola. Los Enviados producían la esencia, un fino polvo que estaba aguardando bajo su piel. La de Koldo nunca había emergido a la superficie.

Eso iba a cambiar muy pronto; si continuaba por aquel camino, la esencia le saldría por los poros de la piel y dejaría un rastro brillante sobre aquello que él deseara, una capa dorada que solo podrían ver los habitantes del mundo espiritual. Sería una advertencia para los demonios: «Si tocáis lo que es mío, sufriréis».

Si su hermana no los hubiera interrumpido…

No iba a pensar en eso en aquel momento.

Se teletransportó al patio trasero de la casa de Nicola. Su madre tenía comida y agua suficiente para una semana. No iba a abandonarla durante tanto tiempo, pero iba a dejarla unos días para que estuviera sola. ¿Cuántas veces lo había dejado ella solo, en el palacio, llevándose a todos los sirvientes? Muchísimas. A los seis años, había tenido que cazar para poder sobrevivir. Cornelia se merecía aquel abandono, y más.

Y él no iba a sentirse culpable por ello. ¡No!

Recorrió el patio en busca de algún rastro de ladrones, o humanos o demonios, pero, afortunadamente, no halló nada. Se acercó a la ventana del dormitorio y miró al interior por una pequeña rendija entre las cortinas.

Nicola y Laila estaban sentadas en la cama, con el pelo recogido y una mascarilla verde en la cara, hablando, riéndose y pintándose las uñas. Él concentró toda su atención en Nicola; ella estaba relajada y feliz, y completamente encantadora. La tormenta había desaparecido de sus ojos, y tenía una mirada llena de luz matinal y brillante. Un cielo perfecto, sin una sola nube.

Él había tenido su diminuta cintura en las manos, y había estado a punto de tomar todo lo que ella estuviera dispuesta a darle. Tal vez lo hiciera, algún día. ¿Cómo reaccionaría ella, sin embargo? ¿Reaccionaría con tanta efusión como aquella noche, o terminaría por convencerse de que se merecía algo mejor?

Oyó el silbido de una serpiente a sus espaldas, y percibió un fuerte olor a azufre.

Con temor, se dio la vuelta mientras hacía surgir la espada de fuego de su mano. Estaba rodeado por dos demonios sierpe, que al instante le clavaron los colmillos en los muslos y le inocularon su veneno para debilitarlo.

«Tendréis que hacerlo mejor», pensó.

Soltó la espada, y el arma desapareció. Entonces, agarró a ambas criaturas.

—Tu padre te dice «hola» —dijo una, entre siseos.

—Y te dice «adiós» —añadió la otra, riéndose.

Koldo las ató entre sí y las arrojó al suelo. Eran largas y gruesas, como serpientes, con antenas retorcidas en la cabeza, los ojos rojos y pelaje entre las escamas. Unas criaturas horrendas. Para intentar escapar la una de la otra, y de Koldo, retorcían los cuerpos frenéticamente.

Era demasiado tarde; Koldo recuperó la espada y les cortó la cabeza. Después, se quedó inmóvil y desconcertado.

¿Su padre le había dicho «hola» y «adiós»?

Las sierpes eran aliadas de su padre, sí, pero Koldo estaba seguro de que Nox había muerto, y no podía ordenar ningún ataque.

Los demonios siempre mentían, y las sierpes habrían mentido también, seguramente con intención de confundirlo. ¿Por qué? ¿Había amigas suyas en la cercanía?

En aquel preciso instante, otras sierpes comenzaron a salir de entre las sombras. Eran cientos de criaturas que se abalanzaron sobre él.

Se dio cuenta de que lo habían seguido. Sabían adónde se dirigía, y habían esperado el momento perfecto para atacarlo.

Koldo agarró todos los cuerpos que pudo y los lanzó a la hierba. Una, dos, tres veces. Sin embargo, eran demasiadas criaturas, y todas ellas le clavaron los colmillos envenenados. Aunque volvió a reclamar la espada de fuego, no pudo mantenerse en pie. Le fallaron las rodillas y cayó al suelo.

Vio, con espanto, que todas las sierpes se dirigían a la casa. Los demonios iban a atacar a Nicola y a su hermana, y las chicas, que estaban muy débiles, iban a sucumbir.

No podía dejar que sucediera algo así. Hizo acopio de fuerzas y se puso en pie. Nunca se había comunicado con otro de los guerreros por telepatía, porque detestaba la idea de establecer contacto mental con otro, de que hubiera alguien capaz de meterse en su cabeza, como a menudo hacía Zacharel. Sin embargo, con tal de proteger a Nicola…

«Necesito… ayuda…», le envió a un guerrero en concreto.

Esperaba cientos de preguntas y objeciones, pero solo recibió una: «¿Dónde estás?».

Él transmitió la dirección de Nicola, sin dejar de blandir la espada, sin dejar de cortar cuerpos de sierpes que, al segundo, quedaban reducidas a cenizas.

—¡Hooola! —exclamó alegremente una voz familiar—. ¡Papá ya está aquí, y es hora de una buena azotaina!

Axel aterrizó en el patio y plegó las alas en su espalda. Corrió hacia delante con su espada de fuego, y comenzó a asestar golpe tras golpe hacia los demonios. Aunque las criaturas trataban de huir despavoridamente, él las siguió. Giró, y giró, y giró, cada vez más rápidamente. Estaba claro que no iba a permitir que ni una sola de ellas escapara con vida.

Koldo, entre jadeos, se acercó a él por la espalda y cayó de rodillas. Al menos, lo protegería por la retaguardia.

—¡Tío, creía que necesitabas ayuda para ligarte a una mujer! —dijo Axel, cuando terminó. Le dio unos golpecitos en el hombro, y estuvo a punto de hundirlo hasta el cuello en la hierba—. Creo que

ya he acabado con todas las sierpes, pero voy a comprobar que no queda ninguna por el perímetro.

Koldo se quedó allí, inmovilizado por el dolor.

Oyó los pasos de Axel, y sus silbiditos.

Horas más tarde o, quizá, minutos, su compañero regresó y lo miró, desde arriba, con sus ojos azul eléctrico.

—¿Es que estás acosando a la maciza, o qué? Porque, tío, esta es su casa.

—No, y no la llames así —dijo él, aunque apenas pudiera hablar.

—Lo siento. No sabía que la habías marcado oficialmente.

Nicola estaba a su cargo, sí, pero ¿la había marcado, aunque no hubiera irradiado su esencia sobre ella? Tal vez. Koldo detestaba la idea de que otro hombre pensara en ella, la mirara o la tocara.

—Gracias. Por venir, quiero decir.

—No hay ningún problema. Solo me estaba tirando a alguien sin importancia.

A alguien. Qué agradable.

Por desgracia, aquel fue el último pensamiento que tuvo Koldo antes de desmayarse.

Capítulo 13

«¡Tu horrible cara me repugna!», gritó su madre.

«¡Hoy has vacilado a la hora de matar!», gritó su padre. «Recibirás tu castigo».

«Queredme. ¿Por qué no podéis quererme?».

«¡Ojalá no hubieras nacido!». Su madre.

«Te vas a arrepentir del día en que naciste». Su padre.

«Solo quiero que os sintáis orgullosos de mí». Por una sola vez.

«Tú no eres un Enviado. No mereces respirar el mismo aire que yo». Su madre, una vez más.

«Te convertiré en un soldado, cueste lo que cueste». Su padre, una vez más.

«Por favor… por favor».

Koldo fue despertándose poco a poco. Tenía la cabeza embotada y los músculos doloridos. Pestañeó y miró a su alrededor. Estaba en una caverna que tenía las paredes ensangrentadas. Hacía frío, y su respiración cálida se convertía en vapor delante de su cara. Estaba en un estrado de piedra, sin manta debajo del cuerpo.

Aquel no era ninguno de sus hogares, pensó, y se incorporó de golpe. Sintió un fuerte mareo, pero respiró profundamente para calmarse.

—Tranquilo —le dijo Axel.

Axel.

Koldo se relajó, pero no por completo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, por fin, distinguió al guerrero agachado en

un rincón, afilando un palo con una piedra para crear un peligroso pincho en un extremo.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

Axel le clavó sus ojos de cristal azul y lo observó durante un segundo, antes de volver a concentrarse en el arma.

—En el mejor lugar del mundo. Mi casa. Te he traído aquí. Y, a propósito, te voy a pasar la factura de mi nuevo aparato ortopédico para la espalda. ¿Alguien te ha dicho alguna vez que pesas cinco mil kilos?

—¿Cuánto…?

—La factura solo tiene ocho páginas, palabra. El médico dijo que…

—No. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Ah. Tres días.

¿Tres días? Nicola llevaba sola tres días, después de que él le prometiera que iba a pasar, como mínimo, una hora al día con ella. Sin embargo, a partir de aquel día podría pasar mucho más tiempo a su lado, porque Zacharel la había puesto a su cuidado.

Se puso en pie, pese a que estaba muy mareado. Esperó a que se le aclarara la visión y se observó a sí mismo. Llevaba puesta la túnica blanca, y la tela estaba tan limpia como él. De hecho, él estaba tan limpio como si acabara de darse cien duchas.

—No te preocupes —le dijo Axel—. Yo he vigilado a tu chica. Está bien. Y lo digo en el más amplio sentido de la palabra.

Koldo dejó pasar aquello último.

—¿Las sierpes no han intentado acercarse a ella?

—No. Estaban demasiado muertas como para moverse. Pero tiene a dos subalternos merodeando a su alrededor.

¿Dos demonios acechando a Nicola?

—¿Y la otra chica, la rubia?

—Espera —dijo Axel, y dejó el arma a un lado—. ¿Quieres decir que la tuya es la pelirroja?

—Sí. ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo? ¿Te ha visto?

—Eh… no. En absoluto. Ella también está bien.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

Muy bien. Entonces, los demonios estaban acechando a Laila, y eso, él ya lo sabía.

—Gracias —dijo.

—No te preocupes, me cobraré la deuda.

Koldo habría dicho lo mismo, y no culpaba a Axel.

—Te la cobrarás conmigo, no con ella.

Axel puso los ojos en blanco.

—Como si hubiera alguna duda. Ella no tiene nada que yo pueda querer —dijo.

Entonces, se limpió las manos en una toalla que tenía sobre el muslo, y sacó una rodaja de melón de un cuenco que tenía a su lado.

—Toma, come.

Koldo tomó la fruta y mordió el centro jugoso. Notó el sabor dulce en la boca, y su cuerpo ronroneó de agradecimiento. Los Enviados podían morir de varios modos, y uno de ellos era de inanición.

Así pues, Axel se había preocupado de cuidar de Nicola mientras él estaba inconsciente. Sin embargo, Koldo no quería tener que depender de otro Enviado para eso. Si volvía a ocurrir algo, tal vez Axel estuviera demasiado ocupado como para vigilar a Nicola, o tal vez perdiera el interés porque pensara que Koldo no tenía nada bueno que dar a cambio.

«Tendré que marcarla», pensó Koldo. No solo con la esencia, sino con tinta. Le pondría un código.

El Más Alto, a cambio de la obediencia de los Enviados a sus leyes, les proporcionaba protección. Koldo seguía perteneciendo a los cielos, por lo que esa protección le afectaba, y tenía el código protector grabado en el corazón. Y, como Nicola estaba a su cargo y era su responsabilidad, la promesa de protección también se le aplicaba a ella. Sin embargo, él iba a darle una señal exterior para que todo el mundo lo supiera.

Iba a tatuarle el código en la piel, y ese código podría crear una barrera entre ella y cualquier demonio que se atreviera a acercársele. Lo único que tendría que hacer sería concentrarse en las secuencias de números durante cualquier ataque. Cuanto más mirara los tatuajes, más fuerte sería el poder del código, hasta que se expandiera y cubriera todo su cuerpo con un escudo.

Pero, si un demonio conseguía distraerla…

«No va a ocurrir nada semejante», pensó Koldo. Él también iba a entrenarla para eso.

—Bueno, ¿y por qué te están persiguiendo las sierpes? —le preguntó Axel.

—A mí también me gustaría saberlo.

¿Estaba su padre ahí fuera, todavía, o no?

Koldo no había visto el cadáver de Nox; tan solo había visto que le lanzaban granada tras granada, y que todas ellas habían explotado y habían provocado una intensa ola de calor. Las llamas habían subido hasta lo más alto del cielo.

«Debería haberlo matado con mis propias manos», pensó. Sin embargo, Koldo había podido elegir entre matar a Nox personalmente, o destruir al hombre y todo lo que significaba de un solo golpe. Koldo había elegido lo segundo.

Cuando el fuego se había apagado, él había rebuscado entre la escoria, pero había demasiados huesos como para contarlos.

Si Nox había sobrevivido, ¿por qué había esperado tanto para manifestarse? ¿Y cómo lo había seguido hasta casa de Nicola?

—Bueno, ¿y qué tienes planeado hacer con la pelirroja? —le preguntó Axel.

—¿Por qué vives en un sitio así? —preguntó Koldo—. Claramente, a ti te gratifica tener la adoración de los demás y, sin embargo, te encierras en una cueva.

Una pausa.

—Entonces, acordamos no hacernos preguntas el uno al otro —respondió finalmente el guerrero.

—De acuerdo.

Ambos tenían sus secretos. Koldo terminó la fruta.

—Y, ahora, tengo que irme.

—De acuerdo, pero… —Axel se levantó—. Quizá deberías ir a ver a tu chica y hablar seriamente con ella. En circunstancias normales, yo no me entrometería, pero si me callo, tal vez esto se vuelva contra mí. Es decir, que tal vez quieras darme un puñetazo en mi preciosa cara.

—¡Dime de una vez lo que pasa!

—Ella ha decidido que va a salir con otro tipo.

Koldo se teletransportó, furioso, a casa de Nicola. No sabía lo que iba a hacer cuando estuvieran cara a cara, pero tenía que verla.

Sin embargo, ella no estaba allí, ni tampoco en su despacho. Jamila y la otra chica, la rubia de orígenes misteriosos, sí estaban en la oficina, lanzándose maldiciones la una a la otra, mientras la rubia mantenía agarrado por el cuello a un tipo sobre el escritorio de Nicola. El tipo tenía los pantalones y la ropa interior por los tobillos.

—¿Acostarte con todos los hombres de esta oficina? —preguntó Jamila con desprecio—. ¿De verdad? ¿Ese es tu plan?

—Una parte de mi plan —respondió la rubia con una sonrisa petulante. Por lo menos, ella tenía toda la ropa en su sitio—. ¿Por qué no me haces el favor de perderte? Y, la próxima vez que entres en un despacho, llama a la puerta.

—Claro, claro, me voy. Y, a propósito, tu plan es una estupidez.

—Tu pelo sí que es una estupidez.

Jamila le mostró los dientes con un gesto agresivo.

—¿Y qué vas a conseguir con esto? —le preguntó, señalando al hombre medio desnudo con un gesto de la mano.

—Cuando su novia sepa lo que ha hecho, sentirá dolor y querrá llorar.

—No tiene novia.

—Bueno, pero hay alguien interesada en él.

—¿Y por qué quieres hacerle daño?

La rubia sonrió con maldad.

El hombre tenía las mejillas muy rojas y estaba forcejeando para sentarse, pero era evidente que la chica tenía más fuerza.

Koldo entró en el reino natural.

—¿Dónde está Nicola? —preguntó.

Los tres clavaron la mirada en él.

La rubia se quedó sin palabras. Entonces, agitó la cabeza, pestañeó y sonrió lenta y provocativamente.

—Vaya, hola, guapo. ¿Qué puedo hacer por ti?

El hombre forcejeó con más fuerza. No podía hablar, porque tenía la corbata metida en la boca.

Jamila miró a Koldo con el ceño fruncido, como si su situación fuera culpa suya.

—¡Tú! Aunque esa humana es responsabilidad tuya, Zacharel me ha ordenado que me quede aquí.

A él no le importaba aquel detalle.

—¿Dónde está?

—Apareció su hermana, y se han ido a comer juntas. Mencionaron un parque.

—Olvídate de ella —dijo la rubia—. Estarás mucho mejor conmigo. Yo me ocuparé de ti de un modo del que ella no será capaz. Dame la oportunidad de demostrártelo.

Un parque. Muy bien, buscaría por todos los parques de los alrededores.

Sin decir una palabra, salió de la oficina. El humano estaba demasiado distraído durante su llegada como para haberse dado cuenta de que había aparecido de la nada, pero, claramente, su desaparición repentina no iba a pasársele por alto. La rubia protestó en un tono de voz lleno de ira. Sin embargo, tampoco eso le importaba en absoluto.

Encontró a Nicola en el parque que había más cerca de su casa. Estaba paseando con Laila, riéndose y comiendo chocolatinas. Al verlo, los dos demonios que iban sobre los hombros de Laila saltaron al suelo y salieron corriendo.

Koldo se relajó un poco. Aquel tipo de interacción era muy buena para las dos mujeres. Estaban disfrutando juntas, y eso purgaba el veneno. Pensó que lo mejor era dejarlas tranquilas, sin gritar a Nicola por haber pensado en salir con otro hombre.

Se trasladó a su casa y comenzó a meter todas sus cosas en una caja. Quería instalarla en una de sus residencias aquel mismo día. No habría discusión alguna, y aquello no tenía nada que ver con su decisión de buscar a otro hombre.

En absoluto.

Seguramente, Nicola iba a gritar por lo que estaba haciendo. Tendría que calmarla y ofrecerle algo que la hiciera feliz, pero también tendría que endurecer su propio corazón. Tenía que hacer aquello para poder protegerla mejor.

Pero… debería llevarla a casa para su cita, ¿no? Porque… ¿y si aquel hombre le daba alegría de verdad? ¿Qué pasaría entonces? Ella iba a necesitarlo. Él la ayudaría a purgar mucha más toxina de demonio.

Koldo sintió rabia, y tuvo que respirar profundamente para calmarse, para contener el impulso de dar puñetazos a las paredes.

Fue un poco brusco con las cajas que ella tenía guardadas al fondo del armario, y las cosas que había dentro chocaron entre sí. Al comprobar que no había roto nada del interior, encontró un álbum de fotos; a medida que veía más y más imágenes, sus actos se suavizaron. Había imágenes de Nicola y de su hermana, y de ellas dos con sus padres, además de un niño pelirrojo. Se parecía mucho a ellos; tenía que ser de su familia, pero ¿quién era? ¿Un hermano? Nicola nunca lo había mencionado, y él nunca lo había visto. Y, en la información que él había estado recabando, no había ninguna mención de un tercer hermano.

Koldo se sintió intrigado y siguió buscando en la caja. Encontró artículos periodísticos sobre la muerte de sus padres, y se enteró de que el accidente lo había provocado un conductor borracho que había chocado con su coche. La pareja había muerto en el acto,

además de su hijo pequeño, Robby, y el conductor había salido de la cárcel hacía, tan solo, un año.

Nicola había perdido más de lo que él pensaba. Había perdido a un hermano de seis años que tenía todo el futuro por delante, y al que, seguramente, había querido mucho.

Debía de odiar al hombre que le había destrozado la vida. Debía de soñar con que tuviera una muerte dolorosa. Debía de anhelar la venganza, pero, claramente, nunca había estado suficientemente bien de salud ni había tenido los recursos necesarios para llevarla a cabo.

Tal vez él pudiera hacerle daño a aquel hombre en su nombre. Así, tal vez, ella lo preferiría antes que…

Negó violentamente con la cabeza para detener aquel pensamiento antes de que pudiera formarse. Koldo no estaba interesado en ganarse el afecto de nadie. Lo había intentado antes, y había fracasado estrepitosamente. Se había prometido a sí mismo que nunca volvería a intentarlo, y así era como quería seguir. Y el hecho de pagar las facturas de Nicola no era un intento de ganarse nada. Necesitaba que ella estuviera relajada; eso era todo.

«Termina con esto».

Sí. Se la llevaría a… la provincia de Chiriquí, en Panamá. Después de decidirlo, se teletransportó, junto a la mayor parte de las cosas de Nicola, a una de sus mejores residencias. Había montañas verdes y exuberantes en todas direcciones, y el cielo azul estaba salpicado de nubes blancas de algodón. El tiempo era primaveral durante todo el año, la comida era fresca y orgánica, y nutriría a Nicola y a su hermana de la mejor manera posible. Allí iban a florecer, les gustara o no.

Le tomó muy poco tiempo deshacer el equipaje. Tenían tan pocas cosas… Bueno, pues él le compraría a Nicola y a su hermana un guardarropa entero. Y esa ropa tampoco sería un intento de ganarse su afecto, sino un sencillo gesto de amabilidad. Un regalo de bienvenida a su nuevo hogar.

Pero ¿qué sabía él de la moda de los seres humanos? Nada.

Koldo se teletransportó al vestíbulo de la casa de Zacharel y saludó. Unos segundos después, Annabelle apareció entre la niebla, vestida con unos pantalones vaqueros y una camiseta. Tenía el pelo de color negro, casi azul, y lo llevaba recogido en una cola de caballo. Sus ojos, de color castaño y dorado, brillaban alegremente.

Sonrió al verlo.

—Hola, Koldo. Zacharel no está.

—No he venido a ver a Zacharel.

Ella frunció el ceño con desconcierto y, al instante, se dio unas palmaditas en el pecho.

—Entonces, ¿a mí?

—Sí. Necesito un favor.

—¿Un favor?

¿Acaso iba a preguntarle por todo lo que dijera?

—Pero es que se nos ha terminado el Agua de la Vida.

—Eso ya lo sé. Necesito… que me acompañes a hacer unas compras.

Annabelle se frotó las orejas.

—Espera. ¿Acabas de pronunciar la palabra «compras»?

—¿Alguien ha dicho «compras»? —preguntó otra mujer—. Porque, como estaba escuchando a escondidas vuestra conversación, no he podido evitar oírlo.

Se produjo un parloteo lleno de excitación, y se oyeron unos pasos. Entonces, aparecieron cuatro de las féminas del ejército de Zacharel: Charlotte, Elandra, Malak y Ronen.

Koldo hubiera preferido enfrentarse a una horda de demonios que a aquellas mujeres. Eran soldados bien entrenados, monstruos en el campo de batalla, asesinas frías y crueles, pero, sin embargo, podían hablar incesantemente sobre nada en concreto.

—¿Qué vais a comprar? —preguntó Charlotte, una preciosa morena—. ¿Una espada nueva? Pues tengo buenas noticias: yo tengo una que te va a encantar, y con el descuento para los amigos, solo te costará una parte de tu alma.

—Os dije que os quedarais en el salón, calladitas —les dijo Annabelle con severidad.

—Ah, ¿no era solo una sugerencia? —preguntó Ronen, una fémina de pelo negro con adicción a las palomitas.

Elandra era la más tímida del grupo, y estaba mirando al bajo de su túnica, que casi tocaba el suelo. Era la fémina más bella que Koldo hubiera visto en su vida, hasta que había conocido a Nicola. Elandra era como un diamante vivo: su larga melena blanca, sus ojos de plata, su piel pálida… todo en ella brillaba como los diamantes.

Malak era la única de aquel grupo que tenía un defecto, pero lo disimulaba bien. Tenía una cicatriz redondeada y grande en la frente, seguramente de una herida que sufrió cuando todavía no era lo suficientemente mayor como para regenerarse. Llevaba el pelo teñido de verde, y se había dejado un largo flequillo para ocultar la mancha.

—Dejad al hombre que se explique —les pidió Annabelle.

Las otras féminas lo miraron con expectación.

Koldo no tenía ni idea de por qué habían terminado formando parte del Ejército de la Desgracia de Zacharel. A menos que sus personalidades irritantes hubieran sido un punto a favor, claro.

Miró a Annabelle y dijo:

—Mi… mujer…

Un momento. ¿Era Nicola eso para él? No estaba seguro, teniendo en cuenta que, pronto, ella iba a tener una cita con otro. ¿Y se le estaban prolongando los colmillos, como a su padre cuando se enfurecía?

Debía tener más cuidado.

—Tengo una amiga. Es una humana, y necesita ropa nueva.

Las Enviadas comenzaron a emitir exclamaciones de emoción. Ronen dio unos cuantos saltitos mientras aplaudía.

—¡Es el cotilleo más jugoso del mundo! ¡Koldo tiene novia!

—Seguro que mide tres metros y tiene quinientos kilos de músculo —dijo Charlotte.

—Por favor, marchaos. Dejadnos hablar a solas —les dijo Annabelle.

Aunque ellas hicieron mohines de protesta, terminaron por obedecer.

—Vamos a ver si lo entiendo —dijo Annabelle, cuando estuvieron a solas—. Quieres llevarme a mí, en vez de a tu mujer, o amiga, o lo que sea, a elegir ropa.

—Sí. No deseo esperar más. Y… no sé lo que les gusta a las féminas.

Ella se posó una mano en el corazón y sonrió.

—Una vez, Zacharel tuvo el mismo problema conmigo. ¿Por qué no le compras a tu amiga lo que tú prefieres que se ponga?

—Sí, también le compraré eso —dijo Koldo, porque sabía que no iba a poder evitarlo—, pero me gustaría que ella pudiera elegir.

—¿Sabes qué talla tiene?

Él alzó ambas manos.

—Es muy delgadita, así —dijo—. Delicada.

Annabelle se echó a reír.

—Oh, colega, estás metido en un buen lío. Pero, sí, de acuerdo. Voy a ayudarte.

Koldo sintió un gran alivio.

—A cambio de un precio, por supuesto.

—No, en absoluto. Así es como funcionáis vosotros, pero esto es gratis. Con que me invites a la boda, me doy por satisfecha.

Capítulo 14

—Tienes que probar esto —dijo Laila, y le metió una onza de chocolate a Nicola en la boca, antes de que pudiera responder.

El chocolate tenía cafeína, así que ella casi nunca se permitía comerlo. Sin embargo, cuando lo hacía… aquella dulzura le causaba deleite, y cerró los ojos para saborearlo. Un error. Su hermana y ella estaban paseando por un camino empedrado que serpenteaba por el parque, y se chocó contra una papelera.

Laila se echó a reír.

Cayeron al suelo envoltorios de dulces, sándwiches a medio terminar y tazas de café de plástico, pero Nicola sonrió y lo recogió todo. Oír reír a su hermana era algo maravilloso. Cuando terminó, sacó el gel antibacteriano de su bolso y se lo aplicó en las manos.

—Tienes chocolate en la barbilla —dijo Laila.

Su hermana intentaba mantener la calma, pero no podía. Sus ojos grises tenían un brillo resplandeciente, y el sol iluminaba su piel pálida, la llenaba de vitalidad y de salud.

Nicola se quitó el chocolate de la barbilla con los dedos.

—¿Mejor?

—Sí, mucho mejor. Ahora estás casi tan guapa como yo —dijo Laila y, fingiendo una vanidad que no tenía, se estudió las cutículas de las uñas—. Date cuenta de que he dicho «casi».

—Ponte gafas. Tienes el pelo rubio, pero las raíces pelirrojas —replicó Nicola, moviendo su coleta—. Es horrible.

Laila soltó un jadeo de indignación.

—Te diré que es última moda —respondió—. Es sofisticado y estiloso.

—Yo no sigo las tendencias. Las creo.

Laila sonrió y le tendió la mano.

—Qué boba eres. Vamos, sigamos caminando.

Entrelazaron los dedos y continuaron el paseo. La tranquilidad de aquel momento le servía a Nicola para quitarse de la cabeza los recuerdos de la agresión que había sufrido, y que no le había contado a su hermana. Aquellos recuerdos pugnaban por aparecer en cualquier momento: en la ducha, o mientras se arreglaba, o aquella mañana, mientras preparaba el desayuno.

En una ocasión, había estado a punto de echarse a llorar, pero se había acordado de Koldo y de sus dulces besos. De su incertidumbre y de su vulnerabilidad. Y todo cambió.

—En el hospital te oía, ¿sabes? —le dijo Laila. Aquel era un tema de conversación que habían estado evitando.

—¿De verdad? —preguntó Nicola. Se lo había preguntado, y siempre había albergado la esperanza de que fuera así.

—Sí, y tú eres la que me mantuviste aquí más tiempo del que yo quería estar. Cada vez que sentía que me estaba marchando, tú tirabas de mí hacia atrás.

—Eso me hace muy feliz.

—Pero a mí no. Estaba dispuesta a irme.

Aquellas palabras fueron como un puñetazo en el estómago.

—Bueno, pues yo no me arrepiento de haberte retenido, La La. Te quiero.

—Y yo también te quiero —respondió Laila, con una sonrisa triste —. Pero, Co Co, si volvemos a estar en esa situación, quiero que me dejes marchar.

Nicola se detuvo en seco en mitad del camino, y obligó a su hermana a hacer lo mismo. Se miraron la una a la otra, entre la gente.

—No —dijo, agitando la cabeza con vehemencia—. No voy a hacer eso. Lucharé a tu lado, con todas mis fuerzas.

Y Koldo la ayudaría, ¿verdad?

Nicola quería creerlo, pero parecía que él la había abandonado. Le había prometido que, durante una hora al día, iba a entrenarla, pero había desaparecido de repente, y la había dejado pensando que él se había arrepentido de mostrarle su lado más vulnerable.

¿Y por qué no iba a marcharse? Ella no tenía nada que ofrecerle. Él era duro, feroz y sabio. Ella era débil, indefensa, y no sabía nada de la verdad.

Laila abrió los brazos con exasperación.

—Sé práctica en esto, Co Co.

¿Aceptar que una chica de veintitrés años tenía que morir por una enfermedad del corazón era algo práctico?

—Koldo dice que tenemos que…

—Aj. Koldo esto, Koldo lo de más allá… Solo hablas de él. Sea quien sea, te está mintiendo, mi amor. ¿Es que no te das cuenta? Si Koldo es un ángel, yo soy el ratoncito Pérez.

—Tienes razón. No es un ángel. Es un…

—Sí, sí, ya lo sé, pero eso no importa. Si está tan preocupado por tu salud, ¿adónde ha ido? —preguntó Laila. Después, su tono se suavizó un poco, y continuó—: ¿Por qué no está aquí, dándome en persona toda esa información?

Nicola bajó los hombros.

—No lo sé.

Laila se acercó a ella y le tiró suavemente de la oreja.

—No es un Enviado, sea lo que sea. Es un farsante.

—Lo he visto aparecer de la nada, y desaparecer en un abrir y cerrar de ojos.

Laila chasqueó la lengua con una mezcla de exasperación y lástima.

—Cariño, solo quiere venderte una cura milagrosa.

—No. Me ha dado la cura milagrosa, y ha pagado nuestras facturas.

—O eso es lo que tú crees.

Nicola tuvo que tragarse un suspiro. Dijera lo que dijera, Laila lo rechazaba todo sobre Koldo. Le había dicho que todo era una idea romántica, y se había echado a reír al oír su descripción de los demonios.

Nicola había comenzado a sentir frustración y disgusto, cosas que no quería sentir, ni debía sentir, por orden de Koldo. No sabía cómo, pero tenía que llegar hasta su hermana. La vida de Laila estaba en peligro, y tenía que salvarla. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por conseguirlo.

Laila meneó la cabeza y dijo:

—Te crees todo lo que te dice porque te has vuelto loca por él. Cada vez que hablas de ese tipo, se te pone cara de embobada.

—No es verdad.

—Claro que sí.

—¡No!

—¡Sí!

Laila y Nicola empezaron a pelearse, dándose palmaditas en la mano, riéndose como si fueran las niñas que habían sido antes de que la enfermedad, el miedo y la pérdida les hubieran pasado factura. Sin embargo, Laila tuvo que detenerse muy pronto, porque necesitaba recuperar el aliento.

Nicola la tomó del brazo para continuar el paseo. Había echado de menos aquellos ratos con su hermana. Hacía unos años, ella había comenzado a estudiar en un colegio universitario de la ciudad, y Laila había decidido no malgastar el poco tiempo que le quedaba. Después, Nicola había conseguido el trabajo en Estellä y Laila se había concentrado en su arte. Después, Laila había enfermado. Bueno, más aún. Y, después, Laila había dejado de pintar y había tenido que pasarse todo el tiempo en la consulta del médico, o en la cama.

—Te prometo —dijo Laila— que no me está persiguiendo ningún demonio.

—No, en este preciso instante, no.

Laila volvió a sonreír con tristeza.

—Estás teniendo alucinaciones otra vez, eso es todo. Se te pasará, como antes.

No, en aquella ocasión, no. Nicola había abierto los ojos al mundo espiritual, y ya no iba a cerrarlos nunca más. Sin embargo, no quería pasarse la hora de la comida discutiendo con Laila.

—Escucha, tengo que contarte una cosa. Ya he dicho que sí, y me gustaría que me acompañaras. Pero… prométeme que vas a tener la mente abierta cuando te lo diga, ¿de acuerdo?

Laila frunció las cejas.

—¿De qué estás hablando?

—Un compañero del trabajo me pidió una cita. En realidad, me pidió una cita para nosotras dos. Una doble cita, quiero decir. Nada raro.

—Vaya. Hasta ahora, suena interesante. Continúa.

—Ayer lo llamé y acepté. Por mí, no por ti.

Había estado pensándolo tres horas antes de descolgar el auricular. Estaba cansada de esperar a Koldo, y tal vez un poco resentida por el hecho de que no apareciera. No quería soñar más con lo que habría podido ocurrir si Laila no los hubiera interrumpido, ni preguntarse cómo iba a mirarla él la próxima vez que se vieran. ¿Con ternura? ¿Con ferocidad? ¿O con frialdad?

¿Y si a él no le permitían tener citas? ¿Y si ya estaba comprometido con alguien?

Tuvo un arrebato de rabia al pensarlo. Si aquel supuesto ángel tenía novia…

—Eh… Co Co…

—¿Qué? —rugió.

—Nada, nada —dijo Laila, alzando las manos—. Tú avísame cuando estés lista para seguir hablando conmigo, y así podré preguntarte cómo es posible que estuviera hablando con mi hermana mayor y, al segundo, estuviera delante de una asesina en serie…

«Cálmate. Tienes que calmarte», se dijo Nicola.

Su corazón ya estaba latiendo de una manera errática y, si no tenía más cuidado, podía desmayarse. O, peor todavía, fortalecer la toxina de demonio. Además, todo aquello era una tontería. Se había enrabietado por nada. Koldo no era de los que engañaban; era de los que decían sin paños calientes que una relación había terminado.

—Muy bien, esta es la hermana a la que conozco y quiero —dijo Laila—. Bueno, para seguir con nuestra conversación, has dicho que has aceptado una cita con un compañero de trabajo.

—Sí. Y me encantaría llamarlo otra vez y aceptar también en tu nombre. El otro chico se llama Blaine y…

—No es necesario que digas más. ¡Acepto!

Después de la desastrosa relación que había tenido Laila, Nicola esperaba un poco más de reticencia por su parte.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. No sé cuánto tiempo me queda de vida, y tengo que vivirlo, así que isí! Voy a hacer todas las cosas que pueda.

—Espero que eso incluya escuchar lo que Koldo tenga que decir.

Laila le sacó la lengua.

—Ya veremos. Bueno, ¿y qué tiene ese compañero tuyo de oficina para haber conseguido que le digas que sí? Siempre has ignorado a la población masculina.

—No es cierto. Lo que pasa es que no quería tener más complicaciones.

En aquel momento, un chico sin camiseta, con unos pantalones cortos, pasó corriendo a su lado, y sonrió a Laila.

—Hola, guapa.

—Hola —dijo ella, y le devolvió la sonrisa.

Cuando la vio saludar con la mano, el chico aminoró el paso y se detuvo. Laila y él se acercaron el uno al otro.

Nicola suspiró y se detuvo a esperar a su hermana. Dentro de cinco minutos tenía que volver al trabajo.

Se apartó un poco, para dejar pasar a un hombre que iba con su perro, y vio a… ¿Koldo?

No, no era Koldo; sin embargo, a pocos metros de ella había un hombre increíblemente parecido a él. Tenía el mismo tipo de cuerpo, la misma cabeza calva y unos rasgos faciales prácticamente iguales. Aquel hombre llevaba una camisa y unos pantalones negros, ambas cosas ajustadas a su piel. Tendría unos diez o veinte años más que Koldo, y también era muy guapo, aunque no tuviera una barba muy *sexy* adornada con abalorios.

Pero debían de ser parientes. No era posible que dos personas se parecieran tanto sin ser de la misma familia.

Ella saludó con la mano, pero se quedó helada al ver que él alargaba el brazo para acariciar a una… serpiente. Era una serpiente enorme, con pelaje entre las escamas y antenas en la cabeza. El resto del cuerpo de la criatura estaba enroscado en el hombre, y su cola se agitaba y sonaba… Tenía los ojos rojos, y la estaba observando atentamente.

No, no era una serpiente. Aquella cosa no podía ser una serpiente. ¿Era un demonio?

Percibió un olor a azufre que confirmó sus sospechas. Era un demonio, y Koldo le había dicho que los demonios causaban enfermedades y, seguramente, un montón de cosas más con las que ella no quería tener nada que ver.

Aquel hombre no era un Enviado.

—Laila —dijo.

—Un segundo —respondió su hermana—. Estoy memorizando un número muy importante.

El muchacho se echó a reír.

El hombre calvo sonrió a Nicola, pero no fue una sonrisa agradable. Tenía una mirada oscura como la noche, y la miró de un modo que le recordaba al señor Ritter. El corazón se le aceleró de angustia.

Nicola se acercó corriendo a su hermana, la tomó de la mano y tiró de ella.

—Vamos. Tenemos que salir de aquí.

—Pero… —dijo el corredor.

—¿Por qué? —preguntó Laila, observando a Nicola con atención —. ¿Qué ocurre?

—¿Ves a aquel hombre de allí?

Laila miró a su derecha.

—¿El calvo? Sí. ¿Y qué?

—¿No te da miedo que tenga una serpiente de mascota?

—Nicola, no tiene ninguna serpiente. Ni un perro, ni un gato, ni un pájaro. Cariño, ¿estás bien? Te has quedado pálida.

Entonces, su hermana todavía no podía ver a los demonios.

—Vamos —dijo, y se puso a caminar tirando de Laila.

—¿Qué ocurre? —preguntó su hermana.

—Te lo contaré después.

El parque estaba lleno de madres y padres con niños y perros, y de oficinistas en la pausa para comer, como ella. Nicola tuvo que maniobrar entre la gente para avanzar todo lo rápidamente posible. Tenía la sangre helada, aunque le cayeran gotas de sudor por la espalda.

—Más despacio —le pidió Laila, entre jadeos.

Nicola miró hacia atrás; el hombre seguía allí, sonriendo, acariciando al demonio, pero no las estaba siguiendo. Con alivio, aminoró el paso y, finalmente, se detuvo.

Laila se posó una mano sobre el corazón y dijo entrecortadamente:

—¿Vas a decirme ya qué es lo que pasa?

Ella abrió la boca para hacerlo, pero, en aquel preciso instante, otro demonio se deslizó por el tronco del árbol que había a su lado y mostró sus colmillos largos y afilados. A Nicola se le formó un nudo en la garganta y no pudo hablar; se retiró hacia la derecha para alejarse del monstruo, llevándose a Laila.

—¿Qué haces…?

En aquel momento, una mujer apareció detrás del tronco, y Laila cerró la boca. La recién llegada también tenía la cabeza calva, como el hombre, y era muy pálida. De los poros de su piel surgía una neblina negra.

—¿Ves esa niebla? —le preguntó Nicola a Laila.

—No, pero la mujer…

La extraña sonrió lentamente… y mostró unos colmillos afilados.

A Nicola se le aceleró el corazón. Volvió a agarrar a Laila y salió corriendo en otra dirección.

—Vienen por nosotras —le dijo—. ¡Tenemos que marcharnos de aquí!

—¿Quiénes son? —preguntó Laila, mientras trataba de seguirle el paso a Nicola—. ¿Qué… quieren?

Nicola miró hacia atrás. La mujer permanecía junto al árbol, pero el demonio estaba persiguiéndolas. ¿Qué querían de ellas? ¿Y qué harían si las capturaban?

Apareció otro hombre calvo, de un salto, en mitad del camino, y Nicola gritó. Tiró de Laila hacia la izquierda y, en aquella ocasión, fueron seguidas por varios demonios que se deslizaban tras ellas como si fueran su desayuno: dos pequeños ratones.

—Nicola, por favor —le rogó Laila—. No puedo… ir… mucho más… allá…

Nicola quería que su hermana viera lo que estaba ocurriendo a su alrededor para que, por fin, la creyera; sin embargo, por otro lado, prefería que no lo viera. Seguramente, el miedo la dejaría paralizada, y eso no era nada bueno en aquel momento.

No parecía que nadie más se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. La gente seguía su paseo con normalidad, sonriendo y riéndose, completamente ajenos a que, en aquel momento, el mundo paralelo al suyo rebosaba de maldad.

—No puedo… —jadeó Laila—. Tienes que…

Nicola retrocedió y saltó delante de su hermana, con los brazos extendidos, esperando el ataque de los demonios. Sin embargo, los monstruos la sorprendieron; se quedaron inmóviles y clavaron los ojos en ella.

—Marchaos —les ordenó.

Uno de ellos la silbó. Otro la escupió. Los demás le mostraron los colmillos.

—Marchaos o… le pediré ayuda al Más Alto —dijo. Sí, eso era lo que Koldo le había enseñado.

Para su asombro, los silbidos y los escupitajos se convirtieron en gimoteos, y las criaturas comenzaron a alejarse de ella.

Ya estaba funcionando.

—¡Más Alto! —gritó, en un arrebato de confianza—. Si me oyes, por favor, ayúdame.

Los demonios se quedaron helados un segundo, pero, rápidamente, siguieron huyendo aterrorizados. Sin embargo, no fueron lo suficientemente veloces. Dos guerreros a quienes ella no conocía aparecieron en el cielo y bajaron hasta el suelo del parque. Vestían túnicas blancas y brillantes, y tenían unas enormes alas.

Nicola rodeó con el brazo a su hermana, que estaba temblando, intentando recuperar el aliento.

—Ahora todo va a ir bien, ya verás.

—Mi corazón…

—Respira con calma. Vamos, inspira… espira… Buena chica —dijo Nicola, mientras, con los ojos abiertos como platos, veía a los Enviados desenvainar unas espadas de doble filo y atacar a los demonios. Aunque había cientos de monstruos, los guerreros fueron acabando con ellos rápidamente.

—¿Los ves? —le preguntó Nicola a Laila.

—¿A quiénes? —preguntó Laila, entre jadeos.

Aquello respondía a su pregunta.

Cuando terminó la batalla, no quedaba una sola criatura con vida.

Los guerreros envainaron las espadas y miraron a Nicola. Inclinaron la cabeza, expandieron las alas y, sin decir una palabra, ascendieron hacia el cielo.

Capítulo 15

La puerta principal de la casa de Nicola se abrió y, por fin, las dos mujeres aparecieron en el umbral.

—Has estado a punto de matarme —decía Laila.

—No, te estaba protegiendo —respondió Nicola.

—Sí, pero ¿de qué?

Koldo se levantó del sofá, el único mueble que había dejado en la casa. Hacía poco tiempo había presentido que Nicola estaba en peligro, pero se había teletransportado al parque y no la había encontrado allí. Había ido también a otros parques que ella solía frecuentar, pero tampoco la había visto.

Así pues, había regresado a la casa, a esperar. Y esperar.

En aquel momento, sintió un gran alivio. La observó atentamente. Estaba más sonrojada de lo normal y tenía una mirada de preocupación. Estaba despeinada y desarreglada, y tenía briznas de hierba en la ropa.

Nicola se detuvo en seco al verlo, y Laila se chocó contra su espalda.

—Koldo —dijo Nicola con nerviosismo, y se pasó una mano por la coleta—. Estás aquí.

Hubo un momento de silencio. Él quería preguntarle dónde había estado y qué le había ocurrido, pero se contuvo. Gritaría de ira, y ella se asustaría, y eso solo serviría para fortalecer las toxinas de demonio.

—¿Tú eres Koldo? —preguntó Laila con incredulidad. Estaba muy pálida y fatigada—. Pero si pareces… Bueno, no importa. No quiero que te ofendas. Lo siento. Lo que pasa es que eres muy grande y… Bueno, no importa.

—Un momento —dijo Nicola, mirando a su alrededor—. Creo que nos han robado en casa. Faltan las fotografías, los jarrones, las mantas… Todo, salvo el sofá.

—No. No os han robado —respondió él, intentando contener su temperamento—. Yo lo he llevado todo a mi casa de Panamá. Ahora quiero que vayáis a sentaros al mostrador de la cocina durante dos minutos. Más o menos.

No esperó a que respondieran, sino que se dirigió hacia aquella estancia.

Para su sorpresa, ella lo siguió, incluso lo agarró de la muñeca. Él podría haber tirado del brazo para zafarse, pero se deleitó con el primer contacto que tenían en tres días. Había sido demasiado tiempo. Tenía que sentir su piel suave y sus manos todos los días, o no podría estar contento.

—¿Qué está ocurriendo? —le preguntó ella—. ¿Por qué te has llevado mis cosas a Panamá?

Él se giró hacia ella, la tomó por la cintura y la sentó en la silla más cercana, ignorando sus protestas. Tenía el equipo de tatuar preparado en la encimera.

Mientras montaba las piezas de la pistola, dijo:

—No quiero que sigáis viviendo aquí. No es seguro.

Entonces, ella lo miró a la cara y suspiró.

—Parece que ya no hay ningún sitio seguro.

—¿Por qué dices eso?

—Hemos estado en el parque, y nos han perseguido varios demonios.

Entonces, su instinto le había dicho la verdad: Nicola había corrido un grave peligro. Y él no la había protegido. Podría haberla perdido. No era más que un estúpido. Debería haberla buscado con más diligencia. Debería haber hecho algo, cualquier cosa.

—¿Te hicieron algo?

—No. Pedí ayuda al Más Alto, tal y como tú me dijiste. Envió a dos guerreros.

Koldo dio las gracias al Más Alto.

—Supuestos demonios —dijo Laila, mientras entraba en la cocina —. Lo único que yo vi fue gente muy grande, gigantes. Y soy la gemela, a propósito. Para que lo sepas, no soy tan ingenua como mi querida hermana Co Co. Lo siento, cariño —añadió, mirando a Nicola —. No quisiera ofenderte.

Nicola sonrió débilmente.

—Ya lo sé. También sé que algún día tendrás que tragarte esas palabras.

—Los demonios existen de verdad, te lo aseguro —dijo Koldo, mientras abría los paquetes de tinta.

—Sí, y tú eres un Enviado —dijo Laila, poniéndose en jarras—. Escucha, ¡te estás aprovechando de una inocente!

Él dejó la pistola de tatuar y agarró a Laila, estrechándola contra su cuerpo. Con una mirada final a Nicola, que se había levantado para ayudar a su hermana, se teletransportó con Laila a unas instalaciones de entrenamiento que Germanus tenía en los cielos.

Era un enorme edificio situado en una nube de un kilómetro y medio de longitud. Laila miró hacia abajo y gritó de miedo.

—¿Todavía sigues pensando que quiero aprovecharme de una inocente? —inquirió él.

No esperó la respuesta de la muchacha, sino que la llevó al interior del edificio, a la sala donde los Enviados aprendían a luchar contra los demonios. Allí, Koldo permaneció en el reino espiritual, obligando a Laila a abrir sus ojos interiores y ver, por fin.

Un joven guerrero blandía una espada de fuego mientras dos demonios envexa saltaban de un lado a otro, desde el techo al suelo. El guerrero tenía las alas blancas con hilos de oro entre las plumas, señal de su estatus inferior. Los Portadores de Alegría tenían alas completamente blancas, y los guerreros de la Elite, como Zacharel, tenían las alas de oro puro.

Aunque eran adultos, los demonios tenían el tamaño de un niño de diez años, con cuerpos de humano y una piel tóxica de color verde. En vez de manos, tenían ganchos, y uñas largas y afiladas.

Laila se echó a temblar contra Koldo, abriendo y cerrando la boca, jadeando.

—Son reales —le dijo él—. Y son perversos. Recorren la tierra acechando a los seres humanos, como tú, y les encantaría destrozarte la vida. Y tú has estado permitiéndoselo.

—Yo… yo…

—Sí, puedes vencerlos. Yo estoy aquí para ayudarte.

Por fin, Koldo se compadeció de ella y volvió a llevarla a casa de Nicola.

—Ahora puedes irte a tu habitación —le dijo.

—Sí… sí. Gracias.

Laila se abrazó a sí misma y se marchó por el pasillo. Se oyó el clic de una puerta al cerrarse.

—¿Qué le has hecho? —le preguntó Nicola con furia, y comenzó a darle puñetazos en el pecho.

Él no notó los golpes.

—Le he demostrado que los demonios existen de verdad.

—Deberías haberlo hecho con más delicadeza. Ha tenido un día muy duro, y ese estrés puede fortalecer las toxinas.

—A algunas personas puedes mostrarles la verdad con delicadeza. A otras, hay que mostrársela con firmeza. Vamos a la cocina. Tengo que tatuarte los brazos y, mientras, tú me vas a explicar lo que ha ocurrido en el parque.

—Espera, ¿qué dices? ¿Que me vas a tatuar? —preguntó ella con estupefacción.

Él la empujó suavemente hacia la cocina.

—Para aumentar la protección que tienes contra los demonios.

Nicola se sentó en la silla. Estaba aturdida.

—Yo te contaré lo que ha ocurrido en el parque —dijo—, pero, primero, tú vas a contarme en qué consiste esta mudanza. Y, después, ya hablaremos de los tatuajes.

—Mi residencia está fortificada contra el mal —explicó él. Tenía una nube de defensa, y esa nube estaba rodeando su propiedad. Era una barrera contra el resto del mundo—. Tu casa no.

—Pero…

—Nada de objeciones. La primera vez que estuve aquí, me atacaron. Por eso he estado ausente durante tres días. Estaba recuperándome.

A ella se le escapó un jadeo.

—¿Te hirieron?

—Sí.

—Oh, Koldo. Lo lamento mucho. No tenía ni idea —dijo ella, y puso su mano sobre la de él, con un gesto de remordimiento y afecto.

Al notar el contacto, a Koldo le hirvió la sangre.

—Tú no tuviste la culpa —dijo, con la voz ronca—. Y, ahora, dime lo que pasó en el parque.

Ella apoyó los codos en la encimera y, al perder su contacto, él tuvo ganas de aullar.

¿Acaso podía sentir tanta necesidad por ella?

Apretó los dientes y terminó de preparar la tinta. Había elegido un color rojo intenso que, a primera vista, haría que la gente pensara que estaba sangrando. Sin embargo, a Koldo no le importaba lo que pensara la gente; quería que sus tatuajes fueran iguales que los que tenía él.

Después de todo, ella estaba bajo su responsabilidad. Ese era el motivo de su deseo.

Por primera vez en su vida, creyó notar el sabor de la mentira, e hizo un gesto de desagrado.

—Esos demonios —dijo ella, estremeciéndose—, no eran como los monos. ¡Eran serpientes! Se deslizaron al suelo desde los árboles y empezaron a perseguirnos, y…

—¿Serpientes? —preguntó él, con el estómago encogido.

—¡Con antenas y pelo! Nos acorralaron, nos rodearon, y entonces fue cuando yo llamé al Más Alto y Él envió a los ángeles. O

a los Enviados. Tenían alas azules muy grandes. Era un color que yo no había visto nunca, resplandeciente, como si fuera el agua de una cascada. Y sus túnicas eran blancas, el color más blanco que he visto en mi vida.

—Ángeles de verdad —dijo él, asintiendo—. Continúa.

—Entonces, hubo una batalla, y los ángeles mataron a todos los demonios. Cuando los guerreros se marcharon, Laila y yo pudimos salir del parque sin ningún problema.

Así pues, las sierpes habían vuelto por Nicola el mismo día que él había recobrado el conocimiento. Eso no podía ser una coincidencia.

—No te arrepentirás de hacerte este tatuaje —le dijo—. Lo que voy a grabarte en la piel te protegerá como los ángeles te han protegido hoy, pero también hará algo que ellos no pueden hacer. Te fortalecerá cuando estés en un momento débil. Permíteme que empiece, por favor.

—Pero… pero…

—¿Te he mentido alguna vez?

—No —admitió ella, suavemente.

Él le acarició la mejilla.

—Entonces, deja que lo haga. Por favor.

Pasó un instante. Después, Nicola se quitó el jersey y se subió las mangas de la camisa.

—Está bien.

Koldo sintió alivio y satisfacción a la vez. Ella confiaba en él, y él iba a hacer todo lo posible por estar a la altura de su confianza.

—Ojalá pudiera decirte lo contrario, pero esto te va a doler, Nicola.

—Ya me lo imaginaba —dijo ella.

Él se puso a trabajar antes de que Nicola cambiara de opinión. Al principio, cuando la aguja se clavó en su piel, ella jadeó de dolor. En dos ocasiones, Koldo estuvo a punto de detenerse, pero se recordó que aquello era por el bien de Nicola. Era necesario.

—Distráeme —dijo ella, con un hilo de voz—. Por favor.

—¿Cómo?

—Cuéntame… cómo envejeces. O si vas a envejecer alguna vez.

—Una vez fui un niño pequeño —dijo Koldo. En aquel momento, sin embargo, su madre parecía de la misma edad que él—. Maduré normalmente, como un ser humano, hasta que cumplí treinta años. Entonces, mi aspecto empezó a mantenerse igual. Y, durante toda mi vida, seguiré así.

Aquello era común a la mayoría de las razas sobrenaturales. Los nefas, sin embargo, maduraban hasta los cincuenta años antes de que su envejecimiento se detuviera. Seguramente, era porque sus actos viles pudrían su alma, y un alma podrida producía carne podrida. Koldo se alegraba de que las características de los ángeles fueran más poderosas que las de los nefas; por ese motivo, él tenía pelo, y no despedía la neblina negra que ellos despedían por los poros de la piel.

—Entonces, ¿algún día yo seré una anciana, pero tú seguirás pareciendo un vikingo joven y viril?

¿Un vikingo? ¿Así era como lo veía Nicola?

Y… Koldo se dio cuenta de que ella tenía razón con respecto a la edad. Él nunca lo había pensado, porque nunca se había imaginado a sí mismo con una mujer humana. Sin embargo, había una manera de prevenir aquella situación. Zacharel había unido su vida a la de Annabelle, asegurándose así de que ella no envejeciera tampoco; pero, si uno de los dos moría, el otro moriría también. Koldo no podía hacer el mismo compromiso con Nicola. Tendría que compartir una parte de su alma corrupta, y no estaba dispuesto a hacerlo.

Y, de todos modos, ¿por qué iba a preocuparle aquel asunto? Ella estaba interesada en otro hombre.

—Sí —dijo, y cambió de tema de conversación—. ¿Hay algo más que quieras saber?

—¿Vas a hacerle esto también a Laila?

—Si ella me lo permite, sí —dijo él.

Se inclinó hacia atrás para estudiar el tatuaje. Los números comenzaban en los codos de Nicola, y terminaban en sus muñecas.

161911213327.
219113215122231.
2209131520825418.

—Ya está —dijo con satisfacción.

Nicola ladeó la cabeza y miró la carne hinchada y enrojecida.

—¿Es un código?

—Sí.

—¿Y qué significa?

—Que estás protegida por el Más Alto, y que su fuerza es tuya.

—Muy guay —dijo ella, pasando la yema del dedo por algunos de los números—. Tienen algo hipnótico, ¿verdad? Es casi como si estuvieran vivos. Atrapan toda mi atención.

En realidad, estaban vivos y eran hipnóticos.

—La próxima vez que veas un demonio, solo tienes que mirarlos como estás haciendo ahora.

—¿Mirarlos? ¿De verdad? ¿Y qué harán?

—Te salvarán la vida.

—Vaya. Entonces, de acuerdo.

Koldo se notó envuelto en el olor a vainilla y a canela de la piel de Nicola, y su atención se desvió.

—¿Nicola? —murmuró.

Ella alzó la vista hacia él, humedeciéndose los labios.

Koldo olvidó lo que iba a decir. Metió las manos entre su pelo y le acarició suavemente la piel de la cabeza.

Ella cerró los ojos y se inclinó hacia él.

Koldo quería besarla, pero no podía hacerlo de nuevo. Cada vez que se acercaba a ella, su deseo crecía, y no sabía cómo iba a reaccionar si crecía más y más.

¿La tendería en el suelo y la tomaría? ¿Mataría al hombre con el que ella iba a salir?

—¿Vas a venir a Panamá conmigo? —le preguntó él.

—¿Tú estarás allí?

—Sí.

—¿Y estás dispuesto a acogerme, aunque yo no tenga nada que ofrecerte a ti?

¿Que no tenía nada que ofrecerle? Tenía las caricias suaves que él había anhelado durante toda su vida. La aceptación que él nunca había sentido. Y, cuando lo miraba, nunca se sentía como si fuera una molestia, como si estuviera por debajo de ella. Se sentía… poderoso.

Sin embargo, no dijo nada de eso.

—Sí, estaré contento.

—Entonces, iré encantada —respondió Nicola, sin vacilación alguna.

—Bien.

—Con dos condiciones —añadió ella.

Él retrocedió dos pasos.

—¿Cuáles son?

—Tendrás que traernos de vuelta el sábado. Laila y yo… bueno, eh… tenemos una cita doble.

Él ya lo sabía, pero al oír aquellas palabras de sus labios, se puso furioso.

—No vas a acudir a ninguna cita, Nicola.

—Ya he dicho que sí.

—Y ahora, dirás que no.

Pasó un momento tenso de silencio.

—¿De veras? —preguntó ella, que también se había puesto furiosa.

—Sí, de veras. Debes hacer lo que yo te diga, cuando yo te lo diga. ¿No te acuerdas?

Ella tamborileó con los dedos sobre la encimera.

—Me dijiste que hiciera lo que fuera necesario con tal de encontrar la paz, la alegría y la calma. Esa cita me pareció lo mejor que podía hacer, así que, ¿qué prefieres que haga? ¿Complacerte, o salvarnos a mi hermana y a mí?

Él apretó los dientes. Era tal y como había sospechado y, fueran cuales fueran sus sentimientos, no podía pedirle a Nicola que

renunciara a aquello.

—Muy bien. Acude a tu cita.

Aquellas palabras de concesión le arañaron la garganta, y se la dejaron en carne viva.

Tal vez, mientras ella salía con su hombre humano, él volviera al Downfall y dejara que la arpía bailara sobre su regazo. Tal vez la besara y la acariciara, y tal vez olvidara todo lo que le había hecho sentir Nicola.

Sí, eso era lo que iba a hacer, aunque todo su cuerpo se negara a aceptar aquella idea.

—¿Y cuál es la segunda condición? —preguntó.

Ella exhaló un suspiro.

—Tienes que traerme a mi trabajo de Estellä todas las mañanas, y recogerme por las noches.

—¿Es que no vas a dejarlo?

—No. Tengo que ganarme la vida.

¿Ese era el problema?

—Yo te pagaré por vivir conmigo.

Ella se quedó boquiabierta.

—No, claro que no.

—Voy a pagar tus facturas. Es lo mismo.

—No, no es lo mismo. Yo no voy a depender de ti para toda la vida.

Koldo entendió lo que quería decir, y no fue nada agradable. Nicola estaba dispuesta a permitirle que limpiara su pasado, pero tenía miedo de que ensuciara su futuro, el que iba a pasar con otro hombre.

—De acuerdo —dijo él, con tirantez—. Acepto tus condiciones.

—Ahora sé con certeza que eres familia del hombre del parque —dijo ella con insolencia—. Eres igual que él cuando me miras de esa manera.

—¿A qué hombre te refieres?

—Bueno, los demonios estaban con una gente que daba miedo. Eran tan altos como tú, calvos, incluso la chica, y tenían colmillos.

Despedían una horrible neblina negra del cuerpo. Y el primero al que vi era una versión mayor de ti.

Al principio, se quedó demasiado anonadado como para reaccionar. Sin embargo, a medida que respiraba, asimiló aquel pensamiento, y su miedo se convirtió en terror.

Su padre había sobrevivido a las granadas.

Estaba allí, en Kansas.

Su padre, el peor hombre del universo.

—¿Te tocó alguno de ellos? —le preguntó a Nicola.

—No. Solo me miraron con una sonrisa de maldad.

Su padre se había acercado a Nicola. Podría haberla herido de la peor de las maneras; podría haberla secuestrado, y él no se hubiera dado cuenta de lo que había ocurrido hasta que fuera demasiado tarde. Pero Nox no había hecho nada de eso. Quería que Koldo conociera su regreso.

Era muy propio de él: sembrar el miedo antes de la batalla. Y, sin duda, habría una batalla. Nox había vuelto en busca de venganza. Después de todo, él había destruido todo su campamento. Su harén de amantes, esclavas y libres. Sus mejores guerreros. Sus aliados.

Ahora, esperaba golpear a Koldo en su punto más débil. Quería destruir a la primera fémina que Koldo tenía a su cuidado.

Él no iba a permitírselo. Atacaría primero y terminaría aquello. Para siempre. Tiró de Nicola y la puso en pie.

—Ve a avisar a tu hermana. Quiero que estéis instaladas en mi casa antes de una hora.

Koldo teletransportó a Nicola y a Laila al salón de su rancho.

—Echad un vistazo —dijo, haciendo lo posible por disimular la tensión que sentía—. Cambiad lo que queráis. Comed lo que queráis. Yo volveré.

No quería dejarlas solas tan súbitamente, pero su próxima tarea no podía esperar.

Mientras Nicola protestaba, él se teletransportó a la cueva donde tenía cautiva a su madre. Cornelia estaba más sucia que antes; su túnica estaba manchada de barro y de sangre, y tenía la tela deshilachada. Se le había enredado el pelo. Estaba sentada en una esquina de la jaula, dándole de comer un grano de trigo a una rata.

Al ver a Koldo, soltó una maldición.

—¿Es que no puedes dejarme en paz?

—Tu precioso amante está acechando a mi mujer.

—Yo no tengo amante.

—Claro que sí. Mi padre, el hombre por el que has suspirado durante todos estos años, quiere hacerme daño.

Cornelia se puso muy rígida mientras asimilaba aquellas palabras. En cuanto lo hizo, le arrojó la rata a Koldo, y la pequeña criatura saltó volando por los aires. Koldo la atrapó, la dejó en el suelo y vio como se escapaba corriendo.

—Cruel incluso con tus animales —dijo.

Ella se echó a temblar. Era evidente que estaba tratando de controlar su furia. A Koldo le pareció ver el arrepentimiento en sus ojos.

—Creía que había muerto —susurró.

—Yo también. Pero estábamos equivocados.

Cornelia se puso en pie temblorosamente.

—Si va por ti, estás sentenciado. Es muy listo, y tú no podrás hacer nada por detenerlo.

—Puedo matarlo.

—¿De la misma forma que hiciste una vez? —preguntó ella, burlonamente—. Y, sobre todo, ahora que tienes una mujer, tal y como has dicho. Me sorprende que alguna te soporte.

Su mujer. Así era como había llamado a Nicola, ¿no?

Iba a tener que medir mejor sus palabras, porque aquella humana no era suya, y nunca lo sería.

—Seguramente, deberías despedirte de ella —continuó Cornelia, sonriendo—. Él le hará cosas horrendas, y te obligará a presenciarlo. Pero… tú llevas su sangre, así que, bueno, quizá te guste verlo.

Koldo le dio un puñetazo tan fuerte a la jaula que Cornelia palideció y retrocedió.

Era cierto; había sido obligado a presenciar tales acciones en la tienda de Nox, donde permanecía encadenado. Incluso había intentado decapitar al hombre las cien primeras veces que le habían permitido caminar libremente por el campamento. Había recibido, siempre, un castigo adecuado por su comportamiento. Él nunca, ¡nunca!, sería capaz de disfrutar con aquel maltrato.

—Yo protejo lo que es mío —dijo, entre dientes—. Pero tú no proteges a nadie. ¿Viste tú esas cosas cuando estabas con él, eh, madre? ¿Hablabais de ello mientras estabas entre sus brazos?

—¡Cállate! —gritó ella.

—Seguro que sí. Seguro que te devoraban los celos cuando se iba con otra.

—¡Tú no sabes nada de mí!

—Sé que eres exactamente igual que él: una cara bonita que esconde un alma podrida. Y, para que lo sepas, lo mataré antes de que le ponga un dedo encima a la chica. Y tú me ayudarás. No porque me quieras, sino porque quieres que Nox sufra por haberte abandonado, ¿no?

Ella se calmó ligeramente.

—Sí, quiero que sufra.

—Entonces, dime, ¿cuáles son sus debilidades?

—Tú has pasado mucho tiempo con él. Deberías saberlo.

¿Debería saberlo? No. Cuando él vivía con Nox, Nox estaba en el punto más alto de su fortaleza; era indestructible. Koldo había quedado muy sorprendido por el hecho de haber dado el golpe mortal, sobre todo, porque lo había hecho a distancia.

«Debería haberlo hecho de cerca, personalmente, tal y como deseaba».

Además, debería haberse tomado el tiempo suficiente para identificar todos los restos. Sin embargo, había dado por hecho que Nox se había abrasado durante el bombardeo; quería creerlo con todas sus fuerzas.

Todo había sido un gran error. Un error que no volvería a cometer.

—¿Vas a ayudarme, o no?

Cornelia alzó la barbilla con altivez.

—No.

—¿Ni siquiera por una humana?

—Estoy dispuesta a ayudar a la humana. A cualquiera, salvo a ti.

Koldo intentó calmarse. Habría matado a Cornelia mil veces durante aquellas semanas pasadas, pero ni siquiera la había rozado.

De niño, él solo deseaba el amor de su madre, pero no había recibido otra cosa que rechazos y malos tratos. En aquel momento, al recordarlo todo, y al ver su expresión desafiante y llena de odio, Koldo perdió el dominio de sí mismo. Ya había tenido suficiente.

Por una vez, ella iba a conocer el dolor que él había experimentado, iba a entender el alcance de la traición, iba a sentir miedo por las cosas que él podía hacerle.

—Vamos a ver si cambias de opinión —dijo, y sacó una cuchilla de afeitar de una bolsa de aire que había a su lado. Se teletransportó al centro de la jaula y añadió—: Me parezco a mi padre, aunque lo desprecie. Creo que lo justo es que tú también te parezcas a él, puesto que estás enamorada.

Ella abrió mucho los ojos y comenzó a caminar hacia atrás para alejarse de él todo lo posible.

—Está empezando a crecerme el pelo. No te atreverás.

—¿Igual que tú no te atreviste a cortarme las alas?

—Me desobedeciste. Tenía que imponerte disciplina.

—No, así no —dijo Koldo.

La agarró por los brazos; era la primera vez que se tocaban desde que él la había sacado de las profundidades del infierno y la había llevado allí. Se había quedado muy delgada, en los huesos, y le recordó a Laila. Laila, la viva imagen de Nicola. Sin embargo, ni siquiera aquel recuerdo consiguió suavizarlo. De hecho, lo enfureció aún más.

—Tu único objetivo era hacerme sufrir. ¿Por qué? —le preguntó, mientras la zarandeaba con fuerza.

No debería haberlo hecho. Se arrepintió al instante, y supo que sus palabras reflejaban el dolor que nunca había podido superar.

—No podía permitir que te convirtieras en lo mismo que él —dijo ella, y dejó de forcejear. Aunque se había quedado sin fuerzas, siguió mirándolo con odio—. Tenía que haberme dado cuenta de que era una causa perdida.

«¡Yo no soy como mi padre!».

—Así pues, lo odiabas.

—Sí.

—Pero te acostaste con él.

—¡Sí! Lo hice. Podría decirte que me engañó. Podría decirte que fue un momento de debilidad. ¿Qué es lo que quieres oír?

—La verdad.

—La verdad es que tú fuiste un grave error.

Con aquellas palabras, ella le arrancó otro pedazo del corazón, y la sangre se le derramó por el alma.

—Tienes razón —dijo—. Fui un error. Y ahora voy a demostrarte por qué.

La empujó al suelo, boca abajo, y la sujetó apretándole la espalda con la rodilla. Mientras ella gritaba y forcejeaba para liberarse, él fue quitándole los mechones de pelo hasta que la dejó calva.

Los gritos de una mujer, su lucha, le despertaron unos horribles recuerdos. Ni siquiera pudo borrárselos de la cabeza cuando cerró los ojos y agitó la cabeza. Las imágenes no desaparecían.

Nunca dejaría de ser el hombre en el que le había convertido su padre. Nunca.

Capítulo 16

—Enviados, Co Co. Enviados —susurró Laila, mientras Nicola la ayudaba a acostarse.

—Ya lo sé.

—Demonios, Co Co. Demonios.

—Sí, cariño, ya lo sé. Pero no tenemos por qué temerlos. Koldo me ha asegurado que aquí no podrán hacernos daño.

Y, después de haber visto lo que había sucedido en el parque, su confianza en el equipo de los buenos era inquebrantable.

—¿Y por qué yo no sabía que estaban ahí fuera? ¿Por qué no los veía?

—Tenías los ojos cerrados. Ahora, los tienes abiertos.

—No sé si voy a poder enfrentarme a esto.

Nicola se acordó de cuando eran pequeñas y fue Laila la que la ayudó a meterse en la cama la primera vez que ella había visto un monstruo. Qué buena, qué paciente y qué dulce había sido su hermana.

—Tú siempre has sido la más fuerte de las dos. Encontrarás la manera de hacerlo.

Laila se rio suavemente, con tristeza.

—Tú siempre has pensado que yo era fuerte, pero Co Co, la fuerte eras tú. Siempre fuiste tú —dijo. Entonces, se puso los auriculares del iPod que le había regalado Nicola por su cumpleaños. Había tenido que ahorrar durante meses para poder comprar aquel pequeño aparato electrónico.

Con un suspiro, Nicola le dio un beso en la mejilla a su hermana y la dejó descansando. Como no sabía qué hacer, exploró la casa de Koldo. Continuamente se quedaba maravillada; se sentía como si hubiera entrado en un cuento de hadas, y no en un país del tercer mundo. La casa era de madera de pino y tenía un olor limpio y fuerte. Sin embargo, lo verdaderamente asombroso era el mobiliario.

Había sofás y butacas tapizados con terciopelo, mesas de madera tallada, figuras de cristal y cuencos llenos de diamantes, zafiros, rubíes y esmeraldas. Había tapices en las paredes, y lujosas alfombras en el suelo. ¡Y aquello era solo el salón!

Realmente, Koldo era rico.

La cocina tenía encimeras de mármol, grandes cazuelas de cobre y electrodomésticos muy modernos que se mezclaban con los muebles de madera. No había nada fuera de su sitio, ni una sola mota de polvo en ningún lado.

Había cuatro dormitorios. Laila se había instalado en el más cercano a la cocina, y Nicola se acomodó en el que estaba al otro extremo del pasillo. En el centro había una cama enorme, cuyo dosel tenía cortinas de encaje rosa. ¿Encaje rosa, en la casa de un guerrero?

¿La había decorado una mujer?

Nicola sintió un arrebato de celos. El edredón también era de color rosa. Y allí debía de ser donde Koldo quería que durmiera, porque allí era donde estaban las mantas que su propia madre había cosido antes de morir en un accidente de tráfico, dobladas y colocadas a los pies de la cama.

En la pared de la izquierda había una cristalera que daba a un naranjal y, más allá del bosquecillo de frutales, se divisaban los picos de las montañas e, incluso, un volcán que escupía humo al aire. Había tres maravillosas lagunas; en la superficie del agua se veía saltar a los peces.

Nicola se quedó allí, frente a la ventana, absorta en toda aquella belleza. Estaba atardeciendo, y la puesta de sol teñía el cielo de

colores rojos y rosados, el contraste perfecto con los verdes y azules del paisaje. Los pájaros cantaban.

¿Cuánto tiempo querría Koldo que se quedara allí? Ella había pensado que… esperaba que… Bueno, ya no tenía importancia. Koldo no quería que ella fuera a su cita, y eso era una señal estupenda, pero ella se había enfadado tanto que se había empeñado en ir. Qué tonta. Sobre todo, teniendo en cuenta que ella solo había aceptado la cita porque él había desaparecido durante aquellos tres días.

¿Qué podía hacer?

Oyó el crujido de la ropa detrás de ella y se giró. Koldo estaba a pocos metros de la cama, con la cabeza agachada y los puños apretados. Tenía mechones de pelo en la cara y en el pecho; mechones oscuros y claros. Estaba sucio, y tenía marcas de mordiscos en las manos. Su respiración era profunda y constante, pero estaba invirtiendo mucha fuerza en mantener la calma, como si casi no pudiera hacerlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nicola, olvidándose de su cita, y corrió hacia él—. ¿Te han atacado de nuevo?

Él guardó silencio. Tan solo, se dejó caer en la butaca que había tras él.

Nicola se preocupó mucho. Se agachó delante de Koldo y posó las palmas de las manos en sus muslos. Él irradiaba un calor que la envolvió, y ella se estremeció por un motivo que no tenía nada que ver con la temperatura.

—Háblame, por favor.

Él la miró con sus ojos dorados, que estaban llenos de súplica. Pero ¿qué quería de ella?

Nunca lo había visto así, tan hundido, tan atormentado.

Tan destrozado.

—Koldo.

Él apoyó la cabeza en el arco del respaldo de la butaca.

—He hecho… algo horrible. Era merecido, y yo debería estar entusiasmado con el resultado, pero… pero…

—Cuéntamelo.

Koldo se pasó una mano por la cara.

—No. No quiero que me mires con odio tú también. No.

Los mechones de pelo se le separaron de la cara y flotaron por el aire, en círculos, hasta caer al suelo. «A Koldo le gustan las bromas. Tómale el pelo».

—¿Le has hecho un *mullet* a alguien? —le preguntó con una pequeña sonrisa.

Él cerró los ojos, exhaló una bocanada de aire y dio un puñetazo hacia atrás, por encima del respaldo, con tanta fuerza que hizo un agujero en la pared. Aquella explosión dejó aturdida a Nicola.

Semejante reacción… ¿Acaso le había hecho aquel horrible corte de pelo a alguien?

—Koldo…

—Lo siento —gimió él, enfocando la mirada en ella—. No debería haber hecho eso.

Bien, quizá no le hubiera hecho un *mullet* a nadie, pero su estado de ánimo tenía algo que ver con el pelo.

—Ayúdame a olvidar —le pidió él—. Solo un rato, por favor. Cuéntame una historia.

Nicola estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de proporcionarle paz, pero ¿qué podía contarle ella a un guerrero de cientos de siglos de edad para entretenerlo?

—Una vez, una chica de mi clase nos llamó «monstruos Frankensteins» a Laila y a mí por los tubos que nos salían de la ropa. Laila se echó a llorar; yo no, pero ella se pasó veinte minutos sollozando en el lavabo del colegio.

El dolor desapareció ligeramente de la expresión de Koldo.

—¿Y qué pasó?

Ella se estremeció, y dijo:

—Tienes que adivinar de qué manera educada y amable me vengué de la niña.

—¿Cómo?

—Adivínalo.

—Tú, como eres muy lanzada, te inventaste un insulto muy certero para ella.

—No. Le di un puñetazo en la nariz y se la rompí. Nadie le llama «Frankenstein» a mi hermana y se va de rositas. Que te sirva de lección. Tal vez debieras escribirlo cien veces en una hoja de papel y subrayarlo.

A él se le escapó una risotada. Fue una carcajada ronca, y a ella le pareció que Koldo llevaba muchos años sin reírse. O toda la vida. Y ella era la que había conseguido que olvidara su disgusto y saliera de la oscuridad a la luz. Y… Oh, Koldo estaba maravillosamente bello así.

Ella deseaba con todas sus fuerzas sentarse en su regazo y besarlo. Pero, después de su pelea…

—Cuéntame otra historia —dijo él.

—En vez de eso, voy a hacerte una pregunta. ¿Los Enviados tenéis citas?

Era evidente que se besaban, pero…

—Algunos, sí.

—¿Y tú?

—No.

Oh. Nicola se sintió decepcionada.

—¿Nunca?

—Nunca.

Koldo la miró con intensidad. Apretó los brazos contra los costados y se agarró a los brazos de la silla, como si tuviera que obligarse a estar quieto.

¿Para no dar otro puñetazo en la pared, o para otra cosa?

—Si te dijera que he torturado a otro Enviado, ¿pensarías que soy un monstruo?

—¿Lo has hecho?

Silencio.

Entonces, sí, lo había hecho. Y había pensado que aquella acción era merecida; eso era lo que había dicho hacía pocos minutos. Sin embargo, se arrepentía, aunque él no se diera cuenta.

—Lo que he aprendido durante la vida es que la gente no debe definirse por un solo error. Todo el mundo mete la pata —dijo ella—. Tienes que perdonarte a ti mismo y seguir adelante.

—No sé. No creo que pueda perdonarme a mí mismo.

—Sí, sí puedes. No es un sentimiento, sino una elección. Y, aunque sé que yo soy la que debe buscar la alegría, está claro que tú también la necesitas. Me parece que tu reticencia a olvidar esto, sea lo que sea, es una toxina tan fuerte como la de los demonios.

Un momento de silencio.

Bueno, parecía que su sabiduría no había funcionado. Lo intentaría de nuevo con el sentido del humor.

—Lo digo en serio. Los mejores psicólogos de la televisión dicen que aferrarse al pasado provoca estancamiento. Y diarrea.

Él se rio de nuevo, pero se puso serio rápidamente.

—¿Alguna vez has pensado en hacerle daño a…?

Entonces, apretó los labios.

—¿A quién?

Koldo se aclaró la garganta.

—¿Dónde está tu hermana?

Un giro muy bueno. Pero, como estaba tan disgustado, ella se lo permitió.

—Está durmiendo en su habitación —dijo. Entonces, se puso en pie y le tendió la mano—. Sé cómo hacer que te sientas mejor. Ven conmigo a la cocina y te prepararé la comida más mediocre que hayas probado en la vida, porque mi especialidad son los cereales con leche y las cenas de microondas. Mientras, tú puedes echarme otro sermón.

—Yo no echo sermones. Enseño —dijo él.

Cuando se dieron la mano, a Nicola se le puso la carne de gallina. Él se quedó inmóvil, sin levantarse y, agitando la cabeza como si acabara de tomar una decisión, tiró de ella y se la sentó en el regazo. A Nicola se le escapó un gritito de la sorpresa, y tuvo que aferrarse a sus hombros para conservar el equilibrio. Después, se quedó sin respiración, porque él la besó.

Oh, Dios Santo. Al instante, se derritió contra él. No importó que Koldo fuera un poco brusco, al principio, y, después, demasiado suave. Aquel beso la deleitó. Y su sabor… era puro y sencillo, como el verano o la primavera. Lo rodeó con los brazos y se estrechó contra él, y Koldo se volvió exigente, posesivo.

El beso se convirtió en algo más y, en cierto sentido, ella se asustó. Él le estaba dando algo precioso, muy valioso, y ella se lo estaba dando también. Pero Nicola no sabía qué era lo que estaba regalando. ¿Su confianza? ¿Una parte de su corazón?

Y no estaba segura de si quería saberlo.

¿Aceptaría él sentimientos más profundos por su parte, o huiría de ellos?

Fueran cuales fueran las respuestas, también la asustaban. Lo único que sabía era que nunca había experimentado nada igual y que, seguramente, nunca volvería a experimentarlo. ¿Cómo sería posible? Koldo era la luz en la oscuridad. El puerto en la tormenta. La esperanza que necesitaba en medio de la guerra.

No había ningún hombre como él. Era único. Y Nicola quería que Koldo encontrara tanto placer con ella como ella sentía con él. Quería ser lo que él necesitaba.

Quería deleitarlo, y no decepcionarlo nunca.

Él le acarició la espalda… y fue descendiendo poco a poco. La acarició, la masajeó y… ella sintió un deseo abrumador que la hizo jadear. Se dio cuenta de que él estaba temblando, y de que sentía tanta necesidad como ella.

—Koldo…

Nicola, frenéticamente, metió los dedos bajo el cuello de su túnica y, al tocar su piel, tuvo una deliciosa sensación de calor. Y, cuando los músculos de Koldo se contrajeron por el contacto, el calor aumentó y se hizo mil veces mejor. Era tan suave, tan duro… Era exactamente lo que ella siempre había anhelado, sin saberlo.

—Nicola —jadeó él.

—Más —pidió ella, sin poder contenerse.

Le rasgó la túnica. La tela se separó con facilidad, y permitió que ella viera la magnífica anchura de su pecho.

Dios Santo. Era maravilloso.

Tenía la piel bronceada y era muy musculoso. Era como si lo hubiera tallado un artista. Su pecho… Su estómago, con ondulaciones de hierro, y aquel ombligo perfecto… Tenía algunas cicatrices, pero, aparte de eso, no tenía ningún defecto. Se había curtido en el campo de batalla, y cada marca era una señal de su fuerza.

Nicola le besó el cuello, y él dejó caer la cabeza sobre el respaldo de la butaca para facilitarle los movimientos. Entonces, ella le besó el hombro y la clavícula de un modo temerario; estaba ansiosa por demostrarle que lo aceptaba por completo, que no le importaba lo que hubiera hecho ni lo que les deparara el futuro. Él la agarró por las caderas, y ella se irguió para besarle los labios una vez más. Él gimió en su boca, dominándola de una manera asombrosa. Y ella estaba… estaba…

«Intentando respirar», pensó. Se dio cuenta de que estaba intentando inspirar aire, pero no lo conseguía. Se mareó.

—¿Nicola? —preguntó él—. ¿Qué te ocurre?

—Estoy bien… No pasa nada…

No, no, no… Aquello, no. Y menos en aquel momento. Lo iba a estropear todo, quizá, incluso, lo que él sentía por ella.

Él se unió las dos partes de la túnica sobre el pecho, y la tela se reparó sola. Entonces, Koldo le tomó la cara entre las manos.

—Respira con calma, ¿de acuerdo? Inspira, espira… Así. Bien. Inspira, espira, inspira… Así. Buena chica.

Pasaron varios minutos, hasta que ella consiguió recuperarse. Entonces, se dio cuenta de que había estropeado el momento. Peor aún, había revelado claramente lo débil que estaba, y lo inútil que era en lo referente a las relaciones.

Un hombre tan fuerte como Koldo tenía que despreciar a la gente como ella.

—Estoy cansada —murmuró—. Debería acostarme.

Él la miró fijamente a los ojos.

—Te has disgustado. ¿Por qué?

—No pasa nada. Olvídalo.

—No puedo. ¿Estás enfadada por algo que he hecho yo?

—No.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—No te preocupes, por favor. Olvídate de esto.

—No puedo. Dime qué ocurre.

—Mira, yo…

Nicola solo quería salir de allí y librarse de su mirada penetrante. Quería marcharse, esconderse y olvidar que aquello hubiera ocurrido alguna vez.

Sin embargo, no iba a poder olvidarlo. Se le había grabado a fuego en la mente, y en todas las células de su cuerpo.

—Toc, toc, ¿hay alguien en casa? —preguntó Laila, que entró en el salón tambaleándose, y se les acercó. Olía a alcohol, y tenía una risa tonta—. Vaya, vaya, ¿he algo interrumpido? Oh… no… lo he dicho mal. ¿He interrumpido algo? —insistió, y volvió a reírse—. Mucho mejor.

Nicola se levantó del regazo de Koldo, con las piernas temblorosas.

—Creía que estabas dormida —dijo.

Agradeció aquella excusa para terminar la conversación con Koldo, pero al mirar bien a su hermana, dio un salto hacia atrás.

Laila tenía los dos monos, los demonios, sobre los hombros.

—Koldo —susurró, señalando a los monstruos—. Mira.

Laila giró a su alrededor, y estuvo a punto de caerse.

—¿Qué?

Koldo se puso en pie; entonces, los monos gritaron a modo de protesta y salieron corriendo de la habitación.

—Voy a fingir que entiendo lo que está ocurriendo —dijo Laila, con cierta severidad, aunque su expresión bobalicona lo echaba todo a perder.

¿Por qué su hermana no había visto a los demonios? Ya tenía los ojos abiertos, y debería ser capaz de verlos, ¿no?

—Estaba en la cocina y me encontré esto —dijo Laila sonriendo, y alzó una botella de vodka.

Koldo se puso muy rígido.

—¿Dónde te la has encontrado?

—La tenía un amigo tuyo. Y me alegro de que la trajera, porque casi me da un ataque al corazón cuando lo vi, y necesitaba algo para calmarme un poco.

—¿Un amigo? ¿Qué amigo?

—Un tipo que podría clavarte un puñal en el corazón tan solo por oírte gritar.

Algo captó la mirada de Nicola; se fijó en la butaca que Koldo acababa de dejar libre. En los cojines había las huellas de las palmas de unas manos; eran unas huellas doradas, brillantes, del mismo color que sus ojos. Y esas huellas no estaban ahí antes; qué… extraño.

Él se giró hacia ella, le alzó la barbilla para que lo mirara a los ojos y le dijo con firmeza:

—Quédate aquí. Y recuerda lo que te dije de los tatuajes.

Después, salió de la estancia y cerró la puerta.

Capítulo 17

Koldo nunca olvidaría la sensación exquisita que le habían producido los labios de Nicola sobre la piel, ni la blandura de su cuerpo, ni la dulzura de su sabor, ni otro millar de cosas que habían hecho que le hirviera la sangre, que lo habían llevado al borde de la desesperación.

Durante todo el tiempo que la había tenido entre sus brazos, había podido olvidarse del horror que le producían sus propios actos. Se había sentido completo, feliz, en paz por primera vez.

El futuro le parecía espléndido, y no veía ningún problema a su alrededor. La ira, el miedo y la desesperanza habían dejado de existir. Se había convertido en alguien… normal.

Sin embargo, debía de haber hecho algo que la había molestado, por mucho que ella dijera que no. Al principio, ella se había derretido. Después, al recuperarse de su mareo, se había puesto muy rígida y parecía que iba a levantarse de un salto.

¿Acaso se había arrepentido de lo que habían hecho?

Seguramente, sí. Él se había abalanzado sobre ella, y ella había estado a punto de marcharse. Si lo hubiera hecho, él la habría perseguido y… ¿qué? ¿Le habría exigido que lo deseara?

No podía ser tan patético, ¿verdad?

Tal vez, aquel desencuentro fuera lo mejor. Koldo sabía que no iba a tenerla para siempre, y que no podía empezar a depender de ella. Solo se tenía a sí mismo, y así debía ser. Así, estaba seguro.

Entró en la cocina e hizo aparecer la espada de fuego. Las llamas crepitaron y la luz se derramó delante de él. No sabía qué iba a encontrarse; ni Zacharel, ni ninguno de los demás Enviados, conocían la existencia de aquella morada suya. Su padre tampoco lo sabía, pero estaba buscándolo activamente.

Para su asombro, se encontró con Axel, que estaba sentado a la mesa de su cocina, comiéndose la comida que Koldo había comprado para Nicola y para su hermana.

Se enfureció.

—¿Cómo me has encontrado?

El guerrero, que tenía queso en la barbilla, dijo:

—Puedo encontrar a cualquiera, en cualquier momento. Es un talento mío. ¿Tienes de estas con tabasco? —preguntó, mostrándole una bolsa de patatas fritas.

Al instante, su ira se calmó. Si Axel podía encontrar a cualquiera, podría encontrar a Nox antes de que Nox lo encontrara a él.

La batalla podía terminar, incluso, antes de haber empezado.

—No deberías haber venido, y no deberías haber traído alcohol.

Con una sola gota, el lado nefas de Koldo se desataría. Sus dientes se alargarían, sus uñas de convertirían en garras y su temperamento se volvería ingobernable.

—Pero, como ya estás aquí, te pondré a trabajar —continuó—. Sea cual sea tu precio, necesito que encuentres a un… nefas.

Esperó la reacción de Axel. La mayoría de la gente se habría estremecido al oír mencionar a aquel pueblo.

Axel lo ignoró y se metió otra patata en la boca.

—Deberías hablar con la rubia sobre eso de tomarse una copa con los invitados. ¡Sobre todo, si la botella es de los invitados! No ha sido nada educado por su parte que tratara de golpearme en la cabeza con el vodka cuando intenté quitárselo. Y, a propósito, ¿sabes que te brillan las manos?

—¿Qué dices?

Koldo se miró las palmas de las manos. Brillaban con fuerza. La esencia había comenzado, por fin, a salir por los poros de su piel.

Había sentido tanto deseo por Nicola, que su cuerpo había tratado de marcarla instintivamente para indicar que era posesión suya, aunque ella quisiera estar con otro.

Debería avergonzarse, sobre todo, teniendo en cuenta que nunca iba a formar un vínculo con ella.

Pero no se avergonzaba.

—¿Cómo has conseguido atravesar mi nube?

—Si te lo dijera, bla, bla, bla…

Koldo arqueó una ceja.

—¿Tendrías que matarme?

—No seas tonto. Solo te cortaría la lengua para evitar que lo contaras, y te cortaría las manos para evitar que lo escribieras —dijo Axel, y se levantó de la mesa—. Me encantaría ayudarte con ese pequeño problema que tienes con los nefas, pero, en realidad, he venido a avisarte de que Zacharel ha convocado una reunión en los cielos. Y, de todos modos, ¿qué tienes tú que ver con ellos? Son muy salvajes.

—Nosotros también —dijo Koldo—. ¿Dónde quiere Zacharel que vayamos?

—Al templo de la Deidad.

La Deidad. Germanus. Koldo estaba deseando volver a ver a su mentor. No habían vuelto a hablar desde que Koldo había recibido la noticia de que estaba bajo el mando de Zacharel. Y todo había sido por su culpa; al conocer su destino, se había enfurecido tanto que había preferido guardar las distancias, en vez de gritar. Sin embargo, Germanus lo habría acogido en su casa en cualquier momento.

—Nos vemos allí —dijo, significativamente.

—Como si yo quisiera quedarme aquí en tu casa, y tener que llevarte en brazos otra vez. ¿Te he dicho ya que pesas más que un edificio?

Axel se puso en pie, movió las alas y ascendió. Atravesó el techo de la casa y desapareció.

Koldo salió al pasillo y fue a la habitación de Nicola. Laila estaba saltando en la cama, cantando desafinadamente, casi sin aliento.

Nicola estaba tumbada en el sofá, tapada con una manta. Tenía uno de sus libros sobre estrategia de batallas celestiales en el regazo.

—Hay camisones en el armario —dijo él, y ella alzó la vista.

Ver sus ojos grises siempre era un placer y un dolor. Siempre tenían una mirada directa…

Salvo en aquella ocasión.

Nicola apartó la mirada y se ruborizó.

Entonces, Koldo le dijo algo que Annabelle había juzgado muy necesario:

—Esa ropa fue adquirida solo para ti. Ninguna otra mujer se la ha puesto nunca.

—Gracias —dijo Nicola, con tirantez.

Laila siguió canturreando, y se cayó hacia atrás en el colchón.

—Me han convocado —explicó él.

—¿Cuándo vas a volver? —le preguntó Nicola, jugueteando con un hilillo de la manta.

—No lo sé, pero alguien vendrá a acompañarte al trabajo si yo no estoy aquí mañana.

—No te preocupes. Los fines de semana no tengo que ir a trabajar.

Exacto. Al día siguiente era sábado.

—Pero… tenemos nuestra cita doble —dijo Laila—. ¡Y va a ser muy divertida!

Él apretó los puños y esperó, deseando que Nicola dijera algo. Sin embargo, ella permaneció en silencio. Claramente, quería acudir a aquella cita, incluso después de todo lo que había ocurrido entre ellos.

«Es lo mejor», se recordó Koldo a sí mismo.

—También me aseguraré de que podáis ir, como prometí. Te he comprado un teléfono móvil —añadió. Annabelle le había dicho que era imprescindible—. Está en el cajón de la mesilla. También he comprado uno para mí —dijo. En aquel momento, lo tenía en el bolsillo de su túnica.

—¿Y cuál es tu número?

—Está grabado en la memoria de tu teléfono. Llámame si me necesitas para algo. Por cualquier motivo.

Ella asintió. Abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

—No te preocupes por nada. Mantén la calma.

—Y siembra la alegría —repitió ella, con resignación—. Sí, sí. Ya me lo sé.

Él no se molestó en decirle que no salieran de su propiedad. La nube se aseguraría de ello.

Sin decir una palabra más, Koldo se teletransportó al jardín del templo de Germanus. Conocía perfectamente aquel lugar. De las columnas de la fachada del edificio surgían dos riachuelos que serpenteaban entre las flores y caían, en forma de cascada, por ambos lados del acantilado de nubes, sobre las estrellas. Sin embargo, por primera vez, toda la extensión del palacio estaba llena de Enviados. Koldo se vio completamente rodeado de hombres y mujeres, y el nivel de ruido le pareció insoportable.

Se teletransportó a varios puntos, en busca de los soldados de Zacharel. Los encontró en el extremo izquierdo de los jardines, frente a la escalinata de alabastro que subía hacia las puertas del templo.

Charlotte y Ronen le guiñaron un ojo, y lo saludaron con la mano.

Elandra le dio la espalda.

Malak estaba demasiado ocupada mirando a Bjorn como para fijarse en él.

Bjorn estaba demasiado ocupado hablando con Thane y Xerxes como para fijarse en Malak.

Jamila lo vio y frunció el ceño. Se abrió paso entre la gente y se acercó a él.

—Están pasando cosas en Estellä. Sirena odia a tu chica. Las cosas que hace y dice cuando Nicola no está… —dijo, y se estremeció.

Aquella noticia le causó sorpresa. ¿Cómo era posible que alguien le tomara odio a una persona tan amable?

—Yo me ocuparé de ella. ¿Sabes qué es Sirena?

—No exactamente, pero pertenece al mal.

El lunes, cuando llevara a Nicola al trabajo, interrogaría a aquella tal Sirena. No era nefas, y no era demonio, pero era de alguna raza sobrenatural. Y, si odiaba a Nicola, tal vez estuviera trabajando con Nox.

Koldo tenía que sospechar de todo el mundo.

Axel se le acercó y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Me alegro de que hayas podido separarte de tu amorcito lo suficiente como para poder aparecer —le dijo.

—Si vuelves a tomarme el pelo con ese asunto, te arrancaré el corazón del pecho y se lo daré a ella como trofeo.

Mientras hablaba, vio a Magnus y a Malcolm.

Aquellos dos Enviados debían de tener ascendencia asiática. Malcolm tenía el pelo negro, con las puntas teñidas de verde, y los ojos tan claros que casi parecían blancos. En el cuello llevaba tatuados varios huesos.

Magnus era muy serio, y tan formal como cualquier hombre de negocios humano, salvo que medía dos metros y su cuerpo estaba formado por ciento cincuenta kilos de músculos.

Axel descartó la amenaza agitando despreocupadamente la mano.

—¿Puedo recomendarte que me saques la piel a tiras, también?

¿Qué iba a hacer con un individuo como aquel?

Koldo miró a Thane, y el otro guerrero inclinó la cabeza en señal de saludo.

Bjorn y Axel fruncieron el ceño y miraron hacia la parte alta de la escalinata. Zacharel acababa de aparecer allí, junto a otros seis miembros de la Elite.

Había cuatro hombres y tres mujeres, y cada uno de ellos representaba a uno de los ejércitos de Germanus. Todos tenían las

alas de oro puro, pero, en lo demás, no había demasiados parecidos entre ellos.

Lysander, un guerrero rubio de ojos oscuros, dio un paso al frente y alzó las manos. Al instante, la muchedumbre guardó silencio. Con una expresión seria, y sin el menor atisbo de emoción, dijo:

—Me apena ser portador de malas noticias, pero ha llegado el momento de que conozcáis la verdad. Tenéis que saber que nuestro rey… nuestro rey ha muerto.

Koldo se tambaleó. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que Lysander había hecho su pronunciamiento, solo sabía que había pasado tiempo.

Se oyeron gritos de negación, de desesperación. Con las emociones a flor de piel, se hizo el caos. Se produjeron luchas de Enviados contra Enviados, se derramaron lágrimas y, al final, los ánimos se calmaron. La asamblea pudo continuar y terminar. Al final, los distintos ejércitos se marcharon. Todos, salvo el de Zacharel.

Zacharel les había ordenado que se quedaran, y ellos habían obedecido.

Koldo se estaba paseando de un lado a otro, ciegamente. Su rey había muerto.

Nunca debería haber permitido que su ira se impusiera al afecto que sentía por Germanus, y nunca debería haberse alejado del templo. Y no solo la ira, sino también el arrepentimiento. Sabía que Germanus no iba a aprobar los planes que tenía para su madre, y no había querido que su mentor tuviera la oportunidad de manifestar su descontento y advertirle de que sus acciones eran inaceptables.

Ahora ya no tendría la oportunidad de sentarse junto al Enviado que lo había acogido como hijo adoptivo, que había alimentado su alma con tantas palabras sabias.

Después de todo lo que había soportado Koldo en su infancia, Germanus había sido el único que le había dado esperanzas para el

futuro. Y, ahora, su cuerpo se había convertido en polvo, y su espíritu estaba en los cielos, con el Más Alto.

¿Cuándo había sucedido aquello? Supo rápidamente la respuesta: recordó el temblor que había sufrido el edificio de la oficina de Nicola. En aquel instante, él había pensado que se trataba de un terremoto aislado, pero no. Había muerto un ser poderoso, grande, y todo el mundo lo había notado.

Sin embargo, él ni siquiera se lo había imaginado. Había continuado con su vida como si no pasara nada.

Zacharel les indicó a sus guerreros que se acercaran. Koldo avanzó, intentando conservar la calma.

—Habíamos pensado en darle esta nueva noticia a todos los ejércitos a la vez, pero después de una reacción tan fuerte por parte de los guerreros, bueno… —Zacharel se aclaró la garganta y prosiguió—: Quiero que sepáis que el Más Alto no quería dejarnos perdidos ni por un instante, y ha puesto a un nuevo rey a cargo de este reino. Se llama Clerici, y durante estos próximos meses os convocará por separado para conoceros y daros ánimos.

Clerici. Eso significaba «el clérigo». Koldo no conocía a aquel guerrero, pero había oído hablar de él; era justo, bondadoso y tenía ambición por el éxito.

Pero no era Germanus.

—Zacharel va directo al grano, ¿eh? —le dijo Axel, al oído—. Tiene pelotas.

—Somos guerreros, no niños —le espetó Koldo—. No necesitamos paños calientes.

Sin embargo, lo único que él quería en aquel momento era volver junto a Nicola, sentársela en el regazo y esconder la cara en su pelo. Lloraría como un bebé, sufriría el dolor de la pérdida del padre a quien había dado la espalda.

Ella lo abrazaría y le diría que, con el tiempo, aquel dolor iría aplacándose. Y él la creería.

—Vaya, ni que tuvieras el periodo, tío —dijo Axel.

Koldo gruñó.

—¿Es que no lamentas la pérdida de Germanus?

—No lo conocía. En realidad, no.

—Entonces, deberías lamentarte de no haberlo conocido.

Zacharel continuó hablando, pero no dijo lo que él quería saber.

—¿Cómo murió? —preguntó, por fin, sin poder contenerse.

Zacharel frunció el ceño.

—Eso se ha explicado durante…

—¡Explícalo de nuevo! —gritó él, desde el fondo de su alma destrozada.

En cualquier otra ocasión, Zacharel le habría impuesto un castigo por su insolencia; Koldo estaba seguro de ello. Sin embargo, en aquel momento lo miró comprensivamente.

—Lucifer decidió aumentar su poder sobre la humanidad, y envió a seis de sus mejores soldados a matar a nuestro rey. Lo secuestraron y lo tentaron para que hiciera el mal antes de darle el golpe de gracia. Esos demonios son lo peor que existe, y no han terminado con su plan de destrucción.

Demonios.

Koldo sintió una furia que le quemó en el pecho. Furia, dolor y culpabilidad.

—¿Por qué no nos llamaste antes? —inquirió Thane, que también estaba perdiendo el dominio sobre sí mismo—. Podríamos haber terminado con ellos antes de que mataran a Germanus.

Zacharel respondió con gravedad.

—Sabéis tan bien como yo que los demonios solo pudieron alcanzar a Germanus porque él lo permitió. No sé cuál es la razón, pero él lo permitió. Vosotros no podíais hacer nada que no estuviéramos haciendo nosotros. Pero, a partir de ahora, sí tendréis que hacer uso de todas vuestras capacidades, porque los demonios están en la tierra, escondidos. Tenemos la fundada sospecha de que quieren formar ejércitos de humanos poseídos; de ese modo, nosotros no podremos luchar de una manera efectiva.

Porque estaba prohibido herir a los seres humanos. Porque los humanos no podían ser poseídos en contra de su voluntad. Tenían

que caer debido a la toxina, o aceptar a los demonios con los brazos abiertos.

—Hay que encontrarlos —dijo Zacharel—, y hay que detenerlos antes de que el mal se extienda como la peste. Y vosotros, mis soldados, sois los encargados de esta tarea.

Capítulo 18

Zacharel despidió a todo el mundo, salvo a Koldo y a Axel.

Thane, Bjorn y Xerxes volaron hacia el este. Las féminas se dejaron caer hacia la tierra. Todos tenían la misma expresión de horror, de furia y de determinación.

Koldo quería maldecir. Sabía que solo había un motivo por el que Zacharel lo había retenido allí: una misión que le impediría perseguir a los demonios que habían acabado con Germanus.

—Hay una horda de nefas y sierpes que han causado daños en un parque de Wichita, Kansas —les dijo Zacharel—. Clerici me ha pedido que envíe a dos de vosotros a arreglar la situación y a encontrar a los culpables, puesto que los dos tenéis algo personal en esto.

—Porque luchamos contra un ejército de sierpes hace unos días —dijo Axel.

Zacharel clavó sus ojos verdes en Koldo.

—Esa es una de las razones, sí.

No lo sabía. Zacharel no podía saberlo. Ni siquiera Germanus estaba al tanto de su origen. Zacharel tenía que estar refiriéndose al hecho de que Nicola estuviera involucrada en todo aquello.

—Yo me ocuparé de esto. Yo solo —dijo. Era la gente de su padre la que había cometido las fechorías, así que él mismo libraría aquella batalla hasta que, por fin, acabara con todo el clan—. Y, después, perseguiré a los demonios que han cometido este crimen.

Zacharel arqueó una ceja, más divertido que enfadado.

—En realidad, vais a hacerlo los dos juntos. He decidido asociaros permanentemente. Y tú no vas a perseguir a los demonios culpables de la muerte del rey. Estás demasiado ocupado protegiendo a la humana.

—Puedo hacer ambas cosas.

—Pero no vas a hacerlo. Tú la has elegido, y yo te he permitido que la trajeras a nuestro mundo porque quería verte feliz. Sé que el amor puede cambiar drásticamente tu…

—Yo no la quiero —dijo él.

Zacharel le dio una palmadita en el hombro.

—Tú aceptaste el encargo de cuidar de ella, y no puedes hacerlo si no estás a su lado.

En resumen: tenía que elegir entre ayudar a Nicola o vengar a su querido mentor.

—Si tus hombres no han encontrado a los demonios para cuando Nicola esté curada y pueda defenderse por sí misma, yo me haré cargo de la misión.

—¿Que te harás cargo? No. Tal vez, algún día, te permita que te unas al grupo. Tienes que aprender una cosa, Koldo —le dijo Zacharel con tirantez—: No puedes hacerlo todo solo. Algunas veces has de aceptar la ayuda de los demás. Yo también tuve que aprender esa lección.

Con aquellas palabras, en Enviado agitó sus alas de oro y se perdió en la oscuridad de la noche.

—¿Quieres que nos pongamos unas alianzas para sellar nuestra unión, compañero mío? —preguntó Axel.

—Algún día te cortaré la cabeza —respondió Koldo, y se teletransportó al parque de Wichita.

El cambio de zona lo llevó a un paraíso soleado. Los seres humanos paseaban por los senderos y por la hierba. Las madres empujaban los cochecitos de sus hijos, y los hombres caminaban con su perro. Los árboles eran altos y daban una sombra fresca. Sabía que era allí donde Nicola y Laila habían visto a Nox, pero ¿cuáles eran las fechorías que había mencionado Zacharel?

Sacó el teléfono móvil del bolsillo de la túnica y marcó el número de Nicola. Ella respondió a los tres tonos.

—¿Diga?

El sonido de su voz fue como un bálsamo para su alma y, al darse cuenta, Koldo se sintió irritado.

—¿Dónde viste al hombre calvo?

—Ah —dijo ella, y describió la zona.

—Gracias —dijo él—. Llegaré tarde.

—No te preocupes, pero, Koldo, ¿va todo bien? Pareces disgustado.

Koldo quiso preguntarle si eso le importaba de verdad.

Axel aterrizó a su lado y plegó las alas.

—Tengo que colgar —dijo Koldo—. Volveremos a hablar pronto.

Cerró el teléfono y se lo guardó en el bolsillo.

—Entonces, ¿nada de alianzas? —le preguntó Axel.

—«Algún día» puede ser hoy mismo —dijo Koldo.

Después, comenzó a andar hacia el área que le había descrito Nicola, y encontró unas huellas. Se agachó delante del primer par de pisadas. Las suelas de las botas estaban rociadas con veneno de sierpes, y dejaban marcas en la hierba, unas marcas que él conocía muy bien. Su padre, o alguno de sus hombres, había estado en aquel mismo lugar.

Olisqueó el aire, y se dio cuenta de que también habían infectado el tronco del árbol más cercano dándole profundos zarpazos. La madera estaba cubierta de hollín del humo de azufre que emitían los nefas. El árbol ya estaba muriéndose, y de la herida salían cientos de bichos diminutos. Las hojas se habían marchitado y había varios pájaros muertos a sus pies. Un perro había intentado marcar el tronco, pero se había marchado gimoteando hacia su dueño. Probablemente, se había quemado las patas.

—¿En qué consiste el daño? —preguntó Axel, que se había detenido junto a él.

—¿Nunca has estado expuesto al humo de los nefas?

—Bueno, sí. ¿Quién no?

Casi todo aquel que seguía respirando. Pero, sí, Axel sabía lo que podía esperar si se había rozado, alguna vez, con aquella sustancia.

—Comprueba el estado de los otros árboles. Tendremos que arrancar cualquiera que tenga un resto de esa sustancia. Habrá que limpiar toda la zona.

—¿Así que tú vas a ser el jefe de nuestro pequeño grupo? —preguntó Axel, despreocupadamente.

Koldo ignoró la pregunta.

—¿Tienes nube?

—¿Es que hoy es el día de las preguntas tontas? Pues claro que sí.

—Llámala.

Axel asintió y, un segundo después, estaban rodeados de neblina blanca.

—Deja que los humanos vean el parque —le dijo Axel a la nube —, pero no permitas que se acerquen a nosotros.

Cuando la nube se aclaró y se hizo transparente a la vista, pero sólida al tacto, y formó una burbuja a su alrededor, Koldo empezó a trabajar. El veneno y el humo no iban a matarlo, pero sí iban a debilitarlo. De todos modos, rodeó el tronco del árbol con ambos brazos y, utilizando toda su fuerza, lo arrancó de raíz y lo lanzó a una bolsa de aire para quemarlo más tarde. También arrancó hasta la última brizna de hierba contaminada, y recogió todas las hojas y los pájaros muertos.

—Hay otros cinco —explicó Axel, cuando volvió a su lado.

Pasaron varias horas en aquella tarea, y Koldo dejó partes de la nube alrededor de todos los lugares que limpiaban, para evitar que los humanos vieran lo que habían hecho. Aquella noche, cuando la gente ya estuviera en su casa, Axel quitaría las barreras y, al día siguiente, los seres humanos se encontrarían con aquella barbaridad.

—¿Qué sabes de los nefas? —le preguntó a Axel, mientras recogían las últimas hojas envenenadas.

—Les gusta atacar a los seres humanos, a los Enviados, o a cualquiera, y creen que las normas, la compasión y la sinceridad son una estupidez. Ah, y son tal malvados como los demonios.

Koldo asintió.

—Y planean una estrategia. Al principio hacen muy pocas cosas, para ver cómo reacciona su oponente, y también para provocar el mayor miedo posible, porque el miedo confunde y debilita, y te empuja a hacer cosas que no harías normalmente.

«Tu madre te quitó las alas, pero yo te voy a sacar el corazón y se lo voy a dar de comer a los perros», le decía su padre, y hacía brillar la hoja de su cuchillo a la luz de un farol. «¿Quieres que te saque el corazón, chico?».

«Quiero que te mueras».

Estaba sentado en una esquina de su jaula, sucio y lleno de sangre seca, de sus muchos intentos de huida. Su padre se rio ruidosamente.

«Es una pena, porque estoy aquí para quedarme. Y te he dado cinco días para que cumplas lo que te ordené. Ahora ya solo te quedan cinco segundos. Mata a ese humano, o tendrás que afrontar las consecuencias».

«Algún día te haré sufrir por esto».

«Tres».

«Muy pronto».

«Cinco».

Se abrió la puerta de aquella jaula, de la que él no podía salir ni entrar teletransportándose, y chirriaron las bisagras. Koldo se levantó con dificultad, se acercó al humano tembloroso que acababan de arrojar al interior del cubículo y golpeó.

En el presente, tuvo que frotarse los ojos con los puños para interrumpir las imágenes sangrientas que estaban sucediéndose en su mente. Ojalá pudiera volver atrás. Lo deseaba tanto…

«Tienes que perdonarte a ti mismo», le había dicho Nicola.

Sin embargo, Koldo dudaba mucho que ella hubiera pronunciado aquellas palabras si supiera la mitad de las cosas que había hecho.

Debería haber muerto antes que cumplir las órdenes de su padre. Debería haber…

«Concéntrate». La distracción podía matarlo y, en aquellos momentos, se había reavivado una vieja guerra. Nox había aparecido ante Nicola y había destrozado un parque. El movimiento siguiente iba a producirse muy pronto, y sería de Koldo.

Estaba seguro de que su padre había dejado atrás a uno de sus hombres para que vigilara la zona y le informara de sus acciones. Miró a su alrededor y, al poco rato, divisó a un hombre alto y calvo, con los ojos oscuros de un depredador, comprando comida en uno de los puestos y observando lo que pasaba en la zona.

Aunque el contacto con el humo le había dejado un poco tembloroso, Koldo salió de la protección de la nube y permitió que el nefas lo viera.

El hombre sonrió ampliamente y mostró sus colmillos brillantes mientras se le acercaba. No estaba emitiendo humo por los poros de la piel; aquella era una función corporal que los nefas podían controlar, y la mayoría de los días optaban por no hacerlo.

—Vamos a hacer esto, ¿verdad? —preguntó Axel con excitación —. Muy bien. Me alegro de haberme traído las armas.

Koldo se sintió impaciente. Miró directamente a su enemigo y lo estudió. No se conocían. O era más joven que él, o su padre se lo había robado a otro clan nefas.

El nefas iba masticando su comida despreocupadamente, pensando que Koldo no iba a hacer nada delante de testigos humanos.

—Has tardado en reunir el valor suficiente para mostrarte —le dijo el nefas, con una voz muy grave—. Tengo un mensaje para ti, Koldo el Terrible.

Koldo no quería oír el resto. Todos los nefas podían teletransportarse, y él tenía que actuar con rapidez.

—Nube —dijo Axel, y la neblina los ocultó de los ojos humanos.

Con un movimiento veloz y fluido, Koldo sacó dos espadas de una bolsa de aire y las utilizó como si fueran una tijera para

decapitar al hombre. Las dos partes de su cuerpo cayeron al suelo, y se formó un charco de sangre negra.

—Vaya, qué lástima —comentó Axel—. Entonces, ¿no sentías curiosidad por su mensaje?

—No. Ya sabía lo que iba a decirme.

El nefas le hubiera transmitido un saludo de su padre y una amenaza para Nicola, para intentar avivar el miedo de Koldo.

—¿Te importaría contármelo?

—Sí.

—Me parece bien, porque no estaba realmente interesado. Pero tengo que decir que me siento muy orgulloso —dijo Axel, poniéndose una mano sobre el corazón—. Has copiado una de mis especialidades con las espadas, y me he emocionado tanto que casi creo que voy a llorar.

Koldo no entendía el sentido del humor de Axel, pero se dio cuenta de que, a pesar de todo, estaba empezando a caerle bien aquel guerrero. No permitía que su malhumor le afectara, y estaba dispuesto a hacer lo que él le pidiera.

¿Cuál sería la historia de Axel?

–Eres muy raro –comentó Koldo.

–No. Soy misterioso, que es distinto.

–Definitivamente, eres muy raro.

Koldo metió el cuerpo y la cabeza en la bolsa de aire, junto a los árboles y las hojas, y buscó más huellas venenosas. No encontró ninguna más.

–Bueno, ¿y adónde quieres ir ahora? –le preguntó Axel.

–Tengo que quemar la bolsa de aire e ir a comprobar que las féminas están bien. Vamos a volver a encontrarnos mañana por la noche, e iremos a cazar nefas.

–Cuenta conmigo.

A la mañana siguiente, el sol entraba por la separación de las cortinas de la ventana del dormitorio de Nicola. Ella se estiró y se

sentó. Después de haber metido a Laila en la cama, había vuelto a leer al sofá. Después de un rato, había cerrado los ojos para descansar un poco y… hasta aquel mismo instante.

No había llegado a acostarse, pero estaba en la cama. No se había tapado, pero estaba envuelta en el edredón. No era posible que la hubiera llevado Laila, así que eso solo podía significar que Koldo había vuelto, pero no la había despertado.

¡Ay! Era demasiado bueno. Ahora, ella no podía evitarlo para siempre y actuar como si no hubiera existido aquel beso. Tendría que hablar con él y darle las gracias por su bondad.

Refunfuñó mientras bajaba de la cama, mientras se lavaba los dientes y se duchaba, y mientras se ponía una preciosa camiseta rosa y unos pantalones vaqueros cortos.

En cuanto se miró al espejo, dejó de gruñir. Siempre había llevado ropa de segunda mano; sus padres compraban en tiendas baratas y, después, cuando ella se había hecho cargo de sus propias finanzas, había seguido su ejemplo. Y, sin embargo, ahora… estaba increíble.

Se le escapó un gruñido. De nuevo, Koldo era el responsable de algo maravilloso que había ocurrido en su vida. Además, sabía que, durante aquel beso, ella también había conseguido que él se sintiera especial y maravillado. Nunca olvidaría cómo temblaba entre sus brazos.

Tal vez ella no fuera tan mala elección para él, después de todo. Se había desmayado durante aquel momento íntimo entre los dos, pero ¿era motivo suficiente para apartarlo de su vida? ¿No merecía más la pena enfrentarse a su enfermedad?

Era una mujer débil, cierto, pero no tan débil.

Se hizo una coleta y se la arregló mientras el pelo todavía estaba húmedo. Tenía el mismo cabello que su madre, y había estado a punto de cortárselo cientos de veces. Sin embargo, cada vez que tomaba las tijeras, recordaba que su madre se lo peinaba cariñosamente y se lo trenzaba, y que su padre la llamaba «Mini

Kerry», en referencia a su madre, y que su hermano le tiraba juguetonamente de las trenzas.

Su hermano. Su precioso Robby.

«Lo sentimos, señorita Lane, pero su hermano salió despedido…».

No, no iba a pensar en eso. Pensar en Robby abría unas heridas que nunca habían llegado a cerrarse del todo. Así pues, siempre se lo quitaba de la cabeza antes de poder recordarlo.

Alzó la barbilla y se encaminó hacia el dormitorio de su hermana, pero Laila no estaba allí. La cama estaba deshecha, y la ropa, tirada por el suelo.

Pasó por el salón, pero tampoco la encontró allí. Finalmente, fue a la cocina, y exhaló un suspiro de alivio al ver a Laila en la mesa, con la cabeza apoyada en la mano y una taza de té humeante frente a ella.

—No hables —le pidió Laila, con la voz entrecortada—. Por favor… no.

—¿Tienes resaca?

Laila gruñó.

—¡Co Co! Por favor.

—Lo siento —susurró Nicola.

Se preparó una taza de té y dio un sorbo a la infusión caliente y dulce.

—Deberíais comer fruta —dijo una voz masculina, y Laila volvió a gruñir.

A Nicola se le aceleró el corazón al darse la vuelta y ver a Koldo. Llevaba la misma camisa blanca y los mismos pantalones blancos del hospital. Irradiaba cierta tensión, una tensión como la que ella había percibido en su voz, por teléfono, la noche anterior.

Él se detuvo, la miró de arriba abajo y se quedó boquiabierto. Hizo un estudio más minucioso de ella, y sus pupilas se expandieron.

—Tú… tú…

—¿Sí? —preguntó ella, esperanzadamente.

«¿Estás muy guapa? ¿Deslumbrante? ¿Para volver a besarte?».

–Llevas la ropa que te compré –dijo él, con la voz ronca.

–Sí –respondió ella, y esperó. Él no habló más.

¿En serio? ¿Eso era todo lo que iba a decirle? ¿Lo más evidente?

–Yo comeré si tú comes –refunfuñó.

Él se quedó pensativo un instante, asintió y se sentó a la mesa. Nicola se sentó a su lado. Había un frutero con naranjas, fresas, plátanos y melón. Ella tomó una fresa y la mordió. El jugo se le cayó por la barbilla y Nicola gimió de deleite.

–Oh, qué rica.

Estuvo a punto de olvidar que Koldo no hubiera apreciado su cambio de estilo. Casi.

Él le limpió la gota que se le había deslizado hasta la garganta y, cuando se llevó el dedo a la boca y lo chupó, ella abrió unos ojos como platos.

–Sí –convino, con la voz muy grave.

Nicola notó un cosquilleo en la piel, en el lugar donde él la había tocado. Y, cuando él miró el sitio donde había estado su dedo, en sus ojos apareció un brillo de satisfacción.

–Hoy estás más animada –dijo Koldo.

–Sí, es cierto.

–¿Por qué?

Su inseguridad por el beso del día anterior era privada, algo entre ellos, no algo que quisiera compartir con su adorada hermana.

–Bueno –dijo, para cambiar de tema–, ¿y quién decoró la casa?

–Yo mismo –respondió él, encogiéndose de hombros.

–¿Todas las habitaciones?

–Sí, todas.

–Pero… la mía es de color rosa.

–¿Es que no puede gustarme el rosa?

–¿Esa habitación es la tuya?

–No. Pero cuando era joven y bobo, esperaba que mi madr… –Koldo apretó los labios–. No importa.

¿Que su madre fuera a vivir con él? ¿Y por qué aquella esperanza lo convertía en alguien bobo?

–Lo siento, chicos, pero necesito desesperadamente mil aspirinas –dijo Laila, poniéndose en pie–. Y, tal vez, un masaje corporal, una siesta, una ducha de una hora y un maratón televisivo.

–¿Solo mil aspirinas? –preguntó Koldo, irónicamente.

–Sí. En cuanto me hagan efecto, voy a arreglarme para la cita. Por cierto, siento haberme metido en tu habitación anoche. No volverá a pasar. Probablemente.

Laila se marchó de la cocina.

Koldo miró a Nicola.

–¿Cuál es el motivo del cambio? –preguntó, en cuanto estuvieron a solas.

–Yo… estaba avergonzada por haberme desmayado.

Él exhaló un suspiro que a ella le pareció de alivio.

–No quiero que nunca te avergüences conmigo, Nicola.

–Mejor, porque ya no va a volver a pasar –dijo ella.

–Entonces, ¿no te arrepientes de lo que hemos hecho? ¿No crees que fui demasiado brusco?

–No, en absoluto. Fuiste increíble.

–Entonces, ¿porqué te has vestido de esa forma para tu cita de hoy? Es como si quisieras conseguir el deseo de otro hombre.

Ella tragó saliva, y respondió con sinceridad.

–Yo… yo… no lo he hecho por eso.

«Lo he hecho por ti».

Hubo una pausa. Entonces, él dijo, con la voz ahogada:

–No quiero que vayas. Te necesito aquí, a mi lado.

Nicola sintió un cosquilleo en el estómago. Así que a él le importaba ella… y le había hecho una petición, no le había dado una orden. Se sintió eufórica, pero…

–Ojalá pudiera cancelar la cita. Pero ya has oído a Laila; está emocionada, y no va a ir si yo no voy. Y ha estado muy disgustada, así que yo temía por la toxina que lleva dentro. Necesito que esté calmada, alegre y en paz.

–Tú puedes controlar tus emociones, pero no las suyas.

–Ya lo sé, pero tengo que intentar algo, lo que sea.

«Por favor, compréndeme».

Él estaba agarrado al borde de la mesa y, de repente, sus nudillos comenzaron a ponerse blancos. Al final, la madera se astilló.

Koldo se puso en pie de un salto y salió de la cocina.

La dejó sola.

Horriblemente sola.

Capítulo 19

Thane aterrizó en el centro de Teaze, un salón de belleza y discoteca para inmortales en la tierra. Había once mujeres de distintas razas pululando por el pequeño edificio, cada una más bella que la anterior, y todas muy escasas de ropa. El único hombre que había en el local era William el Oscuro, también conocido como William el Caliente y como el guerrero que no quería revelar su origen, y que, en aquel momento, estaba sentado en una silla giratoria con varias capas de papel de aluminio en el pelo.

–Sé que estás ahí –dijo William, y le dio un sorbo a algo que parecía vino con ambrosía.

Thane salió al reino natural y se reveló por completo ante el guerrero. Al instante, percibió el olor dulce del vino, el olor acre de los productos para el pelo y de la laca de uñas, y el olor familiar del sexo. De mucho sexo.

William debía de haberse acostado con todas las estilistas.

–¿Cómo lo has sabido? –preguntó Thane. Nadie podía percibir su presencia cuando él no lo deseaba.

–Lleva una hora diciendo eso cada dos minutos –dijo una chica, mientras se acercaba a William para quitarle el papel de aluminio del pelo.

A William le brillaron los ojos azules mientras le entregaba el vaso a una muchacha que pasaba por delante de él; unos ojos azules que, para Thane, eran idénticos a los de Axel. Pero, claro, había un motivo para eso.

–¿Tenías que estropearlo, Lakeysha?

La deslumbrante chica negra sonrió.

–Pues… sí. Tú me echaste a perder para otros hombres, así que he pensado que iba a devolverte el favor, de algún modo.

Thane observó el edificio. Casi esperaba que sus bromas fueran un truco, que hubiera un enemigo escondido esperando el momento idóneo para atacar. Vio ladrillos y cemento, salas con quince sillas para tratamientos de belleza y una fila de secadores de pelo y lavabos. No había sombras amenazantes. No se oía el ruido de ningún arma.

En la parte trasera había una puerta roja que comunicaba el salón con la discoteca. En la zona de baile había jaulas pequeñas colgando del techo. La vibración de la música *rock* sacudía el edificio.

–Debería ofenderme –dijo William, al notar la mirada de desconfianza de Thane–. No he hecho nada para merecerme tu desconfianza.

–Vives. Respiras. Eso es bastante.

William se había ido a vivir con los Señores del Inframundo, unos guerreros inmortales que luchaban por liberarse de los impulsos oscuros que les imponían los demonios que estaban alojados en ellos. Antes, se había pasado siglos encerrado en el Tártaro, la cárcel de inmortales, por mujeriego y por tener un temperamento salvaje. Podía matar a cualquiera, en cualquier momento, por cualquier motivo.

Sin duda, no era un individuo digno de confianza, pero la información era la información, y él quería saber lo que sabía William.

Thane ya había indagado en el Downfall, preguntando por aquellos seis demonios que habían acabado con su rey y, aunque había averiguado algunas cosas interesantes, no había conseguido nada de valor.

–Recibí tu mensaje –dijo William–. Querías que nos viéramos, y aquí estamos. ¿Qué deseas ahora?

Muchas cosas, pero empezaría por la información.

–Tú eres hermano de Lucifer.

Por un momento, la expresión afable de William desapareció, y dejó a la vista el peligroso guerrero que había en el fondo de su ser.

–Es mi hermano adoptivo. No somos hermanos de sangre.

–Ambos fuisteis acogidos por Hades, el guardián de Sheol.

–Sí, ¿y qué?

–¿Dónde están sus sirvientes, los seis demonios culpables de la muerte de mi rey?

–¿Y cómo voy a saberlo yo?

–Los demonios están viviendo entre los seres humanos. Tú, ahora, también vives entre los seres humanos. Ellos son malvados; tú eres malvado. Ellos vienen del infierno, y tú pasaste muchos siglos allí. Deberías saber adónde han ido.

William soltó un resoplido.

–Puede que hayan ido a cualquier parte. Tendrás que hacer que salgan.

–¿Y cómo?

–¿De verdad tengo que hacerte el trabajo? Está bien, lo haré –dijo William, encogiéndose de hombros–. Aunque muchos de los tuyos vayan a buscarlo, eso no significa que lo encuentren. Así que pon precio a su cabeza. Incluso sus madres los venderían, si tuvieran madres, claro –puntualizó William.

–¿Y renunciar a matarlos con mis propias manos?

–Pero el trabajo se hará, así que, en realidad, no veo cuál es el problema.

–Puede que el trabajo se haga, y puede que no. Yo no podría saberlo, puesto que no tomaría parte en él. Y los demonios mienten. No se puede confiar en ellos.

La chica terminó de retirar el papel de aluminio, y William le hizo un gesto para que se marchara.

–Si no consigo destruirlos –añadió Thane–, ellos destruirán a alguien más. Hay que cortar sus planes de raíz. ¿Tú puedes hacer algo para ayudarme?

–No.

Tal vez él pudiera conseguir que el guerrero recapacitara.

–Creo que siempre has deseado saber quiénes son tus verdaderos padres.

William se quedó inmóvil y, por un momento, dejó de respirar.

–Yo puedo ayudarte con eso –dijo Thane–. Ayuda a cambio de ayuda.

William comenzó a respirar de nuevo.

–Está bien. Concertaré una cita con Maleah. Supongo que habrás oído hablar de ella.

Sí. ¿Quién no había oído hablar de Maleah?

Una vez, fue una Enviada, y una de las guerreras más condecoradas de los cielos. Sin embargo, un día desapareció, cayó, y nadie supo nunca qué ocurrió, ni por qué.

–Sí, concierta esa cita –le dijo Thane–. Y, con respecto a la información que te debo, pregúntale a un Enviado llamado Axel. Creo que descubrirás algo muy interesante durante vuestra primera conversación.

Thane, Bjorn y Xerxes se prepararon para la guerra.

La reunión con Maleah iba a celebrarse dentro de media hora. William había trabajado muy rápido.

Thane había vuelto a casa con tiempo suficiente para acostarse con una nueva fémina, en un esfuerzo por aclararse la mente y relajarse. Sentía una tremenda tensión por el deseo de que todo saliera bien. Después, había avisado a los chicos. Por lo menos, Kendra no iba a volver a molestarlo. El día anterior, él había hecho algo impensable.

Había entregado a Kendra a su gente.

Con el paso de los siglos, la población de fénix había disminuido drásticamente, porque muy pocas de sus mujeres podían concebir un hijo. Ese era el motivo por el que los varones fénix perseguían

continuamente a las féminas. Cuando encontraban a una, la llevaban rápidamente al campamento fénix, donde permanecía eternamente.

En aquel momento, Kendra ya estaría casada con un guerrero, y se habría convertido en esclava una vez más.

Él debería sentirse culpable.

Sin embargo, no se sentía culpable y, seguramente, nunca sentiría culpabilidad.

—Noto la tensión en los cielos y en la tierra, y me he dado cuenta de que es el preludio de la guerra que se avecina —dijo Bjorn—. Sabía que había un enemigo preparando algún tipo de ataque, pero nunca pensé que serían los titanes, para hacerse con el control del mundo.

—Titanes… demonios… ¿Qué diferencia hay? —preguntó Xerxes.

No mucha.

—No me sorprendería que estuvieran trabajando juntos.

Thane terminó de ponerse las protecciones metálicas en los brazos y les dio una palmada en el hombro a sus dos amigos.

—Nadie entra en nuestro territorio a hacerle daño a la gente. Los demonios querían guerra, y vamos a dársela.

—Por el rey —dijo Bjorn.

—Él todavía no había terminado su camino —dijo Xerxes—, pero ahora está en paz; su espíritu está en el reino del Más Alto, en los cielos. Un lugar mucho mejor.

Permanecieron un momento en silencio, recordando todo lo que aquel buen rey había hecho por ellos.

Después, salieron al tejado del club, y Thane aleteó. El cielo nocturno se extendía ante él; las estrellas estaban muy brillantes.

Se lanzó hacia la noche y descendió, descendió mucho, antes de virar hacia el oeste. El aire le azotaba la piel y el pelo. Cada vez iba subiendo más de temperatura, incluso cuando vieron los picos blancos de Sierra Nevada. Había un bosque de pinos, y un lago tan transparente como el cristal. Algunas cabañas de esquí de seres humanos, y seres humanos avanzando por la nieve.

Entonces, vieron la cabaña de Maleah. Era de piedra y de hielo, y estaba oculta en un risco. A los Enviados les gustaba habitar en los elementos, y aquel ángel caído debía de conservar la costumbre.

Thane atravesó las paredes y se vio dentro de una estancia desprovista de toda comodidad. Había ordenadores, pantallas de televisión, radios y todo tipo de equipos electrónicos, pero no había sofás, ni cojines, ni mantas. Ni fotografías.

La propietaria de todo aquello lo manejaba con una mirada aguda, sin dejar de teclear. Parecía una princesa gótica; tenía la piel muy pálida, el pelo largo y blanco, y su piel estaba profusamente tatuada. Llevaba varios *piercings* en la cara, y un flequillo espeso que le escondía la frente y enmarcaba sus enormes ojos azules.

Bjorn y Xerxes aterrizaron a su lado.

—Es guapa —dijo Bjorn, al verla—. Eso no lo había oído.

Si cooperaba, tal vez se la llevara al Downfall para pasar unos días de diversión. Si no…

No podía matarla; eso iría contra las normas. Sin embargo, podía hacerle otras cosas desagradables.

—Os esperaba antes —dijo ella, súbitamente. Giró la silla y clavó la mirada en Thane.

No debería haber sido capaz de percibir su presencia. Ahora ya solo era humana.

Y él se dio cuenta de que la palabra «guapa» no le hacía justicia. Tenía unos rasgos sensuales. Sus pestañas eran muy espesas, y su nariz, fuerte, con un *piercing* que abarcaba las dos ventanas. Los pómulos, altos y marcados. La boca carnosa y la barbilla, cuadrada.

Thane entró al reino natural.

—Es imposible —le dijo—. Tú sabías exactamente cuándo iba a llegar.

—Sabía cuándo se suponía que teníais que llegar. Pensaba que tendríais un poco más de prisa —replicó Maleah, y observó con atención a Thane. Él no estaba seguro de que le gustara lo que veía; tenía una expresión dura que no se alteró—. William ha dicho que eres un chulo.

Así pues, ella no había oído hablar de él mientras vivía en el cielo. Por algún motivo, Thane se sintió ofendido.

–¿Tú eres su amante?

Ella se echó a reír con ganas, pero ni lo confirmó, ni lo negó.

Bjorn y Xerxes se unieron a él en el mundo natural, y ella les echó un vistazo de reojo. Su expresión también permaneció perdida, indescifrable.

–Veo que vais preparados para la guerra –dijo–. ¿Contra mí? –preguntó. Su tono de voz no era de miedo, solo de aceptación.

–¿Por qué caíste? –preguntó Thane.

Ella volvió a reírse.

–Sí, claro. Como si fuera a hablar de eso contigo.

Muy bien. Ya lo averiguaría más tarde.

–¿Qué sabes de los seis demonios…?

–¿Que ahora están escondidos en la tierra?

–Sí.

–Te los enseñaré –dijo ella. Se giró hacia los monitores y comenzó a teclear–. Nueva York tiene una criminalidad muy alta, y rara vez hay un pico. Normalmente, se mantiene constante. Pues, bien, anoche hubo un repunte que yo no había visto en mi vida. Asesinatos, violaciones, robos, palizas… Pero la mayoría de esas cosas han sucedido en la privacidad de los hogares humanos, y no se han denunciado. Y no fue en una zona concreta, sino por toda la ciudad.

–Eso no demuestra nada.

Ella resopló.

–Como sabes, la mera presencia de un demonio hace que cambie el ambiente y la energía de un lugar.

–Sí, pero eso no significa que el aumento de la criminalidad lo causaran los demonios.

–Los que mataron a vuestro rey estarán débiles en estos momentos. Germanus tuvo que luchar con dureza. Los demonios debían de saber que vosotros comenzaríais a perseguirlos inmediatamente, así que, seguramente, querrían recuperar su

fortaleza rápido. Como se alimentan del mal, habrán enviado a sus subalternos a causar todo el daño posible.

Era muy bella y, además, muy inteligente. Sí, la deseaba.

–Así que se han extendido.

–Claramente, sí –dijo ella, y señaló varios lugares en un mapa del mundo que había en uno de los monitores–. En todos estos sitios ha habido un pico similar.

–Son doce lugares distintos –dijo Xerxes–, pero los culpables son seis demonios.

Ella puso los ojos en blanco.

–Sabes muy bien que ellos conocen la forma de actuar de sus enemigos. Seguramente, ya eran conscientes de que podríamos seguir su rastro de esta manera, y habrán intentado ponérnoslo difícil. De ahí que hayan usado a sus sirvientes.

Había hablado en plural, incluyéndose a sí misma, como si todavía fuera parte del ejército.

–Entonces, piensas que han ordenado a sus soldados que ataquen en otras zonas, lejos de ellos, para dividir nuestras fuerzas.

–Exacto.

Bjorn, Xerxes y él se miraron. Seguramente, Maleah tenía razón, y ellos deberían haber pensado todo aquello por sí mismos.

«¿Por dónde empezamos?», le preguntó Xerxes a Thane, telepáticamente.

«No creo que importe», intervino Bjorn. «Vayamos donde vayamos, estaremos destruyendo una parte del ejército de los demonios».

«Sí, es cierto, pero… los seis líderes estarán concentrando todos sus esfuerzos en hacerse con el control de los humanos. Cuantos más seres humanos recluten, más difícil será luchar contra ellos».

«Entonces, ¿por dónde quieres empezar?», preguntó Xerxes.

–¿Nunca os han dicho que es de mala educación hablar entre vosotros excluyendo a una cuarta persona? –murmuró Maleah.

Thane la ignoró y pensó durante un momento.

«Nos haremos cargo cada uno de una zona, por separado. Si descubrimos a uno de los seis demonios, nos avisaremos entre nosotros e iremos todos juntos contra él».

Bjorn asintió.

Xerxes se puso rígido.

«Muy bien».

Desde que los habían rescatado de aquel calabozo de la fortaleza de los demonios, solo habían pasado un par de noches separados. Siempre habían estado juntos, protegiéndose los unos a los otros. Sin embargo, en aquella ocasión, el hecho de seguir juntos solo serviría para ralentizar su búsqueda, y le debían algo más que eso a su difunto rey.

«Yo me quedo con Nueva York», dijo Bjorn.

«Yo iré a las Highlands», dijo Xerxes.

«Yo iré a Auckland», dijo Thane. «Tengo una casa allí».

Los tres amigos se abrazaron y, después, Bjorn y Xerxes emprendieron el vuelo.

—Muchas gracias, Maleah —dijo la chica, agitando la cabeza—. Nos has ayudado mucho, Maleah, y no podríamos haber hecho esto sin ti.

—Eso todavía hay que verlo —replicó Thane.

Ella lo miró con cara de pocos amigos.

—Será mejor que aprendas buenos modales antes de acudir nuevamente a mí. De lo contrario, no te daré información.

—¿Es una promesa?

—Una amenaza.

Él tuvo que contener la sonrisa. Todavía no había conocido a ninguna fémina que se le resistiera. Y no era su orgullo el que lo decía, sino la realidad. Muchas damas tenían debilidad por las caras bonitas, y él tenía una cara mucho más bonita que el resto de los hombres. Debería sentirse triste, porque a ninguna le había importado lo suficiente como para que se parara a mirar el hombre que era, más allá de su físico; sin embargo, nunca había querido que una fémina viera al hombre que era.

–¿Y por qué haces esto? –le preguntó a Maleah–. No puedes comprar otra vez tu sitio en el cielo.

Eso era imposible para todo el mundo. Algunos Enviados habían vuelto al cielo, sí, pero sus acciones no habían tenido nada que ver. Habían tenido que acercarse al Más Alto y pedirlo.

–Lo sé –dijo ella, suavemente.

–Entonces, ¿por qué lo haces? –preguntó él, de nuevo.

Maleah no se volvió hacia él, pero Thane vio, en los monitores, el reflejo de una sonrisa triste.

–Seguramente, tú estás muy familiarizado con mi respuesta.

–¿Cuál es?

–Arrepentimiento.

Capítulo 20

Nicola no quería estar en aquel restaurante con aquellos dos hombres a quienes apenas conocía. Sin embargo, estaba decidida a pasar un buen rato, por el bien de Laila. Y, hasta el momento, todos los que estaban a la mesa pensaban que era así.

—…y de esa manera, después de dos años, me enteré de que me había estado engañando con mi hermano durante la mayor parte de nuestra relación. ¿Y sabes una cosa? ¡Eso no fue lo peor que hizo!

Blaine, el acompañante de Laila, contó otra historia sobre la mujer que le había roto el corazón, que le había destrozado la vida y le había dejado emocionalmente desequilibrado. Solo se detuvo para dar otro trago a su quinta cerveza.

Laila se puso una mano sobre el corazón y, con los ojos empañados, intentó consolarlo.

Dex se frotó la nuca.

Nicola esbozó una sonrisa forzada y se movió en el asiento. Se había quitado la ropa cómoda y bonita que le había regalado Koldo y se había puesto el vestido negro que había llevado al funeral de sus padres y su hermano. Le había parecido mejor idea que ponerse algo que le había regalado un hombre para ir a pasar una velada con otro. Sin embargo, había engordado un poco, y el vestido le quedaba muy estrecho. No le permitía respirar con comodidad.

Al verla, Koldo había fruncido el ceño.

—¿Así es como quieres que te vea el humano?

¿Y qué podía responder ella?

Después de eso, él le había echado un sermón sobre la seguridad, y había terminado diciendo:

—¿Tienes el teléfono? Llévalo. Llámame si hace algo que no te guste. O si a él no le gusta algo de lo que tú hagas. Y no olvides que tienes los tatuajes en el brazo. Y no olvides que puedes pedirle ayuda al Más Alto.

—No. Papá.

Su expresión se había oscurecido aún más antes de llevarlas a Laila y a ella a su casa. Después, él le había ordenado que se mantuviera inmóvil, mientras le pasaba las manos ardientes por la cara, los brazos e incluso las piernas, extendiéndole una especie de crema brillante por cada centímetro de la piel.

Entonces, sin dar ninguna explicación, Koldo había desaparecido, y ella no había vuelto a verlo desde entonces. Por lo menos, no se había llevado su calor con él. Por primera vez en su vida, Nicola no tenía que llevar jersey y, aunque no estuviera cerca de Koldo, su temperatura corporal estaba bien regulada. No tenía escalofríos.

Dex y Blaine habían ido a recogerlas un poco más tarde, y allí estaban, en el Kodiak, sentados en una mesa iluminada con velas, escuchando la suave música del arpa de fondo.

Laila estaba impresionante con un vestido rojo que había comprado Koldo, con la melena rubia cayéndole por los hombros. Blaine y Dex iban vestidos de traje y corbata.

Dex había sido muy amable y agradable, y había prestado atención a cada cosa que ella decía. Todas las mujeres deberían salir con un hombre como aquel alguna vez en la vida. Sin embargo, pese a todo, ella seguía pensando en Koldo. Solo en Koldo.

—Bueno… —dijo Dex, y le acarició los nudillos, seguramente para intentar entablar una conversación en privado con ella y dejar de escuchar a Blaine.

Pero Nicola no sintió ningún calor, ningún cosquilleo, con aquella caricia.

—Bueno —dijo.

Él frunció el ceño y palideció, y apartó la mano. Se miró los dedos con extrañeza, a la luz de las velas.

–¿Ocurre algo? –preguntó Nicola.

–No. No… es que… me ha parecido que he sentido un horrible… Eh… no tiene importancia –dijo Dex, y se rio forzadamente–. Así que tienes tatuajes, ¿eh?

–Sí.

–Nunca lo hubiera pensado.

Ella, tampoco.

–¿Y por qué números? –preguntó él.

–¿Y por qué no? –respondió Nicola.

Él se encogió de hombros.

–Pues es verdad. Bueno, ¿te había dicho que hace meses que no salgo con nadie?

–Pero ¿por qué? –preguntó Nicola; sin embargo, en cuanto las palabras hubieron salido de sus labios, se dio cuenta de su error, y se ruborizó–. Lo siento mucho. Ha sido una pregunta de mala educación. No tengo por qué juzgar eso; yo llevo años sin ir a una cita.

Él tomó un sorbo de vino y la observó por encima del borde de la copa.

–Eso es imposible. Todos los hombres de la oficina están medio enamorados de ti. Y, si alguna vez hubieras mostrado un ápice de interés, todos estarían completamente enamorados de ti.

¿De ella? No era posible…

–¿Y por qué iban a fijarse en mí? –preguntó ella.

–¿Que por qué iban a fijarse en ti? –preguntó Dex, y se rio suavemente, en aquella ocasión de manera genuina y relajada–. Eres tan formal, tan silenciosa, y últimamente has estado tan triste… Hacerte reír se ha convertido en un impulso para todo el mundo. Cada vez que te veo estás más guapa, pero tú ni te enteras. Y, podría seguir, y seguir…

–Gracias –dijo ella, suavemente. Si no cambiaba de tema, se iba a poner completamente colorada–. Bueno, ¿y has estado con Jamila

y Sirena últimamente?

Él se atragantó con el vino, y tosió.

–¿Estás bien?

–Sí, sí, perfectamente –dijo él, al cabo de unos segundos–. ¿Por qué me preguntas por esas dos?

–Porque quería saber qué tal se llevan con el resto de la oficina.

–Oh… eh… muy bien, creo. No he tenido mucho tiempo de averiguar nada sobre ellas.

El camarero llegó para servirles los platos, y Dex exhaló un suspiro de alivio. Al percibir el aroma de la comida, Nicola sintió una punzada de hambre en el estómago, y se arrepintió de haber pedido pasta en vez de costillas a la brasa.

–Cuéntame más cosas sobre tu proceso de recuperación –dijo Laila, y Blaine lo hizo.

–Han hecho buenas migas –dijo Dex, acariciándole de nuevo la mano a Nicola.

La mesa no se movió, pero, de repente, su copa de vino se cayó, y el líquido rojo se derramó rápidamente por su chaqueta y sus pantalones. Él dio un grito y pegó un salto.

–Discúlpame –dijo, con los dientes apretados, y se marchó al servicio de caballeros.

–Te estás comportando como un niño –dijo Axel.

–Eso es gracioso, viniendo de ti –replicó Koldo.

–Le has tirado alcohol encima a un hombre humano.

–Y tiene suerte de seguir con vida. Debería haberle tirado unas cuantas dagas.

–Espera, ¿es que piensas que me estoy quejando? Ha sido verdaderamente gracioso.

Habían estado junto a la mesa durante veinte minutos, observando la interacción de las parejas.

Koldo había llegado de mal humor al restaurante, y su mal genio había empeorado a medida que pasaba el tiempo. Había estado

siguiendo a su padre, cosa que le había resultado fácil; cada vez que Nox se teletransportaba, dejaba una marca en el aire, y Nox había cambiado mucho de sitio. Sin embargo, su rastro desaparecía en casa de Nicola, y eso había enfurecido a Koldo. Sentía una rabia que no podía expresar. Tenía a una mujer a su cuidado, y ya no podía dar rienda suelta a su furia. ¿Y si asustaba a Nicola, o le hacía daño sin querer?

Axel, que podía encontrar a cualquiera, en cualquier sitio, tampoco había tenido suerte con los nefas. Así pues, por el momento, habían dejado de intentarlo, y estaban allí, en el restaurante.

Koldo había estado mil veces a punto de llamar a Nicola por teléfono. Quería decirle lo bella que estaba; tan bella, que él no quería que la viera ningún otro hombre. Y quería decirle que lamentaba haberle hablado con brusquedad.

Quería decirle que, en realidad, su acompañante era un mujeriego y un mentiroso.

Dex era el hombre al que Koldo había visto manteniendo relaciones sexuales con Sirena sobre el escritorio de Nicola cuando había ido a su oficina; sin embargo, Dex estaba fingiendo que apenas conociera a la chica.

A cada segundo que pasaba, Koldo veía las cosas con más claridad. Debería haber tomado a Nicola entre sus brazos y haberla besado para establecer de verdad su relación. Otro beso, sí. Más profundo, más largo.

«Ella me pertenece».

Y era hora de demostrarlo.

Pasó un momento, y asintió. Sí, era el momento de demostrarlo. Pobre Nicola.

Él era medio nefas. Era peligroso, repugnante y malvado. Su pasado ya había vuelto para amenazarla. Él no tenía alas, nunca había estado con una mujer y no sabía cómo satisfacerla en ese sentido; además, no sabía lo que él mismo iba a sentir después.

Nicola había tenido tan poca alegría durante su corta existencia… Todo lo que había amado le había sido arrebatado de las manos. Y, si Koldo se vinculaba a ella sentimentalmente, las cosas no serían mejores. Su tiempo estaría dividido entre Nicola, Cornelia y Nox. Además, ¿qué sería de ella si él, alguna vez, caía de los cielos?

Sin embargo, no había podido evitar el impulso de extender su esencia por el diminuto cuerpo de Nicola, para marcarla y advertirles a los demás hombres que se mantuvieran alejados de ella.

Y, en aquel momento, Nicola tenía un brillo radiante y dorado en la piel.

Koldo lo veía, y sabía que Axel también lo veía. Dex no podía verlo, pero, sin embargo, el humano había sentido el calor de la esencia al osar tocarla; Koldo había estado a punto de matarlo, pero Axel había conseguido sujetarlo y tirarlo al suelo.

Nicola se merecía a alguien mejor que Dex, y se merecía a alguien mejor que él mismo. Sin embargo, no iba a tenerlo. Iba a estar con él, y los demás detalles irían solucionándose poco a poco.

Aunque tuviera las manos manchadas de sangre, siempre la trataría con ternura. Y Nicola no se parecía en nada a Cornelia y a Nox; Koldo ya se había dado cuenta de eso. Ella nunca lo trataría con odio y crueldad.

Le había hecho reír cuando él estaba en su peor momento, y a él le había fascinado tenerla entre sus brazos, sobre su regazo. Le había encantado hablar con ella, enseñarle y escuchar sus comentarios ingeniosos. Le había maravillado besarla. Y la deseaba por completo.

¿Para qué iba a intentar encontrar a otra mujer, una imitación, cuando ya había encontrado lo verdadero? Nicola era la criatura más bella que él hubiera visto, y quería… lo quería todo de ella. Quería abrazarla, y verla con el pelo suelto por la espalda. Quería conocer más historias de su infancia, y quería vengar el mal que le habían hecho.

Lo deseaba.

Y tendría todas aquellas cosas.

«Un día, desearás a una mujer», le había dicho Nox, en uno de sus momentos de enseñanza, «y harás todo lo posible por conseguirla. Sin embargo, en cuanto la tengas, te habrás hartado de ella. Una vez calmada tu curiosidad, la obsesión se debilitará, y podrás dedicarte a tu nueva conquista».

«¿Es eso lo que ocurrió con mi madre?», le había preguntado Koldo. «¿La deseaste, la conseguiste y dejaste de desearla?».

Nox se había echado a reír.

«Exactamente. Ah, pero disfruté de ella mientras duró».

Tal vez él perdiera el interés en Nicola, pero tal vez no. La palabra de su padre no era, exactamente, fiable, aunque él hubiera visto pruebas de las afirmaciones de Nox. Parecía que Thane, Bjorn y Xerxes, por ejemplo, pensaban que las féminas eran desechables.

Sin embargo, eso no tenía importancia. Koldo no estaba dispuesto a luchar más contra la atracción que sentía. No iba a preocuparse de lo que pudiera salir mal ni de lo que pudiera ocurrir en el futuro. Él le había dicho a Nicola que no se preocupara por su enfermedad, ni por ninguna otra cosa, que eso solo serviría para hacerle daño, e iba a seguir su propio consejo.

Solo tenía que averiguar cómo conseguirlo.

—Parece que estás a punto de merendarte a la pelirroja —comentó Axel, como si le estuviera leyendo el pensamiento—. Mira, déjate ver, llévatela a casa y haz lo que tengas que hacer. Así, podremos volver a seguir el rastro de los nefas.

—¿Y si se pelea conmigo en público?

—Solo hay un cuarenta y nueve por ciento de posibilidades de que gane, así que estarás a salvo.

—¿Es que no puedes hablar nunca en serio?

—Con respecto a las matemáticas, yo siempre hablo en serio. Haz algo, o vayámonos de aquí —dijo Axel, puliéndose las uñas—. Me aburro. Pasan cosas malas cuando me aburro.

—El rastro de los nefas desapareció —le recordó Koldo—. Lo único que podemos hacer es preguntar por ahí e intentar encontrar su escondrijo. Y, si no conseguimos encontrarlos así, lo único que

podemos hacer es esperar su próximo ataque. No tenemos nada mejor que hacer.

Miró a Nicola, que estaba jugueteando con su comida y observando a Laila. Su hermana no había tomado ni un bocado de su plato, y tenía los codos apoyados sobre la mesa; mientras Blaine comía su chuleta de cerdo y le contaba otra historia sobre su antigua amante, ella se secaba los ojos llorosos.

Dex volvió a aparecer, con la chaqueta sobre el brazo. Tenía unas cuantas salpicaduras de vino, que destacaban mucho sobre su camisa blanca, y una mancha roja en la pernera izquierda del pantalón. Cuando se sentó, tenía cara de pocos amigos.

–Si quieres, podemos marcharnos –le dijo Nicola.

–No, no te preocupes –respondió Dex con tirantez–. Solo ha sido un duro golpe para mi vanidad.

–Bueno, tal vez yo pueda ayudar –dijo ella.

Se mordió el labio, tomó su vaso y respiró profundamente. Después, se derramó el agua sobre el regazo.

Dex se quedó boquiabierto al oír su jadeo, y sonrió. Koldo odió con todas sus fuerzas el hecho de que otro hombre la estuviera viendo tan relajada, tan contenta, y de que ella estuviera esforzándose tanto por agradar.

–Así, parece que los dos nos hemos hecho pis en la ropa –dijo Nicola.

El tipo se echó a reír con todas sus ganas.

Aquella risa debería haber sido solo para él.

–Bueno, creo que voy a tener que pelearme contigo por esa chica –comentó Axel–. Esto último ha sido genial.

Koldo se teletransportó al exterior del restaurante y, mentalmente, le ordenó a su túnica que se convirtiera en unos pantalones y una camisa negros. Después, volvió a entrar, en aquella ocasión por el reino natural, donde todo el mundo podía verlo.

La *maître* lo vio y se quedó con la boca abierta. Había varios grupos esperando su mesa, y se abrieron para dejarle paso. Se oyeron jadeos y murmullos. Él no se molestó en hablar con ninguno

de los seres humanos, y fue directamente hacia la mesa de Nicola. Las conversaciones cesaron. Se imaginó a Axel riéndose, pero, por suerte, no podía verlo ni oírlo.

Al verlo, Dex abrió unos ojos como platos.

–¡Tú!

Blaine lo vio y se irguió en el asiento, con un respingo.

–¿Qué…? –preguntó Laila, pero, al alzar la vista, soltó un gruñido–. Oh, no.

Nicola también alzó la vista, y se sobresaltó.

–Koldo, ¿qué estás haciendo aquí?

–¿Lo conoces? –le preguntó Dex, con perplejidad.

Koldo miró por toda la mesa, y se dio cuenta de que debería haber pensado más calmadamente lo que iba a hacer. En aquel momento, no sabía qué decir.

–Nicola.

–¿Sí? –preguntó ella. Dejó la servilleta en la mesa y se levantó. Tenía la falda del vestido empapada, y el agua le resbalaba por las piernas.

Él se acercó a ella y, cuando se miraron a los ojos, supo que no podía pasar otra noche más sin tenerla entre sus brazos.

–Tu hermana ya se ha divertido, ¿no?

–Eh… No, en realidad, no –dijo Nicola, mirando la cara llorosa de Laila–. En todo caso, está más triste que nunca. Lo siento, Blaine, pero es cierto.

–Eso tiene arreglo –afirmó Koldo. Entonces, le dijo a Axel, a quien todavía no podía ver–: Ocúpate de su hermana. Ponla contenta.

Después, tomó a Nicola de la mano y tiró de ella hacia la salida.

–Koldo –dijo ella, con un jadeo, aunque no ofreciera la más mínima resistencia–. En serio, ¿qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

A su alrededor, a Koldo le pareció oír que alguien le preguntaba a Nicola si quería que avisara a la policía.

Él miró por encima de su hombro, hacia atrás.

–Eres mía. Y me voy a quedar contigo.

Capítulo 21

En cuanto salieron por la puerta, el aire nocturno los envolvió, y Koldo tomó a Nicola entre sus brazos. El resto del mundo desapareció para ella; solo podía verlo a él, y su mente se llenó de posibilidades y problemas. ¿Que él iba a quedarse con ella? Aquellas eran unas palabras inocentes, pero su tono de voz había sido muy intenso, como si fueran un juramento delante de un juez, una promesa de las que cambiaban la vida de una persona.

¿Y si estaba intentando decirle que, a partir de aquel momento, eran oficialmente una pareja?

–¿Qué ha ocurrido? –le preguntó. En realidad, aquella idea le gustaba mucho, pero ¿y si ella no era suficiente para él? ¿Y si su corazón nunca se recuperaba, y ella nunca podía satisfacerlo físicamente?

Volvió a sentir un pánico familiar, un miedo que le formaba un nudo alrededor de la garganta y le apretaba. «Vamos, chica. Ya has dejado eso atrás. No vuelvas a ello».

–Tus circunstancias han cambiado –dijo Koldo.

–Ya lo sé, pero…

Él la miró fijamente a la cara.

–Respira.

–Eso estoy intentando.

–Pues esfuérzate más.

Inspirar, espirar. Inspirar, espirar. Después de unos instantes, empezó a sentirse mejor. Pasara lo que pasara, podrían superarlo

juntos. Nicola lo sabía. Podía contar con eso. Podía contar con él.

–¿Estás asustada? –le preguntó Koldo.

–De ti no.

–Entonces, de ti misma. Pero yo puedo arreglar eso. Cierra los ojos.

–¿Por qué? ¿Me vas a llevar a…?

Y él lo hizo, la llevó a Panamá, a su dormitorio. Entonces, la soltó, pero la acorraló contra la pared.

Nicola tragó saliva.

–Laila…

–Se están ocupando de ella.

–Bueno, tendría que pedirle disculpas a Dex.

–Ya lo harás. Mañana. Puedes enviarle una tarjeta.

Entonces, él le posó las manos en las sienes, y su fragancia embriagadora la envolvió, como sus brazos. Ella inhaló profundamente su olor, y notó que el corazón se le descontrolaba.

–No puedes estar con ningún otro hombre –le dijo Koldo–. Nunca más, por ningún motivo.

Pese a lo acelerado de los latidos de su corazón, el resto del miedo desapareció.

–No quiero estar con ningún otro hombre –admitió ella.

Él asintió.

–Me perteneces. Eres mía –dijo él. Y, de nuevo, Nicola tuvo la sensación de que estaba haciendo una promesa.

Tenían que ser una pareja.

–¿Entiendes qué clase de chica estás consiguiendo? –le preguntó, mientras apoyaba ambas manos sobre su pecho–. Solo soy yo, y tengo unas cuantas dificultades encima…

Él sonrió con satisfacción.

–Eso ya lo sé. Lo que no sé es cómo mantener una relación, pero voy a aprender. Es probable que, por el camino, cometa algunos errores. Tú solo tienes que decirme lo que he hecho mal, y yo lo arreglaré, ¿de acuerdo?

Nicola se derritió contra él…

−De acuerdo.

Koldo no dijo nada más. Simplemente, la besó.

No fue un beso brutal, ni un beso dulce o tierno. Fue un beso ardiente, eléctrico, lleno de deseo y de obsesión. Un beso adictivo. Ella gimió de placer, y él alzó la cabeza, mirándola a los ojos.

−No me estaba quejando, te lo prometo.

Entonces, Koldo volvió a besarla. La besó profundamente, y la rodeó con el calor que irradiaba su piel. Nicola apenas podía creer que estuviera sucediendo aquello. Era surrealista y maravilloso. Él también le pertenecía a ella, y estaban a solas.

Nicola se estremeció. Su corazón aleteó.

−¿Todo va bien? −le preguntó él, en un susurro.

−Ummm, umm.

−¿Y me vas a avisar si cambia?

−Sí. Pero no te sorprendas si eso me avergüenza.

−Ya te he dicho que no tienes por qué sentir vergüenza conmigo. Lo que ocurra, ocurrirá, y nos enfrentaremos a ello. Estamos juntos en esto.

Él había leído aquellas palabras de su mente. Eran palabras de esperanza.

«No solo me estoy derritiendo por él. Me estoy enamorando de él. Y mucho».

Entonces, Koldo volvió a besarla, y ella comenzó a deslizar las manos por su espalda, pasando las uñas por la tela de su camisa.

−Por debajo de la ropa −le pidió él, con la voz ronca−. Quiero sentir tu piel contra la mía.

Cuando ella obedeció, él dejó escapar un pequeño gruñido. Nicola metió las manos por debajo de su camisa y acarició, maravillándose, su increíble fortaleza. Koldo era de hierro y terciopelo. Era la perfección, y olía a sol y a verano. El verano le recordaba a las flores, y las flores a los colores y a la vida.

La vida, sí. Eso era Koldo. Con él, ella se sentía más fuerte, más feliz, más libre. Había florecido, como las plantas. Él le había dado la paz que nunca había tenido.

–Más –dijo él, y la soltó, pero solo el tiempo necesario para sacarse la camisa por la cabeza.

Entonces, ella volvió a acariciarlo, y él la agarró por la cintura y la levantó del suelo. Nicola lo rodeó con las piernas y, al instante, tuvo una sensación electrizante en las venas.

–¿Te he dicho ya que eres mía? –le preguntó él.

–Sí, ya me lo has dicho. Y tú eres mío –dijo ella.

Entonces, él la acarició más, y más, estrechándola contra su cuerpo, y le arrancó otro gemido.

–Esto es bueno –murmuró Koldo.

–Mejor que bueno.

Sus respiraciones se entremezclaron, y pronto se convirtieron en jadeos. Él le besó la boca y la mandíbula, mordisqueándola, y descendió por su cuello. Siempre la trató como si la deseara con toda el alma, como si quisiera saborear hasta el último centímetro de su cuerpo de una sola vez.

–Pero no es suficiente –dijo él, besándole de nuevo los labios.

Ella se apartó con un gemido.

–Creía que habías dicho que…

Él tiró del escote de su vestido hacia abajo, y dejó a la vista más piel que explorar. La protesta de Nicola murió cuando él la apretó contra la pared. No le estaba reprochando nada, sino pidiéndole más.

Y ella estaba dispuesta a dárselo con alegría.

Él deslizó sus magníficas manos hacia abajo, hasta el bajo del vestido, y comenzó a subírselo hasta que la tela quedó reunida en su cintura. Nicola notó el aire frío, y las sensaciones carnales que la estaban recorriendo se intensificaron.

Él le acarició el muslo con los dedos, dejando un rastro de fuego, y aquello fue bueno… tan bueno… demasiado bueno, después del estrés de aquella noche, y… la neblina se estaba formando de nuevo en su mente, como antes.

–Koldo –intentó decir, pero solo pudo emitir un susurro.

Él volvió a besarla, y sus dedos continuaron haciéndole las caricias más suaves, llevando su cuerpo hasta unas alturas para las que no estaba listo.

El mundo se tambaleó, y la oscuridad descendió sobre ella.

El tiempo dejó de existir, el ruido se desvaneció y las sensaciones la abandonaron…

De repente, notó unas palmaditas en la mejilla, y algo frío en la frente.

Nicola frunció el ceño y abrió los ojos, pestañeando. Koldo estaba sobre ella, y ella estaba tendida en la cama, con la cabeza apoyada en una almohada blanda. Tenía el vestido en su sitio, cubriéndole las piernas.

Oh, no.

—Ha vuelto a ocurrir, ¿no?

—Sí. Te has desmayado —dijo él—. Te he traído a la cama.

Ella se avergonzó tanto que se le pusieron rojas las mejillas.

—Lo siento muchísimo, Koldo.

—No tienes por qué. Te he presionado demasiado, y demasiado deprisa. La próxima vez, iré más despacio.

—La próxima vez —repitió ella, y tuvo ganas de ronronear de la satisfacción.

Él frunció el ceño.

—¿No quieres que haya una próxima vez?

—¿Y por qué piensas que no? A menos que tú no quieras que yo quiera una próxima vez. ¿Estás intentando decirme que quieres que seamos solo amigos?

Koldo le acarició la mejilla con el dedo pulgar.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza? Claro que no quiero ser solo amigo tuyo. Y tú ya deberías conocerme lo suficiente como para saber que yo no intento decir las cosas, sino que las digo.

Eso era cierto. Nicola sonrió.

—No podrías ser más encantador.

Él sonrió también.

—En primer lugar, no me importa que te desmayes cada vez que hagamos esto. Por ti, merece la pena hacer cualquier esfuerzo. En segundo lugar, yo te hago feliz y, por lo tanto, estoy contribuyendo a tu curación.

«No me haces solo feliz», pensó ella. «Me pones eufórica».

—¿Acaso tú prefieres que seamos solo amigos? —preguntó él, con una expresión torturada—. Yo no soy un hombre que compre afectos, pero tal vez pudiera hacer otras cosas. ¿Hay algo que desees y que yo no te haya dado?

A ella se le encogió el corazón.

—No —admitió—. No quiero que seamos solo amigos. Y tú me lo has dado todo.

Entonces, Koldo se relajó, asintió y comenzó a acariciarle el cuello.

—Me gustan nuestros besos.

—A mí también.

—Me gusta sentirte y saborearte.

—Sí.

—Quiero que expulses la toxina. Para siempre.

Ella también. Más que nunca. Y debían cambiar de tema, antes de que fuera ella la que presionara para obtener más, demasiado deprisa.

—Di algo para distraerme, por favor.

Él la miró fijamente hasta que, asintiendo, se decidió. Se tumbó de costado y dijo:

—La primera vez que te vi no fue en el ascensor.

—¿No?

—No. El día anterior me habían enviado al hospital para ayudar a un hombre humano, y entré en la habitación de tu hermana. El Más Alto me mostró que ella estaba en aquel estado porque había tratado durante mucho tiempo con un demonio del miedo, y el demonio había conseguido meterse dentro de su cuerpo. Me lo mostró porque quería que yo la ayudara. Y creo que a ti también. Tú corrías el peligro de sucumbir de la misma forma.

Nicola se apoyó contra él, y encontró consuelo, compañía y aceptación, pese al tema del que estaban hablando. O, quizá, precisamente, por eso. El conocimiento era poder.

–¿Yo también trataba con un demonio? Sé que tenía la toxina, pero pensaba que… No sé lo que pensaba.

–Había dos demonios acechándote.

Ella jadeó.

–Pero… yo no lo sabía. Nunca los vi.

–Y, si yo consigo lo que quiero, nunca los verás –dijo Koldo, y le pasó el brazo por el cuello para darle un abrazo con el que estuvo a punto de ahogarla. Para él, todo aquello era tan nuevo como para ella, y Nicola tuvo que contener una sonrisa.

–Háblame sobre ti –le pidió–. Cuéntame algo que no le hayas contado nunca a nadie.

Hubo una larga pausa, y él tragó saliva antes de hablar.

–Cuando era un niño, vivía en el miedo constantemente. Mi madre me odiaba, y mi padre… me maltrataba.

–Oh, Koldo. Lo siento muchísimo.

–Yo nunca sabía qué nuevos horrores tendría que soportar. Solo sabía que tendría que soportarlos.

No era de extrañar que Koldo fuera tan feroz, tan distante y, al mismo tiempo, tan vulnerable y tan inseguro. Se había envuelto en una coraza para proteger su corazón, que había sido pisoteado por la gente que más debería haberlo querido. Gente que lo había rechazado y maltratado.

Ella le acarició el estómago, deseando que volviera a quitarse la camisa.

–Hazme una pregunta –dijo él–. Cualquier pregunta. Me gusta compartir cosas contigo.

Ella pensó durante un momento.

–¿Por qué estabas tan disgustado cuando hablamos por teléfono después de la reunión de ayer?

–Acababa de enterarme de que un hombre al que quería mucho ha muerto.

–Oh, Koldo… –repitió ella. Había tenido que soportar golpe tras golpe, y eso la entristecía mucho.

Él le besó los nudillos de la mano.

–Es un castigo que me merecía –dijo, en un tono de culpabilidad.

–Voy a decir una cosa, y no quiero que te ofendas, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –dijo él, de mala gana.

–Eso es lo más ridículo que he oído en la vida. Tú no te merecías perder a un amigo.

–Yo no he sido siempre el hombre que tú conoces.

–Y yo no he sido siempre la chica que tú conoces.

Él negó con la cabeza.

–Tú siempre has sido dulce, buena y afectuosa.

No. Él no conocía toda la verdad, no sabía que Laila y ella habían planeado, una vez, matar al responsable de las muertes de sus padres y su hermano. Un momento de rabia que podía haber cambiado el curso de sus vidas, y no para mejor.

–Te equivocas –le dijo a Koldo, y le besó el pecho. No dijo nada más, porque no había ningún motivo para estropear aquel momento–. Y date cuenta de lo maravillosa que soy, por decírtelo, tal y como tú me pediste.

–Maravillosa, sí.

Su voz no tenía ni un ápice de sarcasmo. Qué hombre tan delicioso.

–Bueno, y ahora que hemos desnudado nuestras almas, y que yo te he dejado alucinado con mi inteligencia, ¿qué quieres hacer durante el resto de nuestra cita?

–Descansar. Vas a necesitarlo para estar a la altura de lo que tengo planeado para mañana.

Capítulo 22

Koldo pasó la noche en la cama con una mujer por primera vez en su vida. Su mujer. Algo que había deseado. Bien, lo que en realidad quería era desnudar a Nicola, besarla y hacer el amor con ella hasta que los dos se quedaran dormidos. Sin embargo, ella no estaba físicamente preparada para eso.

Y, tal vez, él tampoco.

La próxima vez tendría que ir más despacio. Le habían maravillado las sensaciones que había experimentado, tanto, que había estado a punto de perder el control. Y, si hubiera ocurrido algo así, podría haberla tomado con demasiada brusquedad. Siempre temía hacerle daño a Nicola.

Aquella era una idea espantosa.

Lo que temía un hombre, terminaba por ocurrirle. Eso lo sabía con certeza. Así pues, era hora de luchar contra aquel tipo de preocupaciones en cuanto se le aparecieran en la mente. Tenía que practicar lo mismo que enseñaba.

Mientras hablaban, con Nicola acurrucada a su lado, él había pensado que su excitación se calmaría. Sin embargo, se había intensificado.

Y, mientras ella dormía, él notaba su respiración cálida en el cuello, y los latidos de su corazón en el pecho. Sus olores se entremezclaban. Lo que más deseaba Koldo era retomar las cosas donde las habían dejado.

Pero no podía. No debía.

Para ella, todo tenía que ser perfecto. Koldo no quería que Nicola mirara atrás y se arrepintiera de algo. Preferiría morir. Él no iba a ser otra tragedia en su vida. Sería alguien especial.

Se concentró en permanecer inmóvil, ignorando el dolor que sentía en el cuerpo.

Cuando salió el sol, estaba temblando, sudando y jadeando de desesperación. Se apartó suavemente de Nicola; aunque era la causa de su tormento, le costó mucho dejarla. Ella suspiró suavemente y se tumbó boca abajo. Su pelo del color de las fresas se derramó por la almohada.

Koldo ni siquiera se molestó en ducharse. Se teletransportó a un aserradero cercano y recogió todo lo que iba a necesitar para construir una vivienda secundaria en el terreno trasero del rancho. Su ropa lo limpió por dentro y por fuera.

Después, se puso a trabajar. Había decidido llevar a su madre a Panamá.

Cornelia era parte de su vida, y no quería ocultársela a Nicola. Aquella noche, al hablarle de su pasado, había sentido una paz increíble. Eso le había gustado y, ahora, quería que Nicola lo supiera todo. Quería ser completamente sincero con ella. Sin embargo, no iba a contárselo. Iba a mostrárselo.

Aquella mañana trabajó sin descanso, serrando y claveteando. Al final, se quitó la camisa. El sudor se le caía por la espalda y el pecho, y el sol le quemaba la piel. Sus músculos agradecieron aquella tensión.

–¿Te gustaría beber algo? –le preguntó Nicola, desde la puerta de la cocina–. He hecho limonada.

Él alzó la vista, y se arrepintió de haberlo hecho. La excitación volvió con fuerza, como si no se hubieran separado horas antes. Ella se había duchado y se había hecho una coleta. Tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas. Tenía los labios hinchados de sus besos. Llevaba una camiseta blanca y ajustada, y unos vaqueros con piedras de colores incrustadas en la cintura. Tan joven. Tan fresca.

Y era suya.

–No, gracias –dijo. Si ella salía hasta allí, él la agarraría y no volvería a soltarla.

–¿Seguro? –preguntó Nicola, y le mostró un vaso lleno hasta el borde–. Parece que tienes mucho calor. Y lo digo en todo el sentido de la palabra.

Él se detuvo a medio camino de dar un golpe de martillo.

–¿Y qué estás haciendo? –le preguntó Nicola.

–Construir una jaula.

Él esperaba que ella le hiciera otra pregunta, pero Nicola no lo hizo. Tan solo, dijo:

–Seguro que te ha entrado mucha sed.

«Sí. Estoy sediento de ti».

–No te lo imaginas.

–Seguro que sí.

«Oh, no. No te lo imaginas».

–¿Estás flirteando conmigo?

–Claro.

Aquella confirmación estuvo a punto de matarlo.

–Vuelve dentro, Nicola. Ahora.

Ella suspiró.

–Qué autoritario. Nunca pensé que tendría una fantasía con un hombre tan gruñón, sobre todo, cuando el otro día me enfadé contigo por gruñir tanto.

Él estuvo a punto de tirar todas las herramientas e ir por ella. A punto.

Nicola entró en casa.

Segundos después, Axel salió por la puerta, con el pelo oscuro muy revuelto y los ojos azules muy brillantes, tomando el vaso de limonada que debía haber sido para Koldo. Tenía las alas plegadas a la espalda y llevaba una túnica blanca.

–Eh, ¿sabes algo de un inmortal llamado William el Oscuro? Porque, de repente, por ningún motivo en concreto, me está siguiendo la pista –dijo Axel, entre sorbitos–. Realmente, se está convirtiendo en algo muy molesto.

–No –dijo Koldo. En cuanto Axel llegó a su lado, le quitó el vaso y se bebió la limonada de un trago–. Mío –añadió.

–Qué maleducado. Alguien debería enseñarte el significado de la palabra «hospitalidad». Y «compartir». Y «bondad». Y «hermandad». Y «amistad». Y «generosidad».

–Buscaré esas palabras en el diccionario, te lo prometo –dijo Koldo, entregándole el vaso vacío–. Gracias por cuidar de Laila anoche.

Axel tiró el vaso hacia los arbustos que había detrás de él.

–Tío, esa chica tiene problemas.

–Ya lo sé.

–Seguramente, no debería haberme acostado con ella.

Koldo golpeó el clavo que iba a clavar con tanta fuerza, que partió el extremo de la tabla. No podía haber oído lo que había oído.

–¿Te has acostado con ella?

Axel pestañeó.

–¿Qué pasa? No soy un mujeriego, ni nada por el estilo. Solo era la tercera del día. Y tú me dijiste que la hiciera feliz, ¿no?

Tres mujeres en un día. Koldo solo deseaba a Nicola, y no podía imaginarse acostándose con otra mujer. Ninguna otra mujer podría calmar su dolor, ni tendría la misma dulzura ni la misma suavidad. Ninguna otra mujer gemiría de aquella forma tan embriagadora.

–¿Por qué te tiembla la vena de la sien? –preguntó Axel–. Laila no es tu mujer, ni nada por el estilo, ¿no? Te lo pregunté, pero tú no respondiste. ¿Estás pensando en un *ménage à trois* con tu mujer y su hermana? Porque no es tan bonito como lo pintan.

–No –dijo Koldo–. Laila no es mía.

Sin embargo, no sabía cómo iba a tomarse Nicola que su hermana se hubiera acostado con un Enviado que no iba a convertirse en su pareja.

–Pero si le haces daño…

–Eh –dijo el guerrero, con las palmas de las manos hacia arriba–. La libré de ese tal Blaine y le he hecho pasar un buen rato. Habían intercambiado tantas historias sobre sus examantes que los

dos estaban deprimidos. Yo le hice un favor, y fue ella la que me echó después, no al revés. Me usó y me desechó, e hizo que me sintiera sucio por dentro. Así que, por supuesto, estoy deseando que lo hagamos otra vez.

Koldo se enjugó la frente con el dorso de la mano.

–¿Y no se desmayó? –preguntó.

–Bueno, sí. La tuya también, ¿no?

–¿Y la tomaste de todos modos? –gritó Koldo.

–No, hombre, no. Primero la desperté.

Koldo cabeceó. Axel no tenía vergüenza.

–Así que estás haciendo una jaula –comentó el guerrero, y tomó un martillo–. Eso es lo que le has dicho a Nicola, ¿no?

–Deja de hacer preguntas –dijo Koldo, y apartó los ojos.

Su mirada cayó en Nicola, que estaba con su hermana en la ventana, mirando. Saludó con la mano, sin importarle nada que la hubieran sorprendido mirando.

Koldo tuvo que tragarse una maldición.

El deseo no debería doler, ¿verdad?

El lunes por la mañana, Koldo teletransportó a Nicola y a Laila a la parte trasera del edificio de Estellä. Las chicas no habían querido separarse, y a él le parecía bien la idea de tenerlas a las dos en la misma ubicación.

Se materializó en el reino natural y caminó hacia la puerta delantera.

–¿No vas a dejar el trabajo, tal y como te he pedido? –le preguntó a Nicola–. Estar aquí es peligroso.

–No.

–¿Por qué?

–Porque no siempre te tendrá a ti, pero siempre necesitará un trabajo –respondió Laila.

Él no pudo protestar. Había decidido quedarse con Nicola, pero estaba tan inseguro del futuro de la humana como del suyo.

—Muy bien —respondió él, porque no había nada más que decir. Entró en el edificio y subió al ascensor.

Había otros dos tipos en la cabina, y ambos se apretaron contra la pared contraria a él, lo más lejos posible. Él relajó su ceño fruncido para que no empezaran a pedir ayuda a gritos.

—No miréis a las mujeres, y no os pasará nada —dijo.

Al instante, ellos apartaron la mirada.

Le llegó a la nariz el suave perfume de Nicola, y su ira quedó sepultada por otro arrebato de deseo. ¿Cuándo se calmaría su cuerpo?

Nicola se apoyó en él y le susurró:

—La última vez que estuvimos juntos en un ascensor, quise olerte el cuello.

Él tomó aire con brusquedad. Realmente, Nicola iba a matarlo.

—Me pregunto cómo habrías reaccionado.

Laila fingió una náusea.

—Si seguís así de empalagosos, voy a vomitar.

Nicola le dio una palmada en el brazo, y Laila se la devolvió. Después, las dos tuvieron una pelea infantil, que terminó con un ataque de risitas.

Las puertas del ascensor se abrieron. Los hombres salieron al pasillo rápidamente, y las chicas dejaron de reírse, como si no se hubieran peleado un segundo antes. Qué bobas eran. Sin embargo, sus juegos lo relajaban. Oh, tener una compañera de juegos…

No estaba seguro de si Axel había vuelto a acostarse con Laila la noche anterior, pero ella tenía un buen color, y su paso era alegre.

Koldo quería poner la misma alegría en los pasos de Nicola.

La tomó de la mano y la acompañó hasta su despacho. Jamila estaba sentada en uno de los escritorios que había al lado, con un vestido negro y el pelo recogido en un moño. Sirena no estaba a la vista.

«Protégela», le transmitió telepáticamente a la Enviada. «Con tu vida, si es necesario».

Jamila pestañeó de la sorpresa, pero asintió.

Él anhelaba darle un beso de despedida a Nicola, pero no podía permitirse ese lujo. En cuanto notara sus labios, se convencería de que podía llevar las cosas más allá. Ya tenía los músculos contraídos y la sangre ardiendo. Le picaban las palmas de las manos.

–Volveré después –gruñó, y no esperó la respuesta de Nicola.

Ella se quedó confundida, pero aquel no era el momento idóneo para explicarle lo que pensaba. Si lo hacía, solo conseguiría empeorar las cosas.

Entró en el reino espiritual y recorrió todo el edificio, en busca de demonios y nefas. No encontró ninguna de las dos cosas.

Debería haber obligado a Nicola a dejar su trabajo, pero no quería discutir con ella. No quería que ella se preocupara por su obcecación, ni que pensara que era malo. Aquello era ridículo, claro, porque él sí era malo.

Pero quería que ella se concentrara solo en su curación.

Volvió a materializarse en el mundo natural y entró en el departamento de contabilidad. Jamila estaba exactamente donde la había dejado, y Sirena, en aquel momento, también estaba en su escritorio. Sirena significaba «seductora». Y, verdaderamente, lo era. Se había acostado con Dex, y tenía unos orígenes cuestionables.

Era hora de hablar con ella y averiguar qué se proponía.

Cuando se acercó a su escritorio, la chica alzó la vista.

–Vaya, hola, guapo.

Lo miró de pies a cabeza, deteniéndose entre sus piernas, y Koldo se sintió como un pedazo de carne.

–Me alegro de que hayas decidido volver –dijo.

Él se apoyó en la mesa con las palmas de las manos.

–¿Qué eres?

Ella sonrió, y mostró sus dientes blancos.

–¿Qué quieres que sea?

Aquella muchacha rubia de ojos azules no le tentaba en absoluto, aunque habría sido una buena elección como compañera. Era bajita, pero más fuerte que una humana, con más músculos escondidos debajo de su ropa amplia. Él no la rompería, y su salud no fallaría.

–¿Qué eres? –repitió Koldo.

–Soy la compañera de trabajo de Nicola. ¿Qué iba a ser?

–Ya sabes a qué me refiero.

–Umm. ¿Lo sé?

–Sí.

–Tal vez sí –dijo ella, después de una pausa–. Tú eres Koldo, ¿verdad? El Enviado con una voluntad férrea y un puño de acero. Llevaba mucho tiempo queriendo conocerte.

Entonces, Sirena estaba allí por él, no por Nicola. ¿La habría enviado Nox?

–Soy un Enviado, sí, pero también soy el protector de Nicola, y destruiré a cualquiera que pretenda hacerle daño.

–Bueno, pues no estás haciendo muy buen trabajo. Yo podría haberla matado en cualquier momento. Y he tenido muchas tentaciones, te lo prometo. Me ha costado resistirme.

Él sintió una rabia casi incontrolable. Notó que se le prolongaban las uñas y los colmillos.

–Has intentado hacerle daño, ¿verdad?

–Sí –dijo Sirena–, pero antes de que empieces a alardear, deberías saber que soy yo la que dio la falsa alarma sobre los demonios. Sabía que volverías aquí para investigar, una y otra vez. Y lo has hecho.

–¿Y por qué querías verme?

–Porque estamos destinados el uno al otro –dijo ella, inclinándose hacia delante y pasándose un dedo entre los senos–. Con respecto a lo que le hice a Nicola… Robé algo de dinero en su nombre y amañé algunos de sus libros de contabilidad. La habrían arrestado si Jamila no lo hubiera averiguado y lo hubiera arreglado todo. Pero no te preocupes, la próxima vez lo conseguiré.

¿Destinados el uno al otro? Agarró a la chica por el cuello y, mientras ella gritaba, la teletransportó a la cueva donde tenía a su madre. Cornelia estaba ya en la otra jaula que había construido para ella, aunque Koldo todavía no le había explicado nada a Nicola.

Lo había intentado, pero se había quedado callado. ¿Y si ella no podía comprenderlo?

Dejó a Sirena en el centro de la jaula y se teletransportó al otro lado de las rejas. Ella se giró para mirarlo con los ojos entrecerrados.

−¿Qué crees que estás haciendo?

−Te vas a quedar aquí unos cuantos días, sola. Tendrás tiempo para pensar cómo puedes aplacarme. Cuando vuelva, me dirás todo lo que quiero saber y, seguramente, mil cosas más.

Ella corrió hacia él, intentando agarrarlo a través de los barrotes.

Koldo sonrió fríamente y volvió a la oficina.

Sin embargo, no tuvo oportunidad de hablar con Nicola. Axel estaba allí, con Jamila, y los dos estaban discutiendo.

−No sé lo que tenías pensado, pero tendrá que esperar −le dijo Axel, al verlo−. He encontrado huellas de nefas fuera del edificio.

Capítulo 23

Las luces del despacho de Nicola se apagaron, aunque nadie hubiera apretado el interruptor.

Laila dejó de bailar.

–¿Ha habido un corte de electricidad? –preguntó.

–No. Es que mi ordenador está arrancando –respondió ella.

La luz volvió, y Laila siguió bailando con los cascos de su iPod puestos. Nicola miró la pila de trabajo que tenía frente a sí. Jamila y Sirena solo habían hecho la mitad de lo que le habían prometido. Eran completamente inútiles.

En la pantalla de su ordenador apareció un mensaje.

> **Dex:** ¿Qué ocurrió el sábado? ¿Quién era ese tipo?

A ella comenzaron a sudarle las palmas de las manos, pero respondió:

> **Nicola:** ¡Lo siento! Koldo es un tipo al que conocí hace varias semanas. Nunca habíamos salido juntos, pero… No importa. Es algo complicado, y sé que suena a cliché, pero de todos modos es cierto. Lo siento mucho, pero ahora estoy con él.

Aunque, aquel día, se había comportado como un idiota. Le había dado malas contestaciones y había estado de mal humor todo el tiempo y, después, se había marchado sin darle ninguna explicación.

Las luces se apagaron de nuevo. Se encendieron. Se apagaron.

–Vaya, esto es muy molesto –dijo Laila, con la voz temblorosa–. Y da un poco de miedo.

Nicola no se movió pero, de repente, alguien arrojó su teléfono móvil al otro lado del despacho. El aparato chocó contra la pared y se hizo añicos. Laila gritó y corrió hacia ella.

Nicola se dio cuenta de que eran los demonios, y sintió mucho miedo.

–Métete debajo del escritorio y mantén la calma.

Su hermana obedeció, jadeando.

–¿Y tú?

El sonido de unas risotadas y unos silbidos le llenó los oídos. Aparecieron sombras oscuras en las paredes. Sí, eran demonios. A Nicola se le aceleró el corazón al sentir los primeros síntomas del miedo, pero se resistió.

«No estoy indefensa. Tengo protección».

Se puso en pie de un salto. En un rincón se materializó una de las sombras, y se solidificó hasta que formó una mucosidad que se deslizó por su escritorio e intentó tocarle el pelo. Ella notó una brisa en la cara, y percibió un desagradable olor a huevos podridos.

Se encendieron las luces.

Se apagaron.

Volvieron a encenderse, y Nicola vio a cinco demonios muy parecidos a las serpientes del parque. Tenían los ojos verdes y brillantes y unos colmillos muy afilados, y producían una sustancia amarillenta que caía al suelo y quemaba la alfombra.

Agitaban las lenguas bífidas hacia ella.

«No estoy indefensa. No lo estoy. Tengo protección».

–Voy a tomarte de dessssayuno –dijo uno de los demonios.

–Y tu hermana ssserá el posstre –añadió otro.

Risitas.

Ella abrió la boca para llamar a gritos al Más Alto, pero la puerta se abrió de golpe y la silenció. Sirena entró blandiendo una espada larga y fina, y las serpientes retrocedieron, maldiciéndola.

–¡Fuera de aquí, demonios! Vamos –gritó ella.

El metal silbó por el aire, y las criaturas salieron disparadas hacia la derecha y la izquierda, intentando desesperadamente apartarse del camino de la hoja.

Uno de los demonios desapareció con una pequeña explosión de humo negro. Pronto fue seguido por otro. Los que se quedaron debieron de notar la determinación de Sirena, porque fulminaron a Nicola con la mirada y desaparecieron.

Sirena, entre jadeos, dejó caer la espada al suelo.

–Ya estás a salvo.

Laila se asomó por debajo del escritorio. Nicola corrió hacia ella.

–¿Estás bien, Sirena?

–Sí, gracias –respondió la chica, echándose el pelo rubio por detrás del hombro–. De veras.

–¿Cómo lo has hecho? –preguntó Nicola, que tenía una sensación muy extraña. Algo no encajaba en todo aquello–. ¿Cómo has sabido que necesitábamos ayuda?

Sirena sonrió.

–Soy como Koldo. Él me pidió que cuidara de vosotras.

¡Koldo! Después de todo, no la había abandonado.

–Me alegro de haber llegado a tiempo –añadió Sirena, con algo de tirantez–. Esas cosas son peligrosas. Son descendientes de demonios sierpe y nefas.

Nicola se puso la mano sobre el estómago.

–Gracias por ayudarnos –dijo.

Laila se puso en pie, tambaleándose. Tenía un color enfermizo en la piel, y los ojos vidriosos.

–¿Estás bien, Co Co?

–Sí, ¿y tú?

–Sí, yo también.

–Si queréis seguir así, debéis salir de aquí –afirmó Sirena–. Koldo quiere que vayáis con él. Vamos. Yo os acompañaré a su lado.

−No me gusta esto −dijo Koldo. Era demasiado fácil. Los nefas nunca eran tan descuidados con su rastro.

Axel y él habían podido seguir las huellas con facilidad, como si les hubieran dejado un reguero de migas de pan.

−¿Quieres que nos hagamos una pedicura-manicura y hablemos de nuestras opciones?

−No.

Ambos sabían que aquello podía ser una trampa y, por lo tanto, podían darle la vuelta al plan en contra de los nefas.

Koldo se dirigió a la parte trasera del edificio, y Axel lo siguió. Ambos estaban escondidos en el mundo espiritual, y nadie podía verlos. Llevaban preparadas sus espadas de fuego.

Sin embargo, cuanto más seguían aquel rastro, más se acordaba Koldo de todas las veces que había ayudado a su padre a dejar huellas falsas para otros, incluso cuando sabía que el rastreador era consciente de que todo era una trampa. A Nox nunca le había importado eso; lo único que quería era distraer a sus perseguidores.

Distraerlos, para poder robar algo de valor sin encontrar resistencia.

Koldo se detuvo, y Axel se chocó contra su espalda.

−Esto es una distracción. Quiere tenernos lejos de Estelä.

Koldo soltó la espada de fuego y se teletransportó al despacho de Nicola. Su teléfono móvil estaba hecho añicos en el suelo. Encontró un arma allí tirada, y la reconoció. Era larga y delgada, y el metal surgía de una empuñadura con la forma de una mandíbula de serpiente abierta.

Era de su padre.

Sintió rabia. El perfume dulce de Nicola estaba en el ambiente, pero también podía percibirse el repugnante olor del azufre. Allí habían estado las sierpes. Y Nicola estaba… estaba…

Su rabia se multiplicó y se volvió oscura. Se le prolongaron los dientes y se le afilaron las uñas.

Debía controlarse para encontrar respuestas. ¿Qué había ocurrido allí? ¿Dónde estaba Jamila? ¿Cómo habían conseguido los demonios sacar a Nicola del edificio? Por los destrozos que había en el despacho, debían de habérsela llevado a la fuerza. Entonces, ¿por qué no había llamado al Más Alto para pedirle ayuda? ¿Por qué no se había concentrado en sus tatuajes?

¿Acaso la habían engañado y, además, se la habían llevado a la fuerza?

Koldo sufrió tal ataque de furia que tiró de un manotazo todos los papeles y las carpetas que había sobre el escritorio. Después, arrojó el monitor al suelo, y la pantalla se rompió en mil pedazos. Finalmente, rompió la mesa y las sillas. Dio un puñetazo en la pared e hizo un agujero; después, dio otro, y otro.

«Alto. Tienes que parar. Tú ya no eres así».

Se detuvo, jadeante y sudoroso. Se dio cuenta de que estaba perdiendo el tiempo.

Respiró profundamente para recuperar la calma y el raciocinio, que era lo que necesitaba su mujer. Nicola no podía llevar mucho tiempo fuera de su despacho, puesto que él la había visto una hora antes. Sin embargo, Koldo sabía la gran cantidad de dolor que podía infligirse en aquel tiempo.

Axel aterrizó a su lado, echó un vistazo por la habitación y comprendió al instante lo que había ocurrido.

—¿Cuál es nuestro próximo plan? ¿Qué es lo que quieres hacer? —le preguntó a Koldo.

Él se pasó una mano por la cara. ¿Adónde la habría llevado Nox? Su padre era un *showman* y un fanfarrón, y era adicto a la venganza. Todo lo que no le gustaba recibía su castigo. El crimen más reciente de Koldo era haber matado a su mensajero en el parque…

Sí. El parque. La escena del crimen.

—Al parque —le dijo a Axel, y se teletransportó al lugar en el que había decapitado al hombre de su padre. Se dio cuenta de que debería haberle dicho a Axel que no lo acompañara, puesto que el

guerrero podía averiguar todo su pasado, cuál era su linaje, y contárselo a sus compañeros de ejército.

No. Eso no importaba. Él quería que Nicola estuviera a salvo, a cualquier precio.

Observó la zona y, al ver a su padre, que había estado vivo todo aquel tiempo sin que él lo supiera, notó que se le atragantaba el aire en la garganta.

Nox estaba en el centro de un montón de tierra, puliéndose las uñas, permitiendo que Koldo lo mirara. Aquel era el responsable de tantos años de tormento para él. Nox era tal y como Koldo lo recordaba: alto, fuerte, con unos ojos oscuros y perversos.

Tenía tatuado todo el cuerpo, del cuello a los pies, con imágenes truculentas de dolor y sufrimiento. Eran marcas de sus victorias. Algunas, de victorias sobre sus enemigos, y otras, de sus conquistas femeninas. Otras eran venganzas. Parecía que la sangre brotaba de los dibujos, que las cabezas rodaban por el suelo.

También tenía varios *piercings* en las cejas, dos en el labio y uno en la barbilla.

Koldo salió del reino de los espíritus para enfrentarse a su peor pesadilla y salvar a la mujer más dulce que había conocido.

—¿Dónde está?

Su padre lo miró con una fea expresión de triunfo.

—Vaya, qué guapo estás.

Su voz era grave y ronca.

Odiosa.

El único motivo por el que Nox nunca le había afeitado la cabeza a Koldo, nunca le había hecho perforaciones en la cara ni le había tatuado el cuerpo era que aquellos rasgos se consideraban algo admirable entre los nefas, y Koldo no se había ganado aquel derecho.

—Deberías estar muerto —dijo Koldo.

En los labios de Nox se dibujó una sonrisa llena de petulancia.

—Ah, ¿te refieres a ese patético intento de asesinarme, hace tantos años? Te vi venir y me teletransporté. Tu lluvia de fuego ni

siquiera me rozó.

—Tu gente no puede decir lo mismo. Los dejaste abandonados, preferiste salvarte antes que quedarte y avisarlos.

La petulancia dejó paso a la ira.

—Tú eres el culpable de sus muertes, no yo. Tú eres el culpable de que haya tenido que pasarme todo este tiempo reconstruyendo mi pueblo. He estado haciendo planes, y esperando. Sabía que no podía hacerle daño a un hombre que no tenía nada que perder.

Koldo se llenó de furia al oír a su padre explicar con tanta claridad sus pretensiones. Quería hacerle daño a Nicola para hacerle daño a él. Y Nox nunca hacía amenazas vanas.

—¿Dónde están las chicas?

—Ya llegaremos a eso.

Axel apareció junto a Koldo y plegó las alas.

Nox sonrió lentamente.

—Vaya, has hecho un amigo. Qué agradable. Pero eso solo significa que hoy habrá más sangre derramada.

Los seres humanos pasaban por allí y, al verlos, aceleraban el paso.

—Ah. Ese nefas tan feo cree que va a ganar —dijo Axel—. Sería enternecedor si no resultara tan idiota. Seguro que eres un llorón, ¿verdad? Seguro que lloras cuando te dan latigazos. Lo noto.

—Las chicas —insistió Koldo.

—Están aquí.

Koldo se volvió hacia la izquierda, y vio a Sirena salir de una nube de humo negro, tirando de Nicola y de Laila.

Las chicas estaban atadas, muy pálidas y temblorosas. Sirena tiró brutalmente de las cuerdas, y ellas se tropezaron y cayeron de bruces al suelo. Nicola tenía un hematoma en la mandíbula, pero parecía que Laila estaba indemne. Ambas tenían la boca tapada con un trozo de cinta aislante y, mientras que Laila lloraba, Nicola irradiaba ira y determinación.

Nicola lucharía. Lucharía hasta su último aliento.

Koldo sintió una mezcla de furia y de culpabilidad. Debería haberla protegido, pero había fallado. Se castigaría a sí mismo por ello.

–¿Cómo? –preguntó.

Sirena se enorgulleció y se atusó el pelo.

–Yo también puedo teletransportarme, como tú. Me sorprende que no te hayas dado cuenta.

Así que Sirena podía teletransportarse. No era calva, pero podía producir humo negro. Claramente, era nefas, pero debía de ser mestiza, como él. Su otra mitad no era ángel, porque no tenía alas, ni espada de fuego.

–Qué conmovedor –dijo su padre–. Mis únicos hijos se llevan muy bien. Es maravilloso.

Axel, que había permanecido junto a Koldo, se quedó rígido al oírlo.

Koldo también. ¿Los únicos hijos de Nox? Koldo estudió atentamente a Sirena. Era rubia y de baja estatura, y tenía los ojos azules. Él era alto, moreno, de ojos dorados. Sin embargo, se dio cuenta de que sus rasgos tenían parecido. Ambos poseían unos pómulos altos, la misma nariz y la misma barbilla fuerte.

Tenía una hermana.

–Te daré una oportunidad –le dijo Nox. Mientras hablaba, los cinco demonios serpiente salieron de la tierra y se deslizaron hacia él–. Para arreglar las cosas entre nosotros. Únete a Sirena y continúa mi linaje. Si no aceptas, mataré aquí mismo a tu mujer, después de jugar un rato con ella.

Seguramente, aquello era un truco.

–¿Quieres que me una a mi hermana de sangre?

–Te lo exijo.

Koldo apretó los dientes.

–Sirena es deliciosa –añadió Nox, dándole una palmada en las nalgas–. Disfrutarás con ella. Yo disfruté.

Repugnante. «Y yo llevo su sangre».

–¿Te parece bien esto? –le ladró a Sirena.

–Sí –le dijo ella, y se inclinó sobre Nicola. Le dio un beso en la cinta que le tapaba la boca, mientras Nicola intentaba volver la cabeza para evitarlo. La intención de Sirena estaba bien clara: quería el alma de Nicola. No apartó la vista de Koldo–. Llevo prometida contigo desde que nací, y voy a conseguirte de un modo u otro. Lo que les pase a las humanas depende de ti.

Otros cinco nefas se acercaron al grupo, armados hasta los dientes con pistolas y cuchillos. Eran guerreros. Y había dos demonios con ellos: los que ocupaban el hombro izquierdo y derecho de Nicola antes de que Koldo los ahuyentara. Ambos estaban sonriendo.

«Voy a teletransportarme detrás de las chicas, y las empujaré hacia ti», le dijo Koldo a Axel, telepáticamente. «Agárralas y llévatelas volando a un lugar seguro. Yo me quedaré aquí para luchar».

Esperaba resistencia por parte de Axel. Después de todo, el guerrero acababa de saber que era un medio nefas, la raza más vil que había sobre la tierra.

Sin embargo, Axel respondió:

«Tío, será mejor que sobrevivas. No hay forma de que yo me quede mucho tiempo con estas dos señoritas… sin hacer una fiesta del sexo».

–¿Qué decides? –le preguntó Nox.

Las serpientes avanzaron hacia las chicas y les acercaron la boca a los oídos, para empezar a susurrarles la toxina del miedo. Ellas experimentarían un terror muy grande, y ese terror abriría sus mentes y las dejaría expuestas a un ataque más brutal. ¿Serían lo suficientemente fuertes como para resistir?

Sirena le dio otro beso a Nicola y sonrió.

–Me quedaré con ella –dijo Koldo, aunque no especificó con cuál.

Nicola se estremeció, y Laila rompió a sollozar.

Sirena se irguió.

Nox asintió con satisfacción, pero dijo:

–En realidad, no te creo, pero no importa. No vas a salir de aquí hasta que esté hecho. Después, recibirás tu castigo por matar a mi gente.

–No. Las cosas no van a ser así.

Koldo se teletransportó detrás de las chicas y las separó de Sirena con su propio cuerpo. Inmediatamente, las serpientes se pusieron en acción y le hundieron los colmillos en los brazos.

Él sintió un tremendo ardor en las venas, causado por el veneno.

En cuanto las criaturas se retiraron para volver a atacar, le arrojó a las dos chicas a Axel, que las agarró con fuerza. Él ángel extendió las alas y se elevó por el cielo, dejando a Koldo solo con una horda de nefas furiosos.

Capítulo 24

—No deberías haber hecho eso –dijo Nox, llevando la mano a la empuñadura de la espada que tenía amarrada a la espalda–. Yo estaba dispuesto a ser agradable. Ahora, ya no tanto.

Sirena sacó dos espadas cortas.

Los cuatro guerreros nefas desenfundaron sus armas.

Los demonios mostraron sus garras.

–Deberíamos hacer esto en un lugar más privado –dijo Koldo.

–No –respondió su padre.

Bien. Koldo extendió el brazo e hizo surgir la espada de fuego. Las llamas azules y amarillas crepitaron en el aire. Iba a luchar contra sus enemigos en el reino espiritual y en el natural. No era lo más favorable, pero tampoco era imposible.

La mayoría de humanos del parque se quedaron aterrados al ver aquel despliegue de armamento. Algunos salieron corriendo, pero unos pocos se sentaron en el suelo, como si se tratara de una actuación teatral vespertina.

Los nefas se situaron a ambos lados de Koldo, y los demonios lo atacaron. Él movió la espada a la derecha y a la izquierda, intentando golpear a su padre en primer lugar. Sin embargo, Nox se teletransportó a varios metros de él y consiguió evitar el golpe. Al mismo tiempo, los demás lo atacaron, y Koldo se agachó varias veces, pero no pudo evitar todos los intentos: recibió un impacto en el brazo, en el costado y en la pierna.

Una bala le rozó el hombro, y aquel aguijonazo le hizo silbar de dolor. Sangrando, se teletransportó detrás de Nox, blandiendo la espada. Sin embargo, su padre lo notó y se teletransportó también, dejando en una posición vulnerable a tres de sus hombres. La espada atravesó sus cuerpos, y los tres cayeron al suelo sin vida.

Uno de los demonios atacó con el ala, pero falló. Koldo se teletransportó al otro lado y decapitó a un nefas. Sin embargo, los demonios estaban familiarizados con su modo de luchar, y previeron su aterrizaje.

Cuando él estaba ocupado abatiendo su espada sobre otro, los demonios volaron hasta él y le dieron sendas patadas en la cara. Él se cayó hacia atrás; la multitud que lo estaba presenciando emitió exclamaciones de admiración.

Sirena apareció tras él y lo sujetó antes de que pudiera erguirse. Sin embargo, en vez de apuñalarlo, tal y como esperaba Koldo, se estrechó contra su cuerpo y le clavó las uñas en el cuello. Aquellas uñas inyectaron un líquido ardiente en sus venas. Él notó su aliento caliente en la piel, cuando ella le dijo:

—Voy a pasarlo muy bien haciendo trizas a tu mujer y succionándole el alma —entonces, le lamió la mejilla con una lengua caliente y larga—. Tú eres mío, no lo olvides nunca.

Mientras ella hablaba, las serpientes enroscaron sus colas alrededor de los tobillos de Koldo y tiraron con fuerza. Sirena y él cayeron hacia atrás, y los demonios comenzaron a pegarle puñetazos y patadas, mientras los nefas aparecían y desaparecían, golpeando también. Sintió picotazos en todo el cuerpo. Intentó sentarse, pero los demonios le clavaron las garras. Él se lo permitió: quería que se acercaran lo máximo posible a su espada. Ellos lo arañaron y lo mordieron, perdidos en su sed de venganza, sin darse cuenta de que él estaba alzando su arma.

Consiguió matar a tres antes de que Sirena recuperara la compostura y se acercara de nuevo a él, acompañada por Nox. Sin embargo, cuando ella alzó los brazos para golpearlo y se puso en peligro a sí misma, Nox la empujó para apartarla. Ella se chocó

contra dos demonios, y los tres cayeron al suelo, lejos del alcance de la espada de Koldo. Sin embargo, Koldo mató a los demonios que estaban a sus pies. Se derramó una sangre negra. La hierba chisporroteó.

Nox le dio una patada en un costado.

Koldo rodó por el suelo para evitar la segunda, pero vio un brillo metálico por el rabillo del ojo. Uno de los nefas estaba levantando una espada para decapitarlo. De nuevo, Koldo rodó por el suelo y se teletransportó a pocos metros detrás de su padre. Giró sobre sí mismo blandiendo la espada de fuego, y su punta tocó el hombro de Nox, dirigida a su cabeza, justo antes de que su padre se teletransportara.

Oyó un fuerte aleteo y alzó la cabeza. Vio a Malcolm y a Magnus, que aterrizaban a pocos metros de él, junto a Jamila. Empezaron a oírse gruñidos y choques de metal. Koldo vio que los Enviados estaban enzarzados en peleas: Malcolm y un nefas. Magnus y un nefas. Jamila y Sirena. Los nefas podrían haberse teletransportado para librarse de aquello, pero Koldo sabía que eran muy tercos. Sabía que disfrutaban quedándose todo el tiempo posible en la batalla, infligiendo todo el daño que podían, y que solo huían cuando había una verdadera amenaza de muerte.

Las serpientes estaban huyendo lo más rápidamente posible.

Nox no había vuelto.

Malcolm atacó con unos guantes metálicos llenos de pinchos, y el nefas con el que estaba luchando sufrió heridas, en forma de agujeros, por todo el cuerpo. El hombre comenzó a caminar tambaleándose, y Malcolm lo siguió ansiosamente. Sin embargo, Magnus se adelantó a su hermano y decapitó al nefas con su látigo, antes de que la criatura pudiera teletransportarse.

Los dos se hicieron un gesto de aprobación por el trabajo bien hecho.

Obviamente, Jamila era menos fuerte que Sirena, y estaba recibiendo más golpes de los que daba. Koldo sacó una daga de una

bolsa de aire y se teletransportó detrás de su hermana… ¡Su hermana!

La agarró y alzó el arma con intención de clavársela. No iba a perder el tiempo con amenazas. Ella gruñó de rabia y de frustración, y se teletransportó. El único nefas que quedaba desapareció segundos más tarde.

El sonido de las sirenas de policía captó la atención de Koldo.

La multitud seguía mirándolos, pero sus sonrisas se estaban transformando en gestos de confusión. Los aplausos se acallaron cuando los espectadores se dieron cuenta de que aquello no era una actuación.

Koldo y los demás Enviados recogieron los restos de los muertos y los lanzaron a bolsas de aire. Después, entraron en el reino espiritual. Mientras la policía llegaba a la zona, los espectadores se levantaron llenos de desconcierto, y los Enviados se miraron.

—¿Cómo sabíais dónde estaba y qué necesitaba? —preguntó Koldo.

—Nos lo dijo Axel —respondió Malcolm.

¿Y qué más les había mencionado Axel? Esperó, pero nadie más le dio información.

—Gracias —les dijo, y se volvió hacia Jamila—: ¿Por qué no estabas en Estellä?

Ella alzó la barbilla.

—Esa pequeña bruja de Sirena me teletransportó a una cueva y me metió en una jaula. Yo no puedo teletransportarme, y tuve que pedir ayuda.

—Necesitaba que estuvieras con Nicola —dijo él, aunque sabía que no podía culpar a Jamila por cómo habían resultado las cosas. Sin embargo, en aquel momento, Koldo no podía ser racional.

—Bueno, pues es una pena —dijo ella—. Nicola Lane es responsabilidad tuya, no mía.

Eso era cierto.

—Ella no va a volver a poner los pies en Estellä Industries —dijo.

Se aseguraría de que fuera así. Y, si Nicola protestaba, no le haría caso. Resolvería su desencuentro, tal y como hubiera debido hacer antes de que ocurriera todo aquello.

–A partir de ahora, yo me encargaré de todo.

Koldo se teletransportó a su casa de Panamá… O, más bien, trató de hacerlo. Permaneció en el mismo lugar. Frunció el ceño y lo intentó de nuevo, pero tampoco pudo moverse.

¿Qué le ocurría? Había sufrido los mordiscos de las serpientes, y los nefas lo habían apuñalado, arañado y disparado. Sin embargo, ya había soportado aquello más veces, y no había habido consecuencias. La única diferencia era… Sirena. Ella le había inoculado algo en las venas.

Si perdía su capacidad de teletransportarse…

No pudo terminar aquel pensamiento sin soltar un aullido. No, no. El veneno se diluiría. Iba a recuperarse.

Tenía que recuperarse.

Sin embargo, si había deseado un castigo, ya lo tenía.

Por lo menos, sabía cuál era el plan de Nox, y sabía cuál era el objetivo de Sirena. Sabía que los nefas y los demonios estaban trabajando juntos. Y sabía que los demonios de Nicola habían vuelto al ataque para quedarse con ella.

–Llévame a Panamá –le pidió a Malcolm, con vergüenza. Detestaba tener que depender de otro para su transporte.

–Vaya, eres muy amable –murmuró Malcolm, pero se acercó a él y lo agarró–. Estás en deuda conmigo por esto.

–Sí, lo sé.

Así eran las cosas en su mundo. Solo se preguntó si Nicola lo encontraba tan desagradable como Malcolm.

Las alas blancas y doradas del ángel le provocaron a Koldo un arrebato de envidia. Al instante, estaban en el aire, y el viento les azotaba la piel y el pelo. Koldo cerró los ojos y fingió que era él quien volaba. Que estaba completo y sano.

Que tenía todo un futuro por delante.

Koldo llegó al rancho en brazos de otro hombre. Un magnífico hombre asiático con el pelo verde, los ojos plateados y el cuello lleno de tatuajes de huesos. Pero… vaya, era guapísimo, aunque diera mucho miedo.

Nicola estaba desesperada por tener noticias de Koldo, y no había podido dejar de pasearse por el salón, mientras Axel y Laila permanecían sentados en el sofá. Si alguien podía ganar aquella batalla desigual, era Koldo.

Koldo, que había prometido que se casaría con Sirena, su espantosa hermana.

Koldo, que nunca mentía.

—Ha perdido el conocimiento a medio camino —dijo el ángel.

—Ponlo… —dijo Axel.

Sin embargo, Nicola lo interrumpió.

—Déjalo en mi cama —dijo ella, y se apresuró a mostrarle el camino al recién llegado.

—No me dejes aquí sola, Co Co —gimió Laila.

Ella miró hacia atrás, y vio que su hermana se acurrucaba en un extremo del sofá para alejarse todo lo posible de Axel.

—¡Y tú, no me toques! —le gritó al ángel—. ¡No quiero tener nada que ver con ninguno de tu raza!

Axel se encogió de hombros y se marchó a la cocina.

—¿Quieres tener algo que ver con un *muffin*? Yo me muero de hambre.

Nicola se debatió entre volver con su hermana y reconfortarla, o quedarse con Koldo. Al final, gritó:

—Nadie te va a hacer daño, La La, te lo prometo.

El ángel depositó a Koldo sobre el colchón.

—¿Qué le han hecho? —preguntó ella, mientras entraba al baño para humedecer una toalla y tomar todas las cremas y limpiadores que Koldo le había llevado de su casa.

—Es la guerra.

Ya, bueno. Entonces, se lo preguntaría después a Koldo. Cuando se despertara.

—Dame un cuchillo —le dijo al ángel.

—¿Para qué? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—Para poder cortarle la túnica y curarle las heridas. ¿Para qué iba a ser?

—Para matarlo —dijo él.

—¡Yo nunca le haría daño! Estamos saliendo.

O, más bien, estaban saliendo antes de que Sirena dejara claros sus objetivos.

—Me alegro, pero quiero que sepas que te haré mucho daño si tú le haces más daño a él.

Y, con aquello, el ángel le entregó una daga. No salió de la habitación; se cruzó de brazos y esperó.

Nicola cortó la tela desde el centro de la túnica, pero, cuando llegó al bajo de la prenda, la tela había vuelto a unirse.

—Ayúdame —ordenó.

El guerrero frunció los labios, como si no le gustara que le dijeran lo que tenía que hacer.

—Creo que tu hombre va a deberme otro favor.

¿Otro?

—Yo te pagaré ese favor, ¿qué te parece?

—Tú no tienes nada que yo desee.

Entonces, el ángel se inclinó y rasgó en dos la túnica. Después, sacó la tela de debajo del cuerpo de Koldo.

—Entonces, ¿por qué me has ayudado?

Ella dejó caer la daga y tomó la tela de manos del ángel, antes de que él la tirara. Envolvió la cintura desnuda de Koldo con ella. Él tenía el cuerpo lleno de marcas de mordiscos, de cortes, de hematomas y de arañazos. En el cuello tenía cuatro diminutas heridas en forma de media luna, que se habían infectado y se habían puesto negras.

—Ya te lo he dicho: tu hombre me deberá otro favor.

—¿Cómo te llamas?

–Malcolm.

Nicola fue limpiando las heridas, una por una, especialmente las del cuello de Koldo. Allí, la piel se abrió y comenzó a supurar pus. Sin embargo, aquello no podía ser una infección, puesto que no había pasado tiempo suficiente. Tenía que ser… ¿veneno?

Fue a echar mano de la daga.

Malcolm la agarró de la muñeca y la detuvo.

–Sabía que harías algún intento.

Entonces, ¿para qué le había dado el puñal? ¿Para ponerla a prueba?

–Mira, voy a abrirle las heridas para…

Él le apretó las muñecas y estuvo a punto de astillarle los huesos.

Nicola gritó de dolor.

Al instante, Axel apareció en el dormitorio y separó a Malcolm de Nicola.

–¿Qué estás haciendo, tío? –le preguntó.

–¡Quiere cortarle el cuello!

–Por un buen motivo –dijo Nicola, con un suspiro–. Quiero drenarle las heridas y, para eso, tengo que abrírselas más. Tendré mucho cuidado.

–No has visto a Koldo babeando detrás de esa mujer –le dijo Axel a Malcolm, mientras lo empujaba hacia la puerta–. Si lo hubieras visto, sabrías que él quiere tener sus manos encima, donde sea. No importa lo que ella quiera hacerle.

¿Babeando tras ella? Ojalá.

–¿Por qué no os marcháis de aquí? Me estáis distrayendo, y necesito concentración. Tal vez no sea médico, pero he visto todos los capítulos de *House*. Estoy bastante segura de lo que hago.

Nicola no supo si obedecían o no. Se colocó junto a la cintura de Koldo, se inclinó hacia delante y alzó el cuchillo.

Capítulo 25

Koldo intentó salir de la oscuridad hacia la luz. Aunque estuviera paralizado y tuviera la mente en blanco, percibía las cosas. Notaba unas manos suaves que lo acariciaban y calmaban el dolor y el escozor de las heridas. En cuanto dejaron de tocarlo, sintió una punzada de furia, y eso le dio las fuerzas necesarias para dar un respingo y moverse.

Abrió los ojos, pero tenía la vista nublada. Pestañeó y, poco a poco, todo empezó a aclararse. Vio el brillo de un cuchillo, y a una mujer alzando aquel cuchillo sobre su cuello.

Su madre. Cornelia se había escapado e iba a matarlo mientras estaba vulnerable.

Gruñó y dio un golpetazo a la mujer en el brazo. El cuchillo salió volando, y ella gimió de dolor.

Y Koldo reconoció aquel gemido. No era de su madre.

¿Nicola?

Intentó sentarse, pero unas manos fuertes, grandes y encallecidas sustituyeron a las manos suaves, y lo obligaron a permanecer tumbado.

—No quería hacerte daño —dijo la mujer.

Sí, era Nicola. Su Nicola.

¿Estaba hablándole a él, o había otra persona en la habitación?

Por supuesto que había alguien en la habitación. Las manos que lo habían sujetado eran de un hombre. Recordó las amenazas contra Nicola que había hecho su padre…

Koldo forcejeó contra quien lo estaba manteniendo en su sitio. Consiguió agarrarle los brazos, unos brazos de acero, y se removió con todas sus fuerzas. Hubo un ruido atronador, y una nube de yeso en el aire.

–Tranquilo, tranquilo –dijo el hombre.

Otra voz que reconocía. No era la de su padre, pero tampoco era la de Nicola, así que no le importó. Koldo quería llegar a ella, y haría cualquier cosa por conseguirlo. Golpeó y golpeó y, finalmente, el hombre dejó de sujetarlo. Sin embargo, agarró algo suave… plumas. Y tiró.

Se oyó un aullido de dolor.

Un peso suave aterrizó sobre él. Intentó quitárselo de encima, pero percibió el olor suave de Nicola.

–Cálmate –le dijo ella, acariciándole la mandíbula–. Tienes que calmarte, ¿de acuerdo?

–¿A salvo?

–Sí, estamos a salvo. Estamos en tu casa de Panamá.

Entonces, él se relajó sobre la cama, la abrazó y la estrechó contra sí, inhalando su olor a canela y vainilla.

–Ahora tengo una calva –dijo uno de los hombres. Axel–. Eso es un horror.

–Yo tengo una espina dorsal rota –respondió el otro con un gruñido. Malcolm.

–Como si lo tuyo fuera peor. Tal vez no puedas andar nunca más, pero por lo menos estás guapo.

–¿Crees que yo soy guapo?

–Creo que estás a punto de recibir una puñalada en el corazón.

Pasos. Los pasos de dos personas que se marchaban de la habitación. Después de todo, no parecía que Malcolm hubiera perdido la capacidad de andar.

–Quédate –le dijo Koldo a Nicola.

–Sí –susurró ella–. Ahora, descansa.

Koldo no podía negarle nada, y volvió a sumirse en la oscuridad.

La luz penetró en su conciencia. Koldo se alegró, aunque la luz estuviera acompañada de dolor. Estaba habituado a sufrir. Sin embargo, en cuanto trató de recobrar el conocimiento por completo y oír la voz de Nicola, que lo calmaba y le deleitaba, algo lo devolvió a la oscuridad.

No supo cuánto tiempo transcurría.

La luz volvió a intentarlo, y lo elevó más y más alto.

—¿Estás seguro de que no se va a casar con ella? —preguntó Nicola.

—Segurísimo —dijo Axel.

—Pero él no miente.

—No mintió.

—¡Arrg! ¿Cómo es posible eso?

—Pregúntaselo a él.

Oscuridad.

Luz.

—…y todos los Enviados que han venido a verte. He estado cocinando para ellos, y voy mejorando —dijo ella, y una suave risa le acarició los oídos—. Nunca queda ni una miga, y yo…

El volumen bajó antes de que ella pudiera terminar, y volvió la oscuridad.

¡No! No. Él quería oír sus palabras… Quería oír todo lo que ella tuviera que decir.

La próxima vez que apareció la luz, oyó:

—Estoy aprendiendo unas cosas muy interesantes sobre ti. Antes tenías pelo, pero un día, hace muy poco, apareciste sin él. Antes no hablabas casi nada. Magnus dice que había que sacarte las palabras con unas tenazas, pero que ahora hablas más de lo que sería deseable. Eso lo ha dicho él, no yo. Elandra dice que te encanta ir de compras, a comprar sujetadores y bragas. Estoy bastante segura de que bromeaba.

Él apretó los dientes y, con un rugido, rompió la cuerda que lo mantenía atado a la oscuridad. Abrió los ojos.

Al contrario que la primera vez, no había neblina. Vio a Nicola sentada a su lado, con una expresión calmada y no de preocupación, con el pelo recogido y brillante, y vestida con ropa bonita y arreglada. Y ella le quitó el aliento.

Koldo percibió un sabor a menta. Nicola debía de haberle lavado los dientes. Aunque tenía el brazo débil y tembloroso, consiguió alzarlo y tirarle suavemente de las puntas del pelo. Ella jadeó de la sorpresa, y lo miró a los ojos. A Koldo volvió a cortársele la respiración. Aquellos ojos… una tormenta de verano.

—Te has despertado —dijo ella, y le puso la mano sobre la frente—. Y no tienes fiebre.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? —preguntó él, con la voz ronca. Se miró; estaba desnudo, con una sábana sobre la cintura.

—Tres días.

De nuevo, había perdido tres días por culpa de su padre. Recordó su lucha con los nefas, y la llegada de los Enviados para respaldarlo. Recordó también que no era capaz de teletransportarse. ¿Habría recuperado esa capacidad? Quería intentarlo, pero no quería dejar a Nicola. Además, sabía que sería mejor esperar hasta haber recuperado las fuerzas. Si fallaba en aquel momento solo porque estaba débil y no había conseguido expulsar todo el veneno, perdería un tiempo y una energía muy valiosos.

—Ah, y se me olvidaba, Axel me ha dicho que ha estado cuidando de tu secreto del patio.

Su madre. La tensión de Koldo aumentó.

—Yo no quería separarme de ti, así que no he investigado todavía en el patio, cosa que voy a hacer, no quiero mentirte. Así que lo mejor será que me cuentes tú mismo qué es ese secreto —dijo Nicola.

Antes, él quería que lo supiera, pero… en aquel momento no. Se lo contaría cuando estuviera más fuerte.

—No es nada que te concierna —dijo, con la voz ronca.

–¿No confías en mí? –preguntó Nicola, en un tono dolido.

–Confío en ti más de lo que confío en ningún otro, pero no tiene nada que ver. ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo?

Pasó un momento. Después, ella suspiró, y dijo:

–He estado cuidándote, y atendiendo a tus amigos. He estado feliz y calmada. ¿Y sabes una cosa? En el fondo, sabía que te ibas a curar. ¡Como yo! Ahora, yo también estoy mucho más fuerte. ¿A que es maravilloso?

–Maravilloso –repitió él.

Si ella estaba mejor…

Entonces, ella se giró hacia la mesilla de noche y tomó un vaso lleno de agua.

–¿Sabes? Has hablado mucho en sueños.

Koldo se puso tenso.

–¿Sobre qué?

Ella respondió con una mirada de tristeza.

–Sobre una madre que te arrancó las alas y sobre un padre que te tiró a un pozo lleno de serpientes. Me habías contado que fueron malos contigo, pero no me había imaginado hasta qué punto –dijo, y le puso una pajita en los labios–. Bebe.

Koldo obedeció. No sabía qué otra cosa podía hacer. Se le encogió el estómago al recibir el líquido frío, y estuvo a punto de rechazarlo. Tal vez aquel fuera el mejor momento para hablarle de su madre, después de todo.

–Me gustaría contarte algo de mi pasado –sugirió ella–. Así, estaríamos a la par.

Él asintió, intrigado y sediento de más información sobre Nicola. Cualquier información.

–Bueno… Hace varios años, mis padres y mi hermano pequeño murieron en un accidente de tráfico. Un conductor borracho los embistió.

Él ya lo sabía, pero el tono de dolor de su voz le afectó mucho.

–Robby no debía estar con ellos aquel día. Iba a quedarse con Laila y conmigo, pero ella quería salir con unos amigos, y yo quería

acompañarla para asegurarme de que no se pusiera mala. Así que convencimos a nuestros padres para que se lo llevaran a la cena a la que iban.

—Tú no podías saberlo —dijo él.

Sin embargo, estaba claro que Nicola se culpaba a sí misma, y aquella era una carga muy pesada. Ojalá él pudiera quitársela de los hombros. Sin embargo, no podía. Solo podía hacerlo ella misma. Y, si no lo hacía, si no lo conseguía, aquel peso terminaría por aplastarla.

Eso, Koldo lo sabía por experiencia propia.

—Ahí está el quid de la cuestión. Sí lo sabía. Tenía un presentimiento. Sabía que debía quedarme con Robby, y creo que Laila también lo sabía. Pero ella es como es; está decidida a vivir el presente, sin mirar atrás. No quiere recordar nuestro papel en la muerte de Robby.

—Ni tú tampoco.

—Ya lo sé. Durante años, intentamos fingir que no existió. Creo que para nosotras era más fácil. Sin embargo, también era una injusticia hacia él, y mi hermano se merecía algo mejor. Ahora lo sé.

—Tienes que perdonarte a ti misma. ¿No es eso lo que siempre me dices a mí? —dijo Koldo. Entonces, lentamente, alzó el brazo y le pasó la mano por la nuca. La atrajo hacia sí para besarla, pero ella se resistió.

—Sé que no te has casado con esa chica —dijo ella—. Axel me lo dijo. Pero le dijiste al hombre de los tatuajes que ibas a hacerlo, y tú nunca mientes.

¿Acaso estaba celosa? En realidad, a Koldo le gustó aquella idea.

—Tienes razón acerca de lo que dije: «Me quedaré con ella». Él pensó que estaba hablando de Sirena, pero yo estaba hablando de ti.

Nicola abrió unos ojos como platos.

—¿Quieres casarte conmigo?

¿Quería? No. No podía hacerlo. Estaba demasiado corrompido.

—Quedarse con una mujer no es lo mismo que casarse con ella.

—Ah —dijo Nicola, y se le hundieron los hombros.

Entonces, él la estrechó contra su pecho. Ella apoyó la cabeza en su pecho.

–¿Estás decepcionada? ¿Por qué?

–¿Yo? No. Me alegro de que las cosas funcionaran entre nosotros.

–¿Porque soy mejor que el último hombre con el que saliste?

–Mucho mejor –dijo ella, jugueteando con el extremo de su barba–. Ojalá pudiera preguntarte yo a ti por tu última cita. Para saber en qué puesto estoy.

–No necesito tener experiencia para decirte eso. Sé que eres la única para mí, por pura observación.

–¿Y qué es lo que has observado? –preguntó ella. Al menos, su tono de voz se había vuelto más ligero.

–Durante muchos siglos, he oído decir a muchas mujeres que un hombre tenía que aceptarla tal y como era, o que no la merecía. Pero, si es una mentirosa, o una cotilla, o es cruel con los demás, o se enfada a menudo, creo que él no debe aceptarla. Está mejor sin ella.

Nicola se rio suavemente.

–Eso es una buena observación, pero también es cierto en el caso de los hombres.

–Sí.

–Entonces, ¿cómo sabes que yo no soy ninguna de esas cosas?

–Te he visto con tu hermana, y siempre pones tus necesidades por detrás de las suyas. Has pasado tiempo con Axel, pero no lo has asesinado, cosa difícil para cualquiera. Y conmigo eres… buena, cariñosa, dulce, pensativa, considerada, compasiva…

Ella se echó a reír.

–Básicamente, todas esas palabras significan lo mismo.

–Bella, exquisita, deslumbrante, encantadora, atractiva…

–Así que me deseas, ¿eh? –preguntó Nicola, con la voz ligeramente enronquecida.

–Sí.

Con todas sus fuerzas.

−Bien, porque ya me tienes. Por completo. He dejado mi trabajo y, ahora, tú eres mi pareja oficial.

Eso también le gustaba. Mucho.

−Bueno, entonces, tendré que empezar a hacer las cosas adecuadamente.

Le tomó las mejillas entre las manos y le inclinó la cabeza hacia atrás para besarle los labios. Ella se estremeció al notar el beso.

Inmediatamente, abrió la boca para recibirlo.

Él mantuvo una presión suave y fue recuperando, poco a poco, su dulzura, intentando contener la avalancha de deseo que sentía.

Aquella era Nicola. Cada momento tenía que ser perfecto.

Sin embargo, ella gimió con un sonido embriagador, y comenzó a acariciarle la barba, y todo el dominio de Koldo desapareció. Se apartó la sábana del cuerpo y rodó por la cama, y se tendió sobre ella.

Le quitó la goma de la coleta y extendió su pelo pelirrojo por la almohada. Lo único que podía hacer era mirarla. Había querido verla así durante mucho tiempo, y allí estaba, más bella de lo que él hubiera podido imaginar nunca.

−¿Qué? −preguntó Nicola, moviéndose debajo de él.

−Eres… mía. Eres mía −dijo, y volvió a besarla.

Ella le devolvió toda su intensidad. Le exploró el pecho, los hombros y la espalda con las manos, arañándolo delicadamente con las uñas.

−Lo siento. Lo siento −dijo de repente, con un jadeo de horror−. Estás herido, y yo…

−No pares.

Nicola le besó todo el cuello.

−De acuerdo.

−¿Tienes un afecto especial por tu camisa?

−No.

Entonces, él rasgó la tela en dos partes, y pudo ver la ropa interior de encaje blanco que llevaba Nicola, y su estómago suave y

plano, del color de la nata más exquisita. Tenía pequeñas pecas por la piel.

Él siempre había detestado las pecas, pero ¿aquellas pecas? Eran maravillosas. Sobre el cuerpo de Nicola, eran un mapa que quería seguir, que quería lamer de un lado a otro.

—¿El sujetador? —preguntó, enronquecido.

—A ti te gusta destrozar la ropa, ¿no?

—¿El sujetador? —insistió Koldo.

—Deshazte de él.

Y Koldo obedeció. Se deshizo del sujetador, y tuvo a Nicola desnuda ante sí; al verla, sintió tanto deseo que le temblaron los músculos y los huesos. Toda su alma gritó: «Sí, esta es la mujer para la que fui creado». La mujer que siempre lo apoyaría, que nunca lo destrozaría.

Ya nunca sería el mismo.

El olor a canela y a vainilla de Nicola lo envolvió y se le metió por los poros de la piel. Ella también lo había marcado con su esencia, y se habían convertido en las dos mitades de un todo.

Nicola lo miró con deseo.

—Te has quedado embobado —susurró.

—Lo siento —dijo él. Después, se corrigió—: No, no lo siento. Me gusta mirarte.

—Bueno, pues me alegro.

—Quiero estar contigo, Nicola.

—Yo también lo deseo.

Entonces, él le acarició la nuca.

—Tendré mucho cuidado.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No quiero que seas cuidadoso.

—Pero eso es lo que vas a tener —replicó él. Y se aseguraría de que le gustara, costara lo que costara.

La exploró, y cada punto de contacto lo adentraba más y más en un mar de necesidad, hasta que estuvo a punto de ahogarse de desesperación. Sin embargo, Koldo sabía, en el fondo, que cada uno

de sus actos era una declaración de amor por ella. Era la mujer a la que quería tener a su lado; era todo lo que necesitaba.

Le quitó el resto de la ropa, maravillándose a cada nuevo descubrimiento, y extendió su esencia por todo su cuerpo, sin dejar un solo centímetro intacto. Toda su piel brilló con más intensidad.

—Koldo —susurró ella—. Estoy ardiendo.

—Es la esencia, dulce Nicola.

Ella lo miró de pies a cabeza, y susurró «perfecto», antes de cerrar los ojos y gemir.

—¿La esencia?

—Es un polvo que produce mi cuerpo, solo para ti —explicó él.

La tensión que sentía aumentó… y Koldo se dio cuenta de que lo que sentía ya no era deseo, sino necesidad. La sangre se le había convertido en lava.

—Oh, eso es agradable.

¿Agradable?

Pero, entonces, Nicola estaba jadeando, retorciéndose sobre el colchón, y él estaba jadeando palabra tras palabra de aprobación y alabanza, un diluvio que había contenido demasiado tiempo dentro de sí. Se aferraron el uno al otro y se besaron desesperadamente, y él notó los latidos acelerados de su corazón. El pulso se le aceleraba cada vez más, como si se estuviera acercando al borde de un abismo.

—Koldo —gimió Nicola.

—¿Sí?

—Necesito…

—Yo también lo necesito.

Sin embargo, su preocupación por el bien de Nicola superó todo lo demás. No podía tomarla, pese a lo que ella dijera y lo que él sintiera. No podía hacerlo hasta que ella estuviera lista.

Por muy desesperado que estuviera, su salud era lo más importante, y nada podía cambiar eso. Porque él no quería tomar de ella, quería compartir con ella, y sabía que en aquella situación, eso sería difícil. Durante toda su vida, a él se le habían negado cosas

que los demás daban por sentadas. Aceptación, dulzura, afecto. Por fin, él también las tenía, pero tenía que esperar para poder disfrutar de ellas, cuando, paradójicamente, se las estaban ofreciendo libremente.

—Nicola —dijo él.

—Koldo —gimió ella.

—Un día estaremos juntos.

—Sí. Hoy. Ahora. Ya lo hemos dicho.

Dios Santo.

—No. Ha habido un cambio de planes.

Ella lo agarró con fuerza y le hundió las uñas en la espalda.

—Puedo aguantarlo, ¡de veras!

Tal vez sí, o tal vez no.

Sin embargo, Koldo no podía. La sola idea de hacerle daño lo destruía. Si le daba algún motivo para mirar atrás y sentir decepción, arrepentimiento o ira, Koldo caería por su propia espada.

—No puedo… seguir… así… Por favor —dijo ella.

—Te ayudaré con ese sentimiento —respondió él.

De alguna manera, tenía que ayudarlos a los dos. Aunque carecía de experiencia, le acarició todo el cuerpo, pero nunca era suficiente, al menos para él. Ella comenzó a gemir con fuerza, a estrecharse contra él y a pedirle más y más.

Koldo notó que la presión de su interior crecía con un apetito animal. Nicola era una visión exquisita: tenía los ojos cerrados, los labios rojos y carnosos, y su olor… su olor era cada vez más intenso. El matiz de miel estaba mezclándose con la vainilla y la canela, y a él se le hizo la boca agua. Estalló por dentro.

Ella comenzó a gritar su nombre, y él rugió con una exquisita agonía que lo consumió, y se quedó asombrado, jadeante y sudoroso. Quizá, incluso, balbuceaba.

—¿Qué ha ocurrido? Esto ha sido… no puedo describirlo. No lo había experimentado jamás. ¿Lo has sentido tú también?

Nicola estaba aferrada a él.

Koldo se desplomó sobre el colchón, temblando y… sonriendo, pese a todas las emociones que lo embargaban.

–¿Has experimentado lo mismo que yo? –preguntó, por fin, con una frase coherente.

–Sí, y no me he desmayado –dijo ella, sonriendo también.

–Yo tampoco.

No había perdido el control, ni había tomado lo que no debía. Había seguido el curso de los acontecimientos, paso tras paso. Le había proporcionado placer a Nicola, y él había tenido el suyo.

Pronto, se dijo. Muy pronto, daría el paso siguiente y la tomaría por completo. Y caerían juntos al abismo.

Capítulo 26

Mientras el demonio lloraba de dolor, Thane le quitó los cuernos de la cabeza.

Mientras el demonio lloraba y sollozaba, Thane le sacó los ojos.

Los brazos se le mancharon de la sangre negra y espesa de la criatura, y el aire se llenó de olor a azufre. A ambos lados, las paredes de la cueva estaban manchadas de fluidos corporales de las otras víctimas, que estaban despedazadas a sus pies.

—Si no hablas —dijo—, te sacaré también la lengua antes de matarte.

La criatura habló, pero Thane solo consiguió unos balbuceos.

—Bla, bla, bla. Por favor. Bla, bla, bla, mejor que yo.

—¿Acaso crees que eres mejor que yo? —le espetó al demonio—. ¿O que yo no soy mejor que tú? De cualquier modo…

Thane se dejó llevar por la rabia y le cortó la lengua al demonio, tal y como había prometido. Sin embargo, no fue lo suficientemente violento para él, y le cortó el cuello. El cuerpo cayó y se quedó colgando de las cadenas que lo sujetaban.

Tal vez el siguiente le diera la información… Entonces, se dio cuenta de que no había más demonios. Los había matado a todos.

Se pasó la mano manchada de sangre negra por el pelo.

Había llegado hacía dos días a Auckland y, después de rastrear la ciudad, había encontrado a un grupo de gente sin hogar cuyos miembros se habían enfrentado entre sí por el derecho a un cubo de basura. Habían terminado matándose brutalmente, y el único

superviviente se había acercado a una cafetería cercana y había matado a tres clientes a sangre fría, antes de que llegara la policía y lo abatiera a tiros.

Thane había aparecido mientras interrogaban al resto del público de la cafetería. Dos de los clientes mostraban una furia muy intensa, que no encajaba con la situación, así que él había seguido al peor de ellos hasta un edificio de oficinas. El hombre gritaba a todo aquel con el que se cruzaba, y los demás empleados comentaban lo raro que era su comportamiento.

Entonces, Thane se dio cuenta de que los demonios de la lucha estaban en aquella zona, infectando a los seres humanos. Seguramente, obedecían las órdenes de su líder, uno de los seis demonios que había matado a Germanus.

Así pues, Thane había dado caza a aquellos subalternos: en menos de media hora había encontrado a varios de ellos vagando por las calles en busca de una presa. Inmediatamente, había matado a dos. Otro había conseguido huir. Y él había conseguido herir a otros tres de tal forma que no habían podido moverse. Así pues, los había recogido y se los había llevado a su cueva.

Había pasado varias horas haciendo cosas espantosas, muy parecidas a las que les habían hecho a sus amigos y él durante su cautiverio en la fortaleza de los demonios. Las únicas cosas que le proporcionaban un poco de paz. Sin embargo, no había conseguido sonsacarles información.

¿Dónde estaba su líder?

Lleno de frustración, movió poderosamente las alas y salió de la cueva oscura. Sobrevoló, a plena luz del día, el río caudaloso, los árboles altos y exuberantes y los picos nevados que rodeaban su casa.

El olor a azufre se disipó, y las manchas de sangre desaparecieron de su cuerpo; la túnica blanca tenía la propiedad de lavar a quien la llevaba, y de lavarse a sí misma. El aire fresco le azotó el cuerpo.

Sin embargo, ninguna de aquellas sensaciones consiguió aliviar su sensación de derrota.

Sonó un crujido por debajo de él.

Hizo surgir la espada de fuego en su mano, pero no vio a nadie. Se quedó suspendido en el aire, aleteando suavemente, con gracilidad, observando la zona.

—Sal, cobarde —ordenó—. Enfréntate a mí.

Silencio.

Se irritó más aún, y ascendió a toda velocidad por el cielo. Después, volvió a levitar, y miró las nubes para percibir cualquier señal de movimiento. A su derecha oyó un soplido, y frunció el ceño. ¿Qué era eso? Después, oyó el sonido de una risa, y lo siguió rápidamente. Cambió de dirección y se encontró a cuatro guerreros alados jugando al fútbol entre las nubes.

Fútbol en el cielo. ¿Quién lo habría pensado?

Pero… qué felices parecían. Qué contentos.

No eran parte del ejército de Zacharel, sino del de Lysander. Thane reconoció a uno de ellos; se llamaba Brendon, y pasaba a menudo por el Downfall.

Thane se detuvo en medio del aire, a varios metros de distancia. Podía ser que ellos hubieran oído algo sobre aquellos demonios. Saludó.

Los cuatro interrumpieron el partido y lo miraron. Al principio, sonrieron, pero al discernir quién era, la sonrisa se les borró de los labios.

—Tú eres parte del Ejército de la Desgracia —dijo uno de ellos.

Thane estaba empezando a despreciar aquel nombre.

—Sí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le espetó otro—. Este es nuestro terreno.

—Los de tu grupo no son bienvenidos —dijo Brendon, mirándose los pies.

El cuarto no dijo nada, pero su mirada hablaba por sí sola.

Recibía prejuicios y desdén de los suyos, cuando no tenían ni idea de cómo había llegado a ser el hombre que era. No sabían lo que había tenido que hacer para sobrevivir. No sabían nada del dolor, la culpabilidad y la vergüenza que lo acompañaban constantemente, aunque tratara de convencerse de que le gustaba su vida tal y como era.

Los cuatro ángeles lo rodearon. Podría haberle llamado hipócrita a Brendon, haber criticado sus tendencias, pero permaneció en silencio. Tenía muchos defectos, pero nunca le destrozaría la vida a otro hombre por estar al lado de sus amigos.

Sabía lo importantes que podían ser esos amigos.

—No os aconsejo que luchéis conmigo —dijo, calmadamente.

—¿Ah, no? —preguntó uno de ellos, con agresividad y petulancia—. ¿Y por qué?

—No tengo honor, y no os gustaría lo que puedo haceros.

Y, para demostrarlo, le dio una patada en el estómago al ángel. Al mismo tiempo, giró la parte superior del cuerpo y sacó una espada del bolsillo de aire que había a su derecha. La movió rápidamente y cortó la parte inferior de una de las alas de Brendon.

El guerrero comenzó a caer del cielo, y los demás se vieron obligados a descender para salvarle de la muerte. Thane quería reírse, pero no lo consiguió. Detestaba el hecho de que solo lo respetaran dentro de su club. Fuera, todo el mundo se burlaba de él, y lo empujaban hacia una actitud violenta.

Aunque no necesitaba demasiado empuje para eso.

«Ellos son mejores que tú. Pueden hacer lo que quieran».

Thane no podía recordar cómo era no sentirse manchado por la maldad de la vida.

Con resignación, volvió a ponerse en camino.

«¿Has tenido suerte?», le preguntó, telepáticamente, a Bjorn.

«No. ¿Y tú?».

«No, tampoco».

Se comunicó también con Xerxes, pero obtuvo la misma respuesta.

Tenía que detener al demonio de la lucha antes de que destrozara la vida a más seres humanos. Al contrario que algunos de su raza, él entendía a los humanos. Comprendía sus debilidades. Y quería protegerlos del mismo dolor que él había padecido.

Thane aumentó la velocidad de su vuelo. Tenía que pensar en su próxima acción, aclararse la cabeza, pensar. El sexo era su método más corriente para conseguirlo, pero normalmente conocía a sus parejas en el club. Ellas sabían poco sobre él y sobre lo que esperaba, y él sabía que ellas ya estaban en el camino de la perdición. No tenía que preocuparse por destrozar su inocencia.

Sin embargo, no tenía tiempo para viajar al club y volver hasta allí. Tendría que arriesgarse entrando en un club humano. Sí, pensó. Iría a un club humano, buscaría a la mujer más salvaje y se acostaría con ella. Entonces, resolvería aquel asunto. Seguro.

Capítulo 27

–No puedo teletransportarme –dijo Koldo, en un tono de rabia–. Tienes que continuar tú solo la persecución.

Nicola oyó su conversación. ¿Ya no podía teletransportarse? Al oír aquello, se quedó inmóvil en el umbral de la puerta de la cocina. Los hombres estaban sentados a la mesa.

–No me importa hacerlo –respondió Axel–. Pero tengo que decirte que no voy a conseguir nada. Tu padre no deja huellas.

–Lleva mucho tiempo planificando esto. Antes de acercarse a nosotros, habrá encontrado la manera de borrar su rastro.

Ninguno de los dos notó su presencia. Estaban casi fuera de lugar. Eran dos enormes guerreros sentados en una mesa de madera tallada, junto a unas cortinas de cuadros blancos y negros que vestían el ventanal que había a su espalda.

–Pero no es más listo que yo –dijo Axel–. Encontraré la forma de sacarlo de su refugio.

–¿Tenéis hambre? –les preguntó ella y, por fin, consiguió su atención.

Axel se irguió de hombros, y Koldo se pasó la mano por la cabeza como si estuviera avergonzado. Era adorable.

Llevaban los mismos pantalones y camisas de color blanco, y los dos estaban muy guapos. Como si fueran dos grandes amigos que habían hecho el pacto de hacerlo todo juntos, incluso de vestirse igual.

«¿A que no te atreves a decir eso en voz alta?», pensó Nicola.

–¿Y bien? –les urgió.

–Podemos cocinar nosotros mismos –dijo Koldo.

Al mismo tiempo, Axel respondió:

–Estoy hambriento.

–Mi respuesta es la misma que la de Axel –dijo ella–. Voy a preparar algo.

Durante aquellos últimos días había cocinado bastante y había probado recetas que le habían dado los amigos de Koldo. Había sido maravilloso, porque había descubierto un talento que no sabía que tuviera. La falta de tiempo y dinero nunca le habían permitido intentarlo.

Axel sonrió. Koldo puso cara de pocos amigos. Ella preparó una ensalada de tomate y fresas; durante todo el tiempo, sintió los ojos de Koldo clavados en la espalda.

¿Estaría pensando en la noche anterior?

Ella, sí. A cada mirada o cada roce, Nicola sentía la profundidad de su conexión. Era algo que crecía inexorablemente.

–Me gustaría contratarla para que trabaje en mi casa, señorita Nicola –dijo Axel–. Le daría una parte del pago de una manera especial que iba a gustarle mucho.

Nicola se giró, y vio a Koldo abalanzarse sobre Axel.

–¡Es mía! –gruñó.

Axel se echó a reír.

–¿Y no puedo tomarte el pelo?

–No.

–¡Niños! Ya está bien –dijo Nicola, dando palmadas para captar su atención.

Se separaron. Koldo jadeaba y resoplaba, y Axel sonreía.

–Tus celos son una monería –le dijo a Koldo.

–Tú intenta dejarme –le dijo Koldo a Nicola.

«No voy a suspirar», pensó ella.

–Vamos, sentaos.

Al instante, los hombres obedecieron y se sentaron de nuevo.

Ella preparó la ensalada y la puso en la mesa. Cuando trató de sentarse entre ellos dos, Koldo la tomó del brazo y se la sentó en el regazo, lanzándole una mirada fulminante a Axel.

Axel sonrió.

–Bueno, así que no puedes teletransportarte –le dijo Nicola a Koldo.

Él se puso rígido.

–No. He vuelto a intentarlo esta mañana, pero he fracasado de nuevo.

–¿Y qué ocurre?

–Durante la última batalla me hicieron algo…

Koldo terminó de comer rápidamente. Después, se levantó, sentó a Nicola en su silla y dijo:

–Vamos, come tú también.

Tomó a Axel del brazo y se lo llevó de la cocina.

–Pero… yo no he terminado de comer –dijo el guerrero.

–Sí, has terminado.

La puerta trasera se cerró de golpe e impidió que Nicola oyera la respuesta.

«¿Qué voy a hacer con este hombre?».

Caminó hacia la ventana, y vio que llevaba a Axel hacia el cobertizo que habían levantado la semana anterior. ¿Acaso estaría allí el secreto de Koldo? ¿Qué podía ser? ¿Otra mujer?

No, él no era de los que engañaban así. Tenía demasiado honor.

Se apartó aquella sospecha de la cabeza y preparó un plato para Laila. Después, recogió el resto de los platos y le llevó la comida al dormitorio.

–Te he preparado una ensalada –le dijo.

–No tengo hambre –dijo Laila. Estaba muy pálida y tenía las emociones a flor de piel.

–Bueno, pero necesitas comer.

Su hermana respondió en un tono de desesperación.

–Casi nos matan, Co Co.

–Pero no nos han matado. Hemos sobrevivido.

—¿Y si nos atacan de nuevo?

—¿Y si no nos atacan? No deberías preocuparte de lo que va a pasar, La La, sino preocuparte de estar protegida cuando suceda.

Hasta aquel momento, su hermana no había querido tener nada que ver con Koldo, y se había negado a hacerse los tatuajes en el brazo, ¡pese a que sabía que él tenía razón!

—¿De verdad crees eso?

—Sí.

—Y yo quiero creerte. De veras. Pero tengo un problema de confianza. ¿Mirar un montón de números me va a proteger? ¡Por favor!

—La confianza es una decisión, no un sentimiento —dijo Nicola—. Dale una oportunidad.

—Yo… lo siento, pero no puedo.

—Si sigues preocupándote, la preocupación te va a matar. ¿Es eso lo que quieres?

—No.

Nicola la tomó de la mano.

—Vamos a distraernos un poco. Podríamos… no sé, hacer un poco de ejercicio. Ponernos en forma.

—No sé. Yo…

—Por favor. Hazlo por mí.

Laila se frotó la nuca.

—No estoy de humor.

—Yo tampoco, pero a las dos nos vendría bien —dijo Nicola y, antes de que su hermana pudiera negarse de nuevo, se levantó de la cama y dijo—: Estaré en el gimnasio. Ven conmigo, ¿de acuerdo?

Una pausa, un suspiro y, después, un «Está bien».

Nicola fue a su habitación y se puso un sujetador deportivo, unos pantalones cortos y unas zapatillas de corredora. Entró en el gimnasio y se encontró varias máquinas de ejercicios. Todas eran muy grandes e intimidantes. Solo reconoció la cinta de andar. Tendría que valer.

Al principio, Nicola se fijó un ritmo lento. Sin embargo, comenzó a sudar, y su corazón comenzó a bombear sangre. Empezaron a quemarle los músculos, y la sensación fue de su agrado, así que aumentó el ángulo de inclinación de la cinta y también la velocidad. Muy pronto, había empezado a correr. El ejercicio le sentó muy bien, le dio vigor, y ella tuvo la sensación de que podría seguir para siempre y de que, si estuviera en el exterior, podría correr por todo el mundo. Tenía mucho oxígeno en el cerebro, y la sangre le fluía rápidamente por las venas. Se sentía libre, sana, y tenía la impresión de que nada podría detenerla, y…

—Esto me agrada mucho.

Miró a la izquierda y vio a Koldo en la puerta del gimnasio. Él la estaba observando con cara de aprobación, con las manos en las caderas. Al distraerse, perdió el equilibrio en la cinta y se tambaleó hacia atrás. Cayó sobre…

Sobre Koldo.

Su cuerpo era grande y duro, y él la rodeó con los brazos para ayudarla a recuperar el equilibrio.

—Lo siento —dijo—. No quería asustarte.

—No te preocupes —dijo ella, con la voz entrecortada; parecía que el ejercicio la había afectado más de lo que pensaba—. Creo que deberías soltarme. Estoy sudorosa.

—Me gustas así —dijo él, con la voz enronquecida.

—¿Estás flirteando conmigo?

Él pestañeó con sorpresa.

—Creo que sí.

El mundo comenzó a dar vueltas a su alrededor, pero no porque Nicola se hubiera mareado. Koldo la había tomado por la cintura y la había hecho girar para que quedara frente a él. Ella apoyó las palmas de las manos en su pecho, y notó que, a él, el corazón le latía tan rápidamente como a ella.

—¿Y funciona?

—Sí.

—Demuéstramelo.

Él la elevó, y ella le rodeó la cintura con las piernas mientras él la besaba. Fue un beso explosivo, apasionado.

Entonces, ella le acarició la mano, el cuello, los hombros… Fue como si dos piezas de un rompecabezas encajaran. Nicola sintió un enorme deseo, como si la noche anterior no hubiera alcanzado la satisfacción.

–Tengo que estar contigo –dijo él–. Te necesito. Si estás lo suficientemente bien como para correr en la cinta, estás lo suficientemente bien como para hacer el amor conmigo.

–Sí.

–Aquí. Ahora.

–Sí…

Por fin, iba a suceder. Estarían juntos y no tendrían que preocuparse de lo que pudiera salir mal.

–Eh… Hay un pequeño problema –dijo una voz masculina.

Koldo gruñó y volvió la cabeza hacia la puerta. Nicola lo imitó, y vio a Axel, sonriente, junto a un hombre de igual estatura y fuerza. Aquel tenía el pelo negro y los ojos verdes, y apretaba los labios con un gesto de frialdad.

–Zacharel –dijo Koldo, y asintió con deferencia. Entonces, le dijo a Nicola, en voz baja–: No tengas miedo. Siempre tiene esa expresión.

Los pies de Nicola tocaron el suelo. Tenía el corazón acelerado, pero los latidos eran rítmicos y fuertes. Tenía la ropa bien colocada, nada fuera de lugar, pero se sentía como si fuera una adolescente a la que habían sorprendido sin pantalones.

El recién llegado la miró de arriba abajo.

–Estás mejorando. Me alegro.

–¿Me conoces? –preguntó ella, con sorpresa y desconcierto. Ella nunca había visto a aquel hombre; ninguna chica se olvidaría de alguien así.

–Me di cuenta de que el guerrero estaba interesado en ti, y me informé de todo lo posible –dijo él, y miró a Koldo antes de que ella

tuviera la oportunidad de hacer un comentario. Aunque, en realidad, no sabía qué decir–. Se ha requerido tu presencia en el cielo.

Koldo asintió.

Axel y Zacharel se alejaron y los dejaron a solas.

–Tengo que irme –dijo él.

–Lo entiendo –respondió ella–. Pero vuelve pronto a casa. Yo seguiré aquí, y podemos retomar las cosas donde las hemos dejado.

Él se inclinó y le dio un beso en los labios.

–Te garantizo que voy a llegar en cuanto pueda. Y no te preocupes por los demonios. Axel se ha asegurado de que otros Enviados puedan entrar y salir, pero nadie más puede atravesar mi nube.

Un segundo después, se desvaneció, y Nicola se quedó asombrada. Entonces, reapareció. Él también tenía una expresión de absoluto asombro.

–Me he teletransportado –dijo.

–Ya lo sé. Acabo de verte.

–Pero… es que lo he hecho dos veces. Antes también, para poder agarrarte antes de que te cayeras de la cinta de correr. Estaba tan concentrado en lo que tenía que hacer que no me di cuenta hasta que aparecí en el cielo.

Entonces, Koldo sonrió sensualmente, y la sonrisa le iluminó toda la cara. Ella se quedó mirándolo con embeleso.

–Puedo protegerte –dijo él.

–Eso también lo sabía.

–No estoy indefenso, ni incapacitado.

Ella quiso tomarle el pelo.

–¿Estamos jugando al juego de las obviedades? Pues ahí va: puedo correr en una cinta. Puedo ponerme una coleta. Soy una chica.

Él se echó a reír y volvió a besarla. Y, entonces, desapareció de nuevo. En aquella ocasión, Nicola se tambaleó. Aquella risa… había sido un poco oxidada, pero genuina. Maravillosa.

¿Se acostumbraría alguna vez a su magnetismo?

Nicola tomó un vaso de agua antes de ir al dormitorio de Laila. Allí encontró a su hermana, que seguía caminando de un sitio para otro.

—No has venido al gimnasio —dijo.

—Lo siento, lo siento. He perdido la noción del tiempo.

Nicola abrió la boca para responder, pero vio dos caras de mono asomando por encima de los hombros de Laila. Al ver a Nicola, los demonios sonrieron con petulancia.

Ella dio un paso hacia delante, pero ellos se agacharon. Laila no tenía ni idea. Nicola la rodeó, buscando con la mirada, pero ya no había ni rastro de las criaturas. Tuvo un arrebato de angustia, de urgencia.

—Elige algo que puedas hacer, La La. Cualquier cosa. Yo lo haré contigo. Esta ansiedad constante tiene que terminar ahora.

—Es que… necesitaba pensar.

—¿En qué?

—¡En todo! Somos tan débiles, Nicola… Las dos.

—Yo estoy más fuerte a cada día que pasa, y tú también podrías estarlo. Ahora estamos en el equipo ganador. Hay guerreros que luchan por nosotras. Tenemos de nuestro lado el poder y la protección del Más Alto.

—Pero… ¿qué sucederá si Él no responde la próxima vez?

—Responderá.

—¿Y cómo puedes estar tan segura?

—Lo sé —dijo Nicola. Llevó a su hermana a la cama, la acostó y la tapó.

—Si no quieres hacer nada conmigo, al menos descansa y dale un descanso a tu mente. Y, si insistes en pensar, al menos piensa en lo que te he dicho. Es la verdad.

—De acuerdo.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

Laila cerró los ojos, y Nicola le acarició la cara como solía hacer su madre. Al principio, la expresión de su hermana era de agobio, y

su cuerpo estaba tembloroso. Sin embargo, poco a poco fue calmándose. Cuando, por fin, su respiración se hizo constante, Nicola se marchó a su habitación.

Se duchó y se puso una camiseta rosa y unos pantalones vaqueros, con intención de tener el mejor aspecto posible cuando volviera Koldo, y de darle algunas prendas de ropa que pudiera romper y rasgar.

Sin embargo, Nicola esperó, y esperó… y él no apareció.

Después de un rato, cuando se estaba poniendo el sol, bajo al jardín trasero. El aire era cálido y tenía el perfume de las flores silvestres, del limonero y del pino.

Entonces, oyó unos golpes, y una voz femenina. Nicola frunció el ceño y se acercó rápidamente al cobertizo que habían construido Axel y él. No tenía ventanas, y parecía que tampoco tenía puertas.

–Ayuda, por favor.

Aquella voz provenía del interior del cobertizo. Era una voz pura y fuerte; Nicola se estremeció. Reconoció la pureza, puesto que Axel y Zacharel la tenían.

¿Acaso aquella mujer era una Enviada? ¿La amante que, supuestamente, Koldo no tenía?

–¿Quién eres? –preguntó, palpando las paredes para encontrar algún tipo de puerta.

–Ayúdame, por favor. Déjame salir.

¿Por qué había encerrado Koldo a una mujer en un cobertizo? Él no era un hombre cruel, ¿verdad?

Nicola se quedó paralizada. Koldo era el hombre que nunca le había hecho daño, que la había protegido, y que hacía que se sintiera segura entre sus brazos.

Era un hombre en el que confiaba.

Sin embargo, a la mujer no la conocía, y no confiaba en ella.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó.

La mujer, una vez más, ignoró su pregunta, y dijo:

–Déjame salir, ¿de acuerdo?

¿Podía ser una asesina en serie, o alguien que trabajaba con los demonios?

−¡Déjame salir! −gritó la prisionera, dando puñetazos en la pared−. ¡Ahora!

Nicola se mordió el labio inferior… y se alejó.

Capítulo 28

Koldo observó a Zacharel, que aterrizaba al borde de la nube de Germanus. No, ya no era de Germanus; ahora, su ocupante era Clerici.

El guerrero plegó las alas doradas, y Koldo sintió una punzada de envidia, como de costumbre. Tenía que dejar de sentir aquello, pero… no podía. Él no creía que las cosas siempre ocurrieran por una razón. Las cosas malas ocurrían porque la gente tenía libre albedrío.

Sin embargo, sí creía que algo malo podía transformarse en algo bueno para una persona. No obstante, la pérdida de las alas… Koldo no creía que pudiera salir nada bueno de eso.

¿Y la pérdida de la capacidad de teletransportarse? No. De eso tampoco podía salir nada bueno. ¿Cómo podría viajar, si ocurriera algo así? ¿Cómo podría sobrevivir? Se sentía agradecido por haberse curado.

O el veneno de Sirena se había diluido solo, o su alegría por estar con Nicola le había ayudado a superarlo. Probablemente, lo último. Cada día se sentía más vinculado a aquella humana delicada y diminuta, y la necesitaba con más fuerza.

Zacharel dijo:

—Clerici desea conocerte.

Koldo lo siguió por un camino que atravesaba la nube, hasta el estrado del templo. Los jardines estaban llenos de flores, y había

riachuelos transparentes. El cielo era muy azul, y el sol lanzaba rayos dorados y anaranjados.

–Sabías que yo quería a Nicola antes de que me asignaras la tarea de protegerla –dijo.

–Sí, pero hace tiempo que tú sabes eso.

–Sí. Lo que no entiendo es cómo lo sabías.

–El Más Alto me hizo ver unas imágenes. Te vi volver al hospital, y te vi hablando con la chica en el ascensor.

A Koldo no le importaba tener visiones de los demás, pero ¿que otros tuvieran visiones de él?

–El Más Alto quiere que seas feliz –añadió Zacharel.

–Lo sé. ¿Y por eso pusiste a Jamila en su oficina?

–Sí. Quería que estuviera bien protegida mientras tú estabas lejos. Estabas muy desequilibrado, Koldo. Eras como una bomba a punto de estallar y, si hubieras estallado, todos los que estaban a tu alrededor habrían sentido la onda expansiva. La chica te ha calmado, y yo me alegro –dijo Zacharel, dándole unas palmaditas en el hombro.

Unos ángeles de alas azules abrieron las puertas dobles.

–Ahora, te dejo en tu reunión –dijo Zacharel.

–Muy bien. Y gracias –dijo Koldo.

Entonces, entró en el edificio y recorrió un gran pasillo vacío. Antes, aquel corredor estaba amueblado con antigüedades, y siempre estaba lleno de Enviados, de movimiento, de conversaciones. Los demonios debían de haber destrozado los muebles, y los Enviados debían de estar esperando a que los convocaran.

Era Germanus quien debería haber hecho aquellos llamamientos.

Koldo apretó los puños y siguió caminando. Las puertas de la sala del trono estaban custodiadas por otros dos ángeles, y ya estaban abiertas. Koldo entró silenciosamente y, al mirar las paredes de la sala, se dio cuenta de que estaban desnudas. Los frescos en los que aparecía el reino del Más Alto en los cielos habían desaparecido.

¿Acaso los habían destrozado?

Él debería estar ahí fuera, buscando a los culpables. En vez de eso, estaba jugando al gato y al ratón con su padre.

—Por fin conozco al famoso Koldo.

Aquella voz grave resonó a su izquierda, y Koldo se giró. Clerici estaba sentado en uno de los escalones del estrado, puliendo su espada. Llevaba una camisa y unos pantalones blancos, como solía vestir Koldo. Tenía tierra en las manos, en la cintura y en las pantorrillas.

Germanus parecía un hombre mayor, pero Clerici tenía una apariencia muy joven, como si tuviera veinte años. Tenía el pelo rubio y los ojos castaños, y una cara muy normal. Sin embargo, poseía un magnetismo que captó toda la atención de Koldo. Despedía un brillo de… amor, tal vez, que resplandecía en aquellas profundidades oscuras.

Y, como Koldo, carecía de alas.

—Sé que no soy lo que esperabas —dijo Clerici, pasando el trapo por la hoja de la espada.

—No había pensado en ti.

Clerici asintió.

—Honestidad brutal. Me gusta.

—Recibes eso de todos nosotros.

—Ah, pero a ti no te obliga el sonido de la verdad, como al resto de los ángeles. La ofreces voluntariamente.

Todos los Enviados podían notar aquel defecto en él.

—¿Tienes alguna misión que encomendarme?

Clerici dejó la espada a un lado y lo miró.

—En este momento, no.

—¿Por qué no? —preguntó Koldo, desconcertado. Había pensado que ese era el motivo por el que lo había llamado Clerici.

—No estás preparado.

—¿Cómo lo sabes?

El nuevo rey de los Enviados sonrió a medias y se tocó el corazón.

–Lo sé.

–Yo soy capaz, y fuerte.

–No. Tú estás esclavizado por tus emociones.

Él apretó la mandíbula. No podía hablar de su madre con aquel extraño, y sabía que a eso se refería Clerici.

–¿Por qué me has llamado?

–Tal vez porque quería darte la bienvenida –dijo Clerici–. O tal vez, preguntarte si echas de menos las alas.

Más que ninguna otra cosa en el mundo, pero no lo dijo. Preguntó:

–¿Tú echas de menos las tuyas?

–¿Y quién dice que yo las he tenido alguna vez? –preguntó Clerici.

Se levantó del escalón y se acercó a Koldo, y fue entonces cuando él percibió el poder que irradiaba de su piel.

–¿Las tenías?

–Esa información no es tuya, ¿verdad?

Privacidad. Koldo lo entendía y lo respetaba. Negó con la cabeza.

–Y, ahora, vayamos al grano –dijo Clerici–. Les he ofrecido a cada uno de los Siete de la Elite una recompensa por su servicio y su dedicación a Germanus. Esperaba peticiones de riqueza, de nubes y de otros bienes tangibles. Sin embargo, todos los guerreros me han causado asombro. Y Zacharel, más que ningún otro.

Koldo no tuvo tiempo para responder.

–Tengo un regalo para ti –añadió Clerici.

Posó las manos en sus hombros con ligereza. En el momento de contacto, Koldo notó una cascada cálida de miel que le bañó el cuerpo, que le transmitió poder.

–No porque te lo merezcas. No lo mereces. Al contrario que el Piadoso, el Ungido y el Poderoso, yo no puedo ver el interior de tu corazón y conocer todo el bien que hay en él. A menos que el Más Alto me informe de lo contrario, solo puedo ver tus acciones. Sin embargo, Zacharel pidió como recompensa un regalo para ti, y yo le prometí que se lo concedería.

Pero… ¿por qué había hecho Zacharel algo así?

–En este momento, Koldo, estás tan lleno de odio que no te queda sitio para el amor. Lo siento. Y, sin amor… Bueno, caerás. Y Zacharel no quiere verte caer.

–Yo no…

–Silencio.

Koldo no pudo desobedecer aquella orden de su rey. Asintió y apretó los labios.

–La boca puede ser una trampa –añadió Clerici, con más suavidad–. Algunas veces es mejor no decir nada.

Él lo sabía muy bien. Volvió a asentir.

–¿Sabes lo que me pidió Zacharel para ti? –le preguntó Clerici.

Antes de que Koldo pudiera adivinarlo, un terrible dolor le atravesó el cuerpo. Nunca había sufrido tanto, ni siquiera en el campamento de los nefas, con los castigos físicos que le imponía su padre.

Se le doblaron las rodillas, y cayó. Algo le arrancó la camisa del cuerpo y la tela también cayó al suelo. Era como si una lanza le estuviera atravesando la espalda. Se desplomó de bruces, y se golpeó la barbilla contra el mármol. Notó el sabor metálico de la sangre en la boca.

¿Qué le había hecho Clerici? No iba a poder sobrevivir a aquello. Era demasiado… pero… ¿se estaba mitigando? Sí. Sí. El dolor terminó tan bruscamente como había comenzado. Koldo, entre jadeos, se puso en pie. Clerici ya no estaba allí, y él sentía un gran peso en la espalda, como si tuviera a dos guerreros encima.

Se tocó la espalda, y notó el roce suave de unas plumas.

Con el corazón acelerado, tiró de aquello hacia delante, y vio unas plumas blancas con vetas doradas. Vio unos tendones gruesos y fuertes. Se le cortó la respiración, y volvió a caer de rodillas.

Alas. Tenía alas.

Se puso en pie. La cabeza le daba vueltas.

–¡Gracias! ¡Gracias!

Salió corriendo de palacio y atravesó los jardines hasta el borde de la nube. Allí, se dejó caer…

Y cayó.

Entonces, extendió las alas y aprovechó una corriente de aire que suavizó su descenso. Echó la cabeza hacia atrás y rio con absoluta alegría. ¡Estaba volando! Movió las alas, y notó el viento en el cuerpo y en las plumas. Primero ascendió tanto como pudo, y notó el aire frío. Después se lanzó en picado hacia abajo y el aire se fue calentando a su alrededor, antes de que flexionara el cuerpo y volviera a ascender. Las nubes lo rozaban con su humedad, y los pájaros volaban a su lado. Hizo unas cuantas piruetas sin dejar de reír.

Nunca se había sentido tan feliz, tan despreocupado.

¿Qué pensaría Nicola cuando lo viera? Se la imaginó en su dormitorio, esperándolo. Ella sonreiría y, después, jadearía de la sorpresa. Seguramente, se maravillaría por la belleza de sus alas. ¿Y por qué no? Las plumas eran de un blanco puro y tenían preciosas vetas de oro.

Ella sería la primera persona que iba a tocarlas.

Voló hasta que le dolieron los músculos de la espalda. Entonces se teletransportó al jardín de su casa. Aterrizó con más fuerza de la habitual, y salió rodando hacia delante. Se manchó de tierra y de hierba.

En cuanto se puso en pie, entró corriendo en la casa. Ni Zacharel ni Axel estaban allí. Laila estaba durmiendo en su habitación. Entonces, abrió la puerta de la habitación de Nicola. Ella estaba sentada al borde de la cama, y se sobresaltó. Tenía una expresión de… disgusto.

Él se olvidó de golpe de su alegría.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó.

Ella pestañeó al ver sus alas.

—Ya hablaremos de eso. Primero… ¿cómo…?

—Entonces, ¿no estás herida?

—Físicamente, no.

El entusiasmo de Koldo regresó de golpe, y dijo:

−Las alas son un regalo. Tócalas. Son de verdad.

Ella le acarició el arco de una de las alas con las yemas de los dedos, y deslizó la mano hacia el centro. Él cerró los ojos y saboreó las sensaciones. Ni siquiera de niño le habían acariciado las alas, y mucho menos de aquella manera, con tanta ternura y suavidad.

−Son maravillosas −dijo Nicola−, pero me resulta difícil disfrutar de ellas cuando sé que tienes a una mujer encerrada en el cobertizo de atrás, y no sé por qué.

Entonces, la euforia cesó por completo. Nicola lo sabía. Koldo había deseado que lo supiera, pero hubiera querido que lo supiera por él.

−Me exigió que la liberara.

−Pero no lo has hecho.

−No, no lo he hecho. ¿Quién es?

Él tuvo que contener el pánico. ¿Y si Nicola lo consideraba un monstruo? ¿Y si decidía que estaba mejor sin él?

«Averígualo ahora, antes de llegar a depender de ella más aún».

−Es mi… madre.

Nicola se quedó boquiabierta.

−¿Cómo? −le preguntó ella, y le puso las palmas de las manos sobre el pecho−. ¿Es porque ella te quitó el primer par de alas?

A Koldo se le secó la garganta.

−Sí, entre otras cosas. Después de cortarme las alas, me arrojó a un nido de víboras. Yo estaba tan debilitado que no pude escapar y, durante años, me vi obligado a hacer cosas espantosas para poder sobrevivir.

Ella lo miró comprensivamente.

−Siento oír eso. Pero este no es modo de hacérselo pagar. Tienes que llevarla a tu gente, para que la juzgue. Tenéis jueces, ¿verdad?

Koldo asintió.

−No sé cuál será su sentencia, ni si será lo suficientemente severa.

Nicola frunció el ceño.

–Tú no tienes derecho a elegir.

–Ella me odia. Me odia sin motivo alguno, y no se arrepiente de lo que hizo. Está orgullosa.

–¿Y tú? ¿Es que quieres infligirle todo el dolor que ella te infligió a ti? Sí, está claro que sí –respondió Nicola, hablando para sí–. Aquel día que le cortaste el pelo a alguien… era ella, ¿verdad?

Koldo hizo una pausa antes de asentir.

–Y estabas tan enfadado contigo mismo, tan destrozado… Koldo, ¿es que no lo entiendes? Cuanto más tiempo la mantengas confinada, más probabilidades existen de que le hagas un daño irremediable. Y, entonces, tú nunca podrás perdonártelo.

Koldo respiró profundamente.

–Se merece sufrir.

–Puede ser, pero, a causa de tu odio, tú estás tan prisionero como ella. Ese odio ni siquiera te deja ver más allá.

–No me importa.

–Pues a mí sí. Llévala ante un juez.

Una fémina terca, tal y como él había pensado.

Sintió una ira candente en el pecho.

–Tú también has sufrido a manos de alguien. Te hizo un daño muy grande, pero no tenías los medios para luchar contra él. Bien, ¿qué harías si se te presentara la oportunidad de cobrarte la venganza?

Antes de que pudiera responder, Koldo se teletransportó al apartamento del hombre que había matado a sus padres y a su hermano. Oh, sí; había memorizado la dirección. El tipo estaba en el sofá, viendo la televisión y bebiendo cerveza. Koldo se materializó con una expresión feroz. Al verlo, el hombre soltó una imprecación e intentó huir. Koldo lo agarró por el cuello de la camiseta y se lo llevó a la habitación de Panamá.

Nicola estaba paseándose junto a la cama y, en aquel momento, se quedó inmóvil.

Koldo tiró al tipo al suelo, de bruces.

–¿Qué tienes que decirle al que asesinó a tu familia?

–¿Qué pasa? –gritó el hombre. Tenía los ojos vidriosos, muy abiertos, y los miraba alternativamente.

Por fin, se concentró en Nicola, y jadeó.

–Tú.

Así pues, la reconocía, pese a que hubieran pasado tantos años.

Nicola se tapó la boca con ambas manos.

–¿De veras tienes fuerzas para perdonarlo? –le preguntó Koldo.

Ella no dijo ni una palabra. Siguió mirando al culpable de que hubiera perdido tanto en la vida.

El humano comenzó a llorar.

–Lo siento –gritó–. Lo siento. Pero, por favor, deja que me vaya.

–Lo sientes porque te he atrapado –dijo Koldo.

El hombre cerró los ojos y siguió llorando.

Koldo miró a Nicola.

–Acuérdate de tu hermano en su ataúd, y dime qué quieres que le haga a este hombre –dijo.

Sin embargo, sabía que tenía que parar aquello de alguna manera. No, no lo haría. Había empezado, y tenía que terminar.

Nicola miró fijamente a Koldo. Tenía una expresión de dureza en el rostro.

–Después del accidente, Laila y yo fuimos a su casa para matarlo mientras estaba en libertad bajo fianza. Sí, las dos habíamos planeado un asesinato a sangre fría. Estábamos tan enfadadas, tan heridas, que queríamos morirnos, y todo nos daba igual. Sin embargo, su mujer abrió la puerta. Llevaba en brazos a su bebé. Y nos dimos cuenta de que nosotros no podíamos hacerles lo mismo a aquellas personas que lo que nos había hecho a nosotras su marido.

Entonces, Koldo se sintió desesperado. Tenía que conseguir que Nicola entendiera su postura.

–Te aseguro que nadie va a sufrir ningún daño por lo que yo haga con mi madre.

–Tú sí. Tienes que vivir con tus actos, y los dos sabemos que no podrás perdonártelo.

En aquella ocasión, él no tuvo respuesta.

Ella se rio sin ganas.

–Todo el tiempo hemos estado pensando que la que necesitaba curarme era yo, pero no es cierto. Eres tú. Estás herido por dentro, y tus heridas están supurando. Estás lleno de una toxina que tú mismo has producido –dijo Nicola, y salió de la habitación.

Capítulo 29

Koldo había cometido un gran error. Nunca debería haber deseado que Nicola supiera lo de su madre. Debería haber mantenido separadas a aquellas dos mujeres. Si lo hubiera hecho, podría haber continuado con su vida.

Su madre… estaba en sus manos. Podía vengarse.

Nicola… era suya, podía acariciarla y saciar su deseo de afecto.

Ahora tenía a su madre, pero no tenía a Nicola. Ella evitaba su mirada. Cuando él entraba en una habitación, ella salía.

Aunque no podía arreglar el problema que había creado, podía quemar su recordatorio. Dos días después de su discusión con Nicola, trasladó a su madre a su casa de Sudáfrica y quemó el cobertizo de Panamá.

Cuando terminó, volvió a la cueva bajo la cascada.

Había encadenado a Cornelia a la pared. Le estaba creciendo el pelo, y tenía el cuero cabelludo casi cubierto. Ella le escupió unas cuantas maldiciones e intentó tirarle de las alas.

–No deberías haber hablado con la fémina.

–Ah –dijo ella, despreciativamente–. ¿Acaso ha entrado en razón y ha decidido que eres demasiado repugnante para ella?

Le hirvió la sangre de rabia, pero se marchó de allí antes de hacer algo que luego pudiera lamentar, tal y como le había dicho Nicola.

Pasó toda la tarde buscando a su padre, con Axel. Encontraron varias huellas, pero todas llevaban a callejones sin salida. Tenían que

estar escondidos, lamiéndose las heridas, pero ¿dónde?

Quería que terminara aquella guerra.

Quería concentrarse en Nicola. Ella tenía razón: estaba herido. Sin embargo, no sabía cómo curarse.

Solo sabía que tenía que arreglar las cosas con su mujer.

—Vamos, concéntrate —murmuró Axel.

Koldo pestañeó, y se dio cuenta de que iba a chocarse con Charlotte y sus chicas, que estaban en una nube, hablando sobre… Nicola.

—… a la pelirroja para hacerme la comida. ¡Qué buena!

—Lo sé. ¿Crees que Koldo me la prestará durante unos años?

Él ascendió por el aire para evitar el impacto. Después, miró a Axel.

—Tengo que irme —dijo—. Nos vemos mañana para continuar buscando.

—Vaya, vaya. Conozco esa mirada. Vas a ponerte de rodillas para implorar piedad ¿no? —le preguntó Axel, con una expresión divertida—. Por mucho que me apetezca ver eso, tengo que irme a visitar a unas personas. Adiós.

Entonces, todos ellos se marcharon en distintas direcciones. Koldo se teletransportó de estado en estado y, después, al otro lado del océano, hasta que, finalmente, llegó al rancho.

A través de la oscuridad, vio múltiples demonios reptando por las paredes. Entonces, se dio cuenta de que la nube había sido infectada con toxina de demonio y había enfermado. Había oído decir que aquello había ocurrido antes, en una sola ocasión, pero había pensado que era un rumor. Sin embargo, en aquel preciso instante comprobó que era verdad.

Hizo surgir la espada de fuego y se trasladó a la parte superior de la nube. Desde allí, pudo ver que los bordes se habían encogido y habían dejado una apertura hacia la casa. De un salto, se situó en el tejado de la casa y plegó las alas. Nunca había luchado con ellas, y no estaba entrenado para hacerlo, pero eso no iba a impedirle luchar en aquel momento.

Los demonios se alejaron de él gateando, apresuradamente, pero él comenzó a dar mandobles de espada y a cortar criaturas en dos. Los cuerpos caían en la hierba.

Cuando hubo limpiado el tejado, se dejó caer dentro de la casa. Todo estaba lleno de demonios decididos a hacer estragos. Dos de ellos se le acercaron por la espalda y le arrancaron puñados de plumas de las alas. Él las agarró y les rompió el cuello. Después, los arrojó a la basura.

¿Dónde estaba Nicola? ¿Y Laila?

Se abrió paso a espadazos por el pasillo, pero no encontró a Laila en su dormitorio. Tampoco vio pruebas de que ningún ser humano hubiera sufrido heridas, aunque los muebles estaban tirados por el suelo y había ropa por todas partes. Si se la habían llevado…

Varios demonios lo rodearon y comenzaron a morderlo y arañarlo. Uno intentó arrancarle el tendón de Aquiles con los dientes. Koldo lo agarró, le arrancó la espina dorsal y lo arrojó contra la pared. Hizo lo mismo con otros dos y, después, con otros dos más, hasta que pudo moverse con furia y quitarse a todos de encima. Mientras caían al suelo, él los cortaba con las cuchillas de sus botas.

Cuando terminó, salió al pasillo y vio que la puerta de Nicola estaba cerrada. Dio una patada a la puerta e hizo astillas la madera. Al entrar, se encontró con los demonios de Nicola, que estaban clavándole las uñas a una porción de nube blanca.

Nicola estaba dentro de aquella neblina, de rodillas, protegiendo con su cuerpo a Laila. Miraba fijamente los tatuajes que llevaba en el brazo. Los tatuajes habían cobrado vida y estaban formando una barrera protectora a su alrededor. Las chicas estaban a salvo. Koldo sintió un gran alivio.

Los demonios huyeron y, aunque Koldo los persiguió para acabar con ellos, demostraron ser muy astutos y consiguieron esconderse entre las nubes.

Koldo volvió junto a Nicola con resignación y se puso de rodillas. Tocó la neblina con suavidad y notó que empezaba a desintegrarse.

Al final, solo quedó el aire.

—Nicola —dijo.

El sonido de su voz la sobresaltó, y le clavó una mirada perdida mientras gemía.

—Lo siento —dijo él—. Lo siento mucho.

Entonces, ella lo abrazó con todas sus fuerzas. Estaba temblando.

Laila siguió encogida, con los ojos cerrados, y él se dio cuenta de que se había desmayado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Convencí a Laila de que viniera a mi habitación para poder leerle un rato. Todo iba perfectamente pero, de repente, los demonios comenzaron a aparecer desde todas partes. No creo que ella pudiera verlos, pero sintió su presencia y gritó. Querían matarnos. Querían que tú encontraras nuestros cuerpos ensangrentados. Yo solo pude proteger a Laila y concentrarme en los tatuajes, como tú me enseñaste.

—Hiciste exactamente lo que tenías que hacer.

—He pasado tanto miedo…

—Pero controlaste ese miedo y actuaste —le dijo él, acariciándole suavemente la espalda—. Siento haberte gritado. Siento haberte presionado para que tú le hicieras daño a otro ser humano. Siento haber pretendido que tú te rebajaras hasta mi nivel, hasta mi dolor. Siento haberte dejado sola. Y siento no haber estado aquí para ayudar.

Notó las lágrimas cálidas de Nicola en la piel.

—Te perdono —dijo ella.

Qué fácil, pensó Koldo, y los ojos se le empañaron. Nicola podría haber buscado alguna forma de vengarse, y él lo habría merecido. Y, sin embargo, ella lo abrazaba.

—Y yo siento haberte ignorado estos días —prosiguió Nicola—. Quería darte tiempo para que trabajaras en la solución de tus problemas sin ninguna presión por mi parte, pero lo que en realidad

quería hacer era besarte. O estrangularte. No estoy segura de cuál de las dos cosas.

Y ahora, ella le pedía disculpas a él.

Quería a aquella mujer con toda su alma.

Al darse cuenta, sintió algo como el golpe de un martillo neumático, que le dejó un gran agujero en el pecho. Por aquel hueco, finalmente, la luz pasó al interior de su ser. Allí había miles de demonios reptadores, oscuros y repugnantes, que eran las maldades que él había ido almacenando durante su vida. Los reptadores silbaron de furia y huyeron apresuradamente para no tener contacto con aquella luz.

Él amaba a Nicola Lane.

Pero todavía no era digno de ella. Nicola era pura y bondadosa, y él era corrupto y violento. Si quería darle todas las cosas que ella merecía, tenía que purificarse y ganarse su amor, de una manera u otra.

Y, cuando fuera digno de ella, podría pedirle que se casaran, y unir sus vidas para siempre. No podía soportar estar sin Nicola.

«Tengo que dejar marchar a mi madre».

Al instante, su mente se rebeló y todos los músculos del cuerpo se le pusieron en tensión. No podía abandonar su necesidad de venganza. Sin embargo, debía elegir entre Nicola y esa venganza; no podía tener ambas cosas. Su madre siempre se interpondría entre ellos.

Así pues, tenía que liberarla. No podía seguir mirando al pasado. Miraría solo hacia el futuro.

Cuando tomó aquella determinación, el agujero se agrandó y permitió que la luz entrara a raudales y eliminara por completo la oscuridad.

Koldo besó a Nicola con delicadeza, y ella le correspondió. Sin embargo, aquel no era el momento de hablarle de sus planes. Sus emociones estaban a flor de piel, y él tenía que cortejarla adecuadamente.

–Salgamos de aquí –dijo.

—Sí, por favor.

Koldo tomó a Laila en brazos.

—Abrázate a mi costado —le dijo a Nicola, y él los teletransportó a la casa de Zacharel, en el cielo. Cuando la neblina se aclaró un poco, dijo—: ¿Zacharel? ¿Annabelle?

—Aquí estoy —dijo Annabelle.

A medida que él avanzaba, la nube se abría y creaba un pasillo maravilloso.

A Nicola se le escapó un jadeo, e intentó tocar la nube.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

—Es un hogar normal para un Enviado.

Annabelle estaba en el salón, sentada en el sofá y, una vez más, rodeada de libros. Alzó la vista y vio a Nicola.

—¿Y a quién tenemos aquí?

—A mi mujer —dijo él, con orgullo—. La que llevo en brazos es su hermana. Necesitan un lugar donde quedarse durante un rato.

Annabelle sonrió.

—Bienvenidas al hogar de Zacharel.

Koldo exhaló un suspiro de alivio.

—Espero que no estemos interrumpiendo nada —dijo Nicola.

—En absoluto. Estoy estudiando la vida de los Enviados y su forma de ser, sus leyes, sus puntos fuertes y los puntos débiles.

—Yo me llamo Nicola —dijo ella, sin apartar la vista de Laila.

—Me alegro mucho de conocerte. Eres el primer ser humano al que conozco en esta nube. Añoraba mucho tener una conversación decente. Y, además, cualquiera que pueda estar con Koldo y seguir viva, bueno… Ya me caes muy bien.

Koldo dejó a Laila en el sofá. Ella gimió suavemente, pero siguió inconsciente.

—Se va a poner bien, ¿verdad? —preguntó Nicola.

En vez de responder y echar por tierra el estado de ánimo de Nicola, Koldo dijo:

—Tengo que hacer una cosa.

—¿Qué?

–Aquí estarás a salvo –dijo él–. Annabelle es tan buena guerrera como Zacharel.

Entonces, se teletransportó a su cueva de Sudáfrica. Cornelia seguía encadenada a la pared. Estaba casi inconsciente. Tenía unas profundas ojeras, las mejillas demacradas y los labios agrietados.

De repente, Koldo se arrepintió de haber sido el causante de su estado.

Ella abrió los ojos y, al verlo, le escupió.

Él se quitó la saliva de la mejilla.

–Todo mi trabajo malgastado –dijo, furiosa al ver sus alas–. Te han concedido un regalo que no mereces.

–Lo sé.

–Rezaré cada día para que alguien te las quite.

«Y yo rezaré para que seas capaz de perdonarme por los pecados que creas que he cometido».

–Voy a comenzar una nueva vida, madre.

–Oh, me alegro por ti. Espero que te mate.

–Tú no estás incluida en esa vida.

Ella esbozó una sonrisa vil.

–Por fin has decidido acabar conmigo, ¿no? Pues me alegro, Así, te expulsarán del cielo, y los demonios te atormentarán para el resto de la eternidad. Sufrirás y, al final, morirás e irás a parar al infierno, donde debes estar.

Cuánto odio. Su madre nunca conseguiría liberarse de aquella carga si seguía alimentándolo, y eso le hacía daño a ella, no a él.

Nicola tenía razón. Él había sido un prisionero.

Pero, en aquel momento, iba a liberarse.

Sacó una daga de un bolsillo de aire, y ella alzó la barbilla con estoicismo. En vez de matarla, tal y como ella pensaba, clavó la punta del puñal en una de las esposas de su madre y la rompió en dos. Hizo lo mismo con la otra esposa, y con los grilletes de los tobillos.

–¿Por qué estás haciendo esto? –le preguntó ella.

–No creo que importe.

Hubo una pausa, y la confusión de su madre fue palpable en el aire.

—Esto no va a cambiar nada —dijo ella.

—Ya lo sé —respondió él.

En cuanto quedó libre, Cornelia empujó con rabia a Koldo. Estaba demasiado débil como para moverlo de su sitio, así que él mismo se apartó. Ella fue hasta la salida de la cueva y extendió las alas.

—Cuando recupere mi fuerza, volveré por ti.

—Estaré preparado. Pero, si intentas hacerme daño a mí hiriendo a la chica, te mataré. No te daré otra oportunidad para que la ataques.

—Como si yo fuera capaz de herir a un inocente.

Después, Cornelia extendió las alas y saltó al vacío. Cayó, y cayó hacia la tierra, hasta que, unos minutos después, a lo lejos, Koldo vio que comenzaba a ascender. Volaba lentamente y con dificultad, pero consiguió mantenerse en el aire.

Así pues, aquello había terminado.

Koldo sintió una gran paz, una paz dulce. Había hecho lo correcto. Se había alejado de la tentación.

Ahora, iría por su recompensa.

Capítulo 30

El cambio que había experimentado Koldo desconcertó y deleitó a Nicola.

Había llegado a casa de Zacharel una hora antes para recogerla y salir juntos. Le había pedido una cita, y le había dado una túnica de ángel de color rosa, y había esperado pacientemente a que ella se cambiara.

Antes de salir, Nicola fue a mirar a Laila, que se despertó y se abrazó a su hermana entre sollozos. Después, cuando Laila se calmó, le prometió a Nicola que iba a escuchar todo lo que le dijera sobre el bien y el mal, la alegría y el miedo, pero por la mañana. Quería pasar una noche tranquila y relajada. Olvidar, aunque solo fuera durante unas horas.

Nicola se sintió muy satisfecha con aquel cambio y accedió. Después, permitió que Koldo la tomara en brazos y se la llevara.

La primera parte de su cita consistió en un vuelo. Koldo la paseó por el cielo, y ella sintió el viento en el pelo y en la piel. Percibió el olor de las nubes, del rocío de la mañana y del sol. Todas aquellas cosas inundaron su alma.

Él estaba a su lado, sujetándola con fuerza, y ella podía mirar al mundo… El mundo era exuberante y glorioso, y estaba lleno de vida. Abajo se fundían el azul del mar con los verdes brillantes de la tierra. Había montañas y valles, y era verano allí e invierno acá. Toda una fiesta para los sentidos.

—Es maravilloso —dijo ella.

–Hubo un tiempo en que yo solo veía la fealdad –dijo él, y le dio un beso en la nuca–. Pero hoy no. Hoy es un día nuevo, un comienzo nuevo. Yo… he liberado a mi madre.

–Oh, Koldo.

–Tenías razón. Podía tenerla prisionera y empeorar, o dejarla marchar y curarme.

–¿Fue difícil?

–Lo más difícil que he hecho en la vida y, de algún modo, también lo más fácil.

Ella le acarició las manos.

–Eso me alegra mucho. Me siento muy satisfecha.

–Y vas a estarlo todavía más –dijo él, y comenzó a descender.

–¿Adónde me llevas? –preguntó ella.

–Ya lo verás.

Nicola miró hacia abajo y vio un río que discurría entre árboles imponentes y algunos claros. Había una leona persiguiendo a una manada de gacelas, y pájaros de todos los colores volando por el cielo. Había elefantes bebiendo en una charca. Había flores exóticas y vegetación selvática. Todo era de una pureza increíble.

–Estás en el reino de los espíritus, conmigo –le dijo Koldo–. No te ven. Vamos, acércate.

–¿De veras?

Él la empujó suavemente.

Nicola avanzó de forma vacilante. Pese a lo que le había dicho Koldo, esperaba que aquellas magníficas criaturas se revolvieran contra ella. Sin embargo, los animales siguieron bebiendo agua y salpicándose los unos a los otros.

Ella se echó a reír, pero los elefantes continuaron en calma.

Koldo la observaba.

Nicola se acercó a una de las crías, y el animal alzó la vista y la clavó en ella. Pero… no podía verla, ¿verdad?

–Vamos, acércate y tócalo –le dijo Koldo–. No te va a hacer daño.

–¿Me va a sentir?

—Su espíritu, sí.

Así pues, los animales podían sentir lo que ocurría en el reino de los espíritus, como los seres humanos. Nicola alargó la mano y acarició la carne suave y cálida del pequeño elefante. Notó que algo le rozaba el brazo y se giró, y se encontró, cara a cara, con la madre de la cría.

¡Su propio espíritu también podía sentir!

La hembra no se asustó de ella. Más bien, parecía que estaba intrigada. La tocó y la olisqueó y, después, trató de juguetear con su pelo. Nicola se echó a reír de pura alegría.

Después de un rato, los elefantes perdieron el interés en ella y se alejaron.

Koldo se aproximó y la tomó entre sus brazos. Estaba tenso y despedía un intenso calor.

—Espera. Estoy sucia. No querrás…

—No estás sucia.

Ella se miró, y se dio cuenta de que las manchas de barro que le habían dejado los elefantes habían desaparecido.

—Llevar una túnica es como ir de un lado a otro en una ducha.

—En ese caso, no me la voy a quitar nunca.

—Bueno, veamos si puedo convencerte de lo contrario —dijo él, en voz baja.

Ella sintió un chisporroteo de necesidad en la sangre.

Koldo la trasladó al tejado de un edificio. Era un edificio muy alto con cubierta plana. La luna estaba en lo alto del cielo, y el viento ofrecía caricias suaves. Había hierba, flores y luces de colores. Se oía música a lo lejos.

Koldo la hizo girar hacia él.

—Vamos a bailar.

—¿Y por qué…?

De repente, ella se dio cuenta de que él le estaba dando todas las cosas que quería: acariciar a un elefante, viajar por el mundo, bailar sobre un rascacielos… Qué hombre tan dulce. A Nicola se le

llenaron los ojos de lágrimas. Apoyó la frente en su pecho, y ambos comenzaron a mecerse suavemente.

Aquel momento fue perfecto. Él le acarició la espalda y jugueteó con la tela de su túnica. Después, le acarició el pelo. Cada pequeño gesto era una seducción para Nicola, la embriagaba y la hacía temblar.

—Koldo —murmuró.

—Nicola —murmuró él—. Tengo que decirte una cosa… Te quiero.

Ella se quedó paralizada. No sabía si había oído bien, pero él se arrodilló y la miró con una expresión llena de esperanza y necesidad.

—Quiero casarme contigo. Quiero protegerte con mi nombre, mi estatus, mi fortuna y mi futuro.

Entonces, era cierto; Koldo la quería. La quería a ella, a una chica corriente que se había pasado toda la vida de hospital en hospital, sufriendo una tragedia tras otra. Sin embargo, la quería tanto como para cumplir todos los deseos que ella tenía en el alma.

—Pero… yo envejeceré —dijo ella—. Y tú no. Y…

—No. Tu vida se vinculará a la mía y, si yo sigo viviendo, tú vivirás. Y, si tú vives, yo viviré también.

Qué… perfecto. Le estaba ofreciendo una vida de ensueño.

—Yo también te quiero, Koldo —dijo ella, con la voz temblorosa. Adoraba el hombre que era, y también el hombre en el que iba a convertirse. Adoraba su fuerza y conocía sus debilidades. Él era bueno para ella, y ella, para él—. Y, sí, quiero casarme contigo.

Él sonrió.

—¿De veras?

—Sí, de veras.

Al instante, Koldo la teletransportó a un dormitorio que ella no conocía, sobre una enorme cama con dosel.

—Vaya, parece que estabas totalmente seguro de que iba a decir que sí —dijo ella, riéndose, mientras le posaba las manos en el pecho.

—Tenía muchas esperanzas.

Nicola miró la habitación. Había tapicerías de terciopelo oscuro y muebles victorianos, y tenía un ambiente antiguo. Olía a rosas.

–¿Dónde estamos?

–En una de mis casas favoritas.

–¿Cuántas tienes?

–Tengo dieciséis. Te las enseñaré todas. Más tarde.

Entonces, Koldo la besó, y la necesidad que sentían el uno por el otro estalló. Se pusieron frenéticos, ansiosos.

–Esta vez no vamos a parar –dijo él.

–Ni un segundo.

–Por ningún motivo.

Si paraban, pensó Nicola, su corazón se rendiría finalmente, y no porque estuviera enfermo, sino de pura frustración. Acababan de admitir el amor que sentían el uno por el otro, y ella quería demostrárselo.

Pronto se hubieron liberado de sus túnicas, y ella quedó en ropa interior. Al sentir su piel, Koldo emitió un gruñido.

–Cada vez que te veo eres más bella.

Él hacía que se sintiera así.

–A mí me parece lo mismo de ti. Me haces muy feliz, Koldo –le dijo ella.

–Espero que tanto como tú a mí.

–Veamos si puedo hacerte más feliz aún. Quédate tal y como estás. No te muevas.

–¿Por qué?

–Quiero aprender todo lo posible del hombre al que amo. Todo lo que te gusta. Todo lo que deseas.

Habían hecho aquellas cosas antes, pero, en aquella ocasión, era muy distinto. Se trataba de un compromiso del cuerpo y del alma. Ella iba a darle todo lo que era, y él iba a conocer una satisfacción única. Nicola se aseguraría de ello.

Le acarició los músculos del pecho y la suavidad de las alas. Poco a poco, fue descendiendo por las ondulaciones de su estómago y

pasó a sus piernas, sus pantorrillas, sus pies. Él era de piedra sólida, y tenía una fuerza que ella siempre había anhelado para sí misma.

Y también era un calor de seda, un *whisky* suave que embriagaba y terminaba con todas las inhibiciones. Lo era todo. Era la luz en la oscuridad, y la esperanza.

–Nicola –murmuró él–. No quiero quedarme inmóvil. Quiero moverme.

Ella se estremeció al oír su voz entrecortada.

–Entonces, ¿te gusta lo que estoy haciendo?

–Me encanta –dijo él, con una gota de sudor en la sien–. Lo odio.

Ella se rio.

–Entonces, lo estoy haciendo bien.

–Muy bien –gruñó él–. Y muy mal.

Tenía una expresión tensa. Su desesperación iba en aumento, como la de ella.

¿Cómo no iba a amar a aquel hombre? Nunca trataba de ocultar la profundidad de sus sentimientos, y despedía un olor maravilloso que ella había empezado a asociar con el placer. Nicola sentía un apetito increíble por él.

–Nicola, no puedo… Tengo que…

Al segundo, Koldo hizo que ambos giraran y se colocó sobre ella.

–Así está bien, ¿no crees?

–Sssiii…

Entonces, Koldo la acarició por todo el cuerpo y la preparó para lo que iba a ocurrir, arrancándole gemido tras gemido.

–No habrá nadie más en tu vida –le dijo.

–Ni en la tuya –respondió ella.

–No, nunca. Me alegro tanto de haberte encontrado, amor mío…

–Yo también.

Hubo un ronroneo de pura satisfacción masculina.

–Eres tan suave, tan cálida. Y eres mía.

–Y estoy tan desesperada por ti…

Él se quedó inmóvil y la miró con intensidad.

–Quiero que seamos hombre y mujer antes de unirnos.

–¿Aquí? ¿Ahora? –preguntó ella con asombro.

–En este preciso instante.

–De acuerdo –susurró Nicola–. De acuerdo, pero date prisa. Por favor.

Entonces, él la besó, y dijo:

–Te pertenezco, Nicola. Te entrego mi vida.

–Me alegro. Y, ahora, si no te importa…

–Tienes que decirme esas mismas palabras.

Ah.

–Te pertenezco, Koldo –dijo ella, mientras le rodeaba la cintura con las piernas–. Te entrego mi vida. Y, ahora, ¿necesitas que te diga lo que tienes que hacer o…?

–Ahora, y para siempre.

–Ahora, y para siempre. ¿Podemos seguir ya?

De repente, aunque Koldo no se había movido, ella se sintió como si se le separara el cuerpo en dos mitades, y experimentó un gran dolor. Notó la quemadura de un calor insoportable que se extendió por todo su cuerpo y tocó todos sus órganos. Sin embargo, aquella sensación se desvaneció tan rápidamente como había surgido, y ella se quedó desplomada en el colchón, jadeando.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó.

Koldo se apoyó en los codos.

–Ahora estamos casados.

–¿Así, sin más?

–Así, sin más.

–¿Cómo?

–Nuestras almas se han unido.

–¿Quieres decir que somos uno? –preguntó Nicola. Al pronunciar aquellas palabras sintió una satisfacción indescriptible.

–En ese sentido, sí. Ahora, vamos por el otro sentido –dijo él, y volvió a besarla–. Me alegro de que hayamos esperado para este momento. Ahora, serás mía por completo.

–Y tú serás mío.

–Nicola –susurró él.

Y, por fin, la tomó. Ella gritó, y Koldo se detuvo a mirarla con preocupación.

–Estoy bien –dijo ella, con la voz entrecortada–. De veras, estoy bien. Lo siento. Es que no sabía qué esperar y, entonces, ha ocurrido, y estoy balbuceando, y tú no te mueves, y yo lo siento mucho. Por favor, continúa.

–¿Te he hecho daño?

–No, te lo prometo. Bueno, no mucho.

–Si te hago daño, ¿vas a decírmelo?

–Sí.

Entonces, él se inclinó y la besó de nuevo, con delicadeza y suavidad. Su pasión se encendió rápidamente, y Nicola se entregó a Koldo sin reservas, lo aceptó por completo. Lo amó, lo abrazó, gritó su nombre, le rogó más y más, le mordisqueó los labios.

–Nunca será suficiente –dijo él.

–Me alegro –musitó ella. Fue lo único que pudo responder.

Entonces, se miraron como hipnotizados, y ocurrió algo profundo. El vínculo que había entre ellos se fortaleció aún más, y el alma de Nicola comenzó a cantar la más bella canción.

«Es mío, y siempre será mío. Gracias. Oh, gracias. Este amor no morirá nunca».

Su corazón se expandió para recibir más y más amor por él. Amor, alegría y paz, lo que él siempre había querido que sintiera, en el grado más dulce de todos.

Nicola le dio todo lo que era, todo lo que iba a ser, y él la correspondió.

–Te quiero, Nicola.

–Sí, yo también te quiero…

Entonces, el calor de su unión se hizo cada vez más intenso, y su corazón comenzó a bombear sangre con fuerza… Su cuerpo también se expandió, como si no pudiera contener a su alma.

–Más deprisa –le rogó a Koldo.

Él obedeció con unos movimientos fuertes y seguros.

–Sí. ¡Sí! Koldo, voy a…

Entonces, explotó, y voló. Una profunda satisfacción se apoderó de ella y, por fin, se sintió completa. Era una mujer que había sobrevivido a lo peor, y que había encontrado lo mejor.

A distancia, oyó el rugido de Koldo, un rugido de satisfacción masculina, y volvió a la realidad.

Él se desplomó sobre ella, y estuvo a punto de aplastarla con su peso. Pero todo era más glorioso, incluso, que antes. Nicola estaba temblando, aferrada a él, a aquel hombre, a su marido.

–¿Cómo… te sientes? –le preguntó él.

–Increíblemente bien –respondió ella, entre suspiros.

–Sí. Ha sido… ha sido… No tengo palabras.

–Yo sí –dijo ella, y besó el pulso que latía en su cuello–. Ha sido digno de repetir.

Capítulo 31

Mientras los rayos de sol entraban en la habitación, Koldo pensaba. Nicola estaba sobre él, con la barbilla apoyada en su esternón, acariciándole la barba y el pecho. Él tenía la mano sobre su espalda, a la altura de la cintura.

Abrió la boca para volver a darle las gracias pero, en vez de eso, cantó. No había vuelto a cantar desde su infancia, desde antes de que su madre le cortara las alas. Y nunca había vuelto a pensar en cantar. Nunca había tenido motivos. En aquel momento, su voz de barítono llenó la habitación, y le regaló la última parte de sí mismo a Nicola.

«Soy tuyo. Me rindo por completo».

Cuando terminó, ella se incorporó y lo miró fijamente. De nuevo, él la había cubierto con su esencia, y ella tenía un brillo dorado en la piel. Koldo nunca había tenido una visión más bella.

–Qué bonita –dijo Nicola, refiriéndose a su canción, con los ojos empañados–. Pero tienes una expresión muy seria, mi famoso guerrero. ¿En qué estás pensando?

Él se enroscó uno de los rizos de su pelo en el dedo. El sexo no era lo que había imaginado. Sabía que unos cuerpos desnudos se unirían y, por los besos y las caricias que había compartido con Nicola, esperaba el placer. Sin embargo, no sabía que ella iba a invadir todos sus sentidos. Cada segundo de lo que habían hecho le había fascinado.

—Te lo diría, pero te he proporcionado más satisfacción de la que puedes asimilar, y no creo que te funcione el cerebro. No lo entenderías.

Una pausa. Un jadeo.

—¿Acabas de hacer una broma?

—Espero que no —dijo él, tratando de contener la sonrisa.

Ella chasqueó la lengua.

—Me parece que alguien necesita que le aseguren que ha hecho un buen trabajo.

—Pues sí —respondió él, sin avergonzarse en absoluto.

—Eso es muy humano —replicó ella, sonriendo.

—Es lógico. Después de todo, ahora tengo un corazón humano.

Koldo hubiera querido ir más despacio con ella, saborear hasta el último momento, ayudarla a llegar al orgasmo para que su cuerpo no se debilitara. Sin embargo, no había podido evitar ir más deprisa, hacer más, hacer todo lo que ella le permitiera. Y sabía que no le habría gustado compartir aquella carnalidad con ninguna otra persona. Durante todo el tiempo, se había sentido demasiado vulnerable, con las defensas muy bajas.

—Si tuviera que describir esta noche que hemos pasado juntos en una sola palabra, diría… Ummm… —comentó ella, y se mordió el labio—. Supongo que diría que ha sido agradable.

—¿Agradable?

Ella soltó una risita.

—Sí. Necesitas práctica.

Él gruñó.

—No voy a pararme a pensar. Voy a empezar ahora mismo —dijo Koldo, y se tendió sobre ella con cara de pocos amigos—. Pero antes de que vuelva a enseñarte el significado de la palabra «éxtasis», dime qué tal estás.

—Perfectamente bien.

—¿No sientes ninguna debilidad?

—No. Estoy curada —dijo ella y, de repente, abrió unos ojos como platos—. Lo estoy. Koldo, ¡estoy curada de verdad! Mi corazón no se

ha agitado ni una sola vez.

Y tenía razón. No había mostrado síntomas de tener un corazón enfermo, y su resistencia había superado, incluso, a la suya.

—La toxina ha desaparecido.

—¡Sí! Pero creo que es algo más que eso. Me siento tan limpia, y tan fuerte…

Sí, aquello sonaba como si hubiera ocurrido algo más: como si dentro de Nicola se hubiera formado una fuente de Agua de la Vida y hubiera creado un poco de salud y bienestar. Pero… eso significaría que Nicola era una Enviada.

Koldo había oído que aquello podía suceder, pero… ¿habría sucedido con ella?

—Me alegro mucho —le dijo.

—Yo…

De repente, Nicola frunció el ceño y se frotó el pecho.

—Ocurre algo malo. Tengo que ir a ver a Laila.

Koldo había sentido muchas veces el peligro, y no iba a desdeñar el instinto de Nicola.

—Claro, por supuesto.

Él se levantó y se puso la túnica, que ahora tenía una abertura para adaptarse a sus nuevas alas. Ayudó a Nicola a ponerse en pie y a vestirse con su propia túnica. Le besó la sien, y dijo:

—Sea lo que sea, lo superaremos juntos.

—Sí, lo sé —dijo ella.

Koldo la llevó a la nube de Zacharel.

—Zacharel —gritó, desde el vestíbulo.

—Aquí, en el salón. Deprisa. Estaba a punto de avisaros.

Nicola entró rápidamente, tirando de Koldo, y se encontró con Zacharel y Annabelle agachados frente al sofá, donde estaba tendida Laila. Su hermana tenía un color amarillento y padecía convulsiones muy violentas. Gemía y tenía los dientes ensangrentados. Debía de haberse mordido la lengua.

Nicola se acercó rápidamente y se arrodilló a su lado.

—Oh, mi amor. No.

Zacharel miró a Koldo.

–Se le paró el corazón, pero pude revivirla –dijo el guerrero, en voz baja–. No va a durar demasiado.

–No digas eso –le gritó Nicola a Zacharel, intentando contener los sollozos.

A Koldo se le encogió el corazón mientras miraba a la hermana gemela de su mujer. Para su sorpresa, el Más Alto le permitió, una vez más, ver el interior de su cuerpo, su espíritu.

Había dos demonios dentro de Laila.

Habían conseguido superar sus barreras de defensa. ¿Cómo iba a reaccionar Nicola cuando muriera su hermana? Porque Laila iba a morir. No había luchado contra la toxina, sino que la había aceptado más y más.

–Los demonios la están matando… –dijo Koldo–. Han entrado en ella…

Nicola se puso muy rígida.

–¡No! ¡No!

–Lo siento.

Ella negó con la cabeza.

–Dadle más Agua de la Vida.

–No puedo ayudarla si ella no se ayuda a sí misma.

–Yo hablaré con ella. Haré que lo entienda –dijo Nicola, y zarandeó a su hermana para que se despertara–. Escúchame, Laila, tienes que escucharme…

Laila emitió un gemido de agonía mientras Nicola empezaba a explicarle todo lo que había aprendido sobre la guerra espiritual y la derrota de los demonios. Sin embargo, aunque Nicola habló y habló, el estado de Laila no mejoró.

–Nicola…

–No, no me digas que no se puede hacer nada –dijo ella, enjugándose las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano–. Tiene que haber algo…

Él no podía verla así, tan destrozada, tan hundida. Sin esperanza. No podía soportarlo.

Además, no había obligado a Laila a que lo escuchara. Podría haberse esforzado más, pero se había concentrado en Nicola. Había permitido que su vida lo distrajera, había pasado muchos momentos con su madre, o persiguiendo a su padre, cuando sabía que Laila se estaba enfrentando a un grave peligro.

Si no hacía un último intento, se levantaría un muro entre Nicola y él. Ella le perdonaría cualquier cosa, si llegaba a culparlo de algo, pero cada vez que recordara aquel momento, él se vería reflejado en un fracaso terrible, porque no habría hecho todo lo posible por salvar a su hermana.

Sintió pánico por lo que había decidido, pero miró a Zacharel.

—Tengo que irme. Protege a las féminas.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Zacharel. Sin embargo, al instante, lo comprendió—. ¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

—Sí.

Zacharel asintió.

—¿Vas a volver aquí después?

—Solo para darte la ampolla. Si me quedo, ella intentará cuidar de mí.

Y eso solo serviría para anular lo que estaba a punto de hacer.

—Veo que está cubierta por tu esencia.

—Sí.

Zacharel volvió a asentir.

—Yo protegeré a las féminas.

—Gracias. Y… gracias por el regalo —dijo, aleteando. Después, se volvió hacia Nicola—. Tengo que irme, pero voy a volver con el Agua de la Vida. Le conseguiré otras pocas semanas de vida, y podremos intentar enseñarle de nuevo la verdad que necesita para luchar y ganar.

La mirada de Nicola se llenó de esperanza, y él le dio un beso rápido para despedirse. Después, se teletransportó al reino del Consejo. No había tiempo que perder.

Apareció justo enfrente de un opulento palacio de piedra plateada, erigido sobre un promontorio, entre montañas nevadas.

La última vez que había estado allí, había perdido el pelo y la piel de la espalda.

Aquel día, seguramente, perdería las alas.

Koldo subió los escalones hasta la entrada. En el interior del palacio, las paredes estaban cubiertas de frescos que contaban las victorias del Más Alto. Batallas contra demonios, del bien contra el mal, del amor contra el odio. Y, por primera vez, Koldo entendió por qué el Más Alto había luchado siempre con tanta valentía por salvar a los humanos. No había nada más precioso que un corazón humano leal.

Había dos guardias apostados en la sala principal del Consejo. Koldo les dijo su nombre.

—Eres bien recibido —dijeron ellos, y abrieron la puerta.

Había una alfombra azul que llevaba hasta el centro de la enorme habitación. El techo era abovedado, de cristal. Las paredes estaban tapizadas con terciopelo blanco, y el único mobiliario era una mesa en forma de media luna, con siete sillas, ocupadas por los miembros del Consejo, que lo miraron con expectación. Cada uno de ellos llevaba la túnica de un color distinto: rojo, azul, verde, amarillo, cian, magenta y violeta. Un arcoíris exuberante y lujoso. El Más Alto bendecía a sus protegidos con la riqueza.

Eran cuatro hombres y tres mujeres que, como Germanus, tenían el pelo de plata y la piel muy arrugada. Y tenían un poder que Koldo no podía imaginar.

Él inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Qué pronto vuelves a nosotros —dijo Dominicus.

—Esto es una sorpresa —dijo Isabella.

—Necesito el Agua de la Vida —anunció él.

Adeodatus ladeó la cabeza, observándolo atentamente.

—Y deseas dársela a una fémina humana, en vez de a un camarada.

—Sí.

—¿Por qué? —inquirió Christa.

Koldo les contó toda la historia, de principio a fin: cómo había conocido a Nicola, qué había sucedido con ella y qué había sucedido con su hermana.

–Una escuchó, y la otra, no –dijo Benedictus–. Interesante.

–¿Y por qué iba a concedérsele a Laila otra oportunidad? –preguntó Katherina.

–No la merece –afirmó Koldo–, y no la desea. Pero yo, un servidor del Más Alto, la solicito.

Dominicus sonrió.

–Has ganado mucha seguridad desde la última vez que estuviste aquí. Lo apruebo.

Aquella vez, había acudido al Consejo por Zacharel y Annabelle, pero lo había hecho con el alma llena de odio e ira, con la determinación de hacer cualquier cosa por capturar a su madre. Había mantenido la cabeza agachada y había hablado en voz baja, porque tenía miedo de que rechazaran su petición.

Aquel día, sin embargo, sabía que no la iban a rechazar. Sabía que, al haber renunciado a su ira, el Más Alto estaba en armonía con él, y que no pondría obstáculos en su camino. Lo que quería, lo quería por amor. Y el Más Alto nunca quería que una persona sufriera, ni siquiera para aprender una lección.

–No hay necesidad de reunirse a deliberar. Estás aprobado –dijo Christa, asintiendo.

–¿Qué es lo que debo sacrificar? –preguntó Koldo–. Daré cualquier cosa que me pidáis, pero me gustaría recordar que esta no es la forma de actuar del Más Alto. Él no exige nada, salvo el respeto a sus leyes.

–Pero nosotros requerimos esto, porque queremos que se mantengan nuestras tradiciones –dijo Benedictus con severidad–. ¿Todavía deseas seguir?

–Sí.

Entonces, los miembros del Consejo se miraron y asintieron al unísono.

–Podríamos pedirte que te separaras de la humana, Nicola –dijo Katherina.

A él se le encogió el estómago. No, por favor. Cualquier cosa menos eso.

–Pero no vamos a hacerlo –prosiguió ella, y él exhaló un suspiro de alivio–. Vamos a quedarnos con tus alas. Déjalas aquí. Después, irás al templo de Clerici, donde recibirás los latigazos. Y, después, él te acompañará a la puerta del río. ¿Estás conforme?

Koldo vio la cara llorosa de Nicola.

–Sí –dijo.

Capítulo 32

Kafziel se colocó tras él, con una daga en la mano.

Koldo se sentó en un taburete, se inclinó hacia delante y se agarró al borde de la mesa.

–Eres un hombre valiente, Koldo –le dijo el miembro del Consejo. Y, después, como había hecho su madre, comenzó el proceso agonizante de separarle las alas del músculo.

El metal cortó la carne, y la sangre comenzó a brotar. Koldo sintió un dolor lacerante que se extendió por todo su cuerpo. Apretó los dientes y aguantó estoicamente. Había sobrevivido sin alas durante toda una vida, y volvería a acostumbrarse. Sin embargo, lamentaba el hecho de que ya no podría llevar a Nicola por el cielo. Nunca volvería a viajar junto a uno de sus compañeros. De nuevo, se convertiría en una rareza entre los de su raza.

De reojo, vio que una de las alas caía al suelo, ensangrentada. Las plumas se habían manchado de rojo, y los tendones no eran más que carne sin vida.

–Y, ahora, la otra –dijo Kafziel.

Koldo se concentró en Nicola. En su cara bella y sonriente. En sus ojos brillantes. Ella lo abrazaba, llena de alegría. Lo besaba con gratitud.

«Todo esto merece la pena».

A los pocos minutos, la segunda ala se unió a la primera, y alguien ayudó a Koldo a levantarse. Le temblaban las piernas, y

tenía un horrible dolor en la espalda. Además, dentro de pocos minutos tendría que soportar una larga tanda de latigazos.

—Cabe la posibilidad de que la fémina humana malgaste este regalo —dijo Isabella con tristeza—. Puede que rechace el Agua, que luche contra sus efectos.

Él ya lo sabía, pero no podía arrepentirse. Le daría aquella oportunidad a Laila. Eso era todo lo que podía hacer. Así, cuando mirara atrás, nunca se preguntaría qué habría ocurrido de intentarlo.

—No me voy a detener ahora —dijo.

—Entonces, ve con Clerici —dijo Adeodatus, asintiendo.

—Bendiciones para ti, Koldo —dijeron todos los miembros del Consejo, al unísono.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, Koldo se teletransportó al templo de Clerici. Tenía la visión nublada, pero conocía aquel palacio de memoria; no había flores, solo tierra. No había árboles. Solo un poste grueso que servía de apoyo para recibir latigazos. Frente a él había una puerta de hierro que atravesaría pronto, si acaso podía caminar.

Esperaba que hubiera un guardia con un látigo en la mano, pero fue Clerici quien lo saludó.

—Hola, Koldo. Estoy muy complacido contigo. Has puesto el bienestar de otro por encima del tuyo. No sabes cómo va a resultar todo esto y, sin embargo, estás dispuesto a intentarlo.

Koldo se quedó sin fuerzas, y cayó de rodillas ante el poste. Cerró los ojos.

—Lo que estás haciendo es una verdadera expresión de amor —dijo Clerici—, y te alabo por ello. Esta es tu última oportunidad de marchar.

Él negó con la cabeza.

—De acuerdo —dijo Clerici.

Hubo una pausa… y Koldo recibió el primer latigazo. A medida que se sucedían los golpes, el cuero comenzó a arrancarle la piel y, después, la carne. Le dolía la mandíbula de contener los gritos.

En aquella ocasión, se imaginó a Laila levantándose del sofá de Zacharel y liberándose de su enfermedad como si fuera un abrigo de invierno que ya no era necesario. Se imaginó a las dos hermanas riendo, abrazándose, hablando de leyes espirituales y aprendiendo cómo poner a los demonios en su sitio. Bajo sus pies.

Llegaron más latigazos; el quinto, el sexto.

Ya no debía de quedarle carne en la espalda. Tenía la visión oscurecida.

El séptimo, el octavo, el noveno… Cuando hubo soportado treinta, el látigo se detuvo.

—Ya está. Ya está.

A Koldo se le cayó la cabeza sobre el pecho.

—Nunca olvides que el Más Alto te ha bendecido con su fuerza —dijo Clerici, antes de alejarse.

La puerta que había frente a él se abrió, y Koldo se arrastró a gatas hacia ella. Despacio, avanzó hacia el sonido del agua, moviendo la piel desgarrada y los músculos mutilados. Recorrió los metros uno a uno, entre la neblina que saturaba el aire.

Había dos ríos: el Río de la Vida y el Río de la Muerte. Uno calmaba con una brisa suave y, el otro, agitaba con un viento violento. Uno era claro y puro y, el otro, oscuro y turbio. Algunos habían elegido la muerte, después de decidir que querían cortar su vínculo con el Más Alto, caer voluntariamente para no tener que cumplir las leyes celestiales.

Koldo se acercó a la orilla del Río de la Vida y, con las manos temblorosas, llenó un pequeño frasco de agua. Después, lo tapó y lo depositó en un bolsillo de aire. Al terminar, exhaló un suspiro de alivio.

Ahora debía llevar la ampolla a la nube de Zacharel. No tenía fuerzas para trasladarse a grandes distancias, así que avanzó lentamente, arrastrándose hasta la puerta. Allí, después de tomar aire, se teletransportó al borde de la nube y, después, fue de nube en nube, acercándose más y más a la de su líder.

Entonces, se dio cuenta de que, en realidad, estaba dibujando círculos alrededor del templo de Clerici. Se sintió frustrado.

Se imaginó la nube de Zacharel, y pensó: «Puedo hacer esto».

Entonces, se teletransportó, pero apareció en medio del aire y comenzó a caer en picado hacia la tierra. Si aterrizaba a aquella velocidad, explotaría en demasiados pedazos como para poder regenerarse.

Se imaginó la casa de Nicola. Estaba más cerca y le resultaría más fácil alcanzarla. Si conseguía llegar allí, podría llamar a Zacharel, no para que lo ayudara, sino para que recogiera la ampolla de Agua de la Vida y se la llevara a Laila antes de que fuera demasiado tarde.

«Vamos, vamos. Una vez más».

Entonces, se teletransportó y apareció en el salón de casa de Nicola. Aterrizó boca abajo, con un terrible golpe, y alzó la vista. Solo quedaba el sofá que él había dejado allí, y una alfombra deshilachada. Oh, gracias al Más Alto. Con sumo esfuerzo, alzó un brazo y sacó la ampolla del bolsillo de aire.

«Zacharel», trató de proyectar; sin embargo, estaba tan débil que no pudo conseguirlo.

Entonces, una sombra cayó sobre él.

−Me preguntaba cuánto tiempo ibas a tardar en liberarte de mi veneno y dar con nosotros −dijo alguien con una voz familiar−. Pero no sabía en qué estado iba a encontrarte.

Koldo sintió miedo. Ella no; cualquiera, menos ella. Intentó ocultar la ampolla, pero no fue lo suficientemente rápido. Sirena le pisó la muñeca y lo inmovilizó.

−Soy medio hada y, como bien sabrás, las hadas tenemos habilidades especiales. Puedo bloquear los poderes de los demás durante un espacio de tiempo. Por eso no podías teletransportarte, ni seguir nuestro rastro −le explicó, mientras le arrebataba el pequeño frasco. Después, le clavó el tacón de aguja en las heridas de la espalda, y él emitió un silbido de dolor−. ¿Qué es esto? −preguntó ella. Pasó un momento, y se rio con ganas−. Agua de la Vida. Qué maravilla.

−Deja que vea eso −dijo un hombre.

Su padre.

Otra sombra, otra risa, aunque aquella fuera más grave.

−Pues sí, es el Agua de la Vida. Su mujer debe de estar enferma, y él querrá salvarla.

Pop. El corcho del frasco cayó delante de su cara.

−Por favor −dijo Koldo. Estaba dispuesto, incluso, a suplicar.

Sirena le clavó un poco más el tacón.

−¡Cuánto me gusta escuchar esa palabra de tus labios! −dijo Nox, justo antes de derramar todo el líquido en el suelo.

¡No! Después de todo lo que había sufrido, y de lo que iba a sufrir a manos de su padre, Laila no tendría ninguna oportunidad. Koldo cerró los ojos. Podría hacer todo aquello otra vez, pero tal vez fuera demasiado tarde.

El agua le salpicó la cara a Koldo, y él notó su frescor y sus propiedades calmantes, pero apretó los labios con fuerza. No podía tomar una sola gota hasta que estuviera completamente curado. Si lo hacía, sufriría y no conseguiría curarse nunca, en toda la eternidad.

Nox se arrodilló a su lado y lo tomó por la barbilla para obligarlo a que lo mirara.

−Y ahora, tú y yo nos vamos a divertir.

Capítulo 33

Thane dejó a la humana que lo había atendido tirada en el suelo del baño, y salió al club. Las cosas que acababa de hacerle… Las cosas que ella le había pedido… Aquella era la tercera fémina con la que se divertía aquella noche. La octava durante los tres días anteriores. Sin embargo, cuanto más se acostaba con mujeres, más aumentaban su deseo y su necesidad. El sexo se había convertido en una obsesión.

Había dejado de perseguir a los demonios.

Le ocurría algo, y era consciente de ello. Sin embargo, deseaba estar con otra mujer, aunque no estuviera seguro de si su cuerpo iba a resistirlo. Tenía la cabeza embotada y los miembros temblorosos.

Las luces, el sonido atronador de la música de la discoteca y los cuerpos que se retorcían en la pista de baile lo agobiaron tanto que salió del local al frío de la noche.

Se tropezó con el empedrado de la calle. La luna era una delgada rendija de plata en medio del cielo oscuro, y solo se veían unas cuantas estrellas. Había farolas, pero su luz era mortecina y solo alcanzaba pequeños círculos.

En aquel momento, llevaba las alas escondidas en una bolsa de aire. Su túnica había adquirido la forma de una camiseta y unos pantalones negros. Siguió caminando, pero el mareo que sentía le obligó a detenerse y a apoyarse en un edificio para no caer al suelo.

«Bjorn, Xerxes», proyectó.

Llevaba varios días sin hablar con ellos y, al darse cuenta, frunció el ceño. Eso no era propio de él, ni de ellos tampoco. ¿Por qué no

habían intentado hablar con él sus amigos?

Ellos acudirían a su llamada y lo sacarían de aquella espiral. Los tres juntos volverían a perseguir a los demonios, lucharían juntos y vencerían juntos.

Silencio.

Thane frunció aún más el ceño. Ellos nunca lo ignoraban. Lo querían.

A ellos también debía de sucederles algo.

—Eh, tú —le dijo una mujer.

Thane se detuvo a la entrada del callejón, porque conocía aquella voz. Era la mujer a la que había dejado en el baño. En vertical tenía un aspecto distinto. Llevaba la ropa arrugada y tenía el pelo oscuro y revuelto. Tenía los ojos muy brillantes de excitación, y las mejillas llenas de color.

Él tuvo un mal presentimiento.

—Te has dejado algo en esa discoteca —dijo ella.

—¿El qué?

La mujer sonrió.

—Tu orgullo.

Thane sintió un arrebato de furia. Últimamente lo habían juzgado en demasiadas ocasiones.

—¿Y el tuyo? Solo he tenido que decirte cinco palabras para que te vinieras al baño conmigo.

Su diversión aumentó.

—¿Quieres saber un secreto de los fénix, Enviado? Podemos convertirnos en quien queramos.

Mientras hablaba, el rostro de la mujer se transformó. Su pelo negro se hizo rubio rojizo. Sus ojos castaños se volvieron verdes. En sus orejas se formó un borde puntiagudo. Sus colmillos crecieron.

Era la fénix.

Kendra.

Un segundo después, volvió a transformarse. Se convirtió en la otra mujer con la que él se había acostado aquel día. Y, después, en

la otra, y en la otra, en todas las mujeres con las que había mantenido relaciones sexuales aquellos días.

Thane contuvo una retahíla de maldiciones.

–¿Cómo sabías adónde iba a ir?

–No lo sabía. Te he seguido –dijo ella–. Pero tú tampoco lo sabías, ¿no? Deberías dedicar más tiempo a tu adiestramiento, soldado. Has fallado.

Con disimulo, él metió la mano en el bolsillo de aire que llevaba a la espalda y agarró la empuñadura de una daga.

–Cuando me llevaste con mi gente, ellos me obligaron a casarme con un guerrero, pero yo me fugué a la mañana siguiente y, con el dinero que había ahorrado, conseguí que alguien me quitara las ataduras de esclava. Hay gente especializada en eso, ¿sabes?

–Tu marido va a venir a buscarte.

–Sí. Y a ti también –dijo ella, con una risa cantarina–. ¿Quieres saber otro secreto de los fénix? Cuando no somos esclavos, podemos esclavizar. Cada vez que te has acostado conmigo durante estos días, tu necesidad de sexo ha aumentado, ¿verdad?

Él sintió una ira salvaje. Ella quería convertirlo en un adicto a su cuerpo. Thane había sido prisionero antes, y había jurado que nunca volvería a serlo, que destruiría a cualquiera que intentara someterlo.

Y siempre cumplía sus promesas.

No perdió el tiempo en amenazarla. Era evidente que las amenazas no funcionarían con ella.

–Yo no soy esclavo de nadie.

Entonces, le lanzó la daga y se la clavó en el pecho. Ella abrió los ojos desmesuradamente, pero no de dolor y confusión, como él pensaba, sino con alegría.

–Gracias –le dijo la fénix, entre jadeos–. Ha sido más fácil de lo que esperaba.

Cayó de rodillas al suelo y comenzó a desangrarse.

–Ahora me quemaré, me convertiré en cenizas y resurgiré de ellas… Seré más fuerte, y tú serás mío para siempre.

–No –gruñó él.

No podía creerlo.

Se oyó una risotada a lo lejos.

Se giró, tambaleándose, y vio una sombra que bajaba del tejado del edificio, por la pared, hasta el suelo. En el centro oscuro de la sombra brillaban dos ojos rojos. Otra sombra lo siguió, y otra. Entonces, las sombras comenzaron a descender del tejado de otro edificio.

Demonios.

Eran tantos que no podía contarlos. Sin embargo, agradeció aquel desafío. Si huía, ellos comenzarían a destruir a todos los seres humanos que hubiera cerca de allí.

—Tengo entendido que este chico guapo me ha estado buscando —dijo una voz llena de maldad—. Quiere castigarme por haber matado a su precioso rey.

Se oyó un coro de risotadas.

Thane entró al reino de los espíritus e hizo surgir su espada de fuego. Parecía que las criaturas estaban hechas de aceite de motor mezclada con sangre, y congelada después. Eran blobs, una especie peligrosa.

—Te voy a matar —juró, entre dientes.

Sin embargo, su mareo era cada vez más fuerte, y tenía problemas para mantenerse en pie. Tuvo que apoyarse en el edificio de nuevo.

—Vamos a verlo —dijo el demonio—. El último que quede en pie gana.

Todas las sombras se abalanzaron hacia él.

Thane comenzó a mover la espada y cortó a varias de las criaturas por la mitad. Las sombras chisporrotearon y silbaron, pero ninguna cayó del aire. Todas siguieron acosándolo. Tomó una daga con la otra mano, pero el metal no hacía ningún daño a los monstruos; al contrario, su hoja les provocaba risa.

Sopló una brisa tras él, y supo que algo lo estaba acechando por la espalda.

Movió las alas y se quitó varias sombras de encima, y se elevó por el aire, zafándose de las criaturas que habían conseguido agarrarlo por detrás. Aparecieron más sombras, pero él hizo un movimiento giratorio con la espada y seccionó varias cabezas.

Sin embargo, en vez de caer, los demonios desaparecían.

Thane sabía que lo mejor era no dejar de moverse, no permitir que nadie lo atrapara. Corrió de un lado a otro del edificio, sin dejar de agitar la espada, perseguido siempre por los demonios.

De repente, vio a Bjorn y, un poco más arriba, a Xerxes. Ambos aterrizaron junto a él, y Thane estuvo a punto de desmayarse de alivio.

—Ni llamas, ni escribes —dijo Bjorn, y se puso en movimiento con su espada de fuego.

—Lo intenté —respondió él—, pero no pude comunicarme con vosotros.

—Después de lo que hemos tenido que dejar para venir aquí a ayudarte, nos debes una —dijo Xerxes, atacando a los monstruos con dos espadas cortas.

—Os pagaré con gusto.

—Sirvientes del demonio Lucha —dijo Bjorn—. Siempre buscando pelea. Vamos a darles una buena.

Se separaron para dividir la atención de las criaturas, y saltaron, volaron, se voltearon, dieron patadas y puñetazos… Sin embargo, solo conseguían infligir daño con la espada de fuego. Una de las criaturas consiguió agarrarse a la cabeza de Thane y la envolvió, ahogándolo.

Gritos, gritos, gritos. Demasiados gritos. Le arañaron los oídos y asaltaron su mente. Pensó que oía a sus amigos gritar, a distancia, pero… se dio cuenta de que los gritos eran suyos, que llegaban de su pasado, que se mezclaban y sangraban, empapándolo.

Vio pasar por su mente muchas escenas del pasado; las mujeres con las que se había acostado y a las que había abandonado; los humanos a los que había matado con tal de acabar con los demonios; los guerreros a los que había traicionado después de su

regreso de las mazmorras de los demonios. Todas las veces que se había reído cuando, en realidad, quería llorar.

Y, entonces, de repente, hubo un fogonazo de luz, y la oscuridad desapareció.

Thane cayó de bruces al suelo. Poco a poco, recuperó la visión, y vio a Xerxes y a Bjorn luchando con las criaturas junto a él, protegiéndolo.

«Debo de haber caído sobre la fénix», pensó. Lo que sentía bajo el cuerpo, algo mullido y todavía caliente, debía de ser ella. No, no era caliente, sino abrasador. Una vez muerta, Kendra estaba a punto de arder espontáneamente.

Tal y como había prometido.

Mientras las sombras seguían atacando, vio que uno de los pies de Kendra ardía con una llama que fue extendiéndose, rápidamente, hacia el tobillo y, después, hacia su pantorrilla.

Los enemigos empezaron a disminuir en número y, cuando los que quedaban se dieron cuenta de que no podían ganar, se retiraron. Se adhirieron a las paredes del edificio y comenzaron a subir hacia el tejado.

¡Cobardes!

Thane se apartó del cuerpo de Kendra. Las llamas comenzaron a devorar sus muslos, su torso, los brazos y el pecho. Incluso su cara. Ardió por completo, hasta que desapareció y sus cenizas salieron volando por el aire.

Ella resurgiría, tal y como había prometido. Y sería más fuerte.

Él se convertiría en su esclavo.

Su mente rechazaba aquella noción con todas sus fuerzas.

Xerxes se acercó a él.

—¿Estás bien, amigo mío?

Su voz sonaba lejana. Thane intentó hablar, pero no tenía fuerzas.

Bjorn dio un paso hacia él, pero se detuvo y frunció el ceño. Se miró la muñeca, donde tenía un arañazo negro, y miró a Thane con desconcierto. Entonces, cayó de rodillas.

Xerxes se apresuró a ayudarlo, pero…

Bjorn desapareció.

Era como si se hubiera teletransportado, pero él no tenía esa capacidad. O, más bien, como si alguien lo hubiera teletransportado.

–¿Qué ha ocurrido? –gritó Xerxes–. Bjorn. ¡Bjorn!

Thane trató de sentarse. Tenía que ayudar a sus amigos. Ellos lo eran todo para él. No era nada sin ellos.

Sin embargo, la debilidad y el mareo se lo impidieron. Solo pudo quedarse allí, en el suelo, jadeando, hasta que perdió el conocimiento.

Capítulo 34

Nicola estaba sentada junto a Laila, que estaba en la cama del hospital. Las cosas habían cambiado mucho desde la última vez que habían estado así y, sin embargo, Laila seguía al borde de la muerte.

Su hermana le había pedido que, si alguna vez volvían a verse en aquella situación, la dejara marchar.

Pero Nicola le había dicho que no.

Y, en aquel momento, también decía que no. Nunca.

Antes no tenía esperanza, pero había cambiado. Era más fuerte, más sabia, y sabía que había otros caminos. Sin embargo, su hermana no lo sabía, y ella tenía que conseguir que cambiara de opinión.

La miró con los ojos llenos de lágrimas. Laila tenía tubos en el pecho y los brazos. Estaba de color amarillento, y había quedado en coma; los médicos le habían dicho que nunca despertaría. Estaba sedada, pero sufría dolor de todos modos; tenía los músculos tensos y el ceño fruncido.

Cada vez que Nicola le repetía todo lo que había aprendido de Koldo, sus constantes vitales se fortalecían, pero en cuanto dejaba de hablar, volvían a debilitarse. El sueño se había convertido en el enemigo de Nicola.

Zacharel había hecho todo lo posible por mantener a Laila con vida pero, al final, había tenido que llevarla volando al hospital. Había dejado a dos Enviados haciendo guardia junto a la puerta de

la habitación, en el pasillo. Ellos le habían concedido un tiempo de privacidad con su hermana, para que pudiera despedirse de ella.

«¿Dónde estás, Koldo?».

Llevaba dos días sin dar noticias. Zacharel estaba buscándolo.

Zacharel le había dicho que Koldo se había ido a buscar más Agua de la Vida, solo porque ella lo había pedido, y que volvería al final del primer día. Le había dicho más cosas y, al recordarlas, Nicola se estremeció.

«Tu hombre ha recibido latigazos. Antes, ha tenido que hacer el sacrificio de renunciar a algo muy valioso para él. Seguramente, está abrumado. Le he pedido detalles a nuestro líder, pero él no puede dar una información que no le pertenece».

En aquel momento, Nicola deseaba con todas sus fuerzas volver atrás, a la nube de Zacharel, e impedir que Koldo se marchara. Sin embargo, por ese motivo él se había teletransportado sin decirle adónde iba. Para que no pudiera hacerlo. Koldo se había ido a sufrir por ella.

«Tengo que encontrarlo», pensó.

Sin embargo, no podía dejar sola a su hermana.

¿Y si a Koldo le habían exigido que la abandonara?

Sintió una punzada de dolor en el estómago y tuvo que contener un gemido de dolor.

—Todo ha terminado para mí, Co Co.

La voz de Laila se oyó por la habitación. Nicola la miró y se sobresaltó. Laila la miraba fijamente con sus enormes ojos grises, sin rastro de dolor.

Nicola sintió una enorme esperanza, y también confusión.

—Estás despierta.

—Solo será un momento —dijo Laila, sonriendo dulcemente—. Tienes que dejarme marchar, mi amor. Ha llegado el momento.

¡No! ¡Absolutamente, no!

—Ya te lo he dicho: no puedo —respondió Nicola—. Tú eres capaz de superar esto.

—Siempre fuiste la más fuerte, y la más sensible de las dos. No quiero que mires atrás y te culpes de nada. Has hecho todo lo que has podido, y yo me he negado a escuchar. Y no quiero que tengas miedo. Yo ya no lo tengo.

—Yo tampoco tengo miedo. Vas a recuperarte. Koldo ha ido a buscarte ese agua especial. Ya te salvó antes, y…

—No, hermana. Ahora estoy lista. Llevo un rato levitando entre el mundo espiritual y el natural, y he llegado a algunos acuerdos con el Más Alto. Es maravilloso, ¿sabes? Le pedí una oportunidad de despedirme, y Él me la concedió.

—No, no te despidas. Quiero que te quedes conmigo —dijo Nicola, con la voz rota.

—Lo sé, pero el miedo… Era muy feo, y yo permití que me destrozara. Por lo menos, ahora voy a ir a un lugar mejor. Un día volveremos a estar juntas. Piensa en todas las cosas que le vas a enseñar a la gente. Piensa en lo que ya has hecho por Koldo.

—Laila…

—Te quiero, Co Co.

—No te vayas, por favor.

—Ya está hecho.

Nicola comenzó a llorar. Las lágrimas se le derramaron por las mejillas, quemándole la piel. Le tomó la mano a su hermana, y entrelazaron sus dedos.

—Yo también te quiero, La La.

Laila sonrió de nuevo, y exhaló su último aliento.

Nicola vagaba por las calles del barrio de su infancia. Por petición suya, los Enviados la habían llevado volando hasta allí y, en aquel momento, la seguían discretamente a cierta distancia.

No podía quitarse de la cabeza la imagen de Laila muerta, sin luz en los ojos. Las máquinas habían empezado a pitar, y las enfermeras habían entrado rápidamente a la habitación. Sin embargo, en aquella

ocasión no habían tratado de salvarle la vida a su hermana. Sabían que no era posible.

Habían apagado las máquinas, le habían dado el pésame a Nicola y se habían marchado.

Se había hecho el silencio. Un silencio opresivo. Y ella se había quedado allí, llorando.

¿Adónde iba a ir?

Cuando llegó a la casa donde se habían criado con sus padres, Nicola temblaba. La casa estaba situada en el centro histórico de la ciudad, y era de color amarillo con ladrillo visto. Había arbustos, flores y césped en el jardín, y un camino de cemento que conducía al porche.

El hospital desapareció de su mente y, en su lugar, Nicola vio a Laila asomada a la ventana, esperándola a ella, que volvía del médico. En cuanto había salido del coche, su hermana había echado a correr por el césped, aliviada porque estuvieran juntas otra vez.

Algo que ya nunca podría repetirse.

A Nicola le fallaron las rodillas a causa del dolor que sentía. Laila había sido su única compañera durante toda su vida, la persona que había compartido su dolor y la había ayudado cuando estaba en sus momentos más bajos.

Y, ahora… A partir de entonces…

—Dejadme sola —les pidió Nicola a sus guardias—. Por favor.

Ellos se alejaron hasta la esquina de la calle.

Entonces, Nicola comenzó a llorar desconsoladamente en la acera. Los actuales dueños de la casa, y sus vecinos, debían de estar trabajando, porque nadie salió a ayudarla. Y se alegraba.

Poco a poco, fue calmándose. Se quedó allí, agachada, con la frente apoyada en las manos, los ojos hinchados y la nariz taponada. Se dijo que la muerte no era el final de todo, y que volvería a ver a su hermana.

Sin embargo, tuvo un pensamiento: las cosas no deberían haber sucedido así. Los demonios habían envenenado a su hermana, sí, pero Laila no había luchado contra ellos.

¿Cuántas familias se veían afectadas por una situación similar, y no lo sabían? ¿Cuántas personas aceptaban todo aquello como si fuera lo más natural e inevitable, sin saber que había otro camino?

Demasiadas.

Ella tenía que cambiar eso. No iba a permitir que ninguna otra hermana, ni madre, ni padre, ni amigo, terminaran así. Koldo le había enseñado a luchar, y ella enseñaría a otros.

De su dolor nacería un propósito.

Sí. Aquello era la guerra.

Sintió unos pequeños rayos de esperanza, y se irguió. El brillo de la luz matinal hizo que pestañeara. Entonces… su corazón empezó a latir erráticamente, como si el órgano hubiera sufrido demasiada tensión. Ella sintió un dolor en el brazo izquierdo, como si estuviera padeciendo otro ataque cardíaco.

«¿Me estoy muriendo?», se preguntó.

«Sí, es el final. Tu hermana ya ha muerto, y tú no puedes sobrevivir sin ella».

No. Eso no podía ser cierto.

Sin embargo, el miedo consumió toda su esperanza, y el dolor aumentó.

«Estás sola. Nadie puede ayudarte».

¡No! Esas ideas no podían ser suyas. Iban en contra de todo lo que acababa de pensar. Entonces, ¿de dónde…?

Los demonios. No podía verlos, pero ellos debían de haber sentido su desesperación y se habían acercado corriendo a ella, con la esperanza de poder envenenarla y alimentarse. Bien, pues no iba a permitírselo.

—Sé que estáis mintiendo. Sé que estoy bien —dijo, y su corazón recuperó el ritmo normal—. Nunca más volveré a dejarme engañar.

Dos demonios temibles aparecieron frente a ella y plegaron las alas retorcidas en la espalda. Eran negros, con cuernos y escamas, y olían a azufre. Sus ojos eran oscuros y estaban llenos de pura maldad. Nicola los había visto antes, en su despacho, y con el padre de Koldo.

–No me dais miedo –dijo ella, haciéndoles frente.

–Pues deberías tenerlo –respondió uno de los monstruos–. Hemos estado esperando este día. Este momento.

–¿Dónde están tus amigos? –le preguntó el otro–. Parece que te han abandonado.

–Entonces, este momento no es lo que parece –replicó ella–. Yo siempre tengo ayuda. Además, con o sin ella, vosotros no podéis hacerme nada.

–Nos necesitas –dijo uno de los demonios, en un tono seductor–. Aunque solo sea para mantener a otros demonios alejados.

Fueron aproximándose a ella, pero Nicola se mantuvo firme en su sitio y no permitió que el terror la dominara. Los demonios le habían dicho que habían estado esperando aquel momento, que habían esperado a que su hermana muriera, a que sus emociones estuvieran destrozadas. Tenían planeado aquel ataque; seguramente, lo habían preparado durante días y semanas, riéndose de lo fácil que iba a resultarles llevarlo a cabo. Pues bien, no iba a darles esa satisfacción.

«¿Qué puedo hacer ahora?», se preguntó.

«Luchar».

Fue su instinto quien respondió en aquella ocasión, y ella decidió seguir su consejo. A los demonios les gustaba el miedo y la desesperación, así que les daría alegría y esperanza.

Cerró los ojos y pensó en Koldo, su marido. Él la quería, y ella lo quería a él, pasara lo que pasara. Iría a buscarlo, lo encontraría y volverían a estar juntos. ¿Qué importancia tenía que a él le hubieran exigido que la abandonara? Ella no había aceptado esas condiciones. No había prometido que fuera a renunciar a él.

Lucharían juntos en aquella guerra.

Notó un intenso calor en la mano. Era un calor tan fuerte que casi le quemaba.

Entonces, vio que acababa de surgir una espada de fuego en su puño. Gritó, y estuvo a punto de soltar el arma debido a la

impresión. Sin embargo, por algún motivo, no lo hizo. La empuñadura estaba muy caliente, pero también era muy ligera. Nicola movió la hoja de llamas por el aire.

Al verlo, los demonios se echaron a temblar y retrocedieron.

−¿De dónde has sacado eso? −preguntó uno.

−Esto no puede ser verdad −dijo el otro.

Agitaron las alas, preparándose para huir.

«Si voy a actuar, tengo que actuar ahora mismo», pensó Nicola.

−Os habéis equivocado de víctima −les dijo.

Y, con un solo movimiento de la muñeca, los decapitó a los dos. Las cabezas cayeron rodando por el suelo, y ella sintió que la satisfacción le inundaba el corazón.

Había comenzado la batalla.

Magnus y Malcolm aparecieron por una esquina, armados también con sus espadas de fuego.

La suya era más grande que las de los otros dos Enviados.

Ambos se detuvieron en seco al verla.

−Tú… Tú…

−¿Cómo…?

−Estáis igual de anonadados que yo, así que hablaremos luego, ¿de acuerdo? ¿Sabéis dónde está Koldo?

Había llegado la hora de empezar la búsqueda.

Capítulo 35

Koldo fue arrastrado hasta el refugio subterráneo de su padre: Nox se había apropiado de la residencia de Koldo en West India Quay. Las paredes eran de piedra negra, llena de aristas afiladas, y el agua, que antes era pura y cristalina, se había vuelto turbia. Había unos treinta soldados nefas cubiertos tan solo con un taparrabos, esperando junto a sus tiendas de colores para vitorear a Nox por haber capturado a Koldo.

–Desnudadlo –ordenó fríamente su padre, para comenzar la tortura.

Ocho féminas se apresuraron a obedecer. Le arrancaron la ropa con unas uñas afiladas que le arañaban las heridas, y la humillación le quemó hasta el alma.

De nuevo, se veía reducido a ser una marioneta en manos de su padre. Estaba indefenso en su poder.

–Atadlo a esa piedra y azotadlo.

Las féminas obedecieron con gusto.

–Pero será mejor que no disfrutéis de ello –les advirtió Sirena, posesivamente.

Él no podía morir así. Su vida no podía terminar en la derrota.

Sin embargo, estaba demasiado débil, y no pudo forcejear cuando lo llevaron hasta la piedra y lo ataron. Un segundo después, todas las féminas tenían un látigo en la mano, y comenzaron a azotarlo una y otra vez, en los brazos, las manos e incluso en la espalda ya destrozada. Apretó los dientes y lo soportó sin un solo

quejido, incluso cuando su piel quedó hecha jirones. Conocía las normas de los nefas.

Cualquier momento de debilidad sería aprovechado para siempre.

Intentó teletransportarse, pero no lo consiguió. No tenía fuerzas para conseguirlo y, además, durante el viaje, Sirena le había clavado las uñas en todas las heridas y le había despojado de aquella capacidad.

—Vas a ser mío —le había susurrado.

Koldo también intentó comunicarse mentalmente con Zacharel, pero no estaba seguro de que su líder hubiera recibido la llamada. No había obtenido respuesta.

Por fin, las féminas terminaron con él. Aunque no tuviera fuerzas, quería vivir. Tenía que conseguir más Agua de la Vida. Tenía que salvar a Laila, y tenía que volver a ver a Nicola. Tenía que abrazar a su mujer.

—¿Cómo te encuentras, chico? —le preguntó Nox, con una carcajada—. Espero que bien. Pero, de lo contrario, no importa. Esta noche, Sirena se convertirá en tu ama.

Los nefas empezaron a aclamar a su líder.

—Llevadlo a la jaula.

Lo desataron, y lo metieron en la misma jaula en la que él había encerrado a su madre. Quedó tendido boca abajo. Miró a su alrededor, pero tenía la vista nublada por el dolor, y no vio nada más que un borrón oscuro en un rincón.

¿Un humano?

Su padre se acercó, y dijo:

—¿Es que todavía no has aprendido, chico? No puedes vencerme.

Koldo apretó los labios. No le serviría de nada despotricar. Podría amenazar a su padre, pero solo serviría para divertirlo, y no quería exponerse a esa otra humillación.

—Me he enterado de que dejaste libre a tu madre —prosiguió Nox—. ¿Te he contado alguna vez cómo te concebimos? No, seguramente. A mí me gustaba que pensaras que ella me quería y me deseaba. Pero, verás, tu madre estaba ayudando a defender a

una tribu de humanos a los que yo quería como esclavos. A ella también la capturé. Oh, cuánto luchó contra mí.

De repente, Koldo tuvo ganas de vomitar.

—Por supuesto, pronto la puse en su sitio. Debajo de mí.

«Violación», pensó Koldo.

Su padre había violado a su madre, y él había sido el resultado. Debería haberlo imaginado, aunque, cuando le había preguntado a su madre, ella le hubiera dicho que deseaba a su padre. Seguramente, se sentía tan avergonzada que no había querido admitir la verdad. Pero él estaba cegado por su necesidad de hacerla sufrir, y la había provocado hablándole de su obsesión por Nox. No era de extrañar que ella le hubiera escupido.

Koldo se sintió culpable, además de humillado y avergonzado: la misma combinación de sentimientos que había tenido toda la vida. El comportamiento de su madre no tenía justificación, pero ella había sufrido mucho, y por eso lo había maltratado. Koldo también había sufrido, y la había maltratado a ella. Él debería haber roto aquel círculo vicioso.

—Disfruté de ella una y otra vez, y decidí quedármela —continuó Nox—. El día en que dio a luz cometí el error de soltar sus ataduras. Escapó, y te llevó con ella. La busqué, pero se escondió muy bien…

Seguramente, esa era una de las razones por las que su madre nunca quería que sus amigos lo vieran, pensó Koldo, y no por su fealdad. Ella no quería que Nox oyera hablar de ellos.

—Te… voy… a destruir… —dijo, sin poder contenerse.

Nox soltó un resoplido.

—Ni siquiera sabes protegerte a ti mismo, y crees que me vas a vencer a mí. Koldo, las cosas no van a ser así. Tú te vas a curar y, después, te casarás con Sirena. La dejarás embarazada y, cuando ella tenga un hijo, tú ya no me servirás de nada.

Y lo mataría.

—Hasta entonces, te presento a tu compañero de celda —dijo Nox, y le señaló la sombra que él había visto en un rincón—. Creo que lo conoces; se llama Axel. Es un Enviado, como tú, y debes

matarlo si quieres que Nicola sobreviva a lo que he planeado para ella…

Entonces, Nox se alejó.

–Mentiroso –intentó gritar Koldo, pero solo consiguió emitir un susurro. Nicola estaba bien. Axel estaba bien.

–No, en esta ocasión, no ha mentido –dijo Axel, calmadamente.

¿Qué? Koldo intentó incorporarse. ¡No! Tenía que llevarse a Axel de allí. No podía permitir que sufriera.

–Tienes que escapar. Ahora –dijo.

–No, nada de eso, en este momento –dijo Axel, y le acarició la calva con las manos cálidas–. Estoy exactamente donde quiero estar.

Koldo se relajó, pero solo un poco.

–¿Cómo te capturaron?

–Iba paseando por un callejón abandonado, fingiendo que estaba indefenso, cuando alguien saltó sobre mí.

Entonces, ¿estaba allí a propósito?

–Los nefas llevaban días siguiéndome. Les dejé que me atraparan.

–¿Por qué?

–Porque no quiero tener que domesticar a un nuevo compañero.

No… no podía ser así. Axel lo estimaba tanto, que se había dejado atrapar para poder ayudarlo. Y, ahora, ¿se suponía que él tenía que hacer daño a su amigo para salvar a Nicola?

–No deberías estar… aquí. Quiero que te vayas.

–Ni hablar, ya te lo he dicho. Estoy exactamente donde quiero estar.

–No puedes ayudarme. El Agua de la Vida… sufrirías.

–¿Y quién dice que quiero ayudarte?

Entonces, ¿cuál era el plan?

–Tú siéntate a disfrutar del espectáculo, tío –le dijo Axel, y Koldo percibió un tono de diversión en su voz–. Me da la sensación de que te va a gustar. Te va a salvar el pellejo quien menos te imaginas.

–¿Quién? ¿Cómo?

—No pienso estropearte la sorpresa.

Koldo se incorporó con un gran esfuerzo y pasó el brazo por los hombros de Axel.

—Gracias.

—Veo que no te dan miedo los abrazos de otro hombre —dijo el guerrero, con una evidente incomodidad.

Koldo lo estrechó con más fuerza.

—¿De verdad está ocurriendo esto? —preguntó Axel.

—Te quiero, tío.

Axel carraspeó, y también lo abrazó a él.

—Yo también te quiero. Pero voy a fingir que esta conversación es fruto del dolor, para ambos. Y, si le dices a alguien que me ha temblado la voz, te mataré.

Pocas horas antes…

Nicola estaba en el centro de una espaciosa sala, en un palacio del cielo. Tenía la sensación de que había pasado una vida desde que había llegado allí, pero, en realidad, solo había pasado media hora. Malcolm y Magnus habían llamado a Zacharel y le habían contado lo que habían visto, y el guerrero se la había llevado volando hasta allí.

Todavía no había dicho ni una sola palabra.

Nicola estaba muy triste por la muerte de Laila, y no podía dejar de preguntarse dónde estaba Koldo. Tenía que salir de allí. Tenía que ir a buscarlo.

En lo más profundo de su alma, sentía que él estaba herido, y eso le provocaba una gran angustia. No sabía si sus heridas eran producto solo de los latigazos, o si le había ocurrido algo más, pero pronto lo averiguaría.

—Tengo que irme —dijo.

Zacharel negó con la cabeza.

—En cuanto averigüe cómo aterrizar en la tierra sin estrellarme, no podrás detenerme.

Miró a su alrededor, buscando alguna ventana desde la que no hubiera una caída al vacío. Vio columnas de alabastro, suelo de ébano y tapices gloriosos adornando las paredes. Sin embargo, no había ventanas. La única salida era la puerta, y estaba custodiada por dos guerreros con espadas de metal.

Respiró profundamente. El aire tenía un olor fresco y limpio. La cúpula era de cristal, y permitía ver un reino superior de los cielos, lleno de Enviados.

Entonces vio… no, no era posible… Allí era donde estaba su preciosa Laila, junto a un hombre pelirrojo…

¿Robby? ¿Aquel era Robby, ya adulto? Nicola abrió mucho los ojos. Sus hermanos estaban abrazándose y riendo, tan felices, que Nicola sintió un dolor en el pecho.

Estaban juntos de nuevo.

Su corazón se llenó de alegría, y supo que, algún día, Koldo y ella estarían a su lado. Sí, algún día.

Pero no aquel día.

—Koldo me necesita —dijo—. Tengo que…

De repente, apareció un hombre frente a ella, y captó toda su atención. Tenía el pelo oscuro y unos ojos de mirada bondadosa. Llevaba una túnica blanca y tenía las manos agarradas detrás de la espalda.

—Señor —dijo ella con impaciencia—. Me llamo Nicola, soy humana, y necesito…

—Mi nombre es Clerici.

—Hola, Clerici. Encantada de conocerlo. Tengo un problema, y…

—Los Enviados no somos ángeles, ¿sabes? —dijo él, interrumpiéndola de nuevo—. A menudo nos llamamos así, pero no lo somos. En realidad, somos seres humanos con habilidades especiales. Y, sí, tenemos unas vidas más largas, y alas. También luchamos contra el mal.

—Señor, yo ya sé todo eso. Me lo han explicado. Pero, de verdad, necesito…

—Nuestra gente sirve al Más Alto, que es una Santa Trinidad formada por el Piadoso, el Ungido y el Todopoderoso. Nosotros estamos creados a su imagen y semejanza. Somos espíritus, tenemos alma y vivimos en un cuerpo. Tu espíritu es tu fuente de poder, que vive para siempre, y tu alma abarca tu mente, tu voluntad y tus emociones. Estoy seguro de que conoces bien tu cuerpo.

—Sí, ahora sí. Me gustaría irme y…

—El Más Alto nos concede a cada uno una espada de fuego. Una como la que tú has manejado —dijo, y se quedó callado con una expresión enigmática.

—Yo también me he sorprendido mucho, ¿sabe? Pero no tengo tiempo de analizar los motivos. Koldo está en algún lugar perdido, y me necesita…

—Tú no has podido tener esa espada porque te casaras con Koldo, aunque puede ser parte del motivo, creo.

¡Aj! ¿Acaso no le iba a permitir terminar ni una sola frase?

—La obtuviste porque has sido adoptada en la familia del Más Alto. Tal vez, algún día te broten alas de la espalda, incluso. Ahora, sin embargo, lucharás por nosotros.

Un momento. ¿Se había convertido ella en un ser sobrenatural, que tenía que unirse al ejército de guerreros? Comenzó a darle vueltas la cabeza…

—De veras, estoy muy contenta de poder ayudar, pero primero voy a ir a buscar a Koldo. Hablaremos de todo esto cuando él esté a salvo.

—Sé dónde está —dijo Zacharel. Sus primeras palabras desde que habían llegado allí.

—¿Qué? —exclamó Nicola—. ¿Y por qué no me lo has dicho? ¿Dónde está? ¿Qué ha ocurrido?

—No podías ayudarlo. Solo habrías conseguido perjudicarlo más. Y yo tenía que prestarle atención a otro asunto, en el que podía ayudar más: uno de mis guerreros ha desaparecido, y sus amigos están al límite.

—Pero…

—La parte sobre Koldo es cierta —dijo Clerici—. Cualquier Enviado que haya recibido los latigazos a cambio del Agua de la Vida debe curarse por si mismo de sus heridas. Hasta entonces, no puede recibir ayuda.

—¡Eso es absurdo! —jadeó ella.

—Sí, estoy de acuerdo. He intentado convencer al Consejo muchas veces de que se debe abolir esa tradición, pero ellos insisten en continuar con lo que hacía Germanus. Yo seguiré intentando conseguir que cambien, pero hasta ese momento, ayudar a Koldo es condenarse al mismo dolor que él está sufriendo ahora —dijo Clerici. Entonces, se volvió hacia Zacharel—. Para todos, salvo para ella. Ella sí puede ayudar a Koldo. Es su otra mitad, una extensión de su ser. Lo que haga para ayudarle es como si lo estuviera haciendo él mismo.

Zacharel apretó la mandíbula.

—Si la acompaño al campamento de los nefas, moriré, porque no puedo luchar contra ellos. Además, yo no estoy vinculado al guerrero, y todo lo que haga en su nombre antes de que esté curado se considerará ayuda.

—Lo sé. Pero puedes ayudarla y protegerla a ella.

Zacharel irguió los hombros y se puso en pie.

—Es cierto.

Clerici miró de nuevo a Nicola.

—¿Estás lista para la batalla?

—Sí, lo estoy.

—Koldo se enfadará si ella resulta herida —dijo Zacharel.

—No puede enfadarse si está muerto —replicó Nicola.

Clerici le acarició la mejilla con gentileza.

—Me gusta tu forma de pensar, Nicola. Ahora, ve a buscar a tu marido.

Capítulo 36

Incluso la luz más débil puede crecer hasta que no quede oscuridad.

Nicola nunca había estado en la guerra. Pero, aunque hubiera conocido la guerra, nunca habría estado preparada para aquello.

Zacharel la llevó hasta la parte lateral de un edificio, en… No. Ya no sabía dónde estaba. Allí había muchas construcciones, un puente, agua, pájaros negros que volaban en todas direcciones y un aire muy frío y húmedo. Zacharel y ella iban acompañados por quince guerreros que volaban junto a ellos, y entre todos componían una imagen majestuosa.

Las estrellas y la luna brillaban en el cielo oscuro. A la izquierda, vio la preciosa cara de Jamila. En sus ojos había miedo, pero también excitación. «Mi compañera de trabajo es una Enviada, y yo no me entero», pensó. Y ¿qué era aquel sonido? Parecía el cascabel de una serpiente, o los silbidos de un animal amenazado…

–Son demonios sierpe –dijo Zacharel–. Son tan malvados como los nefas, y resultan venenosos para toda forma de vida. Se alimentan de la destrucción.

Los nefas eran peores, y Koldo estaba emparentado con uno de ellos. Sin embargo, ¡todo lo que había hecho para distanciarse de su herencia y de su pasado! Tal vez hubiera nacido de la maldad, pero ya no formaba parte de ella.

–Esas criaturas desean herir a Koldo. ¿Puedes matarlas?

–Sí.

–Bien. Porque han sentido nuestra presencia, y eso significa que va a empezar la fiesta –dijo él.

A los demás, les ordenó que mataran solo a los demonios que se aproximaran a la chica.

Y, por algún motivo, aquellas palabras reverberaron en su mente, y no en sus oídos.

Aterrizaron con brusquedad y, pronto, los demonios emergieron de entre las sombras y se abalanzaron sobre ella. Sin embargo, los hombres de Zacharel blandieron sus espadas de fuego, y empezaron a rodar cabezas, entre gruñidos de dolor.

Por suerte, no había más humanos cerca.

Antes de que ella pudiera reaccionar, Zacharel la tomó en brazos y se la llevó hacia el edificio, volando de nuevo. No se detuvo un instante, ni aminoró la velocidad.

Ella cerró los ojos cuando el guerrero comenzó a descender, pero no se produjo ningún choque. Comenzó a descender la temperatura, y ella miró a su alrededor. Estaban por debajo del nivel de la superficie de la tierra; cada vez más y más abajo. Tuvo que contener un grito de pánico.

Entonces, aterrizaron al fondo de una cueva, y Zacharel la dejó en el suelo. Sus hombres y él se alienaron tras ella, ofreciéndola al enemigo. Se oyeron jadeos de impresión y gruñidos de rabia en un campamento muy activo. Se oyeron pasos, porque los guerreros calvos echaron a correr hacia ella. Justo antes de que la alcanzaran, Zacharel y sus hombres rompieron la formación y atacaron. Los nefas profirieron gritos de pánico.

Siguieron acudiendo guerreros, pero los Enviados la rodearon para protegerla, y las espadas siguieron girando y golpeando. Algunos de los nefas huyeron, pero ni Zacharel ni sus hombres podían perseguirlos.

–Nicola –le dijo Zacharel–. Haz algo para atraer su atención. Consigue que el resto de ellos te ataquen.

Sí, claro, por supuesto.

No, pensó un instante más tarde. Ella estaba allí para luchar, no para ver cómo la defendían los demás. Podía hacer algo, e iba a hacerlo.

Extendió la mano y se concentró. A los pocos segundos, la espada de fuego surgió de su puño.

—Tus hombres y tú reunid a todos los enemigos que podáis —le dijo a Zacharel, y yo daré los golpes mortales. No hagáis esto para salvar a Koldo, sino para protegerme a mí de la ira de los nefas. Sabes que vendrán por mí si sobrevivo —dijo.

Zacharel la miró boquiabierto, pero no dijo nada. Se puso en acción.

Rápidamente, capturó a uno de los nefas y lo arrojó en dirección a Nicola. Ella hizo girar la espada y le cortó el estómago. El guerrero cayó al suelo, retorciéndose. Entonces, ella lo decapitó.

Uno.

Zacharel volvió a lanzarle otro nefas, pero aquel consiguió evitar su golpe de espada y trató de agarrarla por el cuello. Sin embargo, al primer contacto, el nefas salió disparado hacia atrás, como si ella lo hubiera empujado.

¿Acaso estaba protegida de nuevo? ¿Por sus tatuajes, aunque no estuviera mirándolos?

Tal vez. Tal vez hubiera memorizado los números, y se habían convertido en una parte de ella. Tal vez hubiera otra razón… De cualquier modo, era algo muy útil.

El nefas se golpeó con dureza en el suelo, y ella solo tuvo que darle un mandoble en el estómago.

Dos.

Y, de ese modo, fue acabando con los enemigos que le enviaban Zacharel y los demás. Tres, cuatro, cinco…

Después, perdió la cuenta.

Vio que había tiendas montadas al final de la caverna y que, de una de ellas, salía el hombre del parque, el padre de Koldo, acompañado por Sirena y otro hombre. Al ver a Nicola y su espada, abrieron mucho los ojos.

Axel y Koldo salieron de otra tienda. Ambos estaban llenos de hematomas, ensangrentados y con la cara hinchada. Tenían que apoyarse el uno en el otro para poder permanecer en pie. Ella sintió una rabia muy intensa, pero se controló para poder seguir luchando.

El grupo de nefas se detuvo a pocos metros de ella, fuera de su radio de acción.

—Estáis en inferioridad de condiciones, Nox —dijo Zacharel.

Sirena abrió la boca para hablar, pero Nicola dio un salto y abatió la espada sobre ella. Su cabeza fue lo primero que cayó al suelo, y su cuerpo, después.

El padre de Koldo miró el cadáver de su hija y gritó de furia. Se volvió hacia Nicola, insultándola y amenazándola vilmente.

—Voy a sacarle el intestino por la boca a mi hijo, y te obligaré a mirar mientras él muere.

Ella se echó a reír.

—No vas a hacer tal cosa. Estás rodeado, y tu ejército ha sido derrotado.

Entonces, Nox se abalanzó sobre ella, pero, al igual que el nefas que había intentado tocarla, salió despedido hacia la pared. Cuando se levantó, desconcertado, preguntó:

—¿Cómo es posible que hagas eso?

—Vaya, ¿el malo está desconcertado? ¿No comprende todavía que eligió el bando equivocado?

Nicola se acercó a él, y Nox palideció. Retrocedió hasta que su espalda topó con la pared de la caverna.

—Aléjate —le advirtió a Nicola—, o te cortaré el cuello.

—No creo. Seguro que te arrepientes de no haberte quedado escondido —dijo ella—. A pesar de todos tus planes y tus luchas, vas a morir porque los buenos han salido fortalecidos de todo esto.

—Estoy desarmado —dijo Nox, alzando las manos—. No vas a matar a un hombre desarmado, ¿verdad?

Era mentira. Los nefas siempre iban armados con el mal; y ella, verdaderamente, deseaba hacerlo.

Nicola abatió la espada, pero él esquivó el golpe y se arrojó contra ella. Por segunda vez, salió despedido hacia la pared. Y, cuando intentó huir por la derecha, Zacharel le cortó el paso.

–Tú mismo te has hecho todo esto –afirmó ella, y golpeó de nuevo.

La espada de fuego le cortó el estómago, y sus intestinos se derramaron por el suelo, ensangrentados. Nox cayó de rodillas al suelo, gimiendo de dolor.

–Remátalo –le ordenó Zacharel a Nicola.

–Gustosamente –dijo ella.

Entonces, le cortó la cabeza.

Los Enviados comenzaron a vitorearla, y alguien le dio una palmadita en el hombro, con tanta fuerza que estuvo a punto de hundirla en el suelo. Nicola soltó la espada, y esta desapareció.

–Koldo –dijo ella, y corrió hacia su marido.

Koldo abrió los ojos. El dolor había desaparecido, y notó que había recuperado todas las fuerzas. Miró hacia abajo, y vio el pelo de Nicola, del color de las fresas, extendido sobre su pecho. Ella tenía la cara inclinada hacia él, y los ojos cerrados. Su respiración era constante y suave. Se sintió muy confuso. Lo último que recordaba era que estaba enjaulado con Axel…

¡Axel! Claro. El guerrero estaba tan golpeado y herido como él y, sin embargo, al oír los sonidos de la batalla, ambos habían sacado fuerzas de flaqueza y habían conseguido destrozar los barrotes de la jaula. Al salir de la tienda de los esclavos, había visto algo que le había parecido una alucinación: Nicola, sujetando una espada de fuego y obligando a su padre a retroceder. Y, después, nada más. Debía de haberse desmayado.

Entonces, le habían despertado unos vítores, y había oído retazos de conversaciones.

«Nunca pensé que una humana pudiera luchar así», le estaba diciendo alguien a Nicola. «Y el hecho de que tengas esos tatuajes

que crean el campo de fuerza es incluso mejor. Yo también me voy a tatuar un signo externo de la promesa del Más Alto, créeme».

«Bueno, puedes ser mi compañero de batalla cuando quieras».

«Koldo es un hombre afortunado».

—Nicola —dijo Koldo, en aquel momento, con una voz más ronca de lo que hubiera deseado.

Ella abrió los ojos. Al instante, se incorporó y lo miró.

—Por fin te has despertado.

—¿Dónde está tu hermana?

La tristeza se reflejó en su cara.

—No sobrevivió.

No. Entonces, él había fracasado. Le había fallado al amor de su vida. Y a Laila, también.

—Lo siento, Nicola. Intenté…

—Lo sé —dijo ella, con una sonrisa—. Nunca podré agradecerte todo lo que has tenido que sufrir en su nombre.

—Debería haber… Ojalá…

—No, no te culpes por nada. Ni siquiera sabemos si ella hubiera aceptado el regalo. Y ahora es feliz. Está con Robby, y los dos son felices.

Koldo le acarició la mejilla.

—Te quiero —le dijo.

—Yo también te quiero. Te quiero tanto…

Él la miró fijamente, saboreando lo que creía haber perdido.

—Dime lo que pasó.

—Bueno, para empezar, los dos demonios contra los que me habías advertido me atacaron, intentaron infectarme con la toxina otra vez, y los maté con una espada de fuego. Después, el Más Alto me adoptó. O tal vez lo hubiera hecho antes y yo no me había enterado. Después, conseguí matar a tu padre. En resumen, ¡me he lucido!

—Entonces, ¿eres una Enviada?

Ella asintió con satisfacción.

—Sí.

Él apenas podía dar crédito. Era demasiado asombroso.

–Gracias –dijo él. Se lo dijo al Más Alto, y a Nicola. Ella era un regalo de los cielos, como la espada de fuego, y su gratitud por aquellos dones nunca sería lo suficientemente grande. Le besó la mejilla, y preguntó–: Estamos en Panamá, ¿no?

–Sí –dijo Nicola.

–¿Y cuánto tiempo he estado inconsciente?

–Dos semanas, y han pasado muchas cosas.

–Me lo imagino. Pero, espera. Me has ayudado, y no deberías haberlo hecho, amor mío. Va contra las normas del…

Ella le puso un dedo sobre los labios.

–No pasa nada. Soy parte de ti, y tú eres parte de mí. Era como si te estuvieras ayudando a ti mismo; me lo dijo Clerici. Y, ¿sabes una cosa? Te está creciendo el pelo de nuevo.

Él frunció el ceño y se llevó una mano a la cabeza. Al sentir la aspereza del cabello, dijo:

–Es imposible.

–No. A Clerici no le gustan algunas de las normas del Consejo, sobre todo las que van en contra de los deseos del Más Alto. Así que ha abolido algunas; incluso ha decretado que se anulen los sacrificios hechos a cambio del Agua de la Vida.

Koldo se movió, y notó algo en la espalda.

–Son los brotes de las alas –dijo con asombro.

Las alas también le estaban creciendo. Ya no sería calvo, como su padre, y podría volar de nuevo por el cielo, y llevar a su mujer a todos los lugares a los que ella quisiera ir.

–¿Puede haber algo mejor?

Ella sonrió al oír aquella pregunta, pero su diversión no duró demasiado.

–Siento tener que darte malas noticias, pero tienes que saberlo. Bjorn ha desaparecido. Thane y Xerxes se están volviendo locos buscándolo, y Zacharel y los demás están ayudando. Y vieron a un tipo llamado Kane en Nueva York, pero este volvió a desaparecer, y todo esto tiene a todo el mundo de los nervios.

Kane. Uno de los Señores del Inframundo, el guardián del demonio del Desastre. Había estado semanas perdido en el infierno, y se rumoreaba que había sufrido torturas. Los amigos del guerrero le habían pedido ayuda al Ejército de la Desgracia, pero hasta el momento, nadie había tenido suerte.

–Tengo que ayudar a los míos –dijo Koldo–. A encontrar a Bjorn y a encontrar a Kane.

Y a los seis demonios culpables de la muerte de Germanus, antes de que pudieran infectar a toda la humanidad.

–Tenía el presentimiento de que ibas a decir eso. Por eso te concerté una reunión con Zacharel para dentro de… dos horas –dijo ella, mirando el reloj–. Él te pondrá al tanto de todos los detalles.

–Muy bien. ¿Y cómo sabías a qué hora iba a despertarme?

Ella sonrió lentamente.

–Una corazonada. Bueno, ¿y qué vamos a hacer mientras esperamos?

Maravillosa mujer. Preciosa mujer.

Su mujer.

La abrazó, y se tendió sobre ella.

–Las palabras, sin actos, no son nada. Te lo demostraré.

Y lo hizo.



GENA SHOWALTER (Oklahoma, 1975) es una escritora estadounidense de novela romántica.

Publicó su primer libro con 27 años, y ha escrito más de veinticinco novelas. Ha hecho incursiones en varios géneros, incluyendo romance contemporáneo, paranormal y novelas para jóvenes adultos.